ANTOLOGÍA

de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas

JÓVENES CREADORES DEL FONCA
Generación 2017/2018, primer periodo

Antología de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas

JÓVENES CREADORES
2017/2018
PRIMER PERIODO

Antología de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas

JÓVENES CREADORES
2017/2018
PRIMER PERIODO

Comentarios de:
Luis Jorge Boone
Carlos López Beltrán
Carmen Leñero
Mauricio Molina
Pura López Colomé
Claudia Posadas
Patricia Sánchez
Briceida Cuevas
Carlos Gómez Oliver
Sandra Muñoz

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
FONCA

Secretaría de Cultura

María Cristina García Cepeda
Secretaria
Saúl Juárez Vega
Subsecretario de Desarrollo Cultural
Jorge Salvador Gutiérrez Vázquez
Subsecretario de Diversidad Cultural y Fomento a la Lectura
Francisco Raúl Cornejo Rodríguez
Oficial Mayor

Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

Juan Meliá
Secretario Ejecutivo
René Roquet
Jefe del Departamento de Control de Becas
Valentín Dosta
Subdirector de Promoción y Difusión
Brenda Salazar
Coordinadora de Prensa
Carolina Ramírez
Coordinadora del Primer Periodo del Programa Jóvenes Creadores
Daniel Limón
Coordinador del Segundo Periodo del Programa Jóvenes Creadores
Carlos Manuel de la Torre
Diseño

Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
Primera edición 2018

© de cada obra (textos): propiedad del autor.
© de las ilustraciones: Brenda Castillo, Omar García, Lucía Prudencio.

D. R. © 2018, de la presente edición:

Secretaría de Cultura
Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
Sabino 63, Santa María la Ribera,
CP 06400, Ciudad de México.

ISBN 978-607-745-903-3

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Impreso en México

Índice

Presentación 9

Cuento
El camino hacia los lectores. Luis Jorge Boone. 13
Jesús Francisco Conde de Arriaga. *Y sólo por nombrarte* 15
Irasema Fernández. *Cabeza de globo* / *El clítoris de Moreen* 29
Silvia de la Fuente. *Padre de familia* 42
Selene Carolina Ramírez García.
El último reptil de la tierra / *Notas de una biografía* 55
Víctor Santana. *El mundo antiguo* 70

Ensayo creativo
Presentación. Carlos López Beltrán y Carmen Leñero 77
Jazmina Barrera. *Museo de Historia Natural* 81
Diego Olavarría. *Ciudades de mi infancia* 91
Diego Rodríguez Landeros. *Drenaje profundo* 96
Emmanuel Tepal. *Cuauhtotoatla: entre el agua y el polvo* 111

Novela
Presentación. Mauricio Molina 133
Joel Flores. *Líneas paralelas* 134
Laura Martínez-Lara. *Memorias de Verdún*. 145
Ana Negri. *Todo cae* 156
Alejandra Retana Betancourt. *Tres fragmentos de Olivia* 173
Julio Zatarain. *El Gitano* 180

Poesía
El poder de la palabra poética. Pura López Colomé 195
Presentación. Claudia Posadas 197
Zel Cabrera. *Apunte extemporáneo* 200
Rosario Loperena. *Ixodoidea o el fracaso* 216
Álvaro Luquín. *Hubo fiestas* 234
Ingrid Valencia. *CONTRApunto* 249
Karen Villeda. *Hans* 267

Lenguas indígenas
Presentación. Patricia Sánchez y Briceida Cuevas 275
Miguel Canté Chan. *U k'áaxal k'ajlay* / *Llueve la memoria* 277
Nicolás Rojas Sánchez. *Tuyuku* / *Árbol* 291
Florentino Solano. *Ondean huipiles al soplar el viento* 311

Guion cinematográfico
Presentación. Carlos Gómez Oliver 333
Paula Natalia de Anda Vargas. *El Buzo* 335
Raúl G. Campoy. *Abismos* 346
Gustavo Hernández de Anda. *Las sirenas de San Agustín* 357
Ovidio de León. *Terrestre* 373
Brenda Morales. *Espina cardenche* 388
Indra Villaseñor Amador. *Día de la ira* 409

Dramaturgia
Hurgar... Sandra Muñoz 437
Hasam Díaz. *La resurrección de los justos* (fragmentos) 439
José Manuel Hidalgo. *The México Swinger* 457
Diego Cristian Saldaña. *Sangre de mango* 471

Presentación

México cuenta con una institución que desde hace veintinueve años cumple una función esencial en el ámbito cultural y artístico. El Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), organismo dependiente de la Secretaría de Cultura ha sido el encargado de propiciar y fomentar el libre ejercicio artístico y la producción de obra de creadores mexicanos.

Bajo estos conceptos, el Programa Jóvenes Creadores se ha convertido en uno de los pilares del desarrollo, estímulo e impulso de artistas entre los dieciocho y treinta y cuatro años de edad. Gracias a esta iniciativa, jóvenes mexicanos han logrado consolidar una carrera artística a nivel tanto nacional como internacional.

A lo largo del año del apoyo, el Programa realiza cinco encuentros artísticos que ofrecen un espacio de diálogo entre los creadores de las diversas disciplinas: arquitectura, artes visuales, artes aplicadas, danza, letras, letras en lenguas indígenas, medios audiovisuales, música y teatro.

Durante los encuentros, los creadores, bajo la orientación de tutores especializados, debaten conceptos como: ideología, percepción, lenguaje, género o identidad para sustentar sus proyectos y mejorarlos.

Como resultado de los encuentros y del trabajo anual realizado por los jóvenes creadores, el Fonca publica la *Antología de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas*, generación 2017-2018, primer periodo. La presente obra, reúne una pequeña selección literaria de treinta y un noveles escritores.

Dicha muestra es una singular fotografía textual tanto de la diversidad cultural, como de los matices que definen y componen a cada una de las regiones de este país.

La razón de la *Antología* es la presentación de historias que nos lleven a mundos desconocidos, narraciones que jueguen con imaginarios colectivos, poesía que hable en lenguas originarias de nuestra tierra, ensayos que reflejen y reflexionen sobre la realidad de este país, guiones que nos vuelvan cómplices de escenas aún no realizadas, pero ya vividas.

CUENTO

El camino hacia los lectores

Esta generación de cuentistas ha fraguado sus proyectos al amparo de la crítica, la reflexión y el trabajo; prácticas que han marcado las sesiones de trabajo de cada encuentro. Hemos puesto sobre la mesa todas las etapas del proceso creativo que se pueden compartir: la revisión y el cálculo de las posibilidades, con el fin de que los libros-entelequia poco a poco encuentren sus límites y amplitudes materiales; el análisis de los cambios que el proyecto original ha sufrido a lo largo de un año, indicador de la vitalidad con que se afrontan los puntos fuertes y los espacios vacíos que todo propósito contiene; el tallereo preciso de la prosa, su revisión detallada y argumentada; y la medición de debilidades y fortalezas que hacen que una expresión individual y artística posea personalidad y universo propios.

El de Jesús Francisco Conde de Arriaga es un proyecto estructuralmente ambicioso, orientado a la construcción de un enorme edificio narrativo que le da la espalda a las nociones de concentración (temporal y editorial) que son regla general. Su prosa es de una riqueza y un cuidado admirables. Sus asuntos y tramas se revelan sin prisa, y se apuran siempre hasta la última consecuencia, en cuentos de arquitectura compleja y cautivante.

Silvia de la Fuente ha elaborado un catálogo de las formas amatorias y sexuales contemporáneas, y en éste ha logrado retratar con una exactitud y un brillo notables la nómina de amantes que nuestro tiempo posibilita. Reinterpretaciones del placer, el amor, la fidelidad, el cuerpo, el deseo, la dicha, lo fugaz. Visiones que desnudan

más allá del cuerpo y que escrutan lo profundo y lo superficial que podemos ser al buscar eso que no somos.

Irasema Fernández nos ofrece cuentos que ilustran el discurso que sostiene su investigación narrativa sobre el cuerpo politizado: el cuerpo como un lugar colonizado por un poder externo, el cuerpo arrebatado de la inercia a la que la sociedad nos condena, el cuerpo visto como una amenaza para la visión hegemónica del varón. Mujeres artificiales, mujeres monstruo, mujeres que eligen dejar de serlo, mujeres dueñas de sí.

Selene Carolina Ramírez García explora en cada texto suyo un fragmento del dolor y la discriminación que el mundo ejerce sobre los diferentes. Su escritura, de una gran conciencia social, describe experiencias límite en las que sus personajes, casi siempre mujeres violentadas (o miembros de minorías invisibilizadas), consiguen, quizá por un instante, elevarse por encima de sus circunstancias: rebelarse, gritar, aparecer en la historia.

Los cuentos de Víctor Santana, bien tramados e interesantes, escritos con una prosa de ritmo y calidad sostenidos, logran introducirnos en universos ficticios que van de lo descabellado a lo carnavalesco. Sus textos de largo aliento asimilan toda clase de referencias *pop* y las incrustan en historias que parodian hitos del cine y la literatura para volverlos un "canto distinto", una versión de sí mismos esquizofrénica, futurista, hilarante o enloquecida.

Los encuentros de estos cuentistas alrededor de la mesa de trabajo se han distinguido por la empatía al acercarse a los trabajos de sus compañeros. Lo aprendido se asimila individualmente, pero el crecimiento de un escritor siempre se hace en compañía. En sus trabajos, las ideas de tradición y de generación se encuentran siempre en construcción. Una visión individual, pero también un panorama en el que todos tenemos un lugar y un camino distintos. Estos cuentos hablan por sí mismos. El camino para ellos y sus autores está abierto, y conduce hacia los lectores.

Luis Jorge Boone

Jesús Francisco Conde de Arriaga

Y sólo por nombrarte

El verdugo y la sangre que se aferra al borde liso del lavamanos. El cabello negro y largo que se desordena por debajo de los hombros. Los puños de la camisa con tres sombras cardenales ensanchadas. Las manos temblorosas y la ira que rezuma por los dedos. El salitre de las palmas. El azogue fijo ante los ojos tintos de carmín. La nariz que resopla y se libera de los gritos y del miedo y del azoro. El agua estancada en el bidón. Las venas que se asoman por el cuello y hasta el pecho. El costal de yute al lado. El recuerdo que se enquista. Los límites del estruendo del hierro con la carne. La excitación que nubla. Los oídos cerrados y el rumor de espanto. Alaridos. El condenado y las cuarenta y ocho horas como gritos. La muerte y la certeza. La capilla que preludia al cadalso. Injurias y avemarías que se tornan un susurro. Los lazos negros que nobles aguardan la marcada hora. Sin música que anuncie un *da capo.* La risa que nerviosa se escabulle entre las celdas. Un último capricho concedido. Pulque o pan del estanquillo de la infancia; el sabor de la carne o el beso de los tuyos. El verdugo y en su sangre nuevas almas. El fuego de la vela que no criba. Los músculos cansados por la manivela. La cintura que quiere ya romperse. Los años como brazo ejecutor. La sonrisa. El frío. Las mujeres que lo esperan. El primer abrazo a siete leguas del patíbulo. El licor entre las fauces. La saliva amarga del condenado conducido a caballo. Partir en dos la Plaza Mayor. Escuchar detrás el cansino ritmo de dos caballos más. Las risas. Voces de niños que hieren. Herida cerrada en falso. El calor del mediodía y las piernas inertes en el justo minuto de la derrota de la segunda cervical.

*

Con el verbo comenzó todo. Ya habías escrito alguna vez que una simple causalidad quiso que el vacío se expandiera, ensanchara sus límites y ellos brotaran alejándose de sí mismos. Nadie sabe cómo fue la propagación. Nadie pudo atestiguar que así fuera. Pero los designios del silencio son arbitrarios. Incuestionables. Así sucedió, y lo que antes fue ausencia se hizo campo minado.

Una noche, en medio de la tierra con restos de ceniza, la ausencia encontró ese minúsculo reducto y rompió las noches yermas por los vestigios del vacío, y quedó el agua y el fuego, el hielo y la intuición de la compañía. Las células se multiplicaron hasta poblarse en ríos, montañas, selvas y bosques. Una nueva sonrisa de dios y en los noventa y nueve grados y nueve minutos longitud oeste, y diecinueve grados y veinticuatro segundos latitud norte, ella y tú coincidieron en una tarde de diciembre. Y todo comenzó con un verbo. ¿Y si lo niego? Supongo que al negar el verbo niego a dios. Y si dios no existe, ¿entonces por qué buscarlo siempre en el texto? Tal vez que el único modo de encontrar la verdad sea mediante la negación de uno mismo, pero eso ya se ha dicho y sigo sin escribir una sola página. Entonces, ¿cómo sigo? Otra vez, desde el principio, como te quisieron enseñar: todo tiene un inicio. Aristóteles otra vez: *in media res*, *in extremis*, y a huevo. Otra vez.

*

El lavabo ya resiente la mezcla de agua tinta con sangre. Lo ves y sientes lástima por todas las veces que lo has visto; por cada una de las veces que la palangana que contiene los dos extremos del día ha desfilado frente a ti como aquellas sombras que a veces se aparecen y se tornan y se vuelven y se mueren. Ves tu reflejo: tu cabello negrísimo amarrado en una cola de media punta está desordenado. Más de cien ejecuciones y cincuenta y seis años sobre ti saben que es un día más: uno como otros. Ya no distingues la lluvia de la polvareda; el sol sobre ti es tan cotidiano como las madrugadas en la taberna o en la casa de tu madre. Así eres tú. Y

sabes que esos puños que dejarás entre las sombras detrás del patíbulo, manchadas por la sangre de los condenados, sólo serán una marca más de ti por esta vida: ¿tú la escogiste? Un día de abril, entre las caballerizas de tu amo, lo encontraste. Y te cambió la vida. Lo viste vestido de negro, con el peso haciendo doler sus rodillas; con los ojos claros y con tormentas en sus iris: sabías que no era como tú o tus padres o tus hijas. Lo escuchaste. Una sola palabra articuló desde su garganta. Te ofreció un lugar donde las horas no se escuchan y los gritos no recorren la sangre. Ahora estás aquí, con la vista fija en la sangre que impregna cada hilo de algodón que en tus puños reside.

El espejo no devuelve una imagen falsa, sólo quiere ser testigo. Sabes cómo son tus ojos; casi reflejo de la sangre que resbala frente a ti. Y te descubres en tus límites. Por los belfos que se ensanchan sabes que sólo son diecisiete minutos en lo que tardan en morir mientras esperan que su último suspiro llegue a dios. A veces está sordo, sordo el grito que en la Plaza Mayor se ahoga cuando después de ver morir al condenado te ven excitado, con el cuello a punto de reventar y la erección doliendo: el recuerdo del arúspice te envuelve, incluso en ese momento en que la muerte eres tú. Es el preciso momento que la esfera, con el metal azogado para su único fin, se regocija entre el cuello y la espalda y a borbotones la vida se acaba. El sonido de los huesos cediendo. Saber que puedes apretar más el torno y que ese pequeño tronido se torne música. Apretar; sentir todos los músculos de tus brazos sirviendo para un solo motivo: que el segundo hueso truene, y esperar que dios sea tan bueno como para no dejarlo vivo; porque la asfixia por sangre es más cabrona. Ahí sí saben amar a un cabrón en tierra de justos.

Siente cómo tu respiración se apresura; cómo tus pupilas se dilatan al escuchar el sonido de los maitines. Termina el aguardiente de tu vaso y despabila tus sentidos. La lid apenas comienza y todavía quedan algunas horas. El folio con las sentencias debe de estar en tu morral de yute. Nunca vienen con nombre. Sólo escuchas el rumor de la gente cuando se acercan; siempre que pasan frente a ellos, el rumor se hace sordo. Sin problemas alcanzas a escuchar, detrás del cadalso, el trote lento del caballo que

lleva al pobre diablo; si el infeliz es vulgar, sus pasos y el tintineo de sus lágrimas rodando por el empedrado son las que llegan a ti. Es igual. Ahora sabes que son tres y no uno los que van camino al abrazo de la esfera. Tendrás que repetir dos veces más el mismo rito. La expectación, las voces y los gritos se sumarán tres veces hasta que los ejecutados renieguen del nombre de Dios y vuelvan a ser creyentes para negarlo otra vez. Siempre es así. Lo que más te duele es escuchar las voces de las mujeres. Los hombres lloran, ebrios, por saberse vulnerables y desvían la mirada; las mujeres no, ellas sostienen la vista fija en tus manos. La hora llega y tienes que vestir la túnica y tomar el costal de yute.

*

El problema de la falsa segunda es, primero, la imposibilidad de crear ritmo con las palabras; segundo, las inevitables anfibologías, y tercero, no sólo que siempre la utilizo, sino que otros ya lo hicieron y mejor.[1] Siempre he pensado que evito el darles nombre a mis personajes por la imposibilidad de caracterizarlos. Supones que la palabra sola basta para crear atmósfera y tensión, trama y anécdota, carácter y, lo más importante, historia. Además, ¿crees que baste para diferenciar a dos personajes dos pronombres distintos? Primero, tienes que dejar en claro que viven en tiempos distintos; no, son de tiempos distintos aunque coincidan en uno solo; y siempre que pones a hablar a alguien en primera persona termina siendo tú. Es como escribir que escribo. Si puedo dar carácter sin nombrarlos está bien, aunque sería mejor nombrarlos y tratar de unir las dos historias por medio de otra estrategia. Una historia no tiene sentido ser contada si no la cuentas por vez primera siempre. Dejar pistas que puedan permanecer ocultas, que

[1] Según el *Tratado narratológico de nuevas formas* de Drazen Ladic, la primera persona denota el ansia del narrador de sobresalir sobre su historia, que es mejor la deuterogonía para tal propósito; la tercera persona es, por el contrario, la imposibilidad de insertar el conflicto personal del autor (*unutarni sukob*) en el texto de modo tal que la empatía por los personajes crezca para el posible lector de manera casi natural. La segunda la considera como el modo más sencillo de fracasar (*neizbjezan neusjeh*) en toda la historia.

resistan la primera y la última lectura: inacabables, pues. Entonces, ¿qué puedo hacer con el nombre de ambos? Ya puse el nombre de los otros dos asesinos,

(¿Tendré que darles voz?)

pero aun así el que habla se mantiene anónimo. El lector no conoce el nombre y le es difícil seguir las historias como quieres engarzarlas. El nombre lo es todo. Para los romanos, el nombre marcaba de qué familia venías; para los sumerios, el nombre marca la influencia de los dioses en uno. Y para mí es lo mismo que cuando conociste a A,[2]

(Nombrar a los personajes por inicial me parece un mal recurso, además de ser confuso –para eso sería mejor no nombrarlos–, pero lo hago por una simple necesidad de economizar. Lo mismo puede ser V o X. ¿Ves cómo el nombre no es necesario? Si de todos modos para el fin de esta historia es lo mismo decir una que otra)

la viste caminar por el pasillo de la Universidad y supiste que sería una cruz en tu espalda muchos años. Siempre lo has sabido: desde los años de X hasta llegar a V

(es igual la letra, después de tantos años hasta mis recuerdos de ellas se confunden, tal vez siempre han sido una sola)

tienes perfectamente claro cuando una mujer te va a hacer pedazos. Y evidentemente no es su culpa, pues nunca te pidieron ni que te acercaras o que las enamoraras. Si te hicieron caso después fue gracias al cansancio o al aburrimiento. Y después las noches en vela y las llamadas que terminaban a gritos y los celos y los reclamos y las lágrimas, y después meses de pensarlas y no saber qué hacer con la memoria. Pero todo se inicia con el nombre, con la primera vez que lo dices para que empiece a meterse entre tus huesos: hasta la médula. Sólo supe el suyo y empecé a repetirlo en voz baja; cuando esperaba que saliera de su oficina con ese claro taconeo en la tarde, o que llegara presurosa por las escaleras del tercer piso su nombre colgaba de mis labios

[2] (Ayer fue su cumpleaños y olvidé dejarle mensaje en su buzón). Tendré que enviarle el poema de Fabrício Corsaletti. ¿Guardará las traducciones de Eluard que publiqué con dedicatoria para ella?

(que, he de confesarlo, se ocultaba detrás de mis dientes tan sólo aparecía su figura a la vuelta del pasillo)

y se quedaba a habitar en mí todo el día. Todos los días de la semana, de lunes a viernes, por todos los años que sólo conocía de ella su nombre pasaba lo mismo. Ella, claro está, no conocía el mío, y sólo imaginaba una y otra vez cómo sería mi turno de aparecer. Si acaso mi nombre me haría existir y lograría que compartiéramos el secreto de la mutua creación, de una nueva oportunidad de repetir el milagro. Llegaríamos a un lugar donde las películas vistas en solitaria saciedad serían siempre nuevas; las canciones tendrían acordes insólitamente irrepetibles y las tristes caminatas por las calles de la ciudad serían ahora un eco que erigiría piedra a piedra los cimientos de nuestra ciudad. Nos reinventaríamos y sabríamos juntos que el pan en la mesa no sería el mismo de tantos años atrás, lo paladearíamos junto a una copa de vino y el sabor cambiaría con cada bocado.

(Como los dos sabríamos de antemano que al amor hay que ayudarlo, para lograr este diario renacimiento no compraríamos dos botellas iguales. Sólo hasta que hubiéramos acabado con todas las marcas y todas las uvas y todos los ensambles regresaríamos a la primera y, para entonces, tendríamos el cabello un poco más gris y algunas dolencias compartidas)

Incluso, tal vez, la casa estaría menos sola, o mejor dicho, más acompañada, porque siempre imagino poner en el canto de la ventana un letrero con su nombre, un letrero grande en el que su nombre ocupe el centro y a los lados estén los nombres de quienes puedan nombrarse junto a los dos. Y todo únicamente por habernos nombrado la primera vez.

Por nombrarme.

Por saberla nombrar.

Por nombrarnos juntos.

Porque el nombre crea. Y al crear se materializa en tus obsesiones y en tus miedos. Y una vez nombrado, no deja de mirarte por encima del hombro, pendiente, acechando el momento de meterse en tus páginas y en el filtro de los cigarrillos que fumas para

no dejarte solo. La sombra que el nombre deja es más fuerte que el nombre mismo.

*

Tonalli se encontró cansado y viejo frente al espejo. El lavamanos y su base de bronce muestran heces de la sangre que el agua no puede quitar. En esos breves enseres se resumen el día y la noche. En estas épocas de rebelión se juntan las sombras de los justos y de los infieles, y caen juntas por las manos toscas y heridas de Tonalli. El cabello espesamente obscuro no hace por ordenarse sobre sus hombros de indio bocapinta. A su más de medio siglo se le unen en las comisuras de la boca los disgustos de ver la sangre correr por la fuerza de sus brazos. En quinigua canta para espantar la madrugada y apresurar el amanecer. El ruido de la calle vacía a las tres de la mañana en la ciudad puede ser de lluvia que lastima los faroles, o del polvo que viene del lago desecado y se mete entre las puertas de madera y las hinche y las hace rugir.

Si no fuera por el silencio que habita a su alrededor, Tonalli no distinguiría el sol ni las estrellas. Después de haber cumplido con la sentencia y recibir su pago, se encierra en la taberna del viejo Altuna, donde todos saben que saldrá hasta la siguiente ocasión. En un tapanco de la taberna descansan las posesiones de Tonalli: la túnica blanca de ejecutor está debajo de la almohada; la camisa que usa debajo, hecha con fibras de agave, está junto al pantalón en un rincón custodiado por un machete romo; la jícara en donde recoge el pulque que lleva para dormir o el aguardiente para velar las armas que son sus manos está siempre cerca de la pared. En la parte trasera de la vecindad está la cobriza palangana que ahora es testigo del cansancio de Tonalli.

Desde el principio de los tiempos en que abandonó a su gente y prefirió errar por el desierto a seguir sojuzgado por indios menos ardorosos que él, Tonalli trashumó meses por el Valle del Pilón hasta encontrarse un día de abril, cobijado por la sierra, con quien cambiaría el mundo ante sus ojos: un arúspice, según se presentó. Con el cabello sujeto por una cinta, con ropaje negro y ojos profundamente esplendentes, liaba un tabaco y parecía que

esperaba su llegada. Tonalli, acostumbrado a servir, bautizado con un nombre alejado de su terruño, lo miró desconfiado. Ni indio ni barbado, el arúspice habló en la lengua de Tonalli de los árboles y de la ira, del amor y del fuego que consume el cuerpo y el apetito. Juntos caminaron, encontrando entre las ramas, la comida y el agua por debajo de la tierra. Al final del día tercero, Tonalli escuchó una sola palabra que lo convenció de seguir el camino emprendido. Sed, escuchó, y vio frente a él, señalado por el hombre de tormentas en los iris un camino llano por el que habría de caminar tres noches y sus horas hasta encontrarse con la villa de San Mateo. Ahí la sangre eran horas que corrían entre el sol que nunca se ocultaba. El silencio del pueblo era como los días de guardar que Tonalli aprendió de niño. Y encontró la carne que se le ofreció abierta para beber entre sus pliegues. La lluvia y la noche llegaron a la villa de San Mateo y supo que era distinto. Dejó el pueblo y la carne abierta detrás de sí y buscó a quien le señaló el camino. Y ahora ante el espejo, Tonalli está viejo y cansado. En las fibras de agave, el rojo de la sangre se expande y llega hasta los codos. Las manchas en el pecho, minúsculas, son sólo una impronta más que lleva por haberse rebelado. Los rayones en la espalda y en los brazos languidecen ante el color rojo que empieza a caminar por su piel. La hora ha llegado. Tonalli vuelve la mirada al repique de las campanas que anuncian la hora del suplicio junto a tres golpes secos en la puerta. Antes de salir de la crujía, los carceleros dispensan la última mirada que verán los ojos de los condenados.

*

Teóricamente, la muerte por garrote vil era instantánea. Se le llamaba garrote aunque era un collar de hierro asido a un torno (o tornillo) con una esfera en el otro extremo. Provoca la dislocación de la apófisis de la vértebra taxis sobre el atlas en la columna cervical.[3]

[3] *Tratados modernos para la muerte indolora*, de Alba M. Garibay, España, 1979. (¿Por qué se le llamaba garrote vil y en México estaba destinado a los nobles?) Recordar: *Gazeta de México*, 11 de noviembre de 1789.

(¿Nunca se te irá la sensación de que escribir es una pérdida de tiempo y que sólo te ha servido para conocer una decena de datos inútiles?)

No sé por qué tengo la manía de poder escribir sólo en las noches. Mañana tengo que levantarme temprano y sigo aquí, cinco días con la misma historia y no le veo final. Sé quién muere y cómo y por qué, pero todavía no encuentro cómo decirlo. Ya se hizo tarde. Cada que la vecina del departamento de abajo sale a esta hora me angustio. Ella es mi reloj: todos los días a las once de la noche, diez minutos más o diez menos, de lunes a viernes. Tarda no más de cuarenta minutos y regresa. ¿Algún amante? No creo, no es precisamente agraciada

(¿por qué no escribes fea, simplemente?; es más fácil decir las cosas por su nombre)

aunque siempre hay en este mundo historias que contar. Si no fuera por la luz del estacionamiento que se enciende por el sensor de movimiento, yo nunca habría reparado en ella. Si estoy escribiendo no me molesta. A lo sumo me acongoja que me vea por mi ventana desnudo encaramado en la máquina; pero cuando duermo la luz ilumina mi cuarto, y si la ilumina me despierto, y si me despierta la veo. No va arreglada, viste ropa de calle, toma su auto y se va. Ya regresa y la luz se enciende de nuevo y puedo verla caminar hacia su edificio. Es decir que son casi las doce. Sí, media noche. No escribo más. Tengo que revisar el documental.[4]

Me ha dejado angustiado la pasividad con la que hablan de la muerte. ¿Cómo es posible que alguien vea que matar es su oficio, tanto como el que vende o el que sirve mesas? No es lo mismo matar por obtener algún beneficio

(piensa en todos los párvulos sicarios)

que ser constante en el acto de matar.[5] Siento que la piel me revienta de picazón. No sé

[4] Convertir a DVD: *Queridísimos verdugos*, Basilio Martín Patiño, España, 1977. 1 hora 40 minutos.

[5] Buscar: *La pena de muerte como acto civilizador de nuestro tiempo*, ¿? Rodríguez, Nuevo León.

bien cómo pero me dejó con la sensación de que la muerte me observa, o menos dramático, que alguien me observa. Seguramente es la calma con la que cuentan el modo en que mueren sus víctimas. Tampoco puedo dejar de lado que los últimos que murieron por pena capital, o sea, legalizada, fueron opositores a la dictadura: en plaza pública, frente a todos. Un anarquista fue el último al que se le aplicó la pena y no fue hace más de treinta años, treinta y cinco quizá, pero yo ya empezaba a inventar historias cuando ese infeliz se quebraba. Va a amanecer y sigo aquí. Prefiero escribir a pararme de la silla y ver mi casa oscura. No creo en el demonio; pero de que existe, existe. Si fuera una historia paranormal, el viento chillaría y tendría miedo de la lluvia que azotaría mis ventanas

(que por otra parte tienes que mantener abiertas por el humo del cigarro)

y espantaría a la gente en la calle. Los ruidos de los vecinos no ayudan a tranquilizarme. Empiezan su día y el sonido que provocan parece más de alguien que está destazando un cuerpo que preparándose para la jornada. Además llevo un par de horas, desde que terminé de ver el documental, que me sugestiono por todo. Juro que había dejado la puerta del cuarto cerrada para que no se llenara de humo, me paré al baño y estaba abierta. Aunque también puede ser que esta botella era de vino blanco cuando la compré, y ahora lo encuentre tinto. Empiezo a imaginar y me llega el miedo. Siempre seré el niño que en cuanto caía la noche corría a encerrarse debajo de las cobijas de sus padres. Ya amanece. Y no tengo ganas de seguir.

*

Tonalli escuchó el *dictum* con impasible cansancio. A diferencia de los condenados, él mostraba el rostro. Y se había acostumbrado a que rehuyeran de él. A comer solo en los merenderos de Santa Gracia o a dormir en el tapanco del viejo Altuna. A tener que bajar la vista cuando pagaba las pocas onzas de oro que llevaba encima para sentir el calor indiferente de las mujeres del Tarasquillo. El alcalde mismo fue quien leyó la sentencia. Tonalli

sabía que Emparán disfrutaba de esos momentos, y si no fuera por su edad, él mismo giraría el torno. Casi sintió lástima cuando escuchó el modo en que los apresaron y confesaron sus delitos. Durante un prodigioso segundo tuvo la idea de girar el torno hacia el lado equivocado, para romperlo y así salvar la vida del primer reo, y cuando menos postergar el suplicio de los demás. Tonalli se permitía una ligera sonrisa cuando sintió que lo miraban, aunque tal vez fuera la inquietud de ver que sólo uno de ellos no temblaba. Los tres embozados por el capote negro eran iguales, pero mientras dos habían humedecido las tablas debajo de ellos, uno permanecía serenamente orando. Tonalli sabía que oraba porque escuchaba repetirse la misma palabra de tanto en vez. Y pensó que quería ese carácter cuando llegara su hora. Revisó que todo estuviera en su sitio: la jícara, su ropa de fibra de agave y el costal de yute. Sabía que tendría que ir a refugiarse con Altuna muchos días, hasta que se pasara el estupor de quienes verían sus brazos fracasar desde el segundo intento. Sentía sus brazos cansados o tal vez fuera que se negaban a seguir; se empeñó en encontrar el punto exacto en el que se rompería la espalda, con una vuelta al torno bastaría por cada uno; pero esa mirada encima de su espalda lograba que sus músculos se negaran a obedecerlo. Terminó el *dictum* y nombraron al primer ejecutado. Tonalli, fiel a su oficio, lo olvidó en cuanto fue dicho. Lo sentó en el taburete y acomodó el collar de hierro alrededor del capote. Tomó el torno con la mano izquierda como apoyo y colocó la derecha para ser la que diera el impulso para que la esfera besara el cuello del condenado. Los gritos de la gente languidecían para los oídos de Tonalli mientras maniobraba el armatoste. Antes de dar el primer giro –y Tonalli quería que fuera último–, vislumbró entre la multitud a quien no era ni indio ni barbado; con el cabello sujeto por una cinta, con ropaje negro y ojos profundamente esplendentes, liaba un tabaco y parecía que esperaba a que lo reconociera; sonrió y le dio la espalda al patíbulo. Con cada paso se alejaba de la ejecución, y cada paso era una vuelta más al tornillo. Tonalli sabía que el arúspice no había perdonado la rebelión, que lo seguía de cerca: lo miraba siempre. El primer condenado murió cuarenta minutos después, ahogado en su propia sangre; el siguiente, fuera de

sí por el dolor, cuando le quitaron el collar de hierro para empezar de nuevo el suplicio se aventó con tan certera fortuna que se desnucó y murió al instante. El último tuvo que ser rematado a palos hasta reventarle la cabeza por los gritos que profería. Cuando los tres cuerpos dejaron de sentir, Tonalli tomó el saco de yute para terminar su labor.

*

Es tarde y tarde es para llamarla por su cumpleaños. Sé que de vez en vez me extraña, como yo extraño sus desdenes. O tal vez en algún momento le hicieron falta y ahora los aguanta por costumbre, por no dejar esa parte de ella, tal vez la que más desprecia, pero esa parte estuvo enamorada. Y ahora son sus manías que la conformaban las que habitan esta casa. Se vuelven sombras en la pared y risas en el eco del baño y ansias de escucharla dormir.

(no es A ni V ni X, sólo estoy cansado y tengo miedo de estar a oscuras en mi propia casa. Al fin y al cabo, ninguna de las tres vivió aquí, pero es más la imagen, pues, más el significante que el significado)

Estar aquí es saber que cualquiera de ellas pudo compartir conmigo la luz de la vecina que sale de noche; a la que grita; a quien deja su basura o a la amante del cuarto piso; al guardia que siempre te pide prestado. Pero ninguna fue y siento que las sombras me siguen; una sola, cuando menos, la que construyó mis obsesiones. Sólo la nombraste y se quedó a vivir en ti. Sientes su sombra todos los días desde el primer momento en que lo pronunciaste. Hiciste vivir una fantasía que ahora no deja que vayas a tu cuarto a dormir por las noches; mejor escribir hasta que amanezca. La historia casi la acabas, y todavía no has escrito del paso de Mercurio, y te pasaste semanas leyendo libros de astronomía para saber que la mediación iniciará a las once de la noche con cuarenta y dos minutos.

(la vecina ya se va, y ahora sí va maquillada)

Y otra vez su sombra. Será que cada vez que escribo de ella

(la sombra se entiende –nunca puedo evitar las anfibologías–)

se clava en mis paredes y la pienso y la extraño.

(ya no es una letra, simplemente es la advocación)

Siento que cometí un error al querer nombrarla. Sé que me observa y que está junto a mí y que ya se metió entre estas páginas. La siento al lado mientras escribo que escribo de ella. Y si no volteo, no es por miedo a saber que está detrás de mí, sino porque no quiero dejar de escribirla.

(la puerta del clóset del estudio está desacomodada, y juro que ayer en la noche estaba bien)

*

Tonalli sonríe cuando no encuentra al arúspice, ni indio ni barbado, entre la gente que queda después de la ejecución. La tormenta de sus iris ya no lo reconviene. Después de la larga agonía de los condenados, Tonalli guardó en el saco de yute lo que la ley exige: la mano derecha de cada uno de ellos.

Son las once cuarenta y dos y la vecina acaba de llegar. Mañana es miércoles. ¿Será posible que sepa que estoy pensando en su nombre? La sombra de su nombre es la que no me deja. Nombrar es crear y crear es saberse un pequeño dios. Pero qué se hace cuando el nombre se rebela y se encaja en las cortinas y en las hojas de los libros; cuando observa tus noches plagadas de memoria y encuentras su sombra en el café de la mañana y en el lado de su cama. En la espalda resientes el peso de su nombre y lo llevas a rastras por la ciudad.

Tonalli lleva su carga por la calles y deja el primer mandato. La gente de la plaza lo mira con una mezcla de respeto y asco; con una cuerda sujeta la primera mano mutilada y la cuelga de un farol. Tonalli, detiene su parsimoniosa encomienda y observa la calle repleta de curiosos. Detrás de ellos descubre la tempestad del iris sonriendo. Sabe que no es la última ejecución. Mientras el arúspice no deje de mirarlo, sus manos resbalarán del tornillo y la sangre arqueada manchará los puños de su camisa. La mirada se enquistará en Tonalli y en Tonalli quedará la sombra que siento que me observa. Su voz no dice nada pero sé que me mira por encima del hombro. Su silencio respira sobre mí, para hacerme

saber que siempre está, que nunca se ha ido, que desde el principio de todo le pertenezco como le pertenece a Tonalli la segunda mano que deja frente a Palacio, para que la vista pública sepa del escarmiento de no cumplir con las leyes impuestas. Las campanas de la Catedral tocan a rebato como ahora tocan a mi puerta y está oscuro. Juro que la puerta de mi cuarto estaba cerrada para que no llegara el olor a cigarro y juro que el vino era blanco. La copa cae mientras Tonalli llama a la puerta. La puerta se abre. Se abre para dejar ver el tercer encargo. El encargo lo deja Tonalli frente a mí mientras me observa. Me observa y sólo puedo ver la figura del indio bocapinta alejarse. Se aleja y sólo sé que la tercera mano cercenada, trémulamente tibia, está frente a mi puerta.

Irasema Fernández

Cabeza de globo

para Mario Martz

Lucía cada día hablaba menos y, aunque le gustaba mucho, le costaba el doble de trabajo que a cualquier otra persona. En su cabeza ponía con mucho cuidado una palabra tras otra para que se entendieran bien. O volteaba el orden por si así se entendían mejor. Y cuando ya tenía lista una oración ponía las dos manos sobre la boca y la pronunciaba con un hilito de voz: comprobaba si nada raro le había sucedido, si expresaba justo lo que ella quería y si podía decirse en voz alta. En ocasiones pronunciaba cosas terribles, sonidos sin sentido, alaridos que le hacían timbrar sus labios y le desorbitaban los ojos, palabras sin significado salidas de quién sabe dónde, y entonces tenía que empezar de nuevo. Lu, como le decían de cariño, apenas comenzaba a leer. Había letras que le preocupaba no aprenderse como la "x", la "w" y la "z": las remarcaba una y otra vez con diferentes colores en su cuaderno de ejercicios. Le parecía que las palabras ya escritas eran un atrevimiento, marcas indelebles, algo bien pensado que ejercen los adultos. Luego se dio cuenta de que no. Cuando caminaba por las calles al lado de su madre, observaba letreros a los que nadie prestaba atención.

Pocas veces sentía la urgencia de decir algo: era un problema porque para eso necesitaba privacidad y que nadie se diera cuenta de su método. Cuando su frase estaba lista alguien más le ganaba la idea por unos segundos. Lu se desanimaba rápidamente, tenía

miedo de que todos pensaran que era idiota. Hasta que lo dijeron una mañana en el salón de clases: *Lucía no puede hablar porque es tarada*. Eso le enojó, pero no quiso defenderse. Llegó a casa con el ceño fruncido y con pasos del peso de un toro. Quería subir las escaleras hasta su habitación y echarse en la cama, pero su mamá la detuvo. *Hija, ayúdame a preparar la mesa para la comida y háblale a tu hermano para que vaya por las tortillas, ¿me escuchaste? Ah, y además tenemos que forrar tus cuadernos, ¿ya sabes de qué color los quieres? Naranjas,* dijo Lu dentro de su cabeza. *¿Rosas, morados o turquesas?*, preguntó su madre. *Los quiero naranjas*, pronunció con la boca tapada y en voz bajita. *¿Dijiste algo?, ¿qué dijiste? Que naranjas, por favor. ¿Naranjas?, ¿desde cuándo te gusta el naranja? El año pasado te compré un overol naranja precioso con una Hello Kitty y se lo tuvimos que regalar a la hija de Conchita. ¡Ay!, ya ves qué necesitados están ellos, y a su niña se le veía precioso; en cambio tú, que nada, lo despreciaste. ¿No prefieres que los forremos de color turquesa? Dicen que es el color preferido de todos los niños, el de moda, y los cuadernos se verían muy bonitos con un toque de naranja. Hija, hay que saber cómo combinar las cosas: es de buen gusto.*

Lucía tardaba unos segundos en responder cada pregunta, excepto las de su madre, que eran veloces y grandes como los vagones de un tren: venían en hilera y no parecían acabar. Lu corría al baño, se ponía en cuclillas y comenzaba a practicar las respuestas. Cuando tenía lista la primera, su mamá ya no se acordaba de lo que había preguntado y, muy al contrario, hacía más y más preguntas. Lucía enmudecía el doble porque no sabía qué responder primero. Suspiraba profundo y se retiraba rendida: no tenía caso. Sus papás comenzaron a interesarse por su peculiar forma de no hablar. *¿Qué dices?, es una niña muy lista, de pocas palabras. ¡Ay, Emilio, no entiendes nada!, la niña apenas dice "pío" y ya no se le puede hacer hablar en español. El otro día repetimos el abecedario juntas y por poco no le sale la eñe. ¿De verdad?, pero cuando habla todo se le entiende. No, no, dice una cosa de vez en cuando; a veces me da la impresión de que no le gusta el español. ¿Será?* Los papás de Lucía decidieron que le vendría muy

bien aprender otros idiomas; después de todo, tal vez el español no estaba hecho para ella. Citaron a profesores que hablaban diferentes lenguas, para saber qué idioma le vendría mejor.

¡Mírenla, dibuja mucho, el mandarín le vendría perfecto!, dijo uno. *¿Por qué no probar con el cungo? Con chasquidos se las arreglará muy bien, las cuerdas vocales casi ni se usan*, dijo otro. *¡El español es la lengua de Cervantes! ¿Quién querría hablar otro idioma? Esta muchachita es muy osada, ¿que tiene cinco años? Enséñele a leer con el Quijote y ya verá. Nada como unos catorrazos de buen castellano,* expelió el más pedante de los maestros. *¡No, no, no, señores, deben confiar en el alemán! Nosotros hacemos que todas las palabras del mundo quepan en una sola. La niña se sentirá como en casa.* Los papás de Lucía quedaron maravillados con los argumentos de los profesores y los contrataron a todos, incluso a la maestra de inglés que no dijo nada y al de francés que no llegó. A partir de esa semana la vida de Lucía se llenó de sonidos extraños.

En el salón de clases escribía las letras con un trazo muy suave, apenas visible. La maestra del salón no entendía qué pasaba, sus letras parecían una fina tela de cebolla. Lu tenía diez en todo, menos en pronunciación. Los profesores de idiomas estaban igual de confundidos y empezaron a echarse la culpa. El de español culpó al de alemán, porque no era un lenguaje apto para niños. El de alemán al de francés, porque todos sabían que hay consonantes en el francés que nadie pronuncia desde hace siglos. El de francés al de cungo, porque le parecía una lengua anormal que ponía todo de cabeza. El de cungo culpaba a la de inglés y la de inglés al de chino. Tenían la hipótesis de que eran muchos idiomas para una niña tan pequeña, a la que seguramente se le había revuelto la cabeza con tanta palabra; pero ninguno de ellos deseaba perder su trabajo, así que no insistieron demasiado.

Lucía se hacía más inteligente, aunque nadie lo notaba, ni siquiera ella. Lo único evidente era el constante crecimiento de su cabeza que almacenaba seis veces cada palabra del mundo. Conforme pasaban las semanas, la cabeza le crecía un poco más. Era una suerte que no usara sombreros ni lentes porque pronto nada le habría quedado. Parecía un globo aerostático que quería volar

lejos de su cuerpo tan chiquito. Sus ojos tenían el mismo tamaño que los ojos de un caballo, en su nariz cabían dos conos de helado y su boca era diminuta. Cuando Lucía caminaba, la cabeza se le meneaba de un lado a otro. Como todos creían que era tonta y su cabeza en apariencia era hueca, comenzaron a decirle "La piñata" en la escuela. Ella intentaba cubrirse los ojos, pero sus manitas apenas le alcanzaban para tapar uno. Las lágrimas le brotaban, recorrían su cara en un largo trayecto desértico y se evaporaban antes de tocar su barbilla.

Los cambios de su cuerpo comenzaron a ser drásticos: al poco tiempo los aretes se le perdieron en los lóbulos de las orejas y los audífonos de chícharo parecían cubetas echadas en un pozo profundo. Su oído comenzó a especializarse porque todos los sonidos se acomodaban dentro y, aunque los ojos se le resecaban con frecuencia, tenía una vista que abarcaba todo. Lo que menos le gustaba era usar el doble de champú y pasta de dientes. Perdía tiempo cepillando su cabeza y poniéndola a secar en el patio antes de salir a la escuela. El meneo de su cabeza llamaba la atención entre los vecinos; creció tanto que un día ya no pudo pasar por la puerta y tuvieron que habilitarle una ventana con escalones. La gente la observaba con curiosidad, querían ver hasta dónde llegaría y si de verdad la cabeza se le separaría del cuerpo. También imaginaban que si un día estornudaba sacaría medio litro de moco. Lucía se sentía muy fea: su único consuelo era saber que era idéntica a las muñecas comerciales y de moda que todas las niñas tenían.

Así transcurrió su vida hasta que un sábado por la tarde perdió el equilibrio y cayó al suelo como un yunque, o una bola de demolición. Se quedó boca arriba un par de horas hasta que su mamá la encontró tendida sobre el suelo moviendo los pies de un lado a otro, intentando balancearse: *Lucía, ¿qué haces ahí?, levántate. No puedo*, respondió mentalmente. *Te vas a ensuciar el vestido. No puedo. No puedes qué. Pararme.* Ana intentó levantarla, pero tampoco lo logró. *¡Santo Dios, ¿qué está pasando?! ¡Emilio, córrele, ven! ¿Qué pasa? La niña no se puede levantar ni yo a ella. A ver, ay, qué pesada te pusiste, chiquita. Es tu culpa, te dije que la lleváramos a un psicólogo. ¿Mi culpa? Tú contra-*

taste a todos los maestros. ¡Fuimos los dos, no te hagas! ¡Pues entonces cancela todo y hazte responsable de tus errores, carajo, estoy hasta la madre!

Mientras discutían a Lu se le remarcaban las venas en la cabeza de lo furiosa que estaba. Y estalló. Pero no fue cualquier estallido. Estalló con la propulsión de todas las palabras guardadas en su cuerpo. Lucía ¿voló?; más bien se echó a correr por toda la casa como un globo que se desinflaba. El aire de sus palabras no cesaba, los gritos duraron varias horas. Su hermano se puso audífonos y vio videos en Internet. Lucía pronunció palabras en todos los idiomas. Palabrotas. Si alguien se hubiera tomado el tiempo de contarlas podría haber llenado: doce camiones de mudanza, cuatro vagones de metro, dos roperos y tres latas de atún. La vibración de sus gritos rompió cristales, mareó a los pajaritos de la colonia y detonó la alarma de algunos autos. Lucía sentía que algo se había destapado y, para suerte de la colonia, los gritos finalizaron a la hora de la serie de Netflix más famosa de la temporada. Su cabeza casi conseguía tener un tamaño normal. Su mamá se sintió aliviada y le sirvió un plato de cereal con leche; abrazó su cabeza por primera vez en muchos días.

Pero después ya no la abrazó tanto porque Lu parecía periquito. Hablaba en una lengua mixta, utilizando los idiomas aprendidos. La gente tampoco quería acercarse a ella porque era insoportable. Si alguien pronunciaba una palabra, ella le seguía con otra inteligible, nada más porque sí. Lucía no notaba cuando la gente ya no deseaba escucharla más y tampoco le importaba: ahora cada palabra podría ser intervenida según su lógica cerebral. Sus papás la llevaron con todo tipo de terapeutas para que le arreglaran las palabras, pero desistieron pronto, sin buenos resultados. Al final, Lucía se hacía entender para las cosas básicas con sus palabras favoritas, como cualquier extranjero, y con eso bastó para que la dejaran en paz. Ya no le interesaba hablar. Disfrutaba más, en cambio, dibujar con plumones de colores, tocar su ukulele, figuras de plastilina, castillos de arena, teatro de sombras con sus manos, recolectar objetos y clasificarlos por color y textura. Eran actividades que le ocupaban tanto tiempo que casi se olvidaba de las palabras que, después de todo, tal vez

no estaban hechas para ella (aunque eructaba alguna de vez en cuando). Hasta que una mañana sus manos comenzaron a crecerle del tamaño de un pastel y Lu pronunció: *¡Oh, no!*

El clítoris de Moreen

para Ezra Alcázar

Si no se lo cortan un día te comerá cuando hagan el amor, me confirmó Imamu en el recreo. *¿Y cómo lo hace? Crecerá mucho sin que te des cuenta y, ¡zaz!, te devorará de un bocado; todas las mujeres lo tienen, por eso se los quitan antes de casarse.* No imaginaba cómo un clítoris podría comerse al gordo de Imamu. Después de la escuela intentamos comprender a los clítoris y sus intenciones irracionales: ¿por qué quieren comerse a los hombres? ¿Todos los clítoris devoran del mismo modo o algunos poseen ciertos modales y aniquilan con velocidad?

Hicimos amplias anotaciones y conformamos una especie de bestiario con decenas de letales clítoris: clítoris cascabel que lanza ácido cuando orina, clítoris con cinco filas de dientes, clítoris cubiertos con baba venenosa, clítoris con arpón, clítoris que te succionan el pene y lo rompen en un poderoso abrazo de clítoris. Imamu y yo juntamos un poco de dinero y nos compramos una planta carnívora, porque la forma era similar a una vulva y nos parecía extraordinario que una planta se alimentara de sangre y seres vivos: como los clítoris. *La naturaleza es misteriosa*, pronunció el gordo como si él hubiera inventado esa frase. Acordamos que, cuando juntáramos más dinero, nos compraríamos una víbora cascabel.

Moreen era una compañera del salón de clases que no estaba casada, pensamos que ella era tan buena que seguramente ya no

tenía su clítoris, aunque escuché decir que ellos, los clítoris, tienen una conciencia diferente a la de las mujeres. Muchas mujeres se dejan engañar por sus clítoris. Nunca se ha sabido que un clítoris se haya comido el brazo de su propia ama o que les hayan echado ácido a las caras de sus madres cuando les limpiaban la cola de bebés. Las quieren. Los clítoris sólo odian a los hombres, son celosos, no toleran que los hombres toquen a sus amas y les hagan el amor, y por eso hacen lo que hacen. Mi padre dijo una vez que los clítoris son enemigos de la reproducción y no comprenden que hacer el amor es una obligación para mantener la vida en la tierra. Quería preguntarle a Moreen si ella aún conservaba su pequeño monstruo. Aunque he escuchado también que muchas niñas los tienen dormidos, y les despiertan a los doce años. En el salón de clases todos teníamos once años, incluida Moreen, así que faltaba poco para que sus esperpentos estiraran los brazos. Excepto a aquellas que ya no lo tenían porque se los quitaron cuando nacieron, al igual que a los niños nos hacen la circuncisión. Imamu y yo jugábamos a adivinar cuál niña tenía clítoris y cuál no. Quisimos hacernos expertos en observar, para saber si algún día escogeremos a nuestras esposas correctamente, sin que nos devoren.

Le pregunté a mi madre si ella podría asegurarme que el clítoris de mi esposa no me comería, y ella me lo prometió. Mi madre es buena, no tiene clítoris; se lo quitaron a nuestra edad, cuando la casaron con mi padre, por eso es una mujer fiel y buena. Se ocupa de nosotros y sólo tiene ojos para el amor de mi padre, aunque mi padre sea duro con ella de repente. En cambio, el tío Juma mató a la tía Mehera porque su clítoris lo engañó con otro hombre, y después quiso atacar a mi tío.

Imamu y yo hemos dibujado la historia de cómo el tío Juma salió victorioso en la batalla, aunque inventamos muchas partes porque no conocemos bien a bien la historia. La familia tuvo que juntar treinta y dos vacas para quedar a mano con la familia de la tía Mehera por su asesinato. Aunque el tío Juma aseguró que su mujer era una bruja y que varias veces vio cómo el clítoris se le despegaba del cuerpo por las noches para salir por la rendija de la puerta y cazar hombres. Una vez fuera de la casa incrementaba su

tamaño como el de un oso y se escondía entre los árboles esperando a su presa. En una noche podía comerse hasta a dos muchachos, después se hacía chiquito y se arrastraba como babosa hasta el cuerpo de mi tía. Cuando el clítoris atacó al tío Juma, tuvo que matarlo con todo y tía, porque para ese momento ella lo traía pegado a su cuerpo. Le pedí una y otra vez que me contara con detalle cómo sucedió, con la esperanza de completar la historia en nuestros dibujos, pero me gané unos buenos golpes a cambio.

Pensé que si dibujaba muchos clítoris, un día encontraría la respuesta por mí mismo. Imamu me ayudó con las ideas. Comencé a convertirlos en todos los animales que se me ocurrían, las similitudes con las especies marinas y terrestres. Me fijaba sólo en los animales letales, porque un panda clítoris no podría existir. En cambio, un pez globo clítoris sí.

La otra vez Imamu me jaló del brazo a la hora del recreo y me llevó al taller de mecánica de la escuela, me dijo que había encontrado una suricata con clítoris y la había atrapado en una cubeta. *Necesitamos provocar al clítoris para saber cómo ataca.* Yo tenía miedo, pero Imamu me aseguró que si todo salía bien, el clítoris de la suricata crecería igual a su tamaño y no sería difícil matarla entre los dos; a menos que lanzara veneno, porque ahí sí nos podría ir muy mal. Entre los dos agitamos la cubeta hasta que la suricata se desmayó, sólo así pudimos sujetarla por las cuatro extremidades. Se le veía el clítoris. Imamu tomó uno de los alambres que se encontraban en el taller, prendió una vela y lo calentó para pincharle los genitales. La suricata cobró conciencia con la primera quemadura y quiso escapar, pero estaba bien atada. Rogamos para que su clítoris permaneciera en su cuerpo y no se le despegara como a mi tía Mehera. El animal chilló y chilló. Hicimos varios intentos, pero de nada sirvieron. Así que la soltamos. Apenas se podía mover. *Con las suricatas no es así: ellas, al igual que las ratas, contienen y transmiten otros males a la humanidad, pero a su modo*, concluyó.

Siento que Imamu no estaba tan obsesionado con el tema de los clítoris, como sí lo estaba de Moreen. Cada vez hablaba más de

ella, las formas de su cuerpo flacucho, los útiles tan ordenados, su letra perfecta, y toda esa información la aterrizaba en su clítoris.

A mí, en realidad, comenzaba a aburrirme nuestra investigación. Le pregunté si no prefería incendiar nidos de hormigas, pero Imamu insistió en que ya estábamos cerca de terminar nuestra búsqueda, y que el clítoris de Moreen resolvería nuestras dudas. Durante una semana la observamos con detalle cuando entrenaba basquetbol. Moreen no es como las otras negras, tiene pegada la piel a los huesos. Por eso Imamu la eligió, piensa que el clítoris se le notará más a través de las licras, pero no hay rastro.

¡Ey!, Moreen, necesitamos de tu ayuda, dijo Imamu a la salida de la escuela. Ella se acercó tímida con sus lentes rotos. *Escucha esto: el otro día Khamisi y yo encontramos una suricata hembra con una gran bola y sospechamos que es un clítoris, ¿verdad, Khamisi? Pero ya sabes, como somos chicos no podemos estar seguros y por eso necesitamos que nos ayudes a confirmarlo, es para un experimento. Mira, Khamisi, enséñale nuestros dibujos.* En ese momento me sentí avergonzado de mis dibujos. A Moreen le dieron asco los bocetos, sobre todo el clítoris ciempiés y el clítoris sapo venenoso. Mentalmente los tachoné si ella no los reconocía era porque tal vez estábamos yendo hacia el lado equivocado. En cambio, se sorprendió mucho cuando vio el clítoris dentado y me pareció que podía ser buena señal. Después de unos jaloneos y la insistencia de Imamu, Moreen accedió a acompañarnos al taller. Estaba abierto y nadie nos vio entrar. *Uy, ya no está la suricata donde la dejamos, Moreen, pero es importante que sepamos cómo son, tienes que enseñarnos el tuyo.* Imamu nuevamente la tomó por los brazos hasta que la tiró al suelo. Le sacó sus zapatos blancos y los lanzó al montón de fierros que estaban apilados en la parte trasera del taller. Moreen se resistió pero no gritó, tal vez porque Imamu tenía más fuerza, no sé. *¡Khamisi!, vigila la puerta, si alguien viene me chiflas.* Me asomé un poco y no vi a nadie, ni siquiera a la conserje. Imamu logró sacarle las licras y tomó uno de los lazos con los que sujetó a la suricata para amarrarle las piernas a Moreen, pero ella tomó un fierro del taller y lo golpeó en los huevos con perfecta puntería. Se levantó, tomó su ropa y se echó a correr. Me empujó para que

la dejara salir, y la dejé porque no quería el mismo destino que el gordo. *¡Eres un idiota, Khamisi!, estábamos a punto de presenciar un clítoris de verdad*, dijo Imamu hecho bolita sobre el suelo. Tuve miedo de preguntarle si sólo planeaba ver al clítoris o si pensaba provocarlo al igual que la suricata, pues de ser así podría haber puesto en peligro nuestras vidas.

Buscamos los zapatos de Moreen para devolvérselos, pero sólo encontramos uno. Pensamos que podrían regañarla en su casa: los zapatos nuevos no se consiguen con facilidad. Así que prometimos regresar al taller al día siguiente para buscar el otro zapato. Pero no lo encontramos, lo más probable era que se hubiera quedado dentro del montón de fierros del taller y que se haya convertido en un nido para ratas. De nada había valido la búsqueda porque Moreen no fue a la escuela al siguiente día, ni el día después del día siguiente. Tampoco la otra semana. Comenzaron a correr algunos rumores. Decían que sus padres la habían castigado severamente porque había perdido la virginidad. Y la encerrarían varios días hasta comprobar si estaba embarazada o no, y de quién.

El más furioso era el papá, dijo un hermanito de Moreen en el recreo, porque ella tenía asignado un esposo desde meses atrás, y éste ya se encontraba juntando las vacas para el intercambio. Cuando el futuro esposo se enteró de lo sucedido se llenó de ira y quiso retirar la oferta, nos dijo, pero los padres de Moreen le rogaron que se quedara con ella y que aceptarían menos de la mitad de las vacas prometidas más unas cuantas monedas a cambio. Como debían asegurar el trato antes de que la familia se arrepintiera, mandaron a Moreen con la señora Maimuna, donde pasaría unas semanas en recuperación porque le iban a hacer "el corte". El hermanito de Moreen contó cómo ella se resistió y decidió escaparse de su casa por la madrugada. Ya tenía su mochila lista, pero el chiquilín se levantó con el ruido y comenzó a gritar que Moreen se estaba escapando. Ella se echó a correr y la alcanzaron en el auto muchas cuadras después. *Entonces sí tenía clítoris y no lo pudimos ver,* dijo Imamu.

En casa conté la historia de Moreen a mi familia. Mi hermana mencionó que "el corte ya estaba prohibido". Mi padre la hizo

callar; le gritó que no dijera tonterías y señaló que la ley es incoherente y siempre está en contra de los ciudadanos, que quienes hacen las leyes se protegen a sí mismos, y que los que gobiernan no viven nuestros miedos, ni nuestra realidad. Hay quien dice que la ley ha dejado que los clítoris vivan y maten para mantener el control de la natalidad, porque ya somos muchos. *Sin embargo*, dijo mi padre, *aún hay gente sensata que lo hace a pesar de la ley*, como la señora Maimuna, que a eso se ha dedicado toda su vida. La señora Maimuna vive cerca y es ella quien ha atendido a todas las mujeres de mi familia y de la familia de Imamu, y de la familia de todos en el pueblo. No hay un oficio más respetado en el pueblo que el de la señora Maimuna, y es por eso que ella ha educado a sus hijas en el negocio.

Moreen, naturalmente, debía estar con ella. Decidimos ir a la casa de la señora Maimuna para visitarla. Primero nos dijeron que no era lugar para los chicos, pero les respondimos que los clítoris no nos daban miedo y que, por el contrario, habíamos investigado y sabíamos cómo atacarlos si decidían matarnos. La señora Maimuna y sus hijas se carcajearon, nos dijeron que los clítoris sólo atacan a los hombres malos, y que en nuestro país casi no hay hombres buenos. Por eso hacen lo que hacen. Hicimos unos cuantos comentarios más, que al parecer les dieron mucha gracia y sólo así nos dejaron pasar. Dentro estaba oscuro, no había ventanas y los catres estaban divididos por sábanas que caían del techo sostenidas por unos ganchos. Había tres muchachas sobre los catres, entre dormidas y convalecientes. Al fondo se encontraba Moreen, acostada boca arriba, con las piernas abiertas como cuando las mujeres van a parir. Sentado en el suelo un niño tocaba canciones de cuna con el likembe. Llegamos a su catre e Imamu pisó sin querer una bandeja con agua que la despertó. Cuando nos descubrió sí que se asustó. *Hola, Moreen, ¿cómo estás? Venimos a verte porque no te vimos en la escuela, pero ya nos enteramos de todo.* Los ojos de Moreen se pusieron serios y su boca se arrugó. Quiso cerrar las piernas pero era obvio que cualquier movimiento, la ausencia de su clítoris, le dolía. Imaginamos que se sintió avergonzada porque vimos la costra que se le había hecho en la entrepierna. *Moreen, no te enojes con nosotros,*

tenías que estar aquí tarde que temprano, ¿verdad? Imamu ya no está enojado por el fierrazo que le diste en los huevos. Mira, al menos ya no lastimarás a ningún hombre con tu clítoris. Eso está bien. Le explicamos cómo el clítoris de mi tía Mehera se comió a varios hombres, y también que descubrimos que los clítoris de las suricatas eran inofensivos. Quisimos animarla diciéndole que cuando la ciencia avance tal vez le puedan insertar un clítoris de suricata.

A Moreen se le dibujó una sonrisa. Tenía apretada en su mano izquierda un frasquito de cristal con tapa de corcho y lo extendió hacia nosotros. Imamu lo tomó. Era un pedazo de carne al rojo vivo que se movía como una lombriz, se apreciaban unas finas incrustaciones de perlas y en su conjunto nos pareció ver una sonrisa minúscula con los dientes expuestos. El gordo estaba en lo cierto, Moreen había aclarado todas nuestras dudas.

Silvia de la Fuente

Padre de familia

Ya era hora de abandonar la ciudad de los hombres dormidos. Lo pensó durante mucho tiempo. Contempló la idea mientras aplazó sus horas en el escritorio para no llegar a casa. Siempre amó a sus hijos, luchó cada día contra el ego de su jefa para darles lo mejor; aunque hayan bajado los decibeles por el amor a su esposa. Y sí, lo pensó, *dejar los lunes, porque detesto lo que hago los lunes.* El hábito pronto se convirtió en maña, lo supo.

Apagó el despertador a las cinco treinta para correr unos kilómetros ametrallados de asfalto, cruzó la cortina de edificios para poder disipar futuros calambres, futuras arterias tapadas, colesterol en la sangre, ataques al miocardio, diabetes y tantas y tantas enfermedades que con o sin ellas no le garantizaron un céntimo más de vida. Así obedeció a lo que su esposa pseudohippie le inculcó: productos orgánicos caros y dejar las hamburguesas, ponerse corbatas y camisas, cortarse el cabello, hacer yoga, afeitarse, dejar a los niños. Pudo disfrutar de ese tráfico lleno de alegría, plastilina, y lo mucho que detestaban el betabel y la coliflor del lonche.

Lo supo en un semáforo. No lo pensó en cualquiera, no en aquellas luces cegadoras de Reforma o de Insurgentes; fue en alguna avenida enfrente de un café apenas abriendo de mañana, donde odió a toda esa gente con horas libres en sus mesas y *capuccinos latte* con leches *light* carísimas. Por un momento, pensó en dejar su trabajo, a su familia, en tomarse unas vacaciones de él mismo. Le encantó la idea. A cambio, sólo pudo ofrecer un suspiro de lejanía. La idea tuvo que esperar, sin germinar entre las ga-

vetas y estantes de sus anhelos: empolvándose. No deseó quedarse quieto, ahogado en horarios de oficina.

Amor, por qué dejaste la ventana del baño cerrada, ya sabes que se hace moho. Ése fue el detonante. El día de la última pelea pudo adelantar el trabajo de toda la semana. Se quedó quieto observando su monitor. Sopesó la idea de nuevo. Tecleó Facebook en el buscador. Estaba violando otra de las reglas de la esposa. Dio doble clic para entrar más rápido: *Gabriel*, *que es inseguro, te quita tiempo, mejor vamos a leer poesía experimental o a ir a la obra de teatro del amigo gay a quien no soportas.* Reabrió su cuenta. Tal vez sí será una realidad digital, pero que existe en los recuerdos, en fotos de antaño y en comunicación entre personas que no se ven todos los días. Otro clic para el álbum de fotos. *Mira, así estabas Gabriel hace poco, tan poco.* Otro clic para su lista de contactos. Germinó otra idea, zarandeó la estantería, floreció en él. Buscó a los amigos escritores, del mundo intelectual, del medio culturoso, de los artistas, los actores, su antigua banda de *rock* que hacía otro tanto no hablaba. *Qué ha sido de ti, ya leíste el nuevo trabajo de tal; sí nos fuimos a Chicago, de hecho presentamos una gira, los nuevos textos ya se publicaron, ¿y tú?, ¿y tú qué has hecho?* Fue bombardeado de mensajes, privados, públicos: era como si pudiera recobrar su vida de nuevo, como si nunca hubiera tenido hijos, o se hubiera casado, o hubiera ido a ese bar esa noche para conocer a una gringa *hippie* que dejó de querer siete años más tarde. Un clic y fue joven otra vez.

Quedó de verse con algunos compañeros de Letras y otros de Jurisprudencia. Tuvo la oportunidad de escuchar los chismes, los matrimonios aún en pie y los derrotados, sobre todo de los colegas que nunca imaginó juntos. Fue de nuevo al bar que vio crecer su cabello hasta los hombros, cuando se lo tronchó tan corto por un nuevo trabajo, cuando se amarró una corbata a la camisa y así, de repente, el bar dejó de verlo. Pero lo saludó como si no hubiera pasado nada, ahí estaban los mismos bancos incómodos, las bocinas de tamaño *jumbo*, y la cubeta de cerveza por ciento ochenta pesos.

Al llegar a casa, se tiró en el sofá. Sus dos hijos corrieron en avalancha, brincaron y sus rodillas pequeñas cayeron directo

en sus costillas. Rio con ellos: *¿qué carajos estoy haciendo?, no puedo retomar una vida que ya no existe.* Gabriel no sintió tener el derecho de retomar sus hábitos, sus hamburguesas, su grasa, levantarse diez minutos antes de las nueve de la mañana. *Pero es que ya no quiero besarla más.* Tal vez valió la pena el sacrificio, tal vez no tanto; pero es que la idea de tocar a quien era antes de casarse lo hizo sentir tan bien… volvió a su ciudad como un hombre despierto.

Abrió la regadera. A Gabriel no le importó el chorro de agua fría. Estaba tan cansado que no fue capaz de sentir dolor. El baño se llenó de vapor a los diez minutos. Él se recargó en la pared, le cayó la lluvia encima. No escuchó cuando Emily abrió el cancel de vidrio templado. Se puso detrás de él. Besó su espalda. Deslizó sus manos hasta su abdomen. Lo abrazó. Recargó su cara en su espina dorsal. Emily tocó sus testículos, alcanzó el glande, lo puso entre sus dedos. *You are so hot, baby.* Le dijo al oído. A Gabriel nunca le gustó que su esposa le hablara en inglés mientras lo masturbaba, pero era comprensivo porque a ella le excitaba mucho. *I love your cock. I just love it.* Cuando comenzaron a salir, a Gabriel nunca le importaron las frasecitas gringas. Pero hubo un momento donde le hartaron. Para él, *cock* y verga no eran lo mismo. La primera palabra no le provocó nada, mientras que la segunda lo endureció de inmediato.

Emily le volteó la cara, quiso alcanzar sus labios. *I need to suck you.* Él le mordió un labio. La tocó, no alcanzó a sentir su humedad porque todo su cuerpo ya lo estaba, o eso quiso pensar. Hurgó entre sus labios, el clítoris de cónyuge, lo conocía de memoria. No emitió ningún sonido. Trató de concentrarse y olvidar todo su cansancio. *Baby, please fuck me. Fuck me now.* Gabriel la volteó, ella se detuvo del vidrio evaporado. La penetró sin juegos sin titubear. *Tell me you like it.* Siguió concentrado. Pasó a sólo meterle la punta, mantuvo el ritmo medio, constante, pudo sentir la amplitud de los labios; se contrajeron pero no lo suficiente. *Oh yeah, baby, just like that.* La tomó del cabello corto, lo enjauló en la palma de su mano. Mantuvo sólo la punta dentro, jugó con sus pechos, pellizcó los pezones. Recargó su aliento en su oreja. *Yeah baby, Im gonna cum.* Gabriel se le fue encima, Emily

lo sintió por completo. *I'm cumminggg. Oh, God.* Él gozó del lubricante natural de su esposa. Miró su culo y pensó en la mamá de Luisito, el amigo de su hijo. Pensó en lo estrecha que debe de estar, porque le hicieron cesárea. *Oh sí, te gusta, te encanta mi verga*. Emily no estaba acostumbrada a escucharlo hablar en español mientras tenían relaciones. Él imaginó la piel morena, la textura y el olor de la madre de Luisito. No recordó su nombre, no le importó mucho. *Qué prieta estás, sí, sí.* Emily no entendió por qué pronunció esa frase, si ella era pálida. Gabriel fantaseó con aquella extraña, sabiendo que nunca iba a tener el valor de aproximarse, pero lo disfrutó mucho, como si fuera a suceder. Sacó su pene, lo zarandeó entre las nalgas de su esposa. Emily se enjuagó bajo el agua, que se enfrió poco a poco.

Abrieron la cama y sus colchas azul marino. Ella se sentó, Gabriel se acostó y apagó la luz de su lado. *¿Por qué me dijiste prieta?* Él medio le contestó: *¿Mmm? Me dijiste prieta mientras eyaculaste, ¿por qué? Mmm... no sé amor, fue de cariño. No es verdad, ¿en quién pensabas? Amor, en nadie, es un cariño, como decir chula, mi prieta hermosa. Pero… ¿eso sólo se les dice a las negras no? Jaja, no amor, a todas las mujeres de este país.* A pesar de haber vivido siete años en México, Emily creyó que aún le faltaban muchos términos por aprender. *Ah, y por qué empezaste a hablar en español, sabes que no me gusta. Pues nomás... a mí sí me gusta*. Emily quedó inquieta pero lo dejó pasar. También estaba cansada. Apagó la luz.

Su suegra enfermó de cáncer. No pudieron esperar hasta navidad para ir a Seattle los cuatro. Su esposa viajó sola, iba a marcharse por un mes. Gabriel no quiso admitirlo, pero sintió un alivio en su viaje: su ausencia. Ese mismo fin de semana fue a casa de su hermano; sus hijos y el perro jugaron hasta cansarse. Necesitó de su hermano. Se sintió tan culpable de lo que le pasaba por dentro, él era el indicado para escucharlo, pero… *¿y si soy juzgado?, ¿y si estoy mal?*

La semana transcurrió mejor. Llevó a sus hijos a comer pizza, quedó de verse con un amigo, el escritor. Iniciaron un nuevo proyecto, las ideas comenzaron a verbalizarse.

Después de la pizza, dejó a sus hijos en casa de su madre. Fue al metro, a la estación cinco: *tal vez todavía viene*. Encontró al mismo que le vendió libros, primeras ediciones, firmados, robados de acervos. No pudo llamarlo traficante de libros, pero era todo demasiado misterioso: se paseaba en la estación, los clientes llegaban, él entregaba el paquete. Amaba eso, a Gabriel se le encendieron las arterias de sólo imaginar la primera edición de poetas raros, inhóspitos, degollados en los escaparates literarios, pero con una sintaxis de revista.

Pasaron dos semanas, la estantería se mostró atiborrada de libros antiquísimos, sumándose a su colección, esquivando la humedad gracias a los empaques especializados. Encendió la *laptop*, navegó de un perfil a otro, entre sus amigas escritoras, sus amigos músicos no *hipsters*, de la vieja escuela. Después de unas horas, casi quedándose dormido, encontró a alguien que le gustó: "Lucía AP". Mandó solicitud, habló con ella: así de fácil. Y así de sencillo fue tenerle confianza, así de simple fue gustarle, así de asequible fue enamorarla.

Lucía era diez años mayor que él y doce más que su esposa. Pero su cuerpo y su mente lo envolvieron en consecutivas videollamadas fallidas. Abrir Skype/Llamar a Lucía/ Llamando...

Gabrieli… Holaaa. No te veo. A ver, ¿ahí? No. Déjame te vuelvo a llamar.

Llamar a Lucía/ Llamando...

Hola Lucy, ¿ya me ves? Sí, ya, uuyy, qué sonrisa tan linda tienes. Gracias Lucy, tú también. Oye, y ¿cómo me ves a mí? Muy guapa, te ves muy contenta. Claro, después de platicar tanto, pues habría que vernos, ¿no? Sí. ¿Y qué me dices? Ay, pues acabo de llegar de Cabo, precioso. Sí, me contaste que te iban a mandar a Los Ángeles. Sí, jaja, los diseños van bien. ¿Pero tú diseñas sólo vestidos? Sí, sí, de novia nada más, y dime ¿estás solo? No, ando con los niños, ¿por? Porque quería mostrrr... Reajustando llamada. Conectando... *Me caga Skype, ay estás ahí. Jajaja, sí, oye Lucy, ¿qué me decías? Nada, que quería enseñartrr... Lucy, si gustas más tarde nos volvemos a llamar.* Reajustando llamada. Conectando...

Lucía era una mujer divorciada desde hace mucho tiempo, muy emprendedora, a punto de cumplir cuarenta y ocho años, bien conservada, de piel tersa y atlética. A Gabriel le enamoró su clase, su estilo, y su manera tan abierta de decir las cosas. Esa noche se miraron los cuerpos, se sonrojaron como adolescentes y nada más. Colgaron, pero Gabriel se quedó inquieto en su estudio. Oprimió el seguro de la perilla. Miró el monitor. Sus ojos comenzaron a dibujar a Lucía desde el otro lado de la pantalla. Recordó el escote que se asomó por el recuadro. Pensó en lo esponjoso de sus pechos. Su mente se clavó en ella. Gabriel la atrajo hacia él, la imaginó desvistiéndose desde el otro lado, exponiendo su cuerpo sin miedo ni odio. La vio moverse, en su imaginación ella era vulgar y chorreaba libre. Lucía gateó hasta él, se salió del monitor hasta tocarlo. Ella oprimió el teclado con sus rodillas, se sostuvo en él hasta estar del otro lado. Desabrochó su bragueta, ella abrió la boca exagerada y él pensó en todas las posiciones que adoptaría su lengua para chupársela. Pero en plena succión, perdió la conexión de sus labios cuando su hija tocó la puerta. *Papiii, tengo hambre, papi.* Gabriel pensó en la manita pequeña arañando la perilla. Se quedó en silencio. Tomó su miembro y regresó a Lucía. Ahora estaba sentada de espaldas, *seguro tiene un culote.* Se mordió los labios, apretó su punta como si la introdujera en ella. Pudo ver con claridad sus gestos como si fuera un espectador en su propia escena. La tomó de la cintura, ella se tensó en el impacto, él se mojó los labios al visualizar su espalda y el hueco perfecto, temblando en él y para él. *Papiii, que tengo hambreeee.* Su hijo también se unió a la orquesta de madera. *Papii, dijiste que nos ibas a comprar otra pizza, papii.* Tocaron. Insistieron. Gabriel vio el suero, deseó desbordarlo en ella, en tomar sus pechos desde atrás y causarle daño hasta hacerle voltear el cuello. Gabriel quiso disfrutarlo y pausarlo mientras tuviera el recuerdo fresco y vívido de ella. *PAPIIII, PAPIIII.* Pero sus hijos le cortaron el sueño, el suero y las palmadas. Gabriel miró hacia el techo, tragó un grito desesperado. Se subió el cierre y Lucía desapareció.

Gabriel estaba a punto de terminar parte de su libro cuando recordó que en dos días llegaba su cónyuge. Lucía lo hizo sentirse nuevo. ¿Cómo dejarla? ¿Cómo conservarla? ¿Cómo evadirla? Todo era un compendio de interrogantes: se descubrió imberbe, incapaz, desobligado de la vida que escogió; siendo testigo de una negligencia inevitable.

Ella conoció su historia y, a pesar de ello, le llamó muchas veces sin importar el riesgo a que contestaran el teléfono alguno de sus hijos, o hasta su esposa. Se descolgó la línea, la estaba escuchando, pero colgó. Gabriel se vio a sí mismo siendo parcialmente feliz, y vaya que feliz era una palabra obscena. Vibró su teléfono. Era Lucía por Whatsapp.

Gabriel 15:25

Escribiendo...

Yo sé que tienes que hacer muchas tareas, conseguir disfraces de calabaza, sonar mocos, hornear brócoli, esconder helado de chocolate, leer el periódico, mandar *mails*, anudarte la corbata, sostener besos, agarrar sus manitas, sacar la plastilina de sus narices, tomarles fotos con Santa Claus, pintar centímetros en la pared, cortarles el cabello, cambiarlos de ropa, pagar la colegiatura, escuchar a las maestras, visitar doctores, inyectarles vacunas, darles paletas contra el dolor, y más años, más leche y dulces, más ropa, más vida tuya, sangre de tu sangre que palpita. 15:32

A veces creo que te sientes culpable. Ellos son tu vida y nada cambiará porque es maravilloso que lo sean. Pero no creas que tener a alguien está mal. No es tu culpa. Las parejas van juntas y por separado. Ella te ama, Gabriel, como un padre de familia y ya. Y sé que todo esto te perturba. Quisiera que me llamaras de vez en cuando. Que me contestaras los mensajes, el teléfono. Quisiera verte aunque sea una vez. Déjame visitarte, pasar una noche juntos y chao, nos vemos. No eres sólo un papá, concédeme tres toques de

gracia, sin excusas de garganta ni aspirinas ni juntas de improviso ni distancias que no existen. Tú también mereces ser feliz, casado, viudo, divorciado, separado o solo. Deja a tus niños con tu mamá, con la vecina que siempre te ha amado en secreto, con tu compañero ebrio del trabajo. Pero sal conmigo. 15:40

Sal conmigo, o si no con la novia que tuviste en el colegio, con la secretaria de escritorio, con la bibliotecaria de cafés errantes, con la madre de Luisito, el que se junta con tu hijo todos los viernes después de las clases de karate. Sal de una vez por todas. Antes de que te acostumbres más a los recuerdos que a tu propio presente. Hazlo. Es por tu bien, es por salud. Hazlo y cobra ese derecho de amor del que tanto te habló el juzgado. Hazlo, porque lo que no se vive, se olvida. Hazlo porque quiero hacerte todo. 15:47

Gabriel, encuéntrame en el Hotel Reforma. Este jueves. 15:49

No deseo que estés medio muerto, medio vivo por ahí odiando los lunes porque odias lo que haces los lunes. Deseo tu bien, tu vida, tu despertar. 15:54

No supo qué decirle.

Todos los miércoles ha llovido en la ciudad de los dormidos. Las puertas de vidrio abrieron los sensores. El aeropuerto anunció la llegada del vuelo 201 de Seattle. Lo tuvo en la punta de la lengua. Se lo iba a decir. Los niños corrieron hacia ella, la rodearon con sus brazos pequeños, llenos de plastilina y dulce.

Ella quiso besarlo en la boca, pero la niña lo jaló para decirle que su hermano la estaba molestando. Se volteó. La dejó con el beso en el aire. Subieron al auto. Gabriel comenzó a sentir la somnolencia. *¿Como te fue amor? Bien, Seattle muy bien, grrecias. Se dice gracias, mami ¿Los niños se portaron bien?* Al tercer semáforo bostezó. *Sí... muy bien.* No se pudo permitir dormirse de nuevo. Luchó en contra del tráfico, la lluvia somnífera, el español

tronchado de su esposa, las quejas de sus hijos, el barullo de la radio. Tronó el claxon. Pensó en aspirinas, café de la tienda más cercana, los espectaculares del Palacio de Hierro, Liverpool y más créditos, más deudas, más vínculos, enlaces, amarres, trabas. Hay personas que no nacen atadas, hay personas que nacen para serlo.

Lo escribió, lo dibujó cien veces, lo delineó en su cabeza. No sabía cómo, pero tuvo que decírselo antes de quedarse dormido. Los niños ya estaban en sus camas. Apagó la luz. *Emily*... Ella preparó un té orgánico de canela. Se sentaron en la cocina. Él no se sintió merecedor del gesto. Ella lo miró con sus *hippies* ojos azules, con algunas de sus arrugas que se empezaron a dibujar en su rostro. Ella lo quería. Pero no era el mismo amor del bar del centro, o el amor cuando tuvieron a la niña. Sus ojos dijeron que lo necesitaba como el padre, el compañero; eran tiernos, pero no necesitaban que ardiera en el órgano del pecho. *Emily*... Ella levantó la vista, esperanzada. Pareció que lo hizo a propósito, pero no era así, no tuvo ni idea. *Quiero...divorciarme... de ti.* Ni siquiera dijo bien la oración. A ella se le quebró la mirada. *Pero ¿y los niños, la renta, las deudas, los pagos, la familia y qué van a decir?, me prometiste que*... *¿y los niños y los besos y nosotros?*... Él sólo asintió recordando las mismas dudas que se le cruzaron enfrente.

Cuando estaba con su esposa volvía a envejecer, a tomar vitaminas, a correr a las cinco treinta, a odiar los lunes. No lo entendió pero era así. No tuvo arreglo. Los ojos *hippies* y azules se le fracturaron en un rictus de dolor y desprecio. A veces hasta los más buenos sufren de traiciones, aunque se traicionen a ellos mismos.

Todos los miércoles Lucía salía a caminar. Los nogales le soplaron la cara. Escuchó música, revisó Facebook, Whatsapp. No hubo nada nuevo, sólo la calma fresca. Le vibró una bolsa del pantalón, era Gabriel. *Ya se lo dijo. Se van a divorciar*, pensó, y le brotó un alivio en la cara. Abrió el mensaje:

Voy a verte. 12:04
mañana en el Reforma? 12:05

Claro. 12:11

Ya era hora. Buscó en el GPS de su automóvil la ruta más rápida de llegar al Hotel Reforma. *Buenas tardes, ¿en qué puedo servirle? Sí, busco a la señora Lucía. ¿Lucía qué?* Gabriel se dio cuenta que no conocía ni siquiera el apellido de su amante cibernética. Se sintió apenado. *Perdóneme, es que no lo recuerdo.* Como era un hotel de lujo, y él llevaba un traje bajo su barba agüerada, la recepcionista fue más amable. *No se preocupe, yo le localizo a la señora Lucía. ¿Cuál es su nombre? Gabriel Serrato. Muchas gracias.* Gabriel tuvo la opción de llamarla y esperar a que ella fuera por él al *lobby*, pero prefirió que la recepcionista anunciara su llegada. Vibró su teléfono. Pensó de inmediato en Lucía. Emily llamando... No le contestó. Apagó su teléfono. *¿Sí? Qué tal señora Viñals, el señor Serrato está aquí. Sí. Sí. Ok. Muy bien, yo le digo. Linda tarde. Dice la señora Viñals que suba a su habitación.* Gabriel quedó petrificado sobre el mostrador. *Josué lo acompañará. Josué, habitación 1544.* El botones le indicó el camino de los elevadores. *Sígame, por favor.* Gabriel se mantuvo en silencio todo el recorrido; el botones también. Llegaron al piso quince. La vista era espectacular. Caminaron un largo pasillo, a Gabriel le pareció interminable. Él no vio los números de las habitaciones, sólo siguió a Josué. En el trayecto miró el balcón y lo lejos que estaba el *lobby* de él; lo distante que estaba la salida y del escape. Josué se detuvo. Él regresó tres pasos. *Llegamos señor, habitación 1544. Gracias, Josué.* Le extendió un billete de a veinte, que le pareció justo a Gabriel por sólo haberlo acompañado en el elevador. Esperó a que se marchara. Dobló la esquina y por fin miró la puerta. Era blanca, de un claro penetrante y lustroso. Lucía supo que él estaba allí. Gabriel tocó tres veces. Ella esperó un minuto y abrió.

Se descubrieron rotos y desarmados. Con la piel arrugándose en los bordes y manteniéndose tersa al centro. Lucía lo recibió con un vestido negro, le brilló un diamante en el escote. Se abrazaron por un largo rato. Antes de decirse cualquier cosa, ella lo besó. Gabriel olió el tequila en su aliento. *¿Cuántos llevas? Jaja, tres o cuatro. Oye, tenía que agarrar valor.* Los dos se sonrieron.

Ella no despegó sus brazos de la solapa del saco. El corazón de Gabriel palpitó como nunca.

Lucía se quitó el vestido. Su cuerpo era firme para su edad. Su vientre presumió una ligera cicatriz del único hijo que tuvo, el cual le dejó marcas pequeñas, que le daban personalidad en el costado. Su piel era morena, tostada, latina. Sus piernas, sus pechos, eran curvas que Gabriel no dejó de tocar. Le recordó a las grandes divas maduras y bellas, Mónica Bellucci, Sofía Loren, Liz Taylor, Cindy Crawford. Él tuvo a su propia diva, arrodillada, a mil metros realizando la ceremonia. Su cabello castaño lo deslumbró, el atardecer de la ciudad apareció a sus espaldas en el ventanal panorámico. Le babeó la entrepierna como nunca se lo hizo Emily, ni su ex novia de la universidad, ni la mesera de Hooters en Cancún. *¿Te gusta?* Gabriel sintió que besó el cielo. Por fin le hablaron en su idioma. *Sí...* tembló... *mucho.* Estaba tan erecto que Lucía vio cómo su pene cobró vida por sí solo; la punta se movió en su boca, le bailó en la lengua. *Ven Lucy.* Le tomó la mano y la jaló hacia él. Ella se sentó en sus piernas, y con la lencería puesta, se abrió para él e intercambiaron el mismo hueco de la boca, de los anhelos y las piernas. Ella no habló mucho pero nunca perdió el contacto visual. *¿Me pongo de espaldas? No, quiero verte.* Gabriel no deseó fantasear con la madre de Luisito. Quiso verle la cara, cada que su miembro entraba y salía de repente de su cuerpo. Ella le gimió cerca del cuello. Sus genitales sintieron el soplo del aire acondicionado, brillaron, se estremecieron. Ella se enderezó toda, se contoneó muy despacio; él admiró el vaivén de sus pechos. Eyaculó casi, sin darse cuenta.

Se regresaron los fluidos a sus cuerpos y se volvieron a soltar durante el resto de la tarde. Ella ordenó varios platillos *gourmet* y vino espumoso. *¿Te gustan las fresas?* Él se sintió de veintiún años, auspiciado por una *sugar mommy. Claro, bella.* Lo dijo con tono italiano. Pero recordó que él iba a cumplir cuarenta dentro de dos años, que no era un niño, que tenía esposa y dos hijos en una versión miniatura de él. Trató de disfrutar lo más que pudo, pero dudó. Tuvo muchas dudas.

Encendió su teléfono. Ocho llamadas perdidas de Emily. Quiso leer los mensajes. Pensó en que tal vez tendría alrededor de catorce o dieciséis en Whatsapp. Sólo tenía uno:

Recuerda que mañana los niños te esperan 20:03

Pareció ser un lenguaje que ambos entendieron. Tanto Emily como Gabriel compartieron una complicidad automática. Él decidió que no iba a ir, que el viaje se cancelaba, que podían ir a Acapulco después. Miró a Lucía. Se quedó dormida con tres almohadas a su alrededor, estaba en paz, con una copa ladeada entre sus dedos. Se la quitó y durmieron juntos.

Amanecieron rotos, aún desarmados, con los brazos tirados en la alfombra; los nudillos perdidos en las comisuras del colchón. Cada pierna descuartizada en la cabecera. Las narices y lengua en la mesa de noche. Dos sueños en el cajón donde ya no cupieron más libros. Los pies desmenuzados en la cómoda. Cada cartílago destrozado en el aire acondicionado. La sangre y la saliva derramándose en el edredón. Amanecieron atorados en sexo, en una perfecta escena del crimen. Les brillaron los ojos, se besaron la cara.

Despierta huevoncito. Le susurró Lucía. *Qué rico colchón. Lo sé mi vida, de-li-cio-so.* Él le besó la mano izquierda. Le tocó el dedo anular. *¿Lo extrañas? ¿A quién? A tu ex. ¿A mi ex? Pues... sí claro, uno no puede olvidar con quién se casó, así como así. ¿Te costó trabajo seguir adelante?* Lucía supo lo que estaba pasando. *Gabriel, mi vida, lo que te escribí es todo cierto, creo que necesitas un respiro, y eres padre, pero esto que hicimos no está tan mal, ¿o sí?* Silencio. *Estás dudando del divorcio. Un poco. Piensa bien las cosas, porque no será fácil, a nadie le gusta fracasar. Es que la rutina... me tiene hasta la madre... y luego me caga que me coja hablando en inglés. Pues mi amor, cuando compartes tu vida, siempre vendrá una rutina monótona en el paquete, así es. Quieres ir con ella, hazlo; quieres irte, hazlo; sólo hazlo, no te duermas más.*

Gabriel quedó abrumado. De alguna manera se sintió seguro entre los brazos de Lucía, hasta que ella le aconsejó más que como amiga, como una mujer. *Eres chingona Lucy. Lo sé mi vida*.

El hábito se convirtió en maña. Se despidieron. Lucía supo que nunca lo volvería a ver. Gabriel se subió a su compacto. Miró a Lucía subirse a un uber que la llevó al aeropuerto. Nunca olvidó sus piernas, su piel prieta, su español. Miró los espectaculares, a algunas transeúntes, sus escotes y siluetas. Sintió sueño. Recordó que el lunes tenía cita con la maestra y debía de llevar a su hijo a la clase de karate y verle el culo a la madre de Luisito. Se sintió somnoliento. Le vibró el celular. Respiró profundo antes de contestarle. *Emily, ya voy para allá.* Después, bostezó.

Selene Carolina Ramírez García

El último reptil de la tierra

I am the lizard King,
I can do anything.
Celebration of the Lizard King, Jim Morrison, 1968.

Un nuevo día. Te despiertas y observas que tu cuerpo sigue siendo el mismo: largo y desequilibrado. Con las proporciones justas de la hilaza y del resorte, de la gota enflaquecida que resulta de la fuga. Tu cuerpo estambre apunta hacia al suelo como queriendo escarbar todos los huesos (tu mirada al suelo), pero no puede asirlos porque a su vaivén oscilante aún le faltan los dedos y todas las historias que te construyen a ti (la cabeza al suelo) y a tus desorientaciones que deben de ser genéticas (el pecho al suelo), porque de no ser así, de verdad, sí que estás muy enferma (todos los sueños al suelo).

Tus manos continúan dormidas y te ves en la necesidad de empuñar los dedos con una obtusidad dolorosa de forma intermitente y violenta desde afuera y hacia el centro de las palmas, conectando las líneas de tu vida con la plétora de queratina –convertida en uñas prominentes– que te heredaron tu abuela y a ella la tía de su madre. Con la herencia de tus mujeres en las manos recuperas el ritmo de tu circulación acelerada, y se colorean de rosa las articulaciones de tus extremidades superiores. Ahora ya puedes tomar tu celular y apagar el sonido del gallo mecánico de la alarma. Tus dedos responden: ya no se sienten rígidos ni rocosos, sólo queda limpiar las escamas que se han

desprendido del dorso de tus armas prensiles. Tus manos pagan el precio de ser tu almohada predilecta. Las falanges han despertado extensísimas y comienzan a resurgir del estanque de la sangre gangrenada por el peso de tu cabeza sobre ellos. Recuerdas que de pequeña, antes de saberte enferma, antes de que tu padre se fuera, dormías sobre sus brazos fuertes de oro. Dejar de soportar la vida y soltar la mente sobre el asilo robusto de su fábrica de abrazos era el epítome del *home sweet home*.

Conscientemente dejas de pensar en tu padre, el dolor de su ausencia te ha permitido condicionar su recuerdo activando estrategias de programación neurolingüística donde, por ejemplo, sustituyes la calidez de sus brazos por la primera piedra que te lanzaron en la calle, convirtiendo aquel brazo tibio y amable en uno que lanza odio desde el escondite de la multitud cotidiana de los fines de semana en la plaza. Ahora sólo recuerdas las risas y el oprobio y retrocedes al punto en el que una muchacha desaliñada se topa los puños con un tipo apestoso y drogado. De seguro que una de las dos alimañas sin amor te arrojó el proyectil, poniendo en tu cara otra cara y recordando imágenes personales de golpes y violaciones que alguna otra alimaña efectuó sobre ellos. El odio se transmite y se asimila, se absorbe expeditamente por la piel como las gotas de lluvia en una planta xerófita. A pesar de ser una criatura resiliente no puedes evitar sentir lástima por ellos. ¡Qué extraño es el apoyo coral, la aprobación de la manada! *–¿Por qué esa muchacha tiene pelo de hombre?–* Sin embargo, tu nuevo corte te hace sentir fabulosa.

Te reprogramas una vez más y regresas a la ciénaga de tu cuarto, hueles tu humedad y olvidas las penas –y las decisiones parciales sobre el largo correcto de la cabellera de una chica–, y ya con los dedos vivos: te palpas. Te reconoces otra vez, larga y prehistórica. El sueño a veces te confunde y olvidas quién eres y dónde estás. En ocasiones consideras que el olvido imprudencial es parte de tu condición, del error de asumirte distinta. *¡Vístete como una dama decente, con esos trapos nunca conseguirás un hombre! ¡Cierra las piernas que parece que te estás regalando! ¡No escupas, niña! ¡No te rasques en público –qué indecencia–!* Observas que todo esté en su lugar (tu madre le tiene miedo a las

malformaciones imprudenciales que suceden de la noche a la mañana con los accidentes más nimios) y verificas tus texturas lentamente, con el reconocimiento sensible de todas tus formas. Las caricias de tus exploraciones te regresan al universo de tu habitación, y antes de caer por la cuerda floja de las pulsaciones recuerdas todos los cuerpos de ellas: largos, redondos, amarillos, flexibles, rollizos, oscuros, estilizados. Signos refractarios de la imagen precisa, exultación del cuerpo correcto que deviene del caleidoscopio de todas las posiciones; seres cubistas: significaciones y símbolos que te permiten obtener dosis diarias de felicidad enfrascadas al alcance de tus dedos.

Con la tibieza del recorrido de la explotación desde la pelvis hasta el cuero cabelludo: amaneces. Observas a tu alrededor, y al igual que tu cuerpo prolongado todo permanece idéntico a ayer, igual que el éxodo de quien se sabe enclaustrado. A tu alrededor te pierdes entre el mismo desbordamiento de la cama de cobijas secas y solas.

De niña construías mundos paralelos: todos lo hacen. La felicidad de la infancia consiste en la falta de conciencia de los escapes, porque el escape se disfraza de juego. Recuerdas cuando jugabas a amar lo que quisieras amar. A veces eras la veterinaria que salvaba la vida de un cachorrito destetado. Otras más eras el astronauta que sin su *Unidad de Movilidad Extravehicular* daba vueltas de carro sobre la superficie irregular de todas tus lunas posibles. Esas lunas que brillaban áureas como los ojitos de *B*, la hija de tu maestra de piano. Y que eran redondas y discontinuas como sus lunares de satélites reflectores. Coleccionabas *Barbies* de todos los colores, porque desde niña fuiste consciente de los problemas de segregación entre las razas. Tu papá era doctor en Sociología –*Vivir para otros no es sólo ley del deber, sino también ley de la felicidad*–, lo escuchabas citar a Comte cada vez que tu madre lo reprimía por llegar tarde a casa debido a las asesorías extracurriculares que brindaba a sus alumnas, principalmente a las más jóvenes. Recuerdas claramente todavía a algunas de ellas porque se parecían a tus muñecas, sobre todo las más rubias y delgadas, como la "putita sin cerebro" que engatusó a tu padre justo al entrar a su segundo aire.

Sola en tu habitación inventabas situaciones hipotéticas donde tus prototipos plastificados de la perfección se acariciaban tiernamente y creaban juegos de complicidad interracial. No había nada de malo en ellas, sólo buscaban ser felices dándose afección tenue. El germen del cataclismo inició cuando invitaste a jugar a *B* a tu casa. Ella no estaba de acuerdo con tus juegos puercos, le dijo a su madre que eras marimacho y que odiabas a los hombres; tenías menos de una década la primera vez que alguien te insultó de esa forma.

B llegó a tu casa con un vestido amarillo de lunares blancos, ampón, con detalles de encaje en las mangas. Parecía una muñeca inmaculada de otras épocas. Una efigie antigua como la moralina de tu madre. Sus zapatitos eran femeninos y cursis, difíciles de adecuarse a los caminos de tierra de tu patio. Recuerdas lo complicado que era jugar con una persona vestida con ropajes del renacimiento. Ir a tu cuarto fue la única alternativa viable ante tal disfraz de antaño. Te hizo feliz tenerla en el sitio que tú misma construiste: tu habitación, templo del juego, receptáculo de tu cosmovisión lúdica. Sólo querías jugar acompañada por la niña de los ojos de constelación. Juguetear con *B*, la pequeña de la galaxia oscura en la mirada. Inventar situaciones de simulación para pretender vivir juntas otros espacios. El problema es que la casita se construye con un papi y una mami, y que nada bueno y respetable se cimienta entre mujeres. *¡Tortillera! ¡Qué retorcida eres al pensar que dos mujeres, débiles seres desprovistos de criterio, histéricas, pueden hacerse cargo de una institución inmaculada de preservación de la humanidad! ¡Dios te dio un espacio vacío entre las piernas para que ellos lo llenen con lo que les sobra!*

A veces sientes que todo lo que observas es un desplazamiento de ti hacia los objetos, como una sinécdoque de tu condición catastrófica. Tu cuerpo se hunde junto a tu casa, y tu casa es una extensión contigua de todo lo que preexiste fuera de ella. *Una mujer decente no puede vivir de esa forma*. Por eso hablas poco, no quieres perder la libertad de amar en silencio y de exudar el aroma de los sueños y de sus humedades, porque el olor de la mañana, difuso entre ambos, es tu parte favorita del día.

La casa sigue siendo la misma: acuosa, vacía, al igual que tu dilatado exterior de carne. Si no fuera por el pus blanquecino del hogar que destila de tu barbilla esta mañana, el ayer y el presente se perderían en el abismo de las equivalencias. La dispersión del agua por debajo del lavabo y las toallas húmedas evocan la piel muerta que se va con tu ducha diaria, y te da la sensación de vivir en un estanque contigo siendo el único reptil que lo habita. El último reptil de la tierra.

Con tu memoria reptiliana recuerdas el primer viaje que realizaste sin tus padres. Fue a un pequeño ejido situado dentro del municipio de Santa Ana en Sonora: "El pantanito". Piensas que probablemente el estado de tus recuerdos mezclados con la asimilación de saberte el último reptil de la tierra ha influido en la nominalización del lugar. Pero no, tomas de nuevo tu celular y realizas una búsqueda rápida en *Google* y descubres que "El pantanito" de tus memorias es real. Observas fotos panorámicas del pequeño ejido y ahí estás tú, junto al charco más verde que has visto en tu vida. Siempre creíste que el agua era prístina, como la de la lluvia, como la del vaso medio lleno que siempre está medio vacío, o como la de Bahía de Kino: el espacio de agua salina y caliente donde descubriste que los hombres también tienen tetas desarrolladas, pero que a ellos no se les exige que las cubran.

En el pantano te sorprendió observar la permanencia inmóvil de lo que parecía ser un jardín húmedo. No te molestó para nada el hallazgo. Era complicado para ti resistirte a las concentraciones de agua sin darte un chapuzón, pero en ese lugar perecían tus ganas de sumergirte. Era más bien un lugar insano de contemplación. El sitio de tus antepasados paleolíticos, que cambian de color y pueden asirse con sus ventosas adheribles a cualquier superficie.

Era tu primer día en un pantano. Habías ido de excursión con unos amigos de tus padres y sus tres hijos: *L* tu mejor amiga, y sus dos hermanos. *Olvida el brazo de oro, olvida el olvido. Una piedra en tu cara.* Lo primero que hicieron después de ayudar a bajar las cosas del carro y de acomodar las maletas en el cuarto de huéspedes de la abuela fue ir corriendo al pantano. Todo el camino los padres de *L* habían contado historias muy interesantes sobre el lugar, desde las más inocentes como el primer beso de

alguno de ellos (tú también compartirías saliva con alguien más en ese barrizal) hasta la historia sorprendente de la niña ahogada que intenta sumergir con ella en el fondo del pantano a los niños que desobedecen a sus progenitores. En todas partes hay niñas ahogadas que después de muertas castigan a los pequeños malcriados.

Al llegar a la zona de sopor verduzco algo en ti se activó, tal vez la esencia primitiva del pequeño ecosistema te regresó al génesis de tu raza y fuiste feliz. Fuiste feliz con tu piel camuflada y con todos tus colores brillantes. Por eso, y posiblemente sin pensarlo –o quizá lo pensaste desde siempre–, tomaste a *L* de su cara con tus manos delgadas y la besaste tiernamente con un amor que no conocías con anterioridad. Con un amor de humedal y de grito interno. Ella te respondió el acto con la suavidad de un primer acercamiento tenue donde colisionaron sus alientos ante la presencia del escenario mesozoico, y de los muchos insectos que se hacían visibles frente a su presencia de sangre caliente (no siempre fuiste el último reptil del planeta). Toda la semana *L* y tú se besaron con precaución de ser vistas *–lo que hacían era sucio–* sin atender a los cuarenta y ocho grados Celsius que aumentaban cada vez que sus labios edificaban el juego de compartirse. Sin embargo, un par de días antes de su regreso a la ciudad, *L* conoció a *M,* un primo lejano de cuarta generación, y cambió tus besos suaves por los besos hambrientos de él. *Tú sólo fuiste la almohada de práctica, el espejo, la mano.* Te dolió el pecho y tus ojos lloraron en silencio el primer desamor de verano. Aun así, el dolor de ser el utensilio del ensayo amatorio no se comparó con el que experimentaste al regresar a tu hogar y darte cuenta de que tu padre cambió, de la misma forma, los besos de tu madre por los de su alumna más estilizada. *Una piedra en tu cara, las risas.*

Intentas arrinconar el pantano y el olvido y te levantas de la cama. Caminas unos pasos hacia el baño y chocas con la mesita de madera que *H* y tú construyeron cuando te hicieron creer fervientemente que los vacíos se llenan con construcciones artesanales del espacio y con hombres fuertes y grandes, porque "detrás de cada gran hombre hay una gran mujer". Sin embargo, él siempre terminaba detrás y a ti siempre te gustaron los juegos tenues.

Te duele la rodilla ante la colisión de la madera contra el hueso, te sobas de manera circular como recordando dolores de otros tiempos. Ya en el lavabo tomas un poco de agua con tus manos agrietadas y tallas tu rostro con precaución. Cuidas que tus escamas permanezcan intactas. Tomas una toalla y con ella secas el exceso de líquido que flota en segmentos circulares sobre tu piel. Tu imagen en el espejo exhibe tu rostro limpio y brillante: te gustas. No es tu culpa que a las personas les moleste verte. Los últimos años de tu vida de adulto buscaste de manera incansable la receta y los manuales y los tratados que te hicieran llegar a convertirte en una gran mujer, como tu abuela y la tía de su madre, porque a nadie le gusta la gente rara. *Las risas.* A pesar de ello nunca encontraste las pautas que te permitan engañar a la pulsión primigenia. Ya no las buscas. La emisión de tu imagen dibuja en el espejo el rostro de los colores del camuflaje del día de hoy. Siempre has mutado tu centelleo con la conciencia latente de tu sensorialidad. Hoy eres violeta y revistes una mordedura prominente de trescientos millones de años. Las pupilas verticales. Sólo por hoy has perdido las patas. Los sueños permanecen intactos ante tal transformación.

Es agradable despertar sola sin nadie que te restriegue su cuerpo, piensas. Es lindo el silencio de los recuerdos, asientes. Tu tacto inconsecuente. La asombrosa amazonia en tu habitación: la niña que fuiste. Tu cola prensil de squamata. No es tu culpa que no te gusten los penes.

Notas de una autobiografía

Nunca pensé en escribir mi autobiografía precoz. En primer lugar porque jamás creí que aprendería a organizar ideas a partir de la escritura creativa y, en segundo, porque desde que conocí este pseudogénero literario lo consideré un ejercicio narcisista cercano a la autodestrucción: la pulsión de la muerte cimentada en la reiteración de nuestra propia Gran Guerra. Desde que inicié este proceso de recuperación de la memoria mi vida me ha parecido increíble y terriblemente perturbadora, porque he sido capaz de darle nombre a todos los silencios que he perpetuado por muchos años. Escribir sobre mí mismo es algo así como la consolidación de un epitafio de largo aliento, y no cualquiera tiene la dicha de ser el autor del poema grabado en su tumba. El vate del punto final en el sepulcro.

La obsesión por los recuerdos de mi existencia está perjudicándome el sueño. Sueño que escribo dentro de un sueño lúcido donde olvido que sueño y creo que escribo en la vida física. La decepción de abrir los ojos y darme cuenta de que aquellas adecuadas focalizaciones de la voz narrativa son pasado inasible perdido en el inconsciente me deprime. Me deprime químicamente, me desestabiliza. ¿Cómo es posible que la eliminación de residuos celulares del cerebro construya realidades alternativas dentro del plano de los símbolos? He investigado que se experimentan hasta seis fases de sueño profundo en promedio en una noche. Seis concentraciones de estados oníricos cada dieciséis horas. Sueño sobre sueño: rearticulación de la materia en las etapas subconscientes de las pulsaciones, ¿cómo se pueden calcu-

lar la cantidad de vidas alternativas que se viven durante el sueño profundo?

No puedo negar que escribir me ha convertido paulatinamente en una persona cultivada. Debo investigar los temas que voy a abordar en el texto y luego asimilarlos lentamente a través de la tinta simbólica del procesador, dios creacionario, para después simular que de manera natural y mágica accedo a toda la información vertida en el texto al alcance de un recuerdo. Así como con un clic que abre una aplicación de almacenamiento y que organizadamente arroja cifras, nombres, fechas, datos científicos y la sinestesia precisa para cada tropo que se necesite en el relato.

Precisamente hoy percibí que desarrollé mucha ansiedad por la madrugada. Soñé que era alguien distinto de mí mismo. Era alto, ágil, podía sostener el peso de mi cuerpo con mis piernas: podía caminar. Espero que no se me malinterprete: no soy una perra lastimera, he aprendido que a todos nos toca un sino en los cromosomas. Una lectura de nosotros mismos en nuestra elaboración genética. A partir de ella debemos hacer todo lo posible para ser grandes con lo poco o con lo mucho que nos tocó de suerte hereditaria: distrofia muscular de Becker es el nombre de mi condición. Incluso tiene apellido. Es un trastorno en los músculos descubierto por Peter Emil Becker atado a una ineficiencia en calidad o cantidad de una proteína ligada al cromosoma X. Es causada por una mutación en la producción de distrofina, y por ello mis miembros anteriores y posteriores son muy pequeños: mi cuerpo ha dejado de crecer desde los seis años. Incluso lavarme los dientes es una tarea ardua tomando en cuenta el esfuerzo a realizar en la operación de limpieza bucal. La mecánica *up-down* del brazo completo sobre el cepillo y del cepillo hacia los dientes es muy extenuante. Mido un metro diez centímetros, exactamente lo mismo que medía al entrar a la primaria. Dice Napoleón que la grandeza se mide del piso hacia el cielo, pero yo daría lo que fuera por poder utilizar ropa de adulto. Las secciones de moda de niños en las tiendas departamentales no siempre son muy sobrias.

Una amiga en la escuela de Letras me comenta reiterativamente que tengo suerte. Esa suerte se vale del testimonio de su falta de conocimiento de una voz similar a la mía: "nadie, Adrián,

nadie en Hermosillo será capaz de abordar historias desde la ausencia como tú". ¡Suerte, dice ella, que no sabe lo que es sentir que nadie puede pensar como tú, hombre solitario que todos tratan como niño asexual! Pocas personas son capaces de entender lo que significa ponerse de pie cada mañana teniendo que esperar el bastión de un cuerpo de verdad que te sujete y te ensille. Experimentar la ausencia de fuerza en los brazos y el exceso de sueños por un futuro inmediato que no esté supeditado por su forma corporal. Escribirle poemas a la médula ósea ausente y a la erección imposible. Y ella dice que tengo suerte. Suerte de tener que crearme conscientemente una vida paralela a la mía a través de la mirada mitómana de las segundas lecturas sobre los acontecimientos más nimios. Salir a la tiendita de la esquina puede convertirse en una loa a la adrenalina. ¿Quién estará disponible para ayudarme a buscar rutas alternativas cuando las rampas estén siendo invadidas por automovilistas cegados, quién me tomará de la mano cuando alguien volteé a verme como bicho raro? Suerte la de ella que sólo vive el día a día sin pensar en el deterioro acelerado de su cuerpo, y se mueve, y corre y abraza sin pensar que lo hace. Pero afortunadamente tengo mucha suerte y no soy una perra lastimera. Suerte la de ella que no encuentra un embate diario entre el cepillo de dientes y la fuerza de sus brazos.

Cuando era niño podía caminar un poco. Si hubiera sabido que en algún momento mi motricidad se atrofiaría por completo, habría dejado de sentarme durante todos esos años para aprovechar la sensación de sostener mi cuerpo vertical sobre las dos pilastras de calcio que funcionaban como los cimientos de la edificación de mi ser de pie. Esos años de mi existencia fueron desaprovechados comiendo sentado, escuchando sentado, escribiendo sentado. Aunque batallaba un poco, y tenía que sostenerme de los muros del patio del kínder para avanzar por el territorio de los columpios y de las llantas de colores, no hay nada que recuerde con más cariño que esos días: mis días erguido. Los recuerdo con felicidad porque fue ahí, en el patio de recreo de "El Gusanito", donde entendí el significado real de la vida, o por lo menos el de mi propia substancia afectiva: me enamoré.

Se llamaba Alejandro y tenía una lonchera de los Tiny Toons. Se acercó a mí con una sonrisa de naranja dulce. No podía haber pedido mejor recibimiento. Hasta ese entonces los únicos niños con los que había convivido eran mis hermanos, y ellos no tenían de otra. Siempre estuve familiarizado con las niñas porque ellas son más bondadosas y siempre quieren hacer sentir bien a la gente, principalmente a los debiluchos. No sé, creo que es parte de la evolución neurológica de quienes tienen matriz, una genialidad que les permite poder salir vivas de la maternidad. Como sea, Alejandro se acercó a mí, me saludó y me ofreció un pedazo de su sándwich. En ese entonces todavía no cuidaba mi ingesta de calorías diarias, así que acepté. Durante cinco minutos más o menos estuvimos platicando sobre caricaturas. Me preguntó que por qué me movía raro; le contesté que mi mamá me decía que a mis piernas les faltaban fuerzas. Dijo que no estaban tan mal, que hiciera ejercicio y que comiera mis verduras para poder estar fuerte como él. Desde ese entonces cada vez que como mi ensalada me acuerdo de sus dientitos de leche. De cómo brillaban sus mejillas rojas por el sol, de la bondad que tuvo al regalarme su primer recreo en el jardín de niños.

Nunca más se repitió ese gesto. Imagino que la maestra lo obligó a acercarse al niño lisiado para hacerme sentir incluido. Aun así, todos los días esperaba que Alejandro se aproximara con su sonrisa de cítrico helado para platicar conmigo de lo que fuera. Sin embargo, Alejandro nunca regresó. No lo juzgué. A pesar de mi corta edad entendía que los niños deben brincar como cabritas bebés y deben correr tras la pelota como queriendo enviarla hacia otros mundos. Sin embargo, el recuerdo que me regaló de su sonrisa agridulce y de su amabilidad de niño bueno fue material suficiente para comenzar a soñarlo y a alimentar mi amor hacia él. Soñaba que éramos los mejores amigos, y que bailábamos canciones de Timbiriche, y que nos dábamos besos como Juan del Diablo con todas esas chicas.

Cuando entré a la secundaria nunca más un hombre se acercó a mí para ser amable. Sólo me abordaban monstruos apestosos y granujientos con el pito de diez centímetros para empujarme de la silla de ruedas y poder burlarse de mí y de mis intentos patéticos

de querer regresar a mi trono móvil. Los recuerdo carcajeándose cuando despavorido y emputado me arrastraba por el suelo gritándoles a los cabrones que eran putos y que sus mamás también lo eran. Tuve que dejar la escuela por esa gente maldita, de seguro ahora son policías. Muchos años después retomé la educación virtual en programas de regularización y acreditación académica para adultos del ISEA. En un año terminé la secundaria y la prepa. Después de eso entré a la carrera de Literatura, donde he conocido a gente buena pero un poco inconsciente porque piensan que tengo suerte.

En contraste con el infierno de la adolescencia, convertí a Alejandro en el escape, en el amor ficticio de mi vida. A las Evas, mis vecinas y amigas de juego, les inventaba que Alejandro era mi novio. Creo que no se la tragaban pero eran buenas, como todas las mujeres, y me seguían la corriente. Alejandro es, hasta hoy en día, la única imagen limpia del amor que tengo en mi imaginario. Me he enamorado de otros hombres, incluso alguna vez tuve una novia para ver si se me quitaba lo joto, pero nunca he amado a nadie con tanta determinación como al niño de la sonrisa de pomelo rosa. A Genaro nunca lo amé, nunca lo quise aunque él me decía que estábamos enamorados en secreto.

Crecí en El Mariachi, un barrio con calles empedradas situado sobre un cerro que me recordaba día a día el símil del mundo y las cimas. Nunca sería capaz de escalar las calles irregulares del paradójico espacio en donde me tocó residir. Jugar en la calle no era opción para un pequeño y su silla de ruedas manual. Si no quería acabar estampado contra el suelo de rocas implacables, lo mejor sería ver el mundo desde la ventana de mi habitación.

Tuve mucha suerte de tener dos vecinitas, mellizas, que me quisieran como amigo. Cuando la *troca* de mudanzas de mis nuevos vecinos se estacionó enseguida de mi casa, asomé la cabecita por la ventana: mi bola de cristal del espacio exterior. Las Evas eran idénticas a simple vista, pero con el trato yo aprendí a diferenciarlas. La Eva mayor tenía la cara más alargada, tal vez porque nació antes y el conducto de vida de su mamá estaba más apretadito. Le pusieron Eva en honor a la mujer de la manzana. Como venían de San Felipe, y ahí no había hospital, su mamá

nunca se hizo un ultrasonido, por lo tanto no sabía que arrojaría dos chamacas al calor de Sonora. A falta de imaginación nombraron a las dos hijas igual, sólo las diferenciaron por el orden cronológico de la expulsión de sus gritos al nacer. Eva Primera y Eva Segunda eran sus nombres reales certificados ante el registro civil.

Con las Evas aprendí que me gustan las cosas de niñas. Cuando jugábamos a la casita yo siempre era la mamá o la sirvienta. Me parecía un juego muy bonito y muy íntimo. Ellas a veces me pedían que fuera el papá para que las toqueteara, pero la verdad eso no me hacía sentir cómodo, y muy pocas veces lo hice, y sólo por el aprecio que les tenía. Ya cuando crecimos más yo era la vecina sexy que pedía limones al vecino. Agarraba una camisa de la frutita de mi apá y la usaba como vestido semitransparente. Me amarraba un cordón en la cinturita y me creía la última *Coca* del desierto.

Mucho tiempo después se fueron las Evas a vivir a la costa por una oportunidad de trabajo que les salió a sus papás. Yo seguí jugando a la casita solo. Cuando se iba mi mamá improvisaba con trapos un mandil y me ponía a la lavar los trastes y a sacudir. Ya en ese entonces habían hecho adaptaciones en la casa. Una de ellas era la altura del fregadero. Mi mamá se enojaba cuando me encontraba limpiando: "alzar es cosa de niñas, deja ahí que te vas a hacer 'jotito' ", me decía sin saber que tenía ya en ese entonces un novio secreto.

Genaro era el hijo menor de doña Mela, la vecina del changarrito de la esquina. Doña Mela era muy amable y de vez en cuando iba a la casa a saludarme y a regalarme algún yogurt o papitas que hubieran sobrado en el inventario. También nos regalaba verduras ya muy maduras para hacer salsas, cremas y caldos. Genaro a veces iba con ella porque le ayudaba a cargar las bolsas con los productos que iba a obsequiarnos. Por la periodicidad de sus visitas se volvió amigo de la familia. Como tenía carro comenzó a ayudarme a dar mis vueltas cuando fuera necesario: así fue como se ganó la confianza de todos. No era normal tener apoyo de un hombre, así que lo aprovechamos: mi papá nunca estaba y mis hermanos al salir de la escuela se iban directo al trabajo.

Al principio, cuando Genaro me acomodaba en el asiento delantero de su carro sentía lindo. Me cargaba con mucho cuidado tocándome con dulzura. Nunca hubiera imaginado que ese tipo cuidadoso pudiera ser capaz de lastimarme. Su mamá era una santa. En parte por ella decidí no contarle nada a nadie. Tenía doce años cuando me tragué un secreto que sigue sabiendo amargo. A esa edad nunca había visto pornografía y no sabía lo que era el placer oral, mucho menos la penetración. Sólo tenía los precedentes de los tocamientos ocasionales con las Evas. Asociaba la experiencia sexual con aquellos juegos y con los besos en la cama que se daban en las telenovelas de la noche. Lo que él me obligó a hacerle con la boca no se parecía en nada a un beso. No podía entender en ese momento qué estaba realizando sobre mi cuerpo. No me gustó, me lastimó espantosamente y desde ese día hasta hoy me hago lavativas con la manguera a diario para sacármelo de adentro. El agua dentro de mi intestino purifica lo que él ensució tantas veces. Quien inventó la idea del infierno debe de haberse sentido como yo.

Años después Genaro estuvo en la cárcel, lo sé de viva voz de su mamá, ella misma lo denunció cuando lo encontró haciéndole daño a un nietecito. Y yo que nunca dije nada. Comentan que cuando llegó al bote le tenían preparada su propia fiesta del karma. Hicieron fila para darle su bienvenida. Los pederastas no son muy populares en los búnkeres. Por eso casi siempre los violadores se dan piola, como dicen, antes de que se cumpla la primera semana de condena.

Encontraron a Genaro colgado con su propio cinto de una de las literas de su celda. Había deyecciones y orines debajo de él. Su lengua pendía deshidratada y ennegrecida; los globos oculares parecían que le brotaban por completo de las cuencas. En la sección policiaca vi su nota, me sentí aliviado, feliz, sin tanto peso en los hombros y, por primera vez en mucho tiempo: libre. Con su muerte nació mi vida: comencé a escribir. Lo hice como fundamento de mi propia condena cumplida. Aunque me arrepiento de no haberlo denunciado, creo que pagó por sus maldades.

Ya dije que se me trastoca el sueño por su carácter idílico. Porque me hace olvidar que existen las cosas dolorosas. A una seño-

ra le querían suministrar calmantes después de la muerte de su hijo y gritó: "para qué quieren calmarme, yo necesito llorarlo". Mis sueños son ese calmante: me frustra soñarme distinto. Es como si de forma involuntaria me vanagloriara de mis particularidades, porque a pesar de todo, tengo suerte.

Hay quienes nos acostumbramos tanto a nuestras obsesiones que tomamos somníferos de forma constante, solamente para extender la penumbra de nosotros mismos hacia el inconsciente.

Víctor Santana

El mundo antiguo

Me acuerdo no me acuerdo. ¿Qué año era? Ya había Internet en los celulares pero no realidad virtual, 4D tan sólo: *Up again and again*, *Toy Story 9*, *Tim Burton's The Hunting of the Snark*, *The Adventures of Dolphin Boy & Mute Girl*, *Avatar: defeated planet chronicles*, *Wrath of the titans*, *Tron: leftovers*, *Hugo and the Boss wear Hugo Boss*, *Men in Black V*. Frida Sofía del Temblor conducía *La Academia LVI* y Justin Bieber era juez de *Britain's got Brexit*. En Televisa el viejo Loret de Mola todavía era el conductor de las noticias. Circulaban los primeros coches eléctricos y de biocombustible: *Prius Advance*, *Eco*, *EcoRam*, *LeavesOil*, *Minimal Hummer*, *CornTruck*, *Hidro-Pontiac*, *Hidro-Tiida*, *Solar Plymouth*, *Renault Eau*. Veíamos los *realities* de maternidad de Kelly Osbourne y Abigail Breslin en maratones de temporadas completas.

Tosh.o era mi programa favorito de E! Ya no estaban de moda "Bound 2", "Skinhead nigger", "La mataviejitas", "Torres gemelas". La adaptación de una vieja balada *country* norteamericana hacía que su coro se escuchara en todas partes:

Finges como una ciborg,
oh sí, haces el amor como una ciborg,
oh sí, vaya que lo haces,
y después eres quejumbrosa como las ciborgs,
pero te vienes abajo
como una mujercita sin brazos mecánicos.

Fue el año del ataque químico en Tijuana: escuelas llenas de niños con tapabocas por el gas sarín. En todo el país fusilaban por decenas de miles a los ciberterroristas. Fue el año de las inundaciones: el centro de la ciudad se convertía otra vez en laguna, la gente iba por las calles en lancha. Dicen que con la próxima tormenta estallará el Canal del Desagüe y anegará la capital. Qué importa, contestaba mi hermano, si bajo el régimen de los robots ya vivimos en la mierda.

La cara del RoboCop (mera propaganda concebida por el Procesador Central) dondequiera: pantallas inmensas, retratos ultraphotoshopados, LEDs ubicuos, alegorías del progreso con el Procesador Central como Dios Padre, caricaturas laudatorias, seguidores en redes. Adulación pública, insaciable maledicencia privada.

Escribíamos mil veces en el iPad de castigo: debo ser obediente, debo amar al Procesador Central, debo ser obediente con mis padres y con mis maestros, y ellos deben ser obedientes con el Procesador Central. Nos enseñaban historia robótica, lengua española, lengua informática, geografía de la ex CDMX (antes DF): los ríos (aún quedaban ríos), las montañas (se veían las montañas).

Era el mundo antiguo. Los mayores se quejaban de la inflación, las prestaciones de los ciborgs, la arbitrariedad robot, el tránsito, la inmoralidad, la lluvia ácida, la delincuencia, el exceso de robots, la mendicidad, los ciborgs, la corrupción, el enriquecimiento sin límite de las caras humanas de la máquina y la miseria de casi todos.

Decían los videobloguers: *el mundo atraviesa por un momento angustioso. El espectro de la guerra final se proyecta en el horizonte. El símbolo sombrío de nuestro tiempo es el ciberterrorismo.* Sin embargo, había esperanza. Los sitios a los que se accedía desde los ordenadores del colegio rezaban: Visto en el mapa, México tiene la forma de una antigua Tarjeta Madre o Eva Informática. Para el impensable año dos mil cien se auguraba un porvenir de ciudades limpias, sin injusticia, sin pobres, sin violencia, sin congestiones, sin basura. Para cada familia humana, ciborg y mestiza una casa ultraposmoderna, findelahistoria y cuántica (palabras de las máquinas).

Mientras tanto nos modernizábamos, el Procesador Central creía que era mejor que incorporáramos a nuestra habla términos que primero habían sonado como fraseología de la peor televisión estadounidense, y que luego se mexicanizaban: *Biatch*, *No gettin' high with my supply*, *Mos def*, *Don't have a cow*, *Apache in old Kabachi*, *Yer mommy in yer jammies*.

Empezábamos a comer la dieta establecida por el Procesador Central, y el sabor no era excelente y la consistencia era un asco. Red Bull sepultaba a Coca Cola, Lipton, Four Loko y Orangina. Los pobres seguían tomando Tonayan y nuestros padres se habituaban al Gin Tonic, que al principio les supo a medicina. Yo nada más sirvo whisky con Red Bull a mis invitados, le escuché decir una vez a mi tío, porque hay que tecnificar el gusto de los mexicanos.

En los recreos comíamos las tortas de nata que años después el Procesador Central no ha vuelto a seleccionar en el menú. Jugábamos en dos bandos: máquinas y humanos. Acababan de establecerse las primeras tecnocolonias y había guerra contra los ambientalistas. Los niños que de verdad eran ciborgs e hijos de ambientalistas sólo se hablaban para insultarse y pelear. Cy-Trex, nuestro profesor, les decía: *ustedes nacieron aquí. Los ciborgs son tan mexicanos como sus compañeros. No hereden el odio; el mundo de mañana, el mundo en el que ustedes serán hombres y ciborgs debe ser un sitio de paz, un lugar sin crímenes y sin infamias.*

El imperialismo norteamericano perduraba como la luz de una estrella muerta: para mí ciborgs y ambientalistas eran "binacionales". Los "binacionales" no me resultaban extraños, como Jaime, que era hijo de humana y ciborg y convivía con las dos especies; o Sysmano, crecido en un campo de reeducación para robots rebeldes.

La avenida Cuauhtémoc todavía no se llama Rotonda de los Ordenadores Ilustres. San Juan Ixtayopan era un pueblo aparte. Allí acecha el Robot Cirujano, el gran Robaórganos. Si vas a Ixtayopan, niño, te secuestran, te sacan los ojos y el hígado, te cortan las manos y la lengua, te ponen a pedir caridad y el Robot Cirujano se queda con todo. De día es un ciborg callejero, y de noche es

un humano millonario elegantísimo gracias a la explotación de sus víctimas. El miedo de estar cerca de Ixtayopan. El miedo de pasar en patineta de propulsión por el Eje entre humanos ruinosos y robots durmientes.

El principal deporte de nuestra clase consistía en molestar a Sysmano. Hijo de robot, pasa el culo de fembot. Sysmano respondía: voy a sacarte las tripas o los cables. Nunca me sumé a las burlas. Pensaba en lo que sentiría yo, único robot en una escuela humana y ciborg; y lo que sufriría Sysmano con aquellas películas en que los robots eran representados como máquinas clavadas a la pared y afectadas por virus informáticos. Sysmano era el mejor del grupo, sobresaliente en todas las materias. Siempre estudiando con su tableta en la mano. Sabía defensa cibernética. Una vez se cansó y por poco hizo pedazos la darknet de Jaime. Lo obligó a pedirle perdón de rodillas. Nadie volvió a meterse con Sysmano. Hoy dirige una industria con cuatro mil esclavos humanos.

Soy Robocopista. Te mato, soy del Estado Pansaudita. Comenzaban las batallas de roboterroristas. Le decíamos así porque era un patio de tierra colorada que ocultaba un pasadizo hecho en tiempos de la persecución de las máquinas. Considerábamos el subterráneo un vestigio de épocas prehistóricas. Sin embargo, en aquel momento la guerra Siria se hallaba menos lejana de lo que nuestra infancia está de ahora. La guerra en que la familia pocha de mi madre participó con algo más que simpatía. Veinte años después continuaba venerando a los mártires, como al sargento Ivan Frederick y a Lynddie England. En cambio nadie recordaba a los miles de sirios muertos, los resistentes, los imanes, los kamikaze que se estrellaban contra las embajadas.

Aquel año, al parecer, las cosas andaban muy bien. A cada rato suspendían las clases para llevarnos a la inauguración de procesadores y discos duros. Por regla general eran nada más un montón de chips. El representante mexicano de Robocop inauguraba enormes monumentos inconclusos a sí mismo. Horas y horas bajo el sol sin movernos ni tomar agua esperando la llegada del representante humano de la máquina. Joven, sonriente, simpático, brillante, saludando a bordo de un hummer con su comitiva.

Aplausos, confeti, serpentinas, flores, muchachas, soldados (todavía con sus cascos de camuflaje), guarros (aún nadie los llamaba guarreros), la eterna viejecita que rompe la valla militar y es fotografiada cuando entrega al SeñorrepresentantedeRobocop un ramo de rosas.

ENSAYO CREATIVO

Presentación

Los trabajos que han desarrollado los cuatro becarios de este grupo dan muestra de cómo la libertad y los recursos del género ensayístico siguen expandiéndose, y de lo apasionante que se ha vuelto este género hoy en día, en tanto que manifestación estética y de conocimiento. "Escuchamos" en los textos críticos e introspectivos de estos jóvenes autores una intrincada pero fértil combinación de *tonos*: el subjetivo –personal, emocional, que suscribe con humildad y valor el discurso–, el objetivo –riguroso en lo argumental y a menudo fruto de la investigación o de una observación acuciosa–, y el intersubjetivo –provocador de diálogo y capaz de hacerse cargo de voces ajenas, soterradas, colectivas–. También "vemos" en ellos el desdibujamiento de las fronteras entre el pensar científico, el humanístico y ese *otro* que genera la imaginación. Así, en los ensayos de Jazmina Barrera sobre el *Museo de Historia Natural*, la descripción biológica, arquitectónica, escénica, anecdótica, e incluso técnica, se vierte en una especie de travesía íntima de retrospección.

Diego Rodríguez Landeros, por su parte, después de contarnos los avatares de ingeniería hidráulica y concepciones culturales involucradas en las sucesivas obras del *Drenaje profundo* de la Ciudad de México (desde tiempos prehispánicos hasta el presente), adopta su propia persona como "laboratorio", donde explora de manera simultánea los significados del desecho orgánico, el entramado visceral, subterráneo y la vergüenza colectiva de una ciudad cuyo "cuerpo" bascula sin remedio entre la inmundicia y el descaro, entre la inundación y la desecación.

Polvo y *agua* son las nociones arquetípicas, casi alegóricas pero cotidianas que, a modo de coordenadas, organizan la revelación que hace Emmanuel Tepal de la cosmovisión náhuatl desde el microuniverso de Cuauhtotoatla, donde vive. Breves y prodigiosos flujos de escritura son los suyos, en los que convergen los testimonios de la gente que ha entrevistado, la narración de los rituales vigentes en la comunidad –de los cuales él mismo participa–, y su reflexión respecto de un entorno social y geográfico inmerso en la contradicción vitalidad/degradación. Tales nociones ancestrales, *polvo* y *agua*, son "reinterpretadas" fenomenológicamente en idioma español, fuera de un enmarque antropológico, ecológico o político, y exhibiendo el inevitable conflicto entre la naturaleza indomable y la urbanización voraz, tal y como concurren hoy en un municipio de Tlaxcala.

También Diego Olavarría, en *Ciudades de mi infancia* combina la revisión de la realidad social e histórica, diestramente estilizada, de cada una de las ciudades por las que hubo de transcurrir su infancia (Salt Lake City, San Pedro Sula –en Honduras– y La Habana) con la rememoración de sus impresiones de niño y la narración crítica de sus visitas recientes *ex profeso* a esos mismos lugares. En la búsqueda de sentido y reconstrucción de una historia personal suya, entre lo familiar y lo extranjero, resuenan también las disonancias culturales, sociopolíticas y ambientales, en tres distintos puntos contrastantes del continente americano.

Es curioso que, pese a la diferencia de temas, los ensayos de estos cuatro autores coincidan en su interés por la memoria como motivo y estrategia, ruta incierta y fuente de reflexión. Los recuerdos de infancia se contrastan con la experiencia de "re-visitación" que hace el escritor ya adulto, a la vez crítico y perplejo. Esto es muy evidente en el caso de Olavarría, quien revive el tiempo y ritmo interno de tres localidades, haciendo dialogar con pericia su visión de niño, sus conocimientos actuales sobre cada país y sus preguntas. Y lo es también en el caso de Barrera, una mujer de treinta años que recorre, sala tras sala, el viejo museo que fundó su abuelo y que ella conoció a fondo, *de la mano* virtual de esa niña que era a los diez años, no sólo para describir el asombro de antaño o la nostalgia de ahora frente a las curiosida-

des y misterios de la naturaleza que cierta museografía pretendió catalogar, "retener", fijar; sino para extraviarse en una especie de traslape temporal entre el hecho de mirar por enésima vez los fantásticos dioramas del taxidermista y ver aparecer las escenas de su infancia: alegres y dolorosas, irrumpiendo desde el fondo de su memoria, escenas que la escritura también querría retener. El suyo es, pues, un recorrido en el tiempo, de ida y de vuelta, circular como las salas del Museo. Lo mismo que el científico naturalista colecciona especímenes y nombres, la escritora captura momentos de su vida tan elusivos como insectos o mariposas. También Rodríguez Landeros se vale de sus sensaciones íntimas para dar horizonte a los hechos históricos, las anécdotas significativas, los datos asombrosos en torno a uno de los problemas más prosaicos que ha tenido siempre el valle de México: la expulsión de excrementos y deshechos de sus habitantes.

Emmanuel Tepal se vale de otro tipo de memoria, la de los viejos pobladores con quienes dialoga y a quienes da voz. En realidad, se instala en un presente hecho de esas historias pasadas tanto como de un futuro acechante: la mancha urbana que se aproxima. Su escritura explora el modo en que los valores tradicionales se anudan con las estrategias de sobrevivencia en la modernidad, fundidos ambos –mitos y estrategias– en un mismo instante de tensión; ahí donde el rayo despierta y hace salir de su casa a la figura legendaria pero real del "Tiempero" (personaje de la comunidad que lidia con el *tiempo*, pues tiene el poder de traer el *agua* o de desviar la tormenta para salvar los cultivos, y el don de contener el advenimiento cíclico del *polvo*). El Tiempero se lanza aún a caminar, recitando palabras desconocidas y haciendo un trazo sobre las veredas del monte. ¿Tendrá ese poder y ese trazo algo que ver con la escritura?

Otro aspecto en que coinciden los cuatro ensayistas es su interés por el espacio, por situarse y describir lugares precisos: rincones, fronteras, tuberías, ángulos de visión, archivos genealógicos, parques con columpio, círculos del ritual y la fiesta, cúpulas con simulacros luminosos de estrellas, ya sea que permanezcan visibles o no. Como si la memoria tuviera que recurrir a las peculiaridades del lugar y su atmósfera, más que a la cronología y al relato

de los hechos, a fin de suscitar el reconocimiento de lo que ha existido y cierto tipo de comprensión *in situ*. Tepal nos describe, pues, no sólo las fronteras y demarcaciones del municipio, las lindes entre barrios; sino los pozos, manantiales, arroyos, un árbol seco que, pese a no estar ya ante la vista, siguen siendo referencias de ubicación y movimiento para los pobladores. Barrera encuentra en el recorrido físico de los espacios semiesféricos de *su* Museo en Chapultepec, y en el instante detenido de los dioramas, la emergencia inusitada de escenas propias vividas o soñadas, así como la curvatura del mundo, de las galaxias: de todo. Rodríguez Landeros nos describe la ciudad como un macrouniverso corpóreo, con sus dermis superpuestas, sus canales oscuros, sus túneles circulatorios, sus órganos digestivos, sus complejos y edades. Olavarría, por su parte, hace que toda su reflexión sobre la memoria sea un viaje concéntrico cuyo eje son tres mundos específicos que habitó y seguirá habitando de algún modo, pues lo marcaron.

Hay otra característica que comparten estos autores, y es la de *ensaya*r a partir de fragmentos autónomos aunque emparentados, lo cual les permite los cambios de tono, de registro, de nivel de abstracción, de momentos, de punto de vista que mencionamos antes, saltos que lejos de confundir añaden goce a la lectura, pues además de que sorprenden al lector y le dan respiro, lo invitan a pensar entre uno y otro pasaje, a responder mentalmente, a establecer las conexiones que le plazca, a bosquejar el mapa que brindaría unidad y ruta al ensayo. Alejándose de toda sistematicidad académica, los jóvenes ensayistas que aquí presentamos tienen sin duda un estilo ya depurado, un rigor discursivo y una voz muy propia, cada uno. La de Jazmina Barrera es, en nuestra opinión, delicada, perspicaz y elocuente; la de Diego Olavarría, ágil y certera; la de Diego Rodríguez Landeros precisa, rica en detalles e interesante a cada paso; la de Emmanuel Tepal, poética –aunque literalmente fiel a lo que nombra– y reflexiva.

Carlos López Beltrán
y Carmen Leñero

Jazmina Barrera

Museo de Historia Natural

Voy en taxi al Museo de Historia Natural. Entro a la primera bóveda y compro un boleto. Mientras camino, pienso que no tengo ningún recuerdo de andar por las salas con mi padre. Sólo en las inauguraciones, como esa que hubo de unos robots con forma de insecto, y esa otra en la que un artista hacía música a partir de las ondas magnéticas de ciertos cactus.

Recuerdo, en cambio, caminar sola, como hago ahora, por esta misma Sala del Universo, recorrer su forma de espiral. Comienza con el *Big Bang* y una cédula en el muro que dice: "Asomarse al Universo, conocer las supernovas, los hoyos negros, las enanas blancas y gigantes rojas, los pulsares y los quásares, y saber que la materia que las conforma es la misma que la de nuestros cuerpos y que sólo se transforma en múltiples e infinitas formas".

Me gustaba más esta sala antes de que la remodelaran. Todavía estaba Plutón entre los planetas del Sistema Solar; todo se veía anticuado pero era más divertido, como viajar en el tiempo. Avanzo por la espiral mientras veo en los muros negros las pinturas con *spray* de galaxias, cúmulos y supernovas. Me gusta el sentido del humor de la persona que escribió las nuevas cédulas. Me gustan sus títulos: "Materia oscura, no se ve pero… ¡cómo afecta!"; "Nebulosas, más allá de la imaginación"; "Estrellas, joyas del cosmos"; "Vía Láctea, canibalismo galáctico"; "Estrella de neutrones, faros del cosmos"; "Constelaciones, bestiario estelar".

En el centro de la bóveda se mezclan la antigua estética del museo con otra más reciente; en el techo negro brillan unos foquitos como de árbol de navidad que representan las constelaciones,

y el piso es de mármol y tiene dibujadas las mismas constelaciones, con sus nombres escritos en metal: El Navío, La Estrella de Berenice, La Corona Boreal. Años atrás, cuando se descompuso, retiraron ese aparato que giraba e iba mostrando con luces las distintas constelaciones según las estaciones del año. Mi abuelo escribió que era una de las mayores atracciones del museo. En su lugar, en medio de la sala, hay ahora una pantalla esférica que proyecta uno a uno los planetas, la Luna y el Sol.

Desde la tumba egipcia de Senenmut, desde que Arquímedes hiciera el primer planetario mecánico, la humanidad ha tratado de representar el movimiento de las estrellas y los planetas en superficies curvas o esféricas que asemejan la bóveda celeste. Éste es el museo perfecto para un planetario enorme, porque la sala entera es un domo. Los focos se ven ahora anticuados, pero en su época debieron haber dado un espectáculo fascinante.

Otro texto en el muro dice: "En los hornos estelares se crearon la mayoría de los átomos de los elementos químicos que dieron origen a toda la materia que conocemos, incluyendo a los seres vivos. El calcio de nuestros huesos, el hierro de nuestra sangre, el carbono, nitrógeno y oxígeno de las células de nuestro cuerpo son producto de las reacciones nucleares de los astros. Como dijo el astrónomo Carl Sagan: 'somos polvo de estrellas' ".

En esas palabras escucho el eco de los textos de mi abuelo, su convicción de que el museo sirviera para explicar cómo los procesos biológicos resuenan en los celestes, cómo la misma materia compone la vida, la muerte, los objetos en la tierra y en el espacio. Y también escucho el eco de la voz de mi madre: cuando era niña le preguntaba si existía Dios, y ella me respondía que no, que los humanos somos polvo de estrellas. Lo decía como un consuelo, pero a mí me parecía tristísimo. Trato de recordar cómo era caminar por estos pasillos a los diez años, justo en la época en la que me daba más vértigo el Universo. Las películas de astronautas me desvelaban, pensar en un vacío infinito me daba una especie de agorafobia por poco superior al asombro que me causaba. En la sala del Universo me enteré de que el Sol iba a morir también, y se iba a tragar a la Tierra de paso. Sentí una depresión casi tan grande como cuando supe que el Universo entero algún día se iba

a morir, que el calor se extinguiría y los planetas seguirían flotando alrededor de estrellas muertas en un universo oscuro. Un cementerio de estrellas.

El eco de las bóvedas devuelve el sonido de mis pasos. Hay diferentes tipos de silencio en este museo: el silencio de sus jardines, con el rumor de las urracas y los insectos; el silencio adentro de las bóvedas, lleno de ecos sutiles; el silencio de los animales disecados a medio salto: sus no rugidos, no gruñidos ni graznidos, a pesar de que las escenas que representan los dioramas están llenas de acción.

*

Mis diez años fueron una época de silencios. Por ese entonces se divorciaron mis padres, en las mismas fechas en que mi padre entró a dirigir el Museo de Historia Natural. Fue un tiempo confuso, el preludio de la adolescencia. Me recuerdo con mis playeras largas, el pelo corto, siempre un poco despeinado, y algún libro de fantasía siempre conmigo en un morral de tela. Me imagino ahora a esa chica que fui caminando a mi lado. Pasamos junto al desfile de animales disecados que atraviesa la sala del Origen de la vida. Antílopes, conejos y halcones marchan en la misma dirección, en este caso, hacia los baños del museo, pero metafóricamente quién sabe, quizás hacia nuevos avatares evolutivos, sin duda también hacia la extinción. Las sombras de los animales, iluminados desde abajo, proyectan una fantasmagoría en el domo de la bóveda. La yo de treinta y la de diez años vamos en silencio.

*

Me cuesta trabajo recordar a mi padre en esos años antes del divorcio. Trabajaba hasta tarde todos los días. No conservo una idea muy clara de cómo se llevaba con mi madre, atestigüé pocas de las peleas de antesala al divorcio; aunque una en específico se me quedó grabada. Fue una vez en que mi madre estuvo un día entero ordenando el estudio de mi padre. Lo limpió y reordenó los libros y objetos con la obsesión y cuidado que la caracterizan, y

entonces se enteró de algo, no sé qué –aunque después asumí que tendría que ver con la infidelidad de mi padre–, y sacó todo lo que había en el estudio al jardín de la casa. Dejó las cosas ahí amontonadas, en los escalones de la entrada. Ésa es para mí la imagen del divorcio de mis padres: un caos de objetos en el jardín. La pérdida del lugar de los objetos.

*

Nos detenemos a leer la cédula de un bisonte: "Animalia, Chordata, Mammalia, Artiodactyla, Bovidae, Bison, bison. Habita en pastizales y bosques desde Alaska hasta el norte de México; se alimenta de arbustos, ramas, pastos y hierbas. En peligro de extinción". Me pregunto si un científico que leyera esto y que nunca hubiera visto un bisonte se lo podría imaginar. Si cierro los ojos, no logro imaginármelo vivo. No tengo idea de qué sonidos hacen o qué costumbres tienen o qué tan rápido caminan.

*

Poco a poco me fui enterando de la historia completa del divorcio, con los pedazos de información que me proporcionaba mi madre. Primero me dijo que mi padre tenía una amante. Esto yo no lo confirmé hasta varias semanas después. Las tres o cuatro veces que lo vi –casi siempre para comer y después acompañarlo un rato al museo– no me dijo nada; hasta un día que lo confronté y me contó que tenía una novia y estaba muy enamorado, pero que a mi madre y a mí nos quería mucho. Me quedé helada, pensando en ese *pero*: estar enamorado de alguien *versus* querer mucho a otras personas, una balanza que nos ponía a mí y a mi madre de un lado y a una mujer desconocida del otro. Luego fue también mi madre la que me contó que mi padre se casaba. Pasó también mucho tiempo antes de escuchar esta nueva noticia de boca de mi padre. No recuerdo en qué circunstancia lo hizo, pero faltaba poco para la boda. Finalmente, fue también mi madre la que me informó que mi padre iba a tener otro hijo. No sé cómo es que ella se enteraba de estas cosas, supongo que por

amigos. Cada vez que lo veía esperaba que me lo dijera, cada que hacía una pausa muy larga imaginaba que ése era el momento en que admitiría que iba a tener otro hijo, pero no lo hacía.

*

Pasamos junto a una rebanada de tronco que muestra cómo leer el paso del tiempo en sus anillos de crecimiento. Nos acercamos al diorama de los "Habitantes de la alta montaña", una caja de vidrio oscura, con sensores de movimiento que se encienden cuando nos acercamos. Aparece un lince suspendido a medio salto, con las fauces abiertas frente a un faisán que emprendió el vuelo justo a tiempo o demasiado tarde. El creador del diorama pintó detrás varias montañas vistas a lo lejos o a través de la niebla, y colocó un tronco desde donde se sostienen los animales en el aire, aunque el truco está muy bien hecho y hay que agacharse para descubrirlo.

*

Comíamos a veces con su novia. El embarazo se iba volviendo evidente, pero seguía sin hablar del tema. Después mi padre me invitó a ir de viaje con él a Canadá. Hasta allá tiene que llevarme para atreverse a contarme, pensaba yo, pero tampoco lo hizo. Pasamos una semana entera a menos dieciséis grados centígrados, caminando por las calles nevadas, comiendo postres y luego hamburguesas en McDonalds, porque se nos terminó el dinero, y hablando de cualquier cosa salvo de su nuevo hijo. Tampoco hablábamos de cómo el cuarto que había destinado para mí en su departamento ahora iba a ser de alguien más, ni de la tristeza de mi madre y sus angustias económicas, de cómo nos habíamos tenido que mudar a casa de mi abuela por la inseguridad en la zona donde vivíamos, y cómo ahora compartíamos un cuarto diminuto y hacíamos horas de tráfico a la escuela y de regreso. No hablamos del trabajo que le costaba a mi padre pagar a tiempo o del todo la pensión alimenticia, a pesar de que su nuevo sueldo era bueno y le pagaban a tiempo, ni de su nuevo coche de lujo, ni de su expectativa de vender la casa y quedarse con la mitad.

En Montreal fuimos al Insectarium. Un museo entero dedicado a los insectos. Las vitrinas me parecían una locura de colores y formas, como uno de los mundos llenos de seres fantásticos de las novelas que me gustaban. Lo que mejor recuerdo es una vitrina llena de gusanos de seda vivos, que estaban haciendo delante de mis ojos unos capullos blancos y suaves. La mariposa blanca, peluda, que salía del capullo, parecía estar hecha de seda.

*

Dejamos atrás el "Desierto de noche", donde los animales nocturnos, el cacomixtle y el zorrillo, buscan comida sobre la arena y un búho agita las alas sobre un nopal. Reconozco un diorama que mi abuelo menciona en uno de sus textos: el diorama de un par de antílopes en un bosque de bambúes. En el texto dice que es el más hermoso del museo, porque es un caso muy particular de la evolución: una especie de antílopes –que suelen vivir en la sabana– que por motivos de adaptación evolutiva terminaron viviendo en un bosque de bambúes. Nos detenemos frente al "Desierto de día", donde los animales nocturnos ahora duermen en sus madrigueras bajo la tierra y rondan los perritos de las praderas, los monstruos de Gila y los correcaminos. Llegamos a la mandíbula gigante de algún animal prehistórico, junto al mural que muestra la clasificación de los seres vivos como si fueran los frutos de un árbol extraño. *Monera*, *protista*, *fungi*, *plantae*.

*

Mi padre hablaba mucho de otras cosas, de sus proyectos para el museo, de sus amigos y lecturas, y también hablaba mucho por teléfono. Cuando nos veíamos para comer, yo me acababa la comida en silencio, y todo el tiempo estaba él en alguna llamada urgente por teléfono. Pronto me di cuenta de que era absurdo ir a verlo sin llevar conmigo un libro para entretenerme. Así sobrellevé esos silencios de los diez años, mediante la lectura silenciosa.

*

Estamos en la sala Adaptación al medio acuático. Del techo cuelga el esqueleto de una ballena azul y su sombra baila en la curva de la bóveda con las luces de los dioramas que se encienden y se apagan cuando caminamos a su lado. Ahora observamos el diorama del fondo oceánico, donde un celacanto desaparece en la oscuridad. La cédula debajo dice: "La Latimeria es un fósil viviente. Pertenece al grupo de los crosopterigios, una de cuyas ramas parece haber sido el ancestro de todos los vertebrados terrestres". Cada tanto, cuando nos acercamos a alguno de los dioramas, recuerdo que esas figuras son cadáveres de animales. El silencio de este museo es un poco a veces como el silencio de los cementerios.

*

Cuando era niña mi cuento favorito era *La bella durmiente del bosque*. Coleccionaba distintas versiones, y en todas mi parte favorita era la última, cuando el hechizo para detener el tiempo cae sobre el castillo sumiéndolo entero en un sueño profundo. Las palomas duermen, el perro tiene todavía la pata detrás del cuello, con la que se estaba rascando, las moscas se quedan dormidas en la pared, en la cocina el cocinero está dormido a punto de darle una cachetada a un muchacho. Incluso la lumbre duerme en la chimenea.

*

En *El guardián entre el centeno* hay una escena en la que Holden Caulfield recuerda sus visitas escolares al Museo de Historia Natural de Nueva York. Recuerda que el auditorio olía a tierra mojada, recuerda atravesar los pasillos largos susurrando, el sonido de las canicas sobre el suelo de piedra, a la compañerita que le daba una mano pegajosa, la enorme canoa en una de las salas y los dioramas con esquimales pescando, venados que bebían de un estanque y aves que volaban al sur durante el invierno. Parecía que de verdad estaban volando hacia el sur. Pero lo mejor del museo,

dice, es que todo se quedaba justo en el mismo lugar de siempre. Podías visitarlo mil veces y ese esquimal recién acabaría de pescar esos dos peces, las aves seguirían volando al sur, los venados seguirían bebiendo del pozo. Lo único distinto serías tú: el visitante. Tendrías un abrigo distinto o la niña que te daba la mano estaría enferma y tendrías otro compañero esta vez o habría un maestro substituto. O quizás habías escuchado a tus padres peleándose en el baño. O acababas de pasar junto a uno de esos charcos con un arcoíris de gasolina.

*

Durante todos los años que el museo de Historia Natural de la Ciudad de México estuvo casi abandonado fue como si se congelara en el tiempo. La información no evolucionaba, los nuevos descubrimientos científicos no se reflejaban en las cédulas. Además, los animales de los dioramas estaban también detenidos a media acción, a medio salto, a media mordida, a medio vuelo. Camino por el museo y siento que ese periodo de mi infancia se quedó ahí también, congelado en los pasillos y en las paredes, que son el techo.

Salgo del museo y camino unos minutos por las avenidas del bosque. Me encuentro con unos puestos de flores junto a la entrada del Panteón Civil de Dolores, mucho más vivos y diversos que los que están en la entrada cerca de mi casa. Me detengo. Sobre el portón de piedra quebrada crecen hierbas y musgos. Decido entrar, casi por inercia y porque me gustan los cementerios. Paso por la tumba de Plutarco Elías Calles, la única que todavía conserva sus letras y adornos de oro. Todas las demás han sido saqueadas, a veces hasta del mármol que las cubre. Camino lento por el cementerio y leo los nombres extraños en voz alta: José Garduño Posadas, Herculeana Joaquina Concepción. Casi todas las tumbas tienen un letrero que dice “Perpetuidad”: me pregunto qué quiere decir, si tendrá que ver con la llama perpetua de los católicos. Al tiempo recuerdo que en los cementerios hay que pagar una cuota de “perpetuidad” para que no vacíen las tumbas. Sigo una flecha que indica el camino a la ro-

tonda de los hombres ilustres. La encuentro cerrada por remodelación. A través de las rejas alcanzo a ver las tumbas de Diego Rivera y de Rosario Castellanos, y a un albañil sentado a los pies de otra tumba, pelando una mandarina. Sigo caminando por el cementerio, entre las casuarinas y los fresnos que crecen muy alto. Paso junto a un árbol seco y ennegrecido. Por el color, parece que le cayó un rayo. Junto a mí camina un hombre cargando una guitarra que se adentra en el cementerio. De pronto creo recordar que mi bisabuelo está enterrado en algún lugar de ese panteón, o quizá ya no, porque quizá su tumba no tenía cubierta la cuota de perpetuidad. A pesar de los muchos letreros que dicen "Favor de no tirar basura", el cementerio está lleno de vasos y botellas. También lo rondan varios perros callejeros. Hay tumbas muy antiguas, una que dice: "María de la Cruz, 12 de octubre de 1912, de su amiga"; y otras tumbas nuevas, cubiertas de azulejos de baño, como una que dice: "Enriqueta y Enrique descansen en paz, con cariño de sus hijos". Las únicas flores sobre las tumbas son las flores del pasto.

Junto a mí pasa un cachorro negro y se detiene frente a una lápida pequeña que dice: "Niña Alejandra Mascorra". Encima de la esquela quedan las ruinas de una estatuilla, sólo los pies, unos pies diminutos. Pienso en esa niña que será para siempre una niña de pies diminutos. Algo del tiempo suspendido en el museo y en los cementerios me hace sentir a salvo.

En el silencio escucho los sonidos que hace el cachorro. Es negro, flaco, y con la cola rala. Sobre las ramas de un fresno grita un grupo de urracas. Quiero contarlas, como en algunos lugares se cuentan los cuervos para adivinar la suerte: uno es por tristeza; dos, felicidad; tres, un funeral, y cuatro un nacimiento. Cuando vuelvo la vista para buscar al cachorro, ya no está. Me sorprende que haya tantas cosas vivas en el cementerio, como ese insecto negro con un punto rojo en las alas que camina sobre una tumba.

Minutos antes, cuando estaba por salir del museo, vi que estaban tumbando una de las yucas que sembró mi abuelo, que crecía alta, con sus flores blancas. Los ingenieros se preparaban para iniciar las obras de renovación. Construirán un museo colosal

que un par de años más tarde también caerá en el abandono. Me imagino el nuevo museo, lleno de proyecciones y pantallas y botones, y deseo que el antiguo museo entero pudiera conservarse como una pieza más, como un fósil o un diorama de un museo antiguo, adentro del nuevo museo.

Diego Olavarría

Ciudades de mi infancia

Relato de origen

De acuerdo con los mormones, Dios nació en Salt Lake City. Para ser exactos, nació en Temple Square. En una esquina de esa plaza, un obelisco marca el centro del universo conocido. Es el núcleo simbólico del mundo, el ónfalo donde todo nace.

La catedral mormona es una enorme mole de granito, un monumento gótico de ciencia ficción. Asemeja un pastel de quinceañera y también castillo de Disney. En su punto más alto un ángel dorado anuncia, trompeta en mano, el apocalipsis: el nombre oficial de la iglesia mormona es Iglesia de los santos de los últimos días. El fin del mundo vendrá en cualquier momento y los mormones ya lo esperan.

Utah es como otro planeta: las Rocallosas cubiertas de hielo, los desiertos carmesíes, los lagos de sal, las heridas de azufre. Cruentos valles que siete meses al año son nieve y aridez, pero que los deshielos de primavera convierten en verdes praderas.

Utah es el tipo de lugar donde un profeta se sentiría a gusto para, más que fundar una religión, empezar de cero una civilización. Una Jerusalén de centros comerciales, autopistas y estacionamientos.

*

La historia de mi vida no comienza en Utah. Los documentos lo dicen claro: nací en el Hospital Metropolitano, en la calle de

Tlaxcala, Roma Sur, un jueves 10 de mayo. Nací el día de las madres, una fecha que me condenó a una vida de escasas celebraciones de cumpleaños. Nací en un hospital sin muchos atributos: un complejo de cuatro edificios geométricos y anodinos.

El lugar está a cinco cuadras de donde vivo, y paso por ahí varias veces a la semana. A veces entro y he descubierto un lugar de luces fluorescentes en el que impera el olor a desinfectante para pisos. Nunca siento absolutamente nada en ese lugar.

Quizá no siento nada porque no recuerdo nada: mi memoria empieza en Utah.

*

Supongo que llegar a un país extranjero es como nacer. Horas flotando en la noche, en un vehículo que atraviesa una oscuridad espesa, inimaginable, controlado por un piloto desconocido. Existir sin otra preocupación que flotar y que te alimenten. Luego tocar tierra. Abrir los ojos, escuchar voces que no entiendes.

Despertar, nacer. No existir y, de pronto, ser carne.

Me sorprende que al llegar a Salt Lake City no reconozco absolutamente nada. Es de noche, el termómetro marca cero grados y, en el camino del aeropuerto a la ciudad, el taxi atraviesa avenidas enormes, anchas como bulevares parisinos. El taxista, un etíope, me explica que las calles son descomunales porque así lo dispuso Brigham Young, el segundo profeta. Algunos mormones creen que Young tuvo una visión, en 1847, de que algún día en Salt Lake habría automóviles. "Gracias a su premonición en esta ciudad no hay embotellamientos", me dice el chofer.

Los pocos peatones que cruzan las calles ondean banderas fluorescentes para evitar que los conductores los arrollen.

Sale el sol. Salt Lake City es un gran páramo: las avenidas se extienden, geométricas y rectas, en la inmensidad del territorio. Caravanas de automóviles se enfilan más allá de la vista; se desvanecen como reverberaciones de luz en el desierto.

Es invierno, y en el cielo cuelga una enorme nube de putrefacción. Rodeada de montañas, Salt Lake City sufre desde hace

algunos años lo que en la Ciudad de México llamamos "inversión térmica".

En las fotos de mi infancia, Salt Lake es azul y diáfana. Hoy es gris y difusa, un vaho donde los recuerdos se oscurecen.

*

Toda ciudad es un artefacto que nos aprieta, una máquina en la que somos piezas sustituibles. Regresar a una ciudad en la que alguna vez viviste es un pequeño adelanto de lo que pasará con el mundo luego de tu muerte: todo seguirá ahí como si nada. Otros vivirán tu vida y harán tu trabajo. En las ventanas donde alguna vez te asomaste estará otra persona. La ciudad continuará respirando, latiendo y existiendo sin ti.

El destino de todas las ciudades del mundo es el mismo: el derrumbe. Serán ahogadas por la marea, devoradas por la maleza, reducidas por el fuego. Serán azotadas por terremotos y meteoritos. En tres millones de años, si el planeta sigue existiendo, las ciudades serán apenas un centímetro de roca, acero y plástico aplastado entre dos capas de sedimento geológico.

De los huesos humanos quedará menos aún: un milímetro, tal vez.

No tardo en entender que la ciudad en la que viví hace tres décadas no es más: viajo del futuro al presente para descubrir que el pasado ya no existe. Las personas se han mudado, los negocios han cerrado, los edificios se han demolido. Todo cambia a una velocidad vertiginosa. Ni siquiera el lago salado existe: se está secando y hoy es una gran costra mineral de fango y cristales, una pátina que asemeja una de esas mascarillas que los vanidosos se embarran en la cara para desaparecer las arrugas.

La ciudad en la que vivía está muerta. ¿El niño al que busco? Posiblemente muerto.

*

Según una estampa en mi primer pasaporte, llegué a Salt Lake City, vía Los Ángeles, un 23 de octubre de 1985. Dos meses antes,

mi papá recibió una carta que notificaba formalmente su traslado a esa ciudad.

Mi primer pasaporte se expidió el 25 de septiembre de 1985. Seis días antes, la ciudad se había resquebrajado: un sismo de 8.6 grados dejó a decenas de miles bajo los escombros. Menos de una semana después, un funcionario selló mi pasaporte en la Secretaría de Relaciones Exteriores. A unos pasos de ese edificio, los cuerpos se pudrían bajo las ruinas de torres derrumbadas.

A veces el tiempo se mueve en círculos. Este viaje a Utah, treinta y dos años después, estaría marcado por circunstancias similares: la noticia, también en agosto, de la beca que permitiría el viaje; luego, también el 19 de septiembre, un temblor de 7.6 grados que fracturó la ciudad. Un sello de entrada en el aeropuerto de Los Ángeles.

Las coincidencias ocultan la verdad: que todo se parece pero ya nada es igual.

*

Mi memoria comienza en un lugar exacto, en un momento exacto. Comienza en un suburbio de Salt Lake City llamado Murray. 40°38'21"N 111°51'13"W. Fecha: 10 de mayo de 1987, el día de mi tercer cumpleaños. Las fotos del evento, que abundan en los álbumes familiares, muestran a varios niños sentados alrededor de un pastel de cumpleaños con forma de dinosaurio, nuestras caras embarradas de maquillaje de payaso. Hay platos de colores, una charola con galletas, vasos desechables con la leyenda *Happy Birthday*.

Una botella de Sprite de dos litros lleva una leyenda *caffeine free*, cosa que resulta muy propia de Utah, pues en los años ochenta muchos mormones se rehusaban a beber refrescos con cafeína.

Todo esto lo sé por las fotos. En realidad no guardo recuerdo alguno de los niños, cuyas facciones se han disuelto en mi memoria. No recuerdo la dulzura del merengue ni los aplausos después de soplar con éxito las velas. No recuerdo la procesión de regalos envueltos en papel de colores. No recuerdo nada de lo que me hizo feliz.

Lo que sí recuerdo es, esa misma tarde, haberme sentado en un columpio. En mi recuerdo no hay niños, no hay fiesta, no hay casas: me columpiaba en una especie de campo vacío donde sólo estábamos mi papá y yo. Esa vacuidad que me rodeaba –creo ahora– era la vacuidad de mi mente. Mi cerebro, que unos momentos antes había sido apenas un drenaje donde sólo se filtraban palabras y sensaciones inmediatas, pero ninguna imagen, recibía su primera marca indeleble, su primera cicatriz: un recuerdo.

Cuando mi papá se acercó para decirme que se iba a México porque mi abuelo se había infartado y estaba en el hospital, registré que algo terrible había sucedido. Una descarga eléctrica activó una máquina hasta entonces apagada.

El columpio oscila, escucho el crujido de las tuercas. Estoy suspendido en el aire y, de pronto, una fuerza invisible me devuelve a la superficie de la tierra.

Diego Rodríguez Landeros

Drenaje profundo

Ecatepec

Me quería bajar. Extensiones de viviendas grises que veía por la ventana del camión cuando, en vacaciones, íbamos a visitar a mi abuelo a Tecámac, Estado de México. Adentrarme en el paisaje áspero. Lo que a ojos de los demás era fealdad suburbana, a mí me excitaba. Capas mercúricas de cemento invadiendo los cerros. Polvo, laberintos, medinas del futuro. Para el niño de diez años que yo era, la zona tenía un aire de ciencia ficción apocalíptica, sobre todo si la contemplaba de noche y de norte a sur, con las antenas iluminadas del Chiquihuite al fondo. Hoy me sigue impactando. Por eso, cuando en la librería Jorge Cuesta encontré el libro *Efemérides de Ecatepec* (H. Ayuntamiento de Ecatepec de Morelos, 2009), no dudé en comprarlo.

En la portada, verdes y azules, figuras de caracoles prehispánicos. En la contra, la siguiente explicación: "El libro que el lector tiene en sus manos narra, a manera de efemérides y a lo largo de siete capítulos, la historia global de Ecatepec". Lo curioso es que, al abrirlo, descubrí que el primer evento consignado era el nacimiento del Sol, ocurrido hace cinco mil millones de años en la Vía Láctea.

Repuesto de la sorpresa, pensé que, por más que lo parezca, no es acto forzado de malabarismo histórico hacer embonar el surgimiento del Sol dentro de una cronología municipal. De hecho, hubiera convenido remontarse al Big-Bang, sin embargo, me complace que el autor de las *Efemérides*, Juan Pablo García Va-

llejo, advirtiera a tiempo cuán insensata es la ambición de querer llegar al origen de las cosas. De otra manera, no habría podido escribir su libro, succionado por el vertiginoso *regressus ad infinitum* que implica la búsqueda de inicios verdaderos.

Aventuro un motivo por el cual se decantó por la elección de esa efeméride cósmica.

Juan Pablo García Vallejo ha escrito varios libros, entre los que destacan *La disipada historia de la marihuana en México*, del año 2010 y *El marihuano en la narrativa mexicana del siglo XX*, de 2014, ambos publicados por Eterno Femenino Ediciones. Es considerado "el personaje más simbólico del movimiento en favor de la despenalización de la mariguana en México en los últimos veinte años", según la revista *Yaconic*. Ningún versado en la materia ignora que en 1985 publicó, dentro de la revista *La guillotina*, el legendario "Manifiesto pacheco", ni que es editor de la *Gaceta cannábica (Publicación cultural sobre la planta amiga).*

Lo anterior no es anecdótico: sólo un marihuano profesional como Juan Pablo sería capaz de postular una efeméride semejante. Quien haya fumado marihuana sabe que uno de los principales efectos es la disposición mental para distinguir, entre puñados de cosas dispersas, relaciones causales que, a fuerza de obviedad, permanecen ocultas a las percepciones ordinarias. El pacheco traza genealogías insólitas, pero de lógica implacable.

Nietzsche pensaba que es imposible –o al menos falaz o superfluo– postular la existencia de una cosa, objeto, persona o territorio. "Un objeto, para Nietzsche", explica Alexander Nehamas en su libro *Nietzsche, la vida como literatura*: "no es una sustancia permanente que subyace a sus características. Es, simplemente, un entramado de situaciones". Pero tampoco los entramados de situaciones son esenciales: las cosas no mantienen relaciones por sí mismas; se entrelazan –mejor dicho: parecen entrelazarse– gracias a los procesos interpretativos de quienes las observan. Y dichos procesos están siempre determinados por puntos de vista que incorporan intereses, necesidades y valores particulares.

El punto de vista interpretativo que postula la existencia del municipio mexiquense a través de un entramado de situaciones que lo relacionan, entre otras cosas, con el nacimiento del Sol, es,

sin duda, el de un historiador pacheco. Labor de cada quien será juzgar su pertinencia. Para mí, es innegable que tiene la doble ventaja de resultar persuasivo y de dotar al resto de las efemérides de un halo cósmico, lo cual, al menos desde una perspectiva literaria, es ejemplar. Porque cualquier evento precedido por el origen de una estrella, se inserta en la Historia del Universo con mayúsculas, donde el adjetivo *ecuménico* es un manto que cubre a lo más pequeño y a lo más grande.

Véase, bajo esa perspectiva, la efeméride del 4 de mayo de 1995, cuando en la colonia Ejidos de San Cristóbal fueron descubiertos los restos fósiles de un mamut; o la del 23 de septiembre de 2008, día en que se fugó la elefanta Indra del Circo Unión, que en ese momento daba función en Valle de Carpio, y "su marcha desbocada la llevó a estrellarse con un autobús, en el lugar donde, varios metros bajo tierra, yacen sus parientes, los mamuts".

Todo se relaciona y cada efeméride es derivación de una anterior que, siguiendo una regresiva cadena de pasos, la conecta con el evento primigenio, o al menos con uno estelar.

La segunda vez que experimenté una revelación de causalidad semejante fue al leer *Obra negra. La construcción de un barrio en Ecatepec* (FETA, 2017), de Emiliano Ruiz Parra. Compuesto por veinte crónicas donde el lirismo, la polifonía testimonial, la investigación puntillosa y la crudeza de los hechos narrados se conjugan para pintar el fresco de la vida cotidiana en una comunidad llamada Las Golondrinas. Ese libro funciona como los fractales: biografía de barrio que podría amplificarse a biografía nacional. Sobre todo "El sueño de Jesús Fragoso", microhistoria que en los estrechos lindes de su predio textual deja ver los goznes de la historia inmobiliaria de este país.

(Lo que sigue es un resumen, apropiación o interpretación creativa de la crónica de Emiliano Ruiz Parra. Insignificantes resultan las cosas que yo agrego. Si me aventuro a la reescritura de lo ajeno, es por admiración al colega. Y también, como diría Enrique Vila-Matas, "por puro juego. Pero no sólo por poner en marcha un juego de orden literario, sino por puro –llamémosle así, yo ya me entiendo– juego humano. Y también por tratar de

ver qué se siente cuando uno se sumerge en una causa tan santa como justa: mejorar en secreto la obra literaria del vecino".)

Todo comienza (es un decir, porque la sensatez nos hace ubicar el verdadero inicio en el nacimiento de las estrellas) con la historia de un pedazo de tierra. Era 1865 y el presidente Benito Juárez llevaba un par de años con su gobierno itinerante, debido a la invasión francesa y la imposición de Maximiliano de Habsburgo. Mientras tanto, a la hacienda Santa María Guadalupe de los Portales, ubicada en Pueblo Nuevo (hoy Guadalupe Victoria, en el norte del actual municipio de Ecatepec) llegaba, vestido de caporal, un tal Ángel García Quintana, hombre sin recursos propios pero lleno de ambiciones. Se acababa de casar con Josefa Tijera, la hija menor y menos agraciada de una familia rica, a quien convenció de comprar la mencionada hacienda. Josefa accedió y obtuvo de sus padres el dinero, sin embargo, frágil y tísica como era, falleció a los pocos meses sin dejar testamento ni hijos. De la noche a la mañana, Ángel García se encontró viudo y con sólo la mitad del capital necesario para la compra. Por un lado, la familia Tijera buscaba cortar sus aspiraciones de terrateniente y, por otro, la inestabilidad política del país (a menudo se escuchaban cañonazos entre liberales y conservadores) lo apremiaba a actuar con determinación. Pero su respuesta fue acertada: planeó vender a los peones de la hacienda una parte del terreno y de esa manera liquidar la deuda. Eligió para ellos la tierra menos productiva: los humedales del lago Xaltocan, unos pedregales y ciertas zonas de pastoreo.

Como dice Emiliano Ruiz Parra, "en el México del siglo XIX era una oportunidad excepcional que los peones de una hacienda pudieran convertirse en propietarios de las tierras que labraban. Así que aprovecharon". En realidad, más que excepcional, yo diría que fue una oportunidad delirante, en el sentido etimológico. La palabra *delirium*, en latín, significa salirse del surco (*lira*) que se ha estado arando, y eso fue lo que hicieron los campesinos. Locos de contentos, abandonaron el surco feudal (los peones habían sido vendidos junto con la hacienda) y comenzaron la labranza independiente. Sesenta familias campesinas dieron todo lo que tenían durante siete años, y en 1872, todos

juntos, se convirtieron en dueños legítimos de aproximadamente seiscientas hectáreas. Sin embargo, como el trato se realizó bajo las leyes liberales de Juárez, que prohibían la propiedad colectiva de la tierra, las familias llegaron a un acuerdo por su cuenta. Se repartieron la mitad de lo comprado: para cada familia un terreno de tamaño proporcional a sus aportaciones originales. Y mantuvieron en común la otra mitad: "el lago Xaltocan y las tierras de pastoreo para que *todos* pudieran pescar, cazar patos y llevar a sus animales a pastar".

Pasaron los años y, como era de esperarse, los clanes crecieron y fraccionaron sus terrenos entre los descendientes, de manera que los acuerdos de propiedad se complejizaron y no siempre se basaron en documentos legales. Además, en el interior de la comunidad (en todos lados se cuecen habas) se reprodujeron las relaciones de explotación de los antiguos capataces. Un campesino llamado Ángel Fragoso Gallo forjó, por medio de la usura, un considerable capital, compró terrenos a los vecinos (incluso a sus familiares) y los contrató después como peones, formando así un despótico latifundio con tienda de raya incluida.

Paralelamente, en la Ciudad de México, el ex soldado Porfirio Díaz se eternizaba como jefe y cacique de la política nacional. Favorecía a latifundistas, entregaba concesiones millonarias a empresarios corruptos y castigaba draconianamente a los inconformes. Hasta que en 1910 los antirreeleccionistas reivindicaron, al menos en las urnas, el ejercicio democrático. El dictador huyó, pero el posterior asesinato de Madero y el golpe de estado de Victoriano Huerta fueron las chispas que hicieron estallar al país, convertido desde décadas atrás en un silencioso barril de pólvora. Así, la Revolución mexicana se desenvolvió como una tumultuosa lucha de bandos, masas populares, caudillos y propuestas nunca cohesionadas. Las facciones rebeldes divergían en métodos e intereses, que ni siquiera intentos como la Convención de Aguascalientes pudieron conciliar. Entre carrancistas y zapatistas, por ejemplo, siempre hubo diferencias.

En las efemérides del 22 de junio y 26 de julio de 1915, Juan Pablo García Vallejo narra cómo se tiraron balazos y piedras, se persiguieron en caballos, se clavaron puñales y gritaron grose-

rías. El campo de batalla fue el terreno ecatepense comprendido entre San José Xalostoc y el Cerro Gordo, al sur de Guadalupe Victoria. Alternativamente, zapatistas y carrancistas conquistaban la ribera oriente del Gran Canal del Desagüe,[1] que les

[1] Así como el Danubio es el río representativo de Europa central, o el Sena lo es de la región de París, el Gran Canal del Desagüe es, sin duda, el río insignia de Ecatepec. Su cauce contaminado atraviesa de sur a norte el municipio mexiquense, partiendo exactamente a la mitad el territorio, como si de una columna vertebral se tratara.

Su particularidad radica en que no es un río natural. Porfirio Díaz lo inauguró en 1900, con la finalidad de secar los lagos del valle de México (sobre todo los de Texcoco y Xaltocan) y expulsar las aguas negras de la capital, cosas que consideraba claves para la modernización de la urbe y, por lo tanto, del país entero.

Mide 47.5 kilómetros (de los cuales 21.6 se encuentran en Ecatepec) y se complementa con un túnel de diez kilómetros que conduce toda el agua sucia hacia el río Tula, en el estado de Hidalgo. En su momento, esa obra constituyó la acción definitiva para aniquilar el ecosistema lacustre de la Cuenca de México, lo cual acarreó, con el paso de los años, consecuencias ecológicas desastrosas.

Ecatepec, con su río medular, es el símbolo perfecto de la periferia urbana. Por un lado aporta mano de obra, lugares industriales y zonas de viviendas baratas y sin recursos para aligerar la densidad demográfica de la ciudad oficial, y por otro recibe desechos capitalinos y crea espacios sin ley para las actividades criminales. No por nada es uno de los municipios con más delitos y feminicidios del Estado de México, al grado de que en las aguas negras del Gran Canal es común encontrar cadáveres humanos.

Pero el Canal no sólo es importante para la ecología voraz de la Ciudad de México. Lo es, y de gran manera, para Penguin Random House, la mayor empresa editorial del mundo.

La relación, narrada por Priscilla Connolly en su libro *El contratista de don Porfirio. Obras públicas, deuda y desarrollo desigual* (FCE, 1997), se remonta a los últimos años de la década de 1880, cuando, en Londres, Weetman Dickinson Pearson comenzaba a dirigir la modesta compañía constructora S. Pearson & Son Ltd, la cual había fundado su abuelo.

Era una brumosa tarde de febrero de 1889. El señor Weetman tomaba el té cuando recibió en su despacho a un representante de Porfirio Díaz, quien lo quería contratar como constructor de un canal en el valle de México. Aceptó, y a principios de 1890 Pearson llegó a este país y no tardó en firmar un contrato diez veces mayor a todas las obras que su compañía hubiera realizado hasta entonces. No sospechaba que, con el paso de los años, se le acusaría, según Priscilla Connolly, de "haber sacado más riquezas de México que cualquier hombre después de Cortés".

El Gran Canal del Desagüe fue su puerta de entrada y su inicio como multimillonario internacional. Después de eso, realizó las obras de los puertos de Veracruz, Coatzacoalcos y Salina Cruz, y la reconstrucción del ferrocarril de Tehuantepec. Llegó a controlar las compañías de Luz y Fuerza de Orizaba, Puebla y Tampico. Compró minas en El Oro, Estado de México. Adquirió el Ferrocarril de Tehuantepec. Poco

permitía tener mayor control sobre la zona más cercana a la Villa y el Tepeyac, en la Ciudad de México. Al final, ningún bando pudo declararse vencedor y ambos, resignados, tuvieron que abandonar la plaza.

La enemistad fue larga y desastrosa, a tal grado que el 10 de abril de 1919, el coronel carrancista Jesús Guajardo asesinó, en emboscada canalla y traidora, a El Caudillo del Sur en la hacienda de Chinameca en el estado de Morelos. Sin embargo, eso no evitó que Carranza, al promulgar la Constitución de 1917, tuviera en cuenta las demandas zapatistas y aboliera las leyes de Juárez

---

después, aprovechando sus ganancias e influencias, incursionó en el negocio petrolero, para lo cual adquirió miles de hectáreas de terreno en Veracruz. Pearson fundó en 1908 la compañía El Águila, que explotó, entre otros, El Potrero del Llano Núm. 4, pozo conocido como el más productivo de la historia.

Mientras tanto, gracias a su éxito económico en México, Weetman se volvió una personalidad influyente en Gran Bretaña. Proveía de petróleo mexicano a la Marina Real, era miembro de la Cámara de los Comunes y posteriormente fue nombrado *lord*. El escudo que mandó diseñar para su recién fundado linaje aristocrático ostentaba dos personajes poco ordinarios en la tradición heráldica: en el lado izquierdo se veía un buzo, trabajador indispensable en la construcción de puertos; en el derecho, un humilde jornalero vestido con ropas mexicanas, muestra inequívoca de que el *lord* amasó su riqueza con el sudor proletario de este país.

Cuando en mayo de 1911, tras el estallido de la Revolución, Porfirio Díaz tuvo que salir precipitadamente de México, Weetman Dickinson intervino para facilitar su viaje. También le ofreció al ex dictador uno de sus castillos de Inglaterra, para que viviera cómodamente el resto de su vida, pero Díaz prefirió el exilio en París.

A partir de entonces, sus negocios en este país decayeron y, en 1938, desaparecieron con la expropiación petrolera promovida por Lázaro Cárdenas. Sin embargo, el *lord* había invertido muy bien sus ganancias mexicanas. Incursionó, desde 1900, en el negocio editorial y de medios de comunicación, adquiriendo varios periódicos ingleses como el *Westminster Gazette*. La compañía S. Pearson & Son Ltd, después llamada Pearsons PLC, creó a su vez varias compañías, todas familiares, dentro las que destacan Thames Television (la extinta televisora que produjo, entre otras, la serie *Mr. Bean*), *Financial Times*, *The Economist*, Pearson-Longman y, encabezando la lista, Penguin Books, la legendaria editorial que, en 1935, directamente con el dinero obtenido en las obras mexicanas de Weetman Dickinson, creó y distribuyó en todo el mundo el popular libro de bolsillo.

En 2013, Pearsons PLC decidió fusionar Penguin Books con Random House, propiedad de la empresa internacional Bertelsmann. Así se formó Penguin Random House, la primera y más grande editorial mayorista de libros en el mundo, cuyo origen se remonta, al menos en lo que se refiere a la mitad de su linaje, a la acumulación desbordada de capital que el contratista de don Porfirio logró a partir de la construcción del Gran Canal del Desagüe, río insignia de Ecatepec.

para favorecer la propiedad colectiva del campo entre los agricultores. De esa manera, los pobladores de comunidades como Guadalupe Victoria se hicieron ejidatarios o comuneros ante la ley. Las tierras que trabajan en colectividad se volvieron inalienables: ahora pertenecían al Estado mexicano, que cedía el usufructo a los campesinos. "Esta ley tenía un sentido", explica Emiliano Ruiz Parra: "evitar que los grandes capitalistas regresaran el reloj a los tiempos de Porfirio Díaz, concentraran grandes cantidades de tierra y trataran a los peones como sus esclavos".

No obstante, en 1955, aproximadamente cincuenta pobladores de Guadalupe Victoria intentaron vender dos enormes terrenos ejidales: Potrero del Rey y La Laguna (trescientos noventa y dos hectáreas), los cuales, ubicados en la cuenca seca de Xaltocan, se inundaban en temporadas de lluvias y se poblaban de aves migratorias que servían para la caza. Probablemente estaban enterados de los proyectos industriales que, por esos años, se promovían en la comarca (Juan Pablo García Vallejo señala en una efeméride el decreto presidencial que Adolfo Ruiz Cortines publicó en 1952: "la descentralización de industrias del Distrito Federal hacia las zonas periféricas como Ecatepec"), y pensaron que sería un gran negocio la venta. Afirmaban, además, contar con el apoyo del gobernador del Estado de México, Salvador Sánchez Colín, uno de los primeros miembros del así llamado Grupo Atlacomulco. "Esas tierras se han adjudicado al gobierno del estado", decían sus supuestos abogados.

Ante tales intenciones, la mayoría de los pobladores se alarmó y buscó protegerse contra lo que evidentemente era una estrategia de despojo ilegal. Uno de los ejidatarios, Jesús Fragoso Aceves, mejor conocido como El Chango, tomó las riendas del asunto, estudió leyes por su cuenta y se convirtió en el representante de la comunidad ante los tribunales agrarios.

Aquí la cronología resumida de lo que vino: en 1962, Jesús Fragoso envió, a nombre de su comunidad, una carta al presidente Adolfo López Mateos pidiendo ser respetados como ejidatarios. En 1964, los ingenieros del Cuerpo Consultivo Agrario dictaminaron que, en efecto, aquéllos contaban con los elementos necesarios para ser tomados como tales. Paradójicamente, al año

siguiente el mismo Cuerpo Consultivo dictaminó lo contrario. El 9 de junio de 1970, el presidente Gustavo Díaz Ordaz sentenció que, dado que esos terrenos habían sido comprados bajo las leyes de Juárez, no era válido aplicar en ellos la propiedad comunal. Anacronismo ridículo.

Por su parte, durante todo su sexenio, Luis Echeverría Álvarez anunció paladinamente que sus familiares directos estaban interesados en esos terrenos para montar el negocio privado de una compañía lechera, ante lo cual Jesús Fragoso interpuso un amparo. La respuesta presidencial fue la represión. En noviembre de 1973, quinientos policías tomaron el pueblo, golpearon a los vecinos y cercaron Potrero del Rey y La Laguna. La Guerra Sucia había llegado a Ecatepec. Cuenta Emiliano Ruiz Parra: "Durante años Guadalupe Victoria vivió una situación absurda: cientos de agentes armados, en casetas de vigilancia y equipados con patrullas, mantuvieron un cerco alrededor de un terreno que no tenía otra cosa que sembradíos de maíz y remolacha, algunos pocos de avena y cebada, y lagunas donde anidaban las garzas y las golondrinas".

Jesús Fragoso, amenazado de muerte por los policías, tuvo que huir y refugiarse durante meses en las cuevas de la Sierra de Guadalupe, donde a la luz de una hoguera, leyó libros de derecho agrario y aprendió el arte de la escultura. Tomaba como modelos figuras prehispánicas de los dioses Ehécatl y Tláloc, que había desenterrado en Guadalupe Victoria y llevado consigo en su exilio cavernario. Durante horas, envuelto por los delicados sonidos del monte, labraba la piedra con respetuoso esmero. Pese a todo, ésa fue una de las épocas más felices de su vida. Disfrutaba la soledad y el paisaje, hablaba con los conejos, escrutaba las constelaciones del cielo y por la tarde, en la entrada de su cueva, contemplaba la lluvia sobre las laderas, el agua penetrando en las encrespadas cabelleras de los pirúes. También recibía visitas de sus compañeros de lucha. Ahí, una tarde, le informaron que los esbirros de Luis Echeverría golpearon salvajemente a su madre, Antonia Aceves Díaz, y encarcelaron a decenas de sus vecinos: El Chango lloró de rabia.

En su fuero interno, le hubiera gustado permanecer en los cerros, pero no tuvo otra opción que bajar de las montañas y con-

tinuar la batalla. Cuando regresó al pueblo, algo en él se había modificado. Su rostro lucía un aspecto hierático, como de los ídolos que había aprendido a labrar. A partir de entonces comenzó a vestirse como antiguo campesino. Se presentaba a los tribunales con calzón de manta, huaraches de tres puntadas, sombrero y morral tejido. Su figura infundía respeto.

Tras veinticinco años de lucha, el 13 de marzo de 1980, El Chango por fin fue reconocido. La Suprema Corte le otorgó en sus manos callosas el amparo contra la decisión que había tomado Díaz Ordaz en 1970. Potrero del Rey y La Laguna pertenecían, según la Constitución, a los ejidatarios de Guadalupe Victoria y nadie los podía comprar. Pero la policía permaneció en el pueblo resguardando el cerco y golpeando a quienes se acercaran, porque el decreto de la Suprema Corte era inválido si no lo firmaba el presidente de la República (para ese entonces José López Portillo), cosa que, obviamente, no sucedió.

Irónicamente, los pobladores podían hacer suyas las palabras de Díaz Ordaz y decir que habían sido tolerantes hasta excesos criticados. Por eso, la madrugada del 15 de septiembre de 1980, con machetes y antorchas salieron de sus casas, caminaron por las calles encharcadas y quitaron los polines y alambres de púas. Esa noche pisaron, después de varios años de no hacerlo, la tierra que sus antepasados habían pagado con esfuerzos y que ellos sólo querían sembrar. Sin embargo, los policías permanecieron ahí hasta 1983, como una presencia amenazante.

Y el presidente seguía sin firmar el decreto.

Por esa razón, El Chango regresó una vez más a los tribunales. Cargando documentos, con ropa de manta y sombrero, trajinaba incansablemente de un lado a otro de las dependencias gubernamentales. Se asomaba a pringosas ventanillas donde secretarias impávidas mascaban chicles y se pintaban las uñas. Esperando ser atendido por funcionarios ausentes, recorría con sus nalgas la total variedad de asientos disponibles: bancas de madera y acero, sillas de fibra de vidrio, sillones de estilo colonial y abullonados cojines en las antesalas de elevado rango institucional. Todo eso sin recibir más que acertijos como respuestas. Extraviado en el laberinto de la ley, veía con angustia cómo su expediente

engrosaba y adquiría dimensiones inmanejables: veintiséis mamotretos en los cuales era sencillo naufragar.

A veces, cuando cansado y aturdido salía de las oficinas y tomaba el metro con rumbo a la terminal Indios Verdes, donde abordaba un camión que lo llevaba a Ecatepec, El Chango se ponía a imaginar cosas. Fantaseaba que él y su pueblo se iban a las montañas. Si los políticos quieren la tierra, que se la queden, al fin y al cabo ella los odia y nada les dará. Nosotros vámonos al cerro –imaginaba que les decía y que todos le hacían caso–: subían por las laderas y los niños, divertidos, descubrían las cuevas y sus padres construían ahí sus casitas; un pueblo en el corazón de las montañas, lugar que nadie les quitaría; barrios comunicados por grutas y bóvedas; escuelas primarias en las cavernas; plazas con esculturas prehispánicas; hospitales hurgados en las entrañas líticas de la Sierra de Guadalupe; miles de ventanitas iluminadas, bulliciosa Capadocia ecatepense; y los jóvenes –pensaba El Chango– saldrían por las noches de la tierra a ver las estrellas, y por el día a recoger el maíz y las hortalizas que luego venderían en los tianguis de adentro, donde habría puestos de pulque y esquites y rasgueos de guitarras multiplicados por la acústica de las estalactitas.

Tales eran las cosas que El Chango imaginaba en el transporte público, al salir de los juzgados. Fantasías que nunca le contó a nadie, porque al llegar a Guadalupe Victoria era siempre su deber relatar eventos reales, el avance del proceso, el estatus del expediente, la respuesta de los jueces, todos esos detalles que él comunicaba a sus vecinos mientras su esposa le servía la cena en la mesa de la cocina, a la luz de una pálida bombilla, porque la débil corriente eléctrica apenas daba para eso.

En el año neoliberal de 1992, Carlos Salinas de Gortari reformó la Constitución para que las tierras comunales pudieran ser vendidas, siempre y cuando así lo decidieran los campesinos. De nuevo los capitalistas podían acercarse a los ejidatarios pobres, ofrecerles tratos de compraventa injustos y dejarlos sin tierras a cambio de una miseria. La herencia de Zapata, Carranza y Cárdenas se borraba del mural de la historia mexicana. “Salinas abría la puerta para que volvieran los latifundios”, lo cual hizo temblar a

la gente de Guadalupe Victoria, porque la ley ya no les daría largas: simplemente los aplastaría. Sin embargo, en un aspecto inesperado la reforma los favoreció: ahora el presidente no tenía injerencia en las decisiones del Tribunal Unitario Agrario. Su rúbrica mayestática dejó de ser necesaria. Así que el expediente de El Chango volvió al engranaje burocrático de los juzgados. Hasta que el 10 de abril de 1997 –"aniversario del magnicidio de Emiliano Zapata", recuerda Ruiz Parra–, el Tribunal dictaminó que la decisión que la Suprema Corte había dado el 13 de marzo de 1980 era la correcta. Las trescientos noventa y dos hectáreas de Potrero del Rey y La Laguna eran, por ley y derecho, ejidales y, por lo tanto, inalienables.

El Chango ganó la batalla legal definitiva a los setenta años de edad. Para entonces era un anciano y se había convertido en el hombre más respetado del norte de Ecatepec. La mayoría de luchadores sociales iba a pedir consejos a su casa. Los políticos lo odiaban y le temían. Y nadie sospechaba que, cuando se quedaba callado, con los oídos sordos y la mirada perdida en algún punto indeterminado –lo cual le sucedía cada vez con mayor frecuencia–, era porque recordaba las pláticas que sostuvo con un conejo que se acercaba a la cueva donde él se refugió en el año de 1973.

–Así es la vida, Chango –le decía, suspirando, el conejo mientras el sol acariciaba con suavidad las colinas.

–¿A qué te refieres, amigo?

–A la soledad incurable del alma y la vida –respondía con los negros ojos temblorosos.

–La verdad es que yo prefiero la soledad a la compañía. Allá abajo, el pueblo es un desmadre; eso sin hablar de la ciudad y los tribunales. Aquí me siento mejor, pero también culpable por pensar esas cosas.

–La tristeza causada por los otros –decía, lacónico, el animalito.

–¿Y tú, vives solo, acaso no tienes esposa?

–Soy hembra, y soltera –respondió con cierta coquetería.

–Ah, perdón –El Chango se quedó callado y ruborizado.

–No importa. Pero no me digas que eres de los que no hablan con las mujeres.

–No.

–Menos mal –dijo la coneja, y se quedó mirando una nube blanca y enorme, como montaña de mármol, que sobrevolaba los cerros.

–¿Tú qué opinas de la gente? –le preguntó El Chango, después de un rato de silencio.

–Siempre huyo cuando la veo.

–Excepto conmigo.

–Sí, me pasa como al conejo de la Luna –se refería a la vieja leyenda según la cual Quetzalcóatl se encontraba recorriendo el mundo bajo la apariencia de un hombre. Y al caer el día, como había andado durante toda la jornada, el dios se sintió cansado y hambriento. La Luna y las estrellas brillaban en el firmamento cuando se sentó a descansar y vio, muy cerca de donde él estaba, a un conejo. ¿Qué es lo que cenas?, le preguntó. Estoy comiendo zacate, ¿quieres un poco? Gracias, pero yo no como zacate. ¿Entonces qué es lo que harás? No lo sé, tal vez morir de hambre y sed, dijo Quetzalcóatl, a lo que el roedor le respondió: Mira, yo soy un simple conejo, pero si tienes hambre, cómeme, aquí estoy. Y el dios, enternecido, lo tomó entre sus manos, lo acarició y le dijo: Tú no serás más que un simple conejito, pero todo el mundo, para siempre, se acordará de ti, y con su fuerza divina levantó al animal hasta los cielos, a la Luna, donde imprimió su silueta. Después lo bajó y dijo: Ahí tienes tu retrato en luz, para todos los tiempos y todos los seres, que al mirar la Luna, te verán a ti.

–Pero yo no soy ningún dios –afirmó El Chango.

–¿Quién sabe, cómo podría yo saberlo?

–Es fácil, porque yo tengo debilidades. Aquí en la cueva me chingan las dudas. Quisiera dejar a los míos, que a Guadalupe Victoria se lo lleven los políticos y que a mí no me importe. A veces quisiera irme a la Luna, como el animal de la leyenda, o morir de hambre, como Quetzalcóatl.

–Pero yo vine a evitar exactamente eso –dijo la coneja y lo miró a los ojos. Ambos callaron. Estaban solos, animal y hombre, frente a frente, en una cueva, como en el principio de los tiempos. El Chango afirmó con la cabeza y aceptó su destino. Bajaría de las montañas y lucharía por su tierra, con los suyos. Pero antes,

tenía que evitar la inanición y por eso, al caer la noche, se comió a la coneja con la que había charlado durante el día.

Eso recordaba El Chango cuando, ya anciano, después de haber ganado una larga guerra legal, permanecía en silencio, con la mirada perdida, ante la incomprensión de sus vecinos.

***

La primera parte de la crónica "El sueño de Jesús Fragoso" se subtitula "Historia agraria" y termina con el triunfo de El Chango. Triunfo relativo, pues lo que sigue en "Historia urbana" es una vuelta de tuerca digna de la película de ciencia ficción apocalíptica que yo imaginaba cuando era niño. Levantamiento de chimeneas industriales que vomitan humo negro detrás del cual desaparecen niños campesinos como ángeles barridos por el infierno, asaltos kamikazes a empresas siderúrgicas, guerrillas urbanas dinamitando fábricas de pañales en San Pedro Xalostoc, obreros en huelga marchando sobre lagos secos hasta el límite con el estado de Hidalgo, chivos pastando las hierbas nacidas entre montañas de residuos electrónicos, decretos neoliberales empaquetados en bolsas de comida chatarra, hordas de despojados urbanos invadiendo los ejidos en busca de un hogar, extensiones mercúricas de casas irregulares sobre terrenos que El Chango había defendido, el destino de Ecatepec cifrado en las cicatrices de un perro de pelea jubilado, fraudulentos agentes inmobiliarios con colmillos de chupacabras y botas picudas, mujeres que huyen de la violencia y llegan de noche a las milpas donde la madre tierra las arma de coraje y serena voluntad de venganza, colonizadores de antiguos panteones indios, limpios amaneceres cuando las madres solteras recolectan caracoles del monte que han de cocinar con cebolla y jitomate y chile en hornos de microondas importados de China, baldes de agua derramándose durante kilómetros antes de llegar a tóxicos tinacos de asbesto, mártires degollados mientras construían una escuela primaria, gatos muertos maullándole a la carretera, niebla a ras de suelo con los labios reventados y los dientes flojos, patadas en la cara, cerros del aire, suéteres tejidos con la angustia de no tener paredes, sacerdotes

inclasificables, asociaciones fantasmas patrocinadas por el gobierno de ultratumba, bultos de cemento canjeados por fidelidad humillante, ganas descomunales de ir a la universidad, manos mutiladas, cadáveres sin brazos, el narco explorando el ano del pueblo con el cañón de una metralleta gringa, dirigentes políticos que en el Estado de México administran el terror, el derecho a la vivienda y los recursos públicos a cambio de votos y terminan, como el presidente en turno, gobernando al país desde un púlpito construido en un *set* televisivo, y encima del municipio el Sol, encima de México y del mundo entero, consumiendo hidrógeno, haciendo combustión en su interior con la fuerza de mil millones de bombas nucleares, el Sol, alumbrando este sistema planetario hasta que en un futuro sin nosotros, ni triste ni aciago, se le acabe la fuerza y mengüe, débil y trémulo, como un mamífero que muere dentro de su madriguera, viendo con melancolía hacia el exterior, a las otras estrellas que es imposible decir si están vivas o muertas.

Emmanuel Tepal

Cuauhtotoatla: entre el agua y el polvo

Claves de lectura (selección)

[I] El presente "ensayo" surge del *polvo*. Estamos en el desierto y, por ello, llamamos e invocamos el *agua*.

[II] *Esto* no es un libro de historia. Si la escritura instaura un reflejo o haces que alumbran las máscaras y, hasta cierto punto, el rostro del *pueblo*. *Esto* no necesariamente termina por reducirse a ciertos "cortes" y "selección" de los acontecimientos "significativos" del pueblo. ¿Qué se espera entonces encontrar en un registro escriturario que pareciera plasmar lo más cotidiano, superfluo o insignificante? Ni grandes polvaredas, ni sucesos influyentes, trascendentes y típicos, quizá lo más cercano aquí sea el encuentro con la tradición, con las huellas de una memoria tejida por núcleos familiares-barriales, sentidos y significados, ciclos de vida-muerte que reproducen una ritualidad desbordante de toda percepción de repetitividad hacia la misma, e inclusive la constatación de la aparente inmovilidad y silencios del *pueblo*. Las consecuentes lecturas de cada fragmento en conjunto, en grupos o por separado, pueden realizarse desde una óptica de la resistencia de la "tradición" o el pueblo frente a lo "moderno"; desde la ritualidad que permea las prácticas plasmadas aquí; desde la memoria en la constatación de su permanencia, cambio o desvanecimiento; desde los significados del lenguaje, etcétera. Finalmente, un modo de lectura (escritura) y vivencia que atraviesa la multiplicidad del texto, se delinea a partir del *polvo* y el *agua* respectivamente.

[III] La relación funcional y dicotómica polvo/agua se asienta tomando en cuenta los horizontes que coexisten en el pueblo. Uno, vinculado a toda una serie de experiencias relacionadas con la lectura (escritura) ancladas al idioma español. Otro, plasmado en prácticas rituales, palabras, danzas y un sesgo festivo asentados en la lengua *nahuatl*. Así, puede entenderse a *San Pablo del Monte* como el polvo y a *Cuauhtotoatla* como el agua. Se instaura una diferencia entre *náhuatl* y *nahuatl*, desde la cual fácilmente se pueden pensar e identificar los procesos violentos de imposición y exterminio por parte de la lengua conquistadora sobre la lengua "bárbara". El reconocimiento de la pérdida en esa histórica violencia y estigmatización de la lengua "de los vencidos" moviliza formas (sincretizadas) de resistencia, reapropiación, reeducación y valorización respecto a lo todavía-no-perdido. De esto, todo posicionamiento alberga experiencias de ambas partes de manera inconsciente o, de cierta forma, en conflicto; no obstante, pareciera que siempre queda abierta la posibilidad a un caso extremo justo en el momento en que se da una inclinación hacia un lado de la relación, provocando, además de un aparente "quiebre", "resentimiento" y "maneras" que reproducen la misma violencia, elementos que de fondo encubren la imposibilidad del retorno a un "origen" idealizadamente "puro". Para este caso no se sigue la peligrosa vuelta a un "origen"; al contrario, se busca vislumbrar la relación agua-polvo en las vivencias, formas y figuras de San Pablo del Monte-*Cuauhtotoatla*, como las situaciones en que se flexibiliza el vínculo entre ambos (…). La finalidad de todo esto es delinear los más posibles rostros del *pueblo*, como asentar vías de reflexión en torno a la realidad concreta local del mismo.

[IV] *Aquí* el *polvo* tiene los siguientes significados: 1. Como *aquello* que obstaculiza el *mirar*; esto hace que se dé una percepción de ambigüedades o borrosidades. 2. *Aquello* desde lo cual se fabula y se vuelve estético para sólo la exposición transparente sin contenido o consumo; en este sentido, por ejemplo, se entiende la estetización de la cultura, su venta como el ahondamiento del olvido hacia la misma: así el polvo orienta al olvido y a la invención sin fondo. 3. *Polvo* como lo que permite ver el *agua*; "ver" en tanto cierta forma de *intuir* como de *apertura*, así puede,

en un ejercicio de reflexión, reconocerse el polvo como, desde un momento vivencial, moverse hacia el agua en un proceso de gradual apropiación y rememoración. A partir de esta tercera significación se vuelve comprensible la *aparición* del agua en el texto. Mientras que desde las dos primeras podría entenderse el hecho de que se ha comenzado a hacer "objeto" de estudio de *Cuauhtotoatla*, debido a que hay polvo de por medio, que mueve a su "investigación" como a su fabulación en tanto una imagen, por lo demás, ficciosa para el consumo. Si este polvo no mueve a lo dinámico, entonces no se llega al agua (…).

[V] De la *aparición* del *agua* desde *Cuauhtotoatla.*

En *Cuauhtotoatla* la figura del *tiempero* establece una relación con el tiempo y el agua; tal vez aquella figura pueda tornarse en horizonte mismo. Además, se encuentra un límite en el *tiempero* desde el lenguaje; quizá sus palabras afirmaban extraordinariamente la postura naturalista del lenguaje: aquél hablaba la lengua de lo natural, sabía el secreto del rayo y del agua. No hay registro inteligible de su lenguaje. En el *tiempero* no hay mejor metáfora del *agua* que nos desborda. La "palma", la "vara", el "círculo", el "incienso", el "machete", o la "cruz" resultan mero adorno. Desde el tiempo-agua quizá pueda comprenderse el *polvo* que somos como el *agua* que buscamos.

El *agua* en gran medida se piensa como límite, como borde y horizonte estructurante de formas de vida, prácticas, significados, sentidos, silencios, voces y memoria. El agua se desplaza y desaparece en cada fragmento, y vuelve a aparecer. En este vaivén puede rastrearse lo que se olvida, lo que se apropia y lo que se solidifica. *Aquí* no hay definición del agua, lo más general respecto a ella es el límite estructurante y desbordante. Paradójicamente cuando se llega al agua viene el polvo.

[VI] El texto también puede leerse en términos espaciales: la recuperación del espacio-pueblo en términos de *vivencias*, *reapropiación* e *invención*.[2] El *aquí,* el *allí,* el *allá*…, o sea, los adverbios locativos en los fragmentos terminan indicando los espacio-memo-

[2] *Cf.* H. Lefebvre, *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013; M. Certeau, *La invención de lo cotidiano*, vol. I, Puebla, Universidad Iberoamericana, 1996.

ria y formas de vida que se pueden encontrar, rememorar o señalar, en términos de ausencia, en el *pueblo*. De ello, el texto invita a recorrer, vivir y comprender a *San Pablo del Monte-Cuauhtotoatla*: no a consumirlo.

***

Del Altepetl-Cuauhtotoatla (selección)

[I] *Cuauhtotoatla* ha sido, al menos explícitamente desde el siglo XVI, *borde* o *frontera* entre las provincias (o ciudades) de Tlaxcala y Puebla. Pueblo-límite, testigo histórico, memoria acumulada y resguardada entre el agua que ha de ser comprendida y que ayude a entender el cambio sin caer en la romantización de la permanencia: polvo levantándose desde el borde como escritura-registro del agua. Posiblemente esto alcance para sugerir la comprensión de la cotidianidad viva del borde. Aunque el mucho polvo escrito/leído no asegura el agua. El padecimiento de la sed mueve a buscar los significados *agua*.

[II] Aquí en *Cuauhtotoatla* sólo hay polvo. Sólo cuando vienen las aguas podemos deslavar nuestro cuerpo sucio. ¿Quién sabe por qué el agua nos olvida tanto?

[III] *Altepetl ompa macehual nequi ca mopilaque: Cuauhtotoatla.*

[IV] *Testimonio.* San Pablo me recuerda al *polvo*: es polvo, es San Pablo del Polvo. El *agua* a la purificación porque cuando llueve como que nos lava: nos limpia. La *montaña* al monte y a los árboles que antes había *aquí*.

[V] De la *mathesis universal* se derivaron todo tipo de quimeras objetivizantes que ayudaron a la escisión del hombre, la realidad y el dominio de la naturaleza. La red numérica pudo efectuarse en gran medida por el espacio homogéneo y geométrico desde el cual era cognoscible la *res* extensa mediante la forma de la representación. La localización de las cosas en el plano era posible por el número o la identidad fácilmente cuantificable. Esta misma red terminó fungiendo como un plano geopolítico es-

tratégico en el cual se trazaban (representaban) espacios y ubicaban geométricamente lugares. San Pablo del Monte, municipio de Tlaxcala, se ubica al sur del estado (a aproximadamente treinta kilómetros de la capital), más cerca de la ciudad de Puebla (alrededor de trece kilómetros). Administrativamente, y en términos de población, antes se denominaba Villa Vicente Guerrero, ahora se adjudica el nombre de "ciudad"; pero esto no elimina su *rostro* de *pueblo* (…). La red geométrica no elimina la dimensión vivida del espacio. Desde la entrada al pueblo comienza el *polvo*: *aquí* pasó esto, *aquí* se llamaba así, *aquí* le decíamos de esta forma, *ahí* había un pozo, por *allá* nacía el agua, *aquí* había una fuente, *aquí* bailaban los toriteros, *allá* las tocotinas, *hasta allá* había un gran árbol, *allá* era barranca: *aquí* se llamaba *Cuauhtotoatla*. *Aquí* había *monte*, *pájaros* y *agua* (…).

***

Religiosidad (selección)

[I] *Del arco de la feria*. Quizá nosotros, en la fiesta del santito, somos los únicos que nos volvemos colores para matizar la triste entrada del Altísimo.

[II] *De los vestidos del pueblo*. Ahí va la Purísima Virgen de la Concepción, tan sobria, tan bella, tan sufrida y tan callada, tan sin boca. En medio de este sol de plomo, su frente tan limpia resplandece: sin sudor ni gestos. Su pañoleta y manto casi transparentes dejan ver la contrastante fuerza de sus frágiles manos: la transfiguración de un milagro para la mirada que la atiende, para la voz que calla. Si dejan de sostenerla, caerá. Si se rompe, el corazón de los mayordomos también. La gruesa de "cuetes" y la banda van acompañándola. Quizá no quiere música, quizá no quiere nada. Quizá nunca aprendió a querer, porque no quiere de entrada. ¿Conchita, adónde te llevan? Tal vez no sepas, pero llegará al atrio también "la Remedios", tu reflejo, tu hermana. ¿La saludarás, Concha? Llegarán a la puerta, a escuchar la *palabra del hombre* mientras hacen del Verbo: nexo, puente, lona de la

fiesta, cazuela de mole y leño humeante que hay que encender y quemar hasta que se acabe. En la procesión y fiesta nos afirmamos *agua*. Al final de la mayordomía terminamos *polvo.*

[III] El Señor de las Maravillas duerme el sueño de las miradas que lo buscan, tiene un sepulcro en la boca que guarda el susurro de quienes lo llaman. El tercer viernes de maravillas, el tercer escalón hacia el silencio; tercer Viernes Santo, otra contrastada alegría. *Aquí* por *romerotla*, los mayordomos se despiden con luces en el cielo: adiós tercer viernes de maravillas, adiós tercer Viernes Santo. Alumbran lo último que queda del viernes, hasta oscurecerse en la gestación del sábado.

[IV] Cuando viene el *agua* hay que tapar los espejos. Hay que cubrir las ventanas para que no llame el trueno, para que no venga a acostarse en la casa. Hay que ser cuidadosos para no atraer la *víbora*: no queremos ver su piel cerca. No podemos, por respeto, ver su rostro.

[V] Cuando viene la semana "morada", la semana hegemónica del color eclesiástico, se impone un silencio a todo, aunque se habla, de fondo, no se enuncia nada. La ausencia del mundo se llena con la imagen del "único" referente de tonos opacos, tristes, pues no hay listones de pastores ni colores de la danza de las cintas. El mundo se llena con la imagen sonora de los golpes resonando a través del aire de los barrios bajo el sonido de las matracas; pero, paradójicamente, el mundo no queda completo. En la semana morada no hay rostros ni imágenes: todas se tapan, tanto las que no se mueven como las que se mueven (nosotros); esto es así porque sólo hay que ver el rostro de Dios, la cara sufriente del Dios extranjero, del huérfano desconocido de *Ehecatl Quetzalcoatl*, de *Tlaloc*, de *Matlacueyetl*, de *Tezcatlipoca*, de *Camaxtle*. Paradójicamente, la obligación de mirar el rostro divino sólo pasa en un momento excepcional, más voluntario que religioso o místico, ya sea estirando el pescuezo hacia la imagen o enfocando con la cámara el arte sacro. Después, por las calles del barrio, en el recorrido, alrededor de las andas mismas, en las frutas y los colores, en los elotes, en el olor a aserrín húmedo, en la música de banda –más próxima al carnaval–, se puede presentir el *agua* que brota de todos, la espera de nuestras próximas ferias, de nuestros

santos o del remate del carnaval. Yo quería ir a ver el rostro de Dios, pero vi más *agua*.

[VI] Este bastón de mando, así como lo ves con sus listones y su Cristo, y como de oro, representa mucho. Representa a mi barrio o al pueblo. Aquí estamos representados todos. Cuando me dan la palabra, con respeto hablo por todos y para todos. Nosotros reunidos hacemos una voz vieja (*huehuetzin*) que no pide ser escuchada, porque al salir de nuestras bocas es inevitable no oírla. Te digo que significa mucho, si quieres saber pregúntanos, regístranos, haz un libro o revisa los textos que ya hicieron por ahí. Pero si de veras quieres saber: aquí está, puedes ser fiscal. Sólo no confundas lo que se vive con lo que se concibe. No saques de esta *vara* falsos ídolos.

***

Día de muertos o el día de todos (selección)

[I] Del día primero hasta volverse en día segundo repicó la campana. Todas las campanas de las capillas y de la iglesia del centro repicaron el sonido del andar y la visita momentánea de los difuntos. Todo el día sonó su presencia. Toda la noche estuvo anunciándose su estancia. La hora de salida del lugar apenas imaginable e indecible: no las doce de la noche, sino *medio día*. La hora de salida de este lugar que no sabemos habitar: –otra vez– el *medio día*. Justamente, y no sabemos qué punto sea 'justamente', en el imperceptible margen en el que el *uno* se vuelve *dos*, o en el que nos volvemos tiempo, estamos todos juntos: acompañándonos en nuestro mundo. En este momento cuando el *polvo* deviene *agua*.

[II] El sonido de la campana trae condensado el anuncio del misterio, un poco de la pena y la sensación de una voz que habla desde el silencio. En toda la noche alargada, callada y silenciosa, el sonido de la campana *aparece*, ante la escucha que lo atiende, como el titilar de una luz pendida en el cordón encerado de una veladora, alumbrando la noche de los vivos, recordando que todos estamos juntos. Luz que se cuela por todo el

aire, anuncio de los momentos más intensos de la memoria y el recordar. Tenemos esta oportunidad de platicarnos todo lo que podamos, de comer juntos, de llorar, de que tú me recuerdes tan vivo y tan muerto a la vez, de que yo te recuerde tan muerto y ahora tan vivo, de acompañarnos en el absoluto silencio cargado de aromas y fragancias, de ir juntos a la mesa y alimentarnos, de decirte cómo está el campo, los árboles, los compadres, los hijos, los amigos, de alumbrarnos.

[III] Este titilar de la campana, como sonidos de pétalos que se desprenden en el aire y llegan apenas al espacio perceptible de los sentidos, me hunde en la piel de la noche. Cada repique se vuelve una gota de agua desprendiéndose del ojo que la contiene. Este repicar nocturno, tan soberano, anuncia la llegada continua de los que se han ido, pero que vuelven. Este deshojar sonoro, tan calmo, tan profundo, anuncia el *agua* que nace aún en nosotros.

[IV] *Testimonio.* (…) Levantada la ofrenda, doña Félix tomó distancia como de un metro respecto de la pequeña mesita donde posaba ya la canasta llena de frutas, hojaldras, flores, ceras y comida. Aún eran perceptibles las delgadas líneas del humo del copal cargando el aire con su aroma. Ahí estaba viendo, con una satisfacción dibujaba en los ojos y apenas en la boca, *su* ofrenda. Ella sabía, no obstante, que era la hora de la despedida: "ya se van". Los niños veían atentos todo, la canasta, el humo, la abuelita. El silencio no aguantó el momento de la despedida. Aún en el lugar donde estaba, con brazos extendidos y los ojos cargados de lágrimas, se rompió la hora: "…no sé a dónde está mi mamá. Yo la extraño mucho. A mi papá. Dónde están mis papás: no sé. Sólo Dios sabe. Dondequiera que estén… que estén con él… Este día yo estaba con mi mamá. Nos la pasábamos juntas. Pero ya no está. Por eso le pongo su ofrenda. Le festejo hoy, como cuando festejo mi 'cumplaños', así hoy pero le festejo a ella. No sé dónde esté". Los niños estaban llorando quedito. Isaac no comprendía mucho, sólo se abrazaba de mi brazo. Yo creo que todos sentíamos ese momento: "…por eso le pongo su ofrenda. Yo me acuerdo mucho de mi mamá. Cuando yo me muera, aquí en la casa ya nadie me va a poner mi ofrenda. Me van a olvidar… donde quiera que estén, Señor, que estén contigo". Después doña Félix se sentó

en una silla, comenzó a orar, a pedir por los familiares, compadres, amigos, vecinos, huérfanos… a darle gracias a Dios. A enseñarnos cómo es creer (…).

***

De la voz que canta al Dios (selección)

[I] "Humildes aldeanos, humildes pastores; vamos a ver al niño y a ofrecerle flores; vamos a ver al niño y a ofrecerle flores". –¿Qué voz canta? –"La Virgen le canta: duérmete niñito; a-la-ro-ro-niño: un niño bendito". –¿De esta forma es que podemos seguir danzando? –"Vamos a llevarle una sonajita; vamos a llevarle una sonajita; para que lo duerma nuestra virgencita". –Al ser *inmóvil* le cantamos. Le compartimos el color que somos. –"La Virgen lavaba y san José tendía; el niño lloraba, san Juan lo mecía". –Al Dios que nos impusieron, que le hacemos falta, entra en las casas, va hasta los altares. –"Campanita de oro, Torre de marfil; ya no llores niño, acuéstate a dormir". –Nosotros nos encargamos de hacerle valla. De hacer la "avanzada": adelantarse a tocar las puertas, avisando que ya viene. –"Arriba del cielo hay un corredor, donde se pasea nuestro niño Dios". –Lo adornamos con nuestra voz, acompañada del sonidito de las sonajas atadas a los bastones. –"Arriba del cielo hay un cochecito, donde se paseaba el niño chiquito". –Él entra, lo besan y se lleva el dinero como ofrenda o el maíz de nuestra siembra. Yo, aquí afuera, en la calle, a medio camino, danzo y canto, hasta que los pies me duelan y mi voz se seque: hasta que me vuelva *polvo*.

[II] Pero los pastores ya no quieren cantar; quizá para cantar se necesite ser más "pagano".

[III] *Visita del Niño-Dios o de los que corren*. "¡Banderas!, ¡banderas!", se oía a medio sol, porque el "día" no existía. Del otro lado de la pared el sonido de los silbatos (como grillos) y sonajas (como campanitas) se colaba por todos los poros de la casa: por la puerta, las ventanas, los orificios de los clavos, el hoyito de la puerta por donde pasa el alambre o el mecate, el techo que aún

no colamos…, pasaba el ritmo. La casa toda se enmohecía del anuncio de los pastores. El canto era incontenible, alargado, alegre, con golpes de devoción. El baile de la voz, un ritual. Allá estaban del *otro lado*. Del lado que no nos atrevemos a secar todavía. –Se abre la puerta. En *copal* nos volvemos. *Caxitlpopoca* es nuestra casa, la casa que nos guarda; el refugio donde esperamos tu llegada: tú siempre necesitas más que nosotros. Ya vienes, tu danza te anuncia. Nosotros bailamos por dentro: "a mí me hubiese gustado cantar con la pasión de ese puño de colores y ritmo que te canta en medio de las filas, de la calle, a tu lado, junto a tu pequeña caja". Mi casa se abre, se prende en el montón de carbón de mi falta: *ya humeo*. Tu llegada y nuestro humo no pican los ojos. Tú eres *agua* y yo soy *copal*, aquí no hay *amocuali*. Ya va a pasar. Pomo cargado del olor al pueblo. *De golpe* viene tu visita. No tienes mucho tiempo, yo lo sé. Nosotros tampoco. Ya entras. "Niño-Dios (*agüita*) te acordaste de mí este año. Muchas gracias que 'veniste'. Perdóname por no humear tanto en los días; por lo malo. Gracias. Yo te beso con estos labios partidos por el frío. Discúlpame si te ensucio tu cristal… '¡Banderas, banderas!', otra vez gritan allá afuera. Otra vez ya te vas. Y yo me voy en humo contigo, hasta que nos dispersen los días".

***

El temazcal o el día del baño (selección)

[I] Alrededor del *temazcal* (casa de vapor) en *Cuauhtotoatla* se esboza toda una gama de significaciones, sentidos de vida y formas de convivencia a "la hora" de calentar el baño. Años atrás, aproximadamente setenta años, en el *pueblo*, por diversidad de factores, entre ellos la escasez de agua o el no tener un pozo o tanque propio por parte de las familias, incluso el no contar con el baño "de torito", había *un día* a la semana –generalmente el domingo o sábado– para prender el baño. Puntualmente, a falta de agua o de baño, el *temazcal* devino más allá de un baño colectivo

en un espacio de encuentro, de reunión, de convivencia y de transmisión oral de saberes.

La cotidianidad, la conversación, la memoria y la comida se imbricaban desde el destape de la piedra del *tletlxicle*; la "sacada" de ceniza con la pala; el destape de las orejas y la entrada de la boca del baño; la "prendida" del torito y del bote de agua (de hierbas o limpia); la consumación de la leña; la "movida" del carbón para que no humee dentro del *temazcal*; la "tapada" de las orejas y del *tletlxicle*; la preparación de los tiliches (jícaras, toallas, cobijas, hojeadores, piedras, jabón, *chiquicazcle* con alcohol o aguardiente y tequezquite…); el acarreo de los botes con agua; la prendida de la vela o de la luz; la entrada a barrer el piso con tizne y echar las *tlazas* para que se "salga" lo picoso y humeante; el baño; el silencio; el vapor; la conversación; el tallarse hasta sacarse la mugre del *polvo*.

[II] *Nitemazcal den zoatzintli P.* "Yo antes no tenía baño. Nosotros también íbamos a pedir el favor allá en *puhtla*. Ya luego le dije a mi esposo que nos construyera uno aquí en la casa. Y mira, aquí está desde hace cuarenta años. Todavía nos aguanta". Acorde con ciertos testimonios, anteriormente en *Cuauhtotoatla* había pocos baños de torito, ya fuese por familia o por barrio. De tal forma, quienes no tenían baño iban a *pedir el favor* para bañarse, llevando consigo su respectiva leña y agua. Familiares y vecinos convivían el día del baño. En la primera década de este siglo, el baño de torito ha ido modificándose, ahora los hay de forma rectangular, sin *tletlxicle* por ser sustituido con un bote; sin orejas, sin "boca" de entrada… casi sin *cuerpo*: los *temazcales* comienzan a desaparecer.

[III] *Xhimotlalolini*. "Yo le digo al M. que mueva bien la lumbre, el carbón prendido, para que no humee el baño cuando estemos adentro. A veces me obedece mi *xocoyote*. También le digo que no hable mal del baño porque el temazcal bien que nos escucha: está vivo, por eso tiene sus orejas, su boca. Si hablas mal del baño, el temazcal te hace la maldad: te marea, te atonta. Ya luego te vamos a sacar como borracho. A veces me cree, a veces no me cree".

[IV] *Chicahuac tletl*. Las piedras están rojas, alumbran parte de nuestro cuerpo. Nosotros estamos opacos, siempre buscamos el *temazcal* para limpiarnos de a de veras; para limpiarnos en serio.

***

De la feria de San Nicolás Tolentino o Cecoatlan (selección)

[I] Hoy es 10 de septiembre. Y bien domingo. Hoy es "su santo" de la imagen del barrio. Hoy es San Nicolás Tolentino. Hoy hay feria. Hoy es nuestra fiesta.

[II] Lo que más me gusta de la feria son las luces. Echan hartas bombas chinas, tronadores, y cuetes nuevos cada año que ni sé cómo se llaman. No me importa que termine medio apestando con el olor de la pólvora, o que me duela mi pescuezo por tenerlo estirado pa'arriba viendo y disfrutando cómo se queman las luces del castillo. Cómo se prenden en el cielo las luces para nuestro santito; para nuestro barrio; para los de los demás barrios que vienen a nuestra feria; para los de San Isidro que también bajan y que nos gusta recibirlos; para los "hermanitos". Todo se ilumina por un momento. Me gusta ver cómo se quema nuestra cooperación: es para todos, para el santo. Me gusta sentir que me prendo también. Que yo también soy una bomba. Que todos somos cuetes. Que prendemos arriba y alumbramos nuestro barrio, nuestras calles, nuestras casas, nuestros terrenitos, y el territorio que somos. Que alumbramos nuestras caras. Que no nos apagamos. El que no nos conoce y nos ve desde *lejos*, desde *fuera*, piensa que tiramos todo, que nos apagamos. Pero no es del barrio. Estamos prendidos todo el año, todos los días. Somos bien chambas y también nos gusta la fiesta.

[III] Yo nada más quería tocar la capita del santito. Lo quería saludar como se merece y felicitar por su santo y porque nos cuida y nos aguanta, así como somos bien *diachis*. Y también pedirle pues que me perdone porque no vengo a las misas muy seguido. Pero pues hoy estoy aquí de frente Señor. Aunque no me atrevo a verte a la cara… por eso nada más quiero tocar tu capa brillosa.

Aquí te prendo una veladora y dejo de todo corazón mi limosnita. Espero que tus custodios te consientan y te consigan lo que necesitas; ojalá y no se claven toda la limosna. Quedó muy bien arreglada y perfumada con hartas flores tu casa. Voy a salir oliendo a santo. Espero que el aroma aguante la prueba de las luchas.

[IV] Me siento un poco mal. Apenas salí de la casa del santito. Vengo perfumado. Y mira aquí estoy mentando la madre en las luchas. Pero es que esos pinches cabrones nos mientan la madre también. No soy, no somos, indios; ni somos un pinche pueblo bicicletero. Ora, *quesque* usamos *huaraches*. ¿A ver dónde están?, mira, puro zapato y calcetín y bien presentables en la feria. Se pasan de madres. ¡Tú puto!

[V] Hoy sí nos trajeron buenos luchadores. Ésos sí luchan. No hay duda. Uno lo puede constatar en la tele. Aunque, quizá como aquí no alcanza todavía para traer la tele, pues aquí nomás no luchan.

[VI] *Grito identitario:* ¡ay, ay, ay *diablo*! *Todavía soy diachi.*

[VII] Señor "presidente", usted no nos invite a la feria. Nosotros nos invitamos solos. Al fin, muy en el fondo, es nuestro dinero.

[VIII] *Xaltelulco. Allá* vamos para *Xaltelulco.* Todos preguntan si ya van a subir a la feria a hacer un día de campo. Subimos como el polvo que somos. *Allá* es fiesta, rezos, comida, mayordomía, alcohol, pulque, sonidero y polvo. Hay que subir para poder descansar en el *jahuey*, reflejándonos en el agua que somos. Hay que ir a saludar a la Lupita, hay que ir a comer y a tomar, a vernos, a volverse *papalote*: yo soy un comal, yo un avión, luego una estrella, después un cubo. Somos de papel, de polvo y aire. Yo tengo la cola y mis zumbadores de papel de china. Subo: *allá* veo la pelea de gallos, *allá* los borrachos, *allá* los enamorados, *cerca* los que bailan, en los *alrededores* los que se columpian, *allá abajo* la proximidad del cemento. Pronto van a meter asfalto, para ya no subir como polvo. Y pronto harán centros comerciales para hacer decente esta feria. Así podremos subir sin polvo, y subir más seguido: ya no esperaremos hasta el doce, el acceso fácil y la velocidad en la subida irá rompiendo todo ritual de la fecha y el sentido cíclico de la fiesta. Así, por fin veremos orgullosos nuestro avance y de vez en cuando, quizá, tengamos memoria o

recuerdo de esta feria. Adiós polvo, adiós *Xaltelulco*, adiós papalote. Como el polvo que somos bajamos. Adiós monte.

***

Imágenes del agua (selección)

[I] Voy a echarme unos jicarazos; me baño en la noche; a duras penas me acuerdo del ritual del agua en la noche: fantasma de *Quetzalcoatl*.[3] Mi piel no es negra, pero lo moreno de ella me hace compartir un poco del ámbito sagrado del cual participo. Qué ritual del baño en la noche como resistencia a dejar de ser sacerdote, a nunca dejar de ser viento.

[II] *Del tanque de agua*. Desde antes, no siempre se tenía agua. Ésta nacía o corría y nosotros íbamos a encontrárnosla. No la teníamos pero estaba. Quizá por ello se hizo la idea de que nunca se iría. Después nos dimos cuenta de que comenzaba a desaparecer porque "alguien" ya la manejaba y porque se comenzaba a secar. Quizá, también por eso, tenemos tanques subterráneos para almacenarla: le hicimos una casa debajo de la nuestra para que estuviese con nosotros. Hay una casa subterránea de agua en nuestras casas. Pero no la enterramos completamente dentro de nosotros. Ahora la buscamos, vamos a su encuentro. Todavía tenemos sed.

[III] *Confesión*. A mí ya no me saca el rayo. Me saca el dinero, las fotos, el científico social, el polvo. Ya sé que es tiempo de secas y que tiene que llover. Y por más que hago que llamo al *agua*, ella ya no me oye. Todos los interesados me escuchan, me graban, me entrevistan, me vuelven discurso, polvo. Pero el *agua* ya no me oye. Yo pensaba que antes eso de atajar el *agua* era fantasía, pero en realidad pasaba. Ahora me doy cuenta de que nos gustan mucho las fantasías, se nos da bien inventar, y desde ahí hablamos, aunque en realidad no pase ni sea lo que pasó. Antes, de lo que se sabía era del carácter esotérico del lenguaje de los

[3] *Cf.* E. Florescano, *¿Cómo se hace un dios?,* México, Taurus, 2016.

advocadores del *agua*. Pido perdón por no dejar de ser tan pagano. Fetichizamos al agua, aunque no nos enajenamos del todo con ella: sabemos muy bien que el *agua* no la producimos.

***

Agua y polvo desde la lengua (selección)

[I] Todavía mis abuelitos y mis papás no podían hablar *bien* el español. Y hablar "bien" era hablar –como tú hablas o lees ahora–: sin que en el castellano se colaran palabras en *nahuatl* o tuvieras "deficultad" en pronunciar las palabras. Hablar bien, así muy en el fondo, era no hablar *nahuatl*. Yo casi hablo "bien" español. Creo ahora que ese cachito, donde se cuela *mi nahuatl*, me permite hablar de mis abuelitos y de mis papás. Creo que ese cachito me da esa posibilidad de decir, ahora ya sin pena, que soy disque "indígena".

[II] Antes nos daba miedo el *espantajo.* No la lluvia, no el rayo, no *Matlalcueitl*. Pero cuando llegó el *cuernudo*, tuvimos miedo de la lluvia, del rayo, de la montaña y de todo, porque dentro de nuestra cabeza se metió el diablo. Y entonces ya teníamos miedo de lo que hacíamos y de lo que creíamos. Entonces íbamos a la iglesia a pedirle al Señor Jesucristo que nos cuidara del malo, que nos ayudara a ya no ser malos. Le pedíamos en español o en *mexicano*, aunque más en español. Pero yo no sé cuándo nos dijeron, ni de qué forma, el diablo se había metido en nuestra lengua.

[III] Antes no existía el diablo. Eso del diablo lo trajo la Iglesia. Y esa Iglesia vino de otra parte del mundo. Vino de lejos, del otro lado del mar. Ahora ya tengo una idea del mar. Antes aquí había puros ojos de agua (*ameyalme*) y ríos. Antes aquí sólo veíamos (pensábamos) el *agua*. Y el agua venía de la montaña: era la montaña. No la Malinche, ni *Malintzin*. "Su nombre de la montaña" es *Matlalcueitl*. Y el diablo vino aquí tan grande y miedoso como el mar.

[IV] (…) Tuvieron que traer al diablo para que nuestra lengua se fuera *secando* por un temor desconocido, por una vergüenza

identificada, por una ignorancia "natural". Me asustaron. Yo no quiero que mi hijo tenga miedo, que se burlen de él y que sea "ignorante" como yo.

[V] *De lo políticamente correcto.* Siempre, por alguna extraña razón, y Dios me dispense si lo digo, he sentido que viene diferente tipo de gente a quitarnos algo de nosotros, o al menos algo mío: una palabra, una fotografía, mi voz, saludos-vacíos, territorio, voto, voluntad, "idolatría", cantos, aire, danzas, tradición, "religiosidad", "palabras", datos, agua… a mi perro. Ya he tenido oportunidad de ver al güero, los güeros –ahora sé que no todos ellos son siempre gringos–; de ver y escuchar cantar los políticos-grillos y los políticos-loros; de oír la gente bien preparada, de ver –como me ven– las cámaras fotográficas, tan potentes que pueden capturar las gotas de sudor o mis arrugas con todo el detalle posible, esas cosas son como máquinas que copian-almacenan una parte de mi vida, de mi voz, de mi imagen, de este que soy yo. Ya me ha tocado la dicha de atestiguar las entrevistas, esas preguntas que quieren sacarnos *algo*, tanto del corazón como de la cabeza, *algo* que sea *dato*. ¿Qué me queda, qué nos queda?: posar, soltar la risita nerviosa o, si no: medio ocultarse –hacerse el difícil pues–, hablar, caminar apaciblemente, saludar y, de fondo, seguir aguantándome este malestar, este dolor físico, de las cosas como anímico que ni lo hecho por lo güeros, ni los bien preparados, ni las fotos ni todo eso me han quitado.

[VI] "Ahí" viene el científico social, "ahí" viene otro más que hay que enseñarle (verificarle: certeza gris) lo que en la "escuela" ni en su "casa" le enseñaron. "Ahí" viene para que hable por nosotros, para que nos defienda en las ideas. Tan sin lengua, mudos y "faltos de razón" nos quedamos desde hace siglos. Así hablan de nuestro *decir agua* en *palabras-polvo*.

[VII] *Premonición utilitaria*. ¡Ya viene el "pueblo rico-mágico" a quitar al *pueblo*-indígena-*pobre*!

[VIII] La otra vez se me hizo bien raro cómo un grupo de gente, que luego se veía que no era de *aquí*, se me quedó viendo. Apenas me saludaron de lejos: "buenas tardes", decían con una mirada como inquieta. Nomás el saludo y ya. Después se la pasaron viéndome. Ya ni mi señora Conchita me dedica miradas así.

Al rato se fueron. Y luego, varios días después, volvieron. Con el mismo saludo, la misma mirada y con pláticas y preguntas. Un día me dijeron que yo era muy importante. Que sabía muchas cosas. Que tenía mucha información. Ya me la iba creyendo. Pero quién sabe qué pase cuando ya no tenga nada que decirles o información que compartir. Ayer domingo, por la noche, cuando estaba hablando conmigo mismo en el *temazcal*, llegué a la conclusión –según yo– de que esas gentes, desde el inicio, me vieron más como información, porque ya tiene más de medio año que no se han aparecido por *aquí*. Que a veces uno se vuelve una cosa peculiar por descubrir-describir y descubrir-describir y descubrir-describir... así. "Ya no hay calor en el baño. Las piedras están frías. Mejor me apuro y me salgo", así disque terminé mi reflexión.

[IX] Ahora los güeros ya vinieron a callarnos de una vez por todas nuestras bocas. Ellos hablarán por nosotros, portarán nuestro "oro" y sabrán de nosotros más que nosotros mismos. Ya vinieron a quitarnos lo que se les había olvidado a los conquistadores y colonizadores. Ya no tendremos derecho a hablar, ahora sí nos quedaremos más jodidos: ahora sí nos van a "robar" todo.

[X] *Aquí* no hay algo más "oscuro", "silencioso" y peligroso que eso que nos han hecho: *quitarnos* el *agua*: ¿quiénes fueron? *Xi-caqui:* ya viene el *agua*. *Xi-qu-itta:* "tiro" se levanta mucho *polvo*.

[XII] *Testimonio.* Cuando salgo bien temprano a cuidar a mis animales, mi *pueblo*, con su gente, sus casas y sus cosas, se me va *revelando* con la luz de la mañana; no sin antes sentir la melancolía del agua que no existe más, del cuadro azul que doliente y agonizante gotea dentro de nosotros; que nos mantiene. ¿Quién sabe por qué ya no vemos el pueblo con esta luz de la mañana? Aquí en el campo, en el monte, hay mucho por hacer, por trabajar y por cuidar. Aquí disque uno se siente solo, y extraña las comodidades; aquí disque uno no gana nada. Desde *aquí* veo cómo nos viene comiendo la *ciudad*. Ya atravesados, ojalá no se nos ocurra venir a destruir con el pavimento al monte. Así subo bien temprano cerca de las faldas azules de la *Montaña*. Por la tarde, ya casi de noche: regreso al monte. Lleno mi casa con el olor de los árboles y me dan ganas de tirarme a dormir en la tierra.

***

Carnaval (selección)

[I] El *payaso* como fenómeno que *aparece* en el carnaval. La holgura del traje de colores da la impresión del movimiento en el baile; bien podría ser la extensión de los listones del sombrero de los pastores o las cintas del son con el mismo nombre. La máscara de luchador sirve como antifaz; un antifaz creado por el ocultamiento de la misma debajo del paliacate que cubre la boca y nariz como el sombrero que resguarda la frente. Detrás del sombrero cae un paliacate brillante con la Virgen de Guadalupe, el cual, asimismo, oculta la nuca cubierta y el amarre de la máscara en la cabeza del *payaso*. El sombrero tiene espejos y muñequitos, como si se tratase del *tezcatl* de penitencia o redención vinculada a la memoria de una infancia recuperada en la danza; aquél está rematado con una o varias plumas de gallo. El sombrero es sujetado por un barbiquejo para que no caiga en cada giro. En el borde trasero caen los listones de colores que atraviesan todo el paliacate de la Virgen y llegan a la máscara de cartón de *coyote* colgada en la espalda; un coyote, a veces con gafas y una rosa sujetada entre los colmillos. El payaso suena en toda la danza. El sonido de sus campanas rememora al sonido de la lluvia acercándose. Llaman y son *agua*. Una lluvia apenas soportable por una pequeña sombrilla. El payaso lleva un animal disecado desde el cual se sujeta y espanta a las miradas presentes y ausentes. Ellos son el pliegue del círculo o el *agua* que permea el óvalo. Ellos levantan el polvo siendo *agua*.

***

Del polvo (selección)

[I] Andan buscando al *tiempero* porque de una u otra forma ya no hay *agua*, se está acabando. Lo buscan para que pida el agua.

Para que la llame. Pero ésta no viene por un falso o forzado llamado. El agua, antes, llamaba al *tiempero*. El rayo lo sacaba. Ahora, el polvo nos come la mirada y sólo vemos sombras.

[II] *Premonición II.* Se busca: ¿dónde está el agua? ¿Dónde está la *víbora*? La polvareda la arrastró.

[III] *De la constitución de la subjetividad o del reclamo políticamente incorrecto.* Es la primera vez que vamos a vernos, que queremos vernos, y ¿lo haremos así? En verdad lo queremos hacer así: sin sombras, sin claroscuros, sin profundidad, sin agua. Sólo pretendemos exhibirnos, ¿ser pornografía? Años de estar como ciegos en el polvo, de hacernos continuamente en prácticas propias, tan cotidianas, que frente a un ojo intranquilo por el consumo le causaría tensión, desesperación o ansias. Por años, tanta tierra en los ojos que ahora queremos vernos con un agua fabricada. Será que alguna vez nos vimos por primera vez como ese niño en medio de la explosión morada en el jardín oloroso a Semana Santa?;[4] ¿será que queremos vernos como lo hace aquel devoto de corazón y cabeza laica, en una apariencia de morado, en una ausencia de canto y una denigración pagana de lo cotidiano? Vernos únicamente en los "conceptos" sólo para hablar de lo que ya "somos" en forma de autoengaño.

***

[4] *Cf.* E. Garro, *Andamos huyendo Lola,* México, Joaquín Mortiz, 1980.

NOVELA

Presentación

Diversidad, multiplicidad, imaginación conforman el sello distintivo de estos cinco novelistas cuyo trabajo he tenido el privilegio de seguir. De la intimidad a la investigación social, de la poesía a la denuncia, de la exploración histórica a los enigmas del individuo, Joel Flores, Laura Martínez-Lara, Alejandra Retana Betancourt, Ana Negri y Julio Zatarain conforman parte de una nueva generación de novelistas mexicanos que están dando nueva forma a la narrativa actual. Joel Flores establece una imaginativa reflexión sobre la amistad, la alteridad y la búsqueda. Ana Negri, por su parte, se introduce en los meandros de la identidad y la locura con un lenguaje intimista pleno de imágenes deslumbrantes. Alejandra Retana Betancourt, a partir de la denuncia de la trata de mujeres indígenas, establece, con un lenguaje pleno de poesía, una narración al mismo tiempo dura y delicada, como lo amerita el tema. Laura Martínez-Lara, por su parte, se lanza a la épica de la Gran Guerra y a los orígenes de la modernidad; mientras que Julio Zatarain indaga la génesis del sicariato en el estado de Sinaloa y alumbra desde la historia la violencia que hoy nos aqueja.

Estoy seguro de que estos novelistas enriquecerán, desde sus perspectivas diversas, el panorama de las letras mexicanas y de la literatura en nuestro idioma.

Mauricio Molina

Joel Flores

Líneas paralelas

Se llamaba Francisco, tenía veintisiete años y desapareció en 2010 en carretera. Conducía como si alguien lo viniera persiguiendo o eso conjeturamos nosotros por el estado de la camioneta antes de entrar al corralón. Imagino el cielo del mediodía en aquel tramo de asfalto: las nubes bajas, el sol y su descarga intransigente sobre los cerros pedregosos y rojizos. El vapor, como de agua hirviendo, emergiendo del suelo. Francisco sujeta el volante, el pretexto que lo obliga a no acelerar. Pero siempre quiso desaparecer de esa tierra antes de que lo atraparan sus raíces podridas hasta llevarlo a lo más hondo, a lo más oscuro de sus entrañas. Esa tierra que no sólo da frijol, arcilla y maíz; sino fugitivos, padres que abandonan a sus hijos o hijos que olvidan a sus amigos y familia. ¿Por qué me tocó nacer aquí?, se pregunta. ¿Y por qué, si tanto me quejo de vivir en esta pinche ciudad, no me largo? Lo distrae un destello de luz en el retrovisor, su deseo de parar la camioneta y reflexionar lo que hará. Pero un cúmulo de deudas, secretos y amenazas lo obligan a pisar el pedal a fondo. Piensa en otra vida, una donde su madre, su hermano y amigos no han sido defraudados por él. En cuestión de segundos (seguro cerró los párpados, porque así se esperan las luces de la otra vida) se le atraviesa una curva, la llanta derecha muerde la terracería, la camioneta es jalada por el terreno pedregoso y de nuevo esa llanta derecha, que no quiere enderezar, choca contra la enormidad de una roca. La trompa del vehículo se ancla en la tierra, la defensa trasera mira el cielo y el toldo comienza a girar en el aire con Francisco en la cabina. Cabina, vientre de madre de los desprote-

gidos y de las segundas oportunidades, lo incuba en su perdón, lava sus culpas y remordimientos. A los pocos segundos, una vez que se arrastra, que sufre golpes aparatosos que abollan y desprenden partes de su carrocería en la dureza del asfalto, lo expulsa al mundo como un hombre distinto, capaz de iniciar otra vez.

La vida apenas comienza para Francisco. El líquido amniótico es la sangre y el sudor que le escurre de la frente y brazos. Desesperado, con la ayuda de patadas abre la puerta de la camioneta. Entre crujidos metálicos se desliza por el sillón, hasta tocar con las nalgas el piso caliente. Se queja por el dolor en su hombro. Una cortada hecha por los cristales del parabrisas roto. Se pone de pie con la ayuda de sus manos y piernas temblorosas. Camina tambaleante en medio de la carretera frente al sol castigador. Las defensas, los retrovisores y los fanales desperdigados en el camino son los problemas que jamás resolvió. Aunque debería sonreír, se lamenta al mirar sus manos completas: soy pendejo hasta para intentar quitarme la vida. No sabe si volver a la camioneta, hurgar debajo del asiento y guantera, para averiguar, a tientas, si en alguno de los dos lugares pueda encontrarse el celular. No sabe si es mejor seguir sin avisarle a su hermano de lo que le ha sucedido. Los rayos del sol, el aire caliente y la carretera despoblada lo hacen entender que una nueva vida inicia frente a sí y se cree capaz de ser otro.

El sonido del motor de un carro lo obliga a mirar al norte, a Zacatecas, a casa. Y el viento del sur enciende el dolor de sus heridas: lo constriñe a mirar hacia San Luis Potosí. Por acto reflejo alza los brazos para pedir ayuda. No sabe a quién, pero seguro el conductor se detendrá.

Y, tras mirar la camioneta como si fuera un cuerpo sin vida, el conductor apaga la marcha del vehículo, baja el volumen del estéreo y mira a Francisco sin bajar la ventanilla. Escruta sus heridas, la ropa desgastada, la gorra que nunca se quitaba, el pantalón lleno de pintura, propio de un pordiosero, y la playera que alguna vez le regaló una de sus novias y él se ponía como si buscara convertirla en su propia piel. El conductor lo sigue mirando, duda: son muchas las historias sobre esa carretera, los rumores de retenes falsos, los secuestros. La prensa lo dice, sus notas rojas

nacionales alertan a los turistas: si viaja por allí, es mejor no detenerse; si lo hace, encomiéndese a la Virgen de Guadalupe.

Seguro es por la temblorina de las piernas, por las gotas de sangre que escurren de los dedos y sienes, por la cara desfigurada por el miedo, un miedo que puede traducirse en auxilio; el asunto es que el conductor apaga el motor, abre la puerta y le dice: paisa, ¿qué pasó?, le diste en la madre a la troca. ¿Estás bien?, ¿le hablo a la ambulancia?

Y Francisco, influido por la idea de que acaba de nacer, mueve la cabeza, intenta hablar pero la lengua se le traba, abre y cierra los párpados para familiarizarse con la voz que lo interroga, hasta que responde que no. Yo no manejaba, el dueño se dio a la fuga, yo venía caminando por el acotamiento, y si no brinco a la tierra, el cabrón me atropella.

Incrédulo, el hombre mira de nuevo la camioneta, a Francisco, al volante del vehículo y a su tacómetro: marca un calor seco de treinta y cuatro grados centígrados.

Y Francisco, para no levantar más sospechas, aclara que está bien. No le llame a nadie. Tire paro. Lléveme a San Luis, allá me las arreglo.

Dentro del carro, el conductor insiste.

¿Y si mejor te llevo a un hospital de Zacatecas? Estamos a mitad del camino. No te ves entero, compa.

Pero el silencio interviene. Sin hablar, Francisco se limpia la sangre que le escurre de la cara con su playera. Mira a su lado, el filo de la carretera, los huizaches enteros o doblados. Infla sus pulmones y suelta lo que se había estado tragando. Nunca le habían parecido tan vivos y hermosos el verde-café de los árboles, la figura chaparra y deforme de los cerros, el óxido continuo del alambrado a los costados de la carretera, el límite de los campos de siembra, el rojo de la tierra fundiéndose con el amarillo de los pastizales y la hierba tostada.

El conductor quiere saber más. Hay algo en el silencio de su pasajero que lo hace dudar. Articula las típicas preguntas sobre cómo fue el percance. ¿De dónde venías, carnal, ¿qué provocó que el dueño chocara la camioneta?, ¿sería de Zacatecas o de San Luis?, ¿alguien lo habrá sacado de la carretera?, ¿adónde se habrá ido?

Francisco a todo responde: no, no sé, no recuerdo, fue tan rápido, muy apenas pude salvarme, me quedé como desmayado, luego desperté y usted apareció.

Vuelve los ojos a la línea blanca del camino.

En cuanto recuerda que en la guantera de la Tacoma olvidó sus identificaciones, resuelve que ya no le pertenecen. Son de un desconocido que ha muerto allí. El señalamiento de la entrada a Pinos lo saca del ensimismamiento. Pide al conductor que gire a la derecha. El hombre baja la velocidad, insiste en que es mejor seguir hasta San Luis. Compa, allá son más completos los servicios de las clínicas. No sea necio. Le explica que incluso puede llamar a tránsito para que se encargue de la camioneta y los peritos pidan su declaración para dar con quien casi lo atropella.

Sus buenas intenciones, sin embargo, desesperan a Francisco: con voz seca le ordena que doble a la derecha. El conductor no responde, ni siquiera gira la cara para mirarlo. En los pocos kilómetros que hay entre la entrada y la plaza principal del municipio permanecen callados. A lo poco, quizá porque lo alarma el cambio de actitud de su pasajero, quizá porque no es quien dice ser, el conductor detiene su carro en la puerta de una farmacia, muy cerca de la incompleta catedral de Pinos, y le pide que se baje.

Francisco no se opone, ni siquiera un gracias nace de sus labios. Como su cuerpo se lo permite, abandona el vehículo, camina rengo al establecimiento y en el mostrador de la farmacia avienta un par de monedas y un billete arrugado. La dependienta piensa que es un pordiosero, uno de esos de la plaza principal que los municipales aporrean por mendigar dinero. Al ver las monedas y el billete, prefiere creer que es un cliente, un cliente pordiosero recién aporreado por la policía, que apenas le quedó para comprarse su cuartito de alcohol, el cual beberá para mitigar el dolor de sus heridas.

Y una cajetilla de cigarros, agrega Francisco cuando la mujer hurga en los estantes, y una tarjeta telefónica, por favor.

Afuera, mientras fuma sentado en la banqueta, vacía el antiséptico en las cortadas del brazo y la cabeza para quemarlas. El grito de dolor, una espina envenenada, se le atora en la boca del estómago y acalambra sus piernas. Nacer de nuevo duele, quién

dijo que iba a ser fácil iniciar una nueva vida. No le queda de otra que sonreír: ya no es una deuda con todo mundo. Para disfrazar la saliva agriada por las punzadas, abre la cajetilla de tabacos y fuma. Dos cigarros, después se le ocurre llamar a su hermano. El remordimiento no se lleva bien con sus planes. Le angustia reiniciar sin haberle advertido a la familia. Mínimo les dirá lo de la camioneta, que no se preocupen, que está bien. Mientras el humo desaparece, se le ocurre que sólo pedir perdón y una promesa ahorrarán un verbote. Al tercer cigarro, camina al teléfono de cobro. Ya tiene la sintaxis correcta del mensaje en la lengua. Le sabe a asfalto, a incertidumbre. Marca los números para tramitar la llamada al teléfono de su hermano. Uno, dos, tres y más tonos de espera. Como no hay respuesta, vuelve a sentarse en la banqueta para apaciguar el temblor de las piernas y encender otro cigarro. Uno que dure hasta elegir la decisión adecuada. No quiere dejarse ir por sus atávicos impulsos ni por las seguridades falsas. Visualiza los escenarios: los de corto y largo plazo, los complicados y fáciles. Por su cabeza pasa la posibilidad de ir con el padre de la iglesia que contrató los servicios de construcción de su hermano y pedirle dinero. El humo se le atora en la garganta, le sabe a mentira. No existe ningún dinero que cobrarle. Ese dinero del padre, mejor dicho, de la iglesia, lo conseguía gracias a otras mañas; pero en esta ocasión no podrá brincarse a la sacristía por la noche a vaciar las cajas donde guardan las limosnas. No es correcto, desde ese instante utiliza esa palabra en su fuero interno, pedirle un favor al sacerdote, mucho menos clavarse su lana. Si lo ven así le harán preguntas por su aspecto desmadrado, reafirmarán los rumores que los otros sacerdotes tienen de él y, sin perder el tiempo, le darán el pitazo a Ulises de que su hermano anda en Pinos de ratero. No desea eso. Lo que desea y hará es cruzar para siempre la línea que ha dejado atrás.

Necesita un empujón para iniciar desde cero. Se le ocurre llamarle a Ángeles para decirle que le mande por *Western Union* dinero para el pasaje a Guadalajara. Cuántas veces ella se lo propuso. Deja todo, vente conmigo. Tienes la vida que tienes porque tu mamá y hermano no te han quitado la chichi: un hombre comienza a madurar cuando está solo, y tú ya estás en edad de ha-

certe valer por ti mismo. Pero no, el que se fuera a vivir con Ángeles tampoco era la solución. Ella sí tiene familia en todo el significado de la palabra. Está casada, es madre de un hijo. Y no es lo mismo sostener una relación de amantes a la distancia, verla cada que visitaba Zacatecas en un hotel que paga el mismo marido, que proponerle intercambiar su patrimonio por una insegura relación con él. ¿Qué le ofrecía Francisco? ¿Quién era él para pedirle eso? El de antes, un vividor, mentiroso, cleptómano y embaucador lo habría hecho; el de ahora no. Debe empezar solo. Sin avisarle a nadie. Sin que yo, su mejor amigo, el que pudo salir del país a costa de su ayuda, lo supiera. Solo. Sin que alguno de sus allegados, el más discreto, lo advirtiera.

Sin embargo, no contaba con el remordimiento. La sangre seca en su frente es molesta, las heridas insisten con sus aguijoneadas de dolor, pero el remordimiento es un roedor terco que tritura cada uno de sus planes como si fueran débiles papeles. Esa testarudez le pide que avise a la familia. Al menos a esa respuesta le sabe el cuarto cigarro una vez encendido. El humo frente a su rostro nace, desaparece y vuelve a nacer en su boca para fundirse con el aire calmado de la tarde. La familia debe saber que está vivo. Ya después que se imaginen lo mejor que les venga en gana. Total. Irme, abandonarlos es hacerles un favor. Mi mamá ya no dirá que ando en malos pasos y seguro acabaré jodido por tanto perico que me meto. Ulises dejará de decirme pendejo y que lo único que sé hacer bien es cagarla. Alejandra quizá chille un tiempo porque le destrocé la camioneta, pero igual y pronto se consigue a otro güey que sí se case con ella.

Mira los locales de enfrente: un rudimentario puesto de tacos, otro de lonches, un carrito viejo que vende jugos. La gente pasa y lo ve como a alguien con intenciones ocultas que podrían atentar contra su seguridad. Mejor vuelve al teléfono público a buscar refugio. En un futuro nos enteraremos de que en total hizo tres llamadas a su hermano y otras dos, según el registro solicitado a la empresa telefónica, a un número de Guadalajara cuyo propietario, también meses después, negó conocerlo. En una de esas llamadas por fin contestó Ulises. Por las distintas pláticas que hemos tenido sobre esta tarde, visualizo a mi amigo con el cigarro en la

boca, la cachucha de lado, los labios temblando, diciendo: no, no me pasó nada. Sólo que, es que. Ya güey, déjame hablar. La camioneta, la camioneta de Alejandra está hecha mierda, sí, destrozada a mitad de la carretera las Arcinas. ¿Que qué hacía allí? No te hablo para decírtelo. Te hablo porque… Sí, ya sé que estás ocupado. Sí, ya sé que volví a cagarla y alguien debe hacerse cargo de la camioneta, pero ahora no te pido ayuda ni que vengas ni que me sermonees por lo que hice, ni que… (hay un silencio reflexivo, no sabe qué palabras usar, se niega a decirle que le duele el brazo, que sangra mucho, que posiblemente tenga una pierna fracturada, que no está del todo seguro de lo que hará pero debe hacerlo. Y se desespera. Ulises no deja de reclamarle que es un idiota, que no merece nada). Quiero que me perdonen, dice enojado, tú y mi mamá, quiero que me perdonen por lo que haré y que no me busquen, no me busques nunca.

Y cuelga la bocina.

Meses después, la dependienta de la farmacia explicaría a Ulises que, desde la distancia entre el mostrador y la calle, observó a Francisco: fumaba en la banqueta, a veces se paraba o se echaba sobre el cemento como para dormirse. Aunque lo notó sediento, no le acercó un vaso con agua ni un refresco. Todavía desde el mostrador, alcanzó a ver que se puso de pie, que vació el alcohol restante en sus heridas y las limpió con las gasas, como un gato callejero que se baña con su lengua bajo el sol. Luego, cojeando caminó a la banqueta de enfrente y allí permaneció como si estuviera esperando a alguien. Ese hombre no estaba en sus cinco sentidos, dijo la dependienta al responder las preguntas de Ulises. Cualquiera en su lugar habría ido a un centro de salud a revisarse. Sangraba mucho. Tuve que lavar con escoba y jabón la banqueta porque nos la dejó manchada.

Antes de oscurecer una patrulla se detuvo en esa calle, de ella se bajaron policías municipales para hablar con Francisco. La dependienta creyó que lo arrestarían y que lo dejarían más molido en la caja de la camioneta, en la delegación o en un terreno baldío. No era la primera vez que subían a un forastero sucio y con presencia invasiva a la caja para doblegarlo a patadas y, ya en los separos de la comandancia, hacerlo entender que está en el sitio

equivocado. Pero en lugar de esposarlo y subirlo a la fuerza a la camioneta, cobijaron sus hombros con una chamarra o una camisola, la dependienta no supo bien qué tipo de ropa era, sólo testificó que lo subieron a la cabina del vehículo y ya nadie más volvió a saber de él.

Desde arriba, como si mirara esa tarde en Google Earth, Francisco se me convierte en un punto que se funde con los colores de un pequeño municipio hasta desaparecer. Entre más enfoco el punto donde estuvo, más se desdibuja y menos acepto las versiones que se han usado para responder por qué huyó y cuál ha sido su destino. Si tan sólo supiéramos qué habló con los policías, si los mismos policías dijeran la verdad o la dependienta indagara en su memoria, posiblemente encontraríamos una pista más clara sobre su paradero. Conjeturas existen muchas, algunas se unen y otras se contraponen. Los pocos conocidos que consumieron drogas a su lado dicen que nadie lo venía siguiendo. Venía trabado por el foco y en un descuido se estrelló contra el señalamiento vial, por eso hizo mierda la camioneta. De ahí se dirigió a Pinos, no quiso pelearse con Alejandra. Afuera de la farmacia charoleó a los polis que conocía a los mandamás de La Compañía. Al escucharlo, lo llevaron con los jefes para corroborar sus palabras y, como los mandamás sabían de su adicción a la metanfetamina, mejor lo reclutaron: seguro ya anda de tendero o tira polvo. Los que lo escucharon hablar con fruición sobre sus lazos con La Compañía aseguran que se estrelló en carretera porque lo venían persiguiendo los soldados. Seguro lo andaban vigilando. Nos consta que Paco les hacía los mandados para ganarse dinero y su confianza. No obstante, la teoría de que venía huyendo de alguien se ha descartado, porque no existía ninguna pista de sus perseguidores y, de haber existido, en carretera, después del accidente, mi amigo habría sido presa de cualquier comando. Los amigos que denostaban su apariencia dicen que lo confundieron con un pinche malo de esos que llegan a Zacatecas para medir la plaza. Tú sabes cómo era de placoso, se paseaba bien vergota en la camioneta de la novia. Pero no contaba con que lo iban a pescar en Pinos por andar sintiéndose chingón. Seguro los polis se lo llevaron

a una bodega para decidir si desaparecerlo en ácido o ponerlo a chambear. Es más, de seguro ya anda en los campos de cultivo o vigilando las casas de seguridad. Los amigos de la niñez niegan las versiones anteriores, suponen que no conducía drogado ni lo venían persiguiendo. Se estrelló porque no supo agarrar la curva. En su afán de castigarse por su pendejez, en Pinos habló con los gendarmes para pedirles que lo llevaran a la central de autobuses. Los polis le tiraron paro. Allá compró un boleto a otra ciudad, porque sabía que era mejor irse de aquí antes de cagarla más gacho. Su mamá y su hermano, en cambio, no creyeron del todo esos rumores. Tras una semana de la desaparición, emprendieron una búsqueda que se basó en interrogar a los mejores amigos, a las ex novias, a los conocidos, a la gente que de alguna manera había tenido trato con él. Después visitaron procuradurías, centros de rehabilitación donde, según rumores, escondían a plagiados, morgues, refugios para inmigrantes, hospitales de Zacatecas y de ciudades aledañas. Durante el primer año el rostro de Francisco se miraba en hojas pegadas en los postes de la calle y paredes especiales donde se muestran datos de los desaparecidos de Zacatecas, incluso también rondó en páginas de internet que hablan sobre los desaparecidos. Como no hallaron ninguna respuesta, consultaron los placebos de la clarividencia. En sesiones donde el vidente pone la foto del buscado en una mesa, arriba un vaso con agua y encima un cristal que pende de un hilo transparente, Ulises se creyó a pie juntillas este tipo de historias: que su hermano no habló con los policías, ni se lo llevaron a ninguna casa de seguridad y tampoco se había unido La Compañía. Las energías de la luz decían que se había ido a San Luis Potosí y después a León. Allá había hecho vida con la hija de un empresario y no quería volver a Zacatecas, porque la ciudad jamás le dio lo que quería. Luego, para tener más información y constatar si lo que decía aquel vidente era cierto, hizo contacto con otra adivinadora, la cual en una sesión muy parecida a la anterior, escuchaba la misma versión, pero ampliada con nuevos elementos.

No lo hallamos porque se cambió de nombre, me explicó Ulises en una de las tantas llamadas que le hice desde Tijuana, ahora se llama Roberto González. Está bien. Se hizo yerno de un

empresario de bienes raíces. Ayuda a que consiga terrenos para construir casas. Si no regresa es porque le va mejor.

¿De verdad crees las historias que te cuentan esos charlatanes?, le pregunté harto, porque de pronto las usaba como pretexto para ya no buscar a su hermano. Si muy bien le va, ya se habría comunicado con tu mamá.

¿Por qué no he de creerlas? Te digo que está bien. Más gordo, eso sí, pero está bien. Una de las personas que ha hecho contacto con él me dijo que dentro de nada vendrá a visitarnos. Debemos tener paciencia. Mi hermano sabe que lo buscamos por este tipo de medios, piensa mucho en nosotros, pero no se atreve a volver aún, porque dejó aquí muchos enemigos. Yo le dije a esa persona que por favor le dijera que ha pasado mucho tiempo, ya casi diez años.

Las distintas conjeturas sobre su paradero y la confianza de Ulises en la charlatanería me hacían concluir que, cuanto más averiguábamos, menos sabíamos sobre Francisco y, cuanto menos sabíamos de él, más nos intrigaba su huida y más historias empezaban a crearse para llenar el hueco que había dejado. Parecía que mi amigo había planeado calculadamente su escape, y cada una de las versiones que encontrábamos las había sembrado en el camino para confundirnos. No fue así con las palabras con las que busqué escribir sobre nuestra amistad. Ellas se convirtieron en un recordatorio diario para que no renunciara a él: Francisco Pérez Medina fue mi amigo desde la infancia. Fue mi familia y desapareció hace siete años. Cuando su mamá y su hermano me abrazan, en verdad no me están abrazando a mí sino a él. Y, en ese acto de amor, desean que yo sea el desaparecido y su hijo el hombre que sigue con vida. La verdadera muerte de una persona no sucede cuando una enfermedad degrada su salud al punto de extinguirla. Actúa cuando nuestra memoria se rehúsa a guardarle un lugar en sus espacios más íntimos, cuando la sustituimos o empalmamos debajo de otros sucesos. La muerte es hermana gemela del olvido: hija, madre, hermanastra. Me niego con mis neuronas y puños cerrados a olvidarlo. Estoy escribiendo esta novela porque tengo fe en que mis palabras llegarán a sus manos, lo traerán a casa y pronto será abrazado por su familia.

Pero me ha costado mucho escribir esta carta y mis promesas perecen poco a poco. Al poner en la balanza su historia personal, sus enormes ganas de destruirse y llevarse entre las patas a su familia, mis intenciones se petrifican. Como polvo se desvanecen en mis manos las razones para escribir sobre alguien que, si todo lo que se rumora es cierto, no vale ni una letra su nombre; mucho menos el esfuerzo de revelar por qué huyó y dónde está. La palabra muerto me cuesta aceptarla. En mi historial está la muerte del padre de mi esposa, que desequilibró nuestro matrimonio; la del mío que, en lugar de haber extinguido nuestras diferencias, encendió aún más mi deseo de desprenderme de los males genealógicos que me persiguen como sombra; y está la supuesta desaparición, por no escribir muerte, de Francisco. No es que no pueda con otra noticia parecida. Uno es la suma de sus muertos y sus desaparecidos. Como podemos transitamos la oscuridad de este pasillo estrecho que llamamos existencia.

Pero tú no estás muerto, Francisco.

Muchas noches he pasado, inmerso en la idea de los indicios claves, frente a la página de Facebook. Intercambio nombres y apellidos en el buscador. Pretendo encontrarte con uno falso o prefabricado por los referentes hechos en nuestra adolescencia: aquellos nombres que nos habría gustado tener y aquellos apodos que nos llegamos a decir. Al no obtener información reveladora en las fotografías de los perfiles desconocidos, en esos rostros que de tanto revisarlos acaban pareciéndome idénticos unos y otros, me cae la madrugada encima con todo su cansancio y termino como el *stalker* de un fantasma. Me voy a la cama. Malamente creo que si tú no te apuras en dar señales, ¿por qué debo averiguar tu paradero?, ¿por qué debo esforzarme por hacerte volver? Y si estás muerto, como los cientos de desaparecidos en la fosa clandestina que llamamos México, ¿para qué escribir esta carta sobre alguien que quizá forma parte del grupo asesino que detesto?

Laura Martínez-Lara

Memorias de Verdún

Agosto, 1914

Douaumont, Francia, 8:45 am

El calor del verano era abrazador y el viento ni siquiera podía acariciar las melenas largas de las jóvenes campesinas. Amelié tocaba el violonchelo en el porche y Antoine podía mirarla desde su estudio: los surcos de sus ojos le delataron los treinta y cinco años de edad; las canas le brotaron como chorros de la sien. Su espalda era más gruesa, al igual que el tono muscular de sus brazos. Y con ese grosor tomó la fuerza del arco y la distribuyó en el sonido de su instrumento.

Amelié y Antoine vivían en una propiedad, herencia familiar, que se encontraba a la orilla del cerro. Desde la recámara principal ella podía mirar hacia el almacén de granos, controlar con la vista el ir y venir de los rebaños, incluso respirar el perfume de los olivos sembrados a un kilómetro de su tierra. Hacía un par de años que Amelié se había retirado de la Orquesta de la Ópera; primero por el deseo de ser madre, pero después se enamoró del campo.

Antoine, además de dedicarse a la finca, era melómano y escribía la columna de música para el periódico parisino *Le Petit Parisien*; aunque en el pueblo era conocido por sus habilidades para predecir catástrofes, lo que le ganó el respeto de los cuatrocientos veinte habitantes.

Antoine llevaba toda la mañana con una extraña agitación en el aparato respiratorio producto de un mal sueño: se proyectaba una sombra sobre el futuro de Fleury-devant-Douaumont, personas

cercanas se veían desaparecer en el horizonte. Así fue como vio la muerte de su hermana, dos semanas antes de que ocurriera el accidente, cuando tenía apenas seis años de edad; y aunque en la realidad nunca vio el cuerpo, en su mente quedó grabada la imagen de la niña ahogada en el estanque, con su vestido azul de puntos y un delantal blanco. Muchas noches recordó el rostro verduzco e hinchado de Graciela, sus deditos gordos y transparentes queriendo reventar.

El don de asomarse al futuro lo había heredado de su difunta abuela. En otra ocasión soñó con la casa que heredaría de su padre; el día en que conoció a Amelié, supo que ella sería su esposa. También predijo los cinco abortos de su mujer, y estaba seguro de que en la casa vivían los espíritus de sus hijos, a todos les puso nombre: Rosa, Esmeralda, Felipe, Graciela y José. Se manifestaban muy a menudo, no sólo en sueños, también cuando Amelié tocaba el violonchelo; ella no podía verlos, pero Antoine miraba a sus pequeños jugar con el instrumento, tocar a su madre, acurrucarse en su regazo.

Sin embargo, el sueño que había tenido esa madrugada era el peor que había sufrido: se formaron ejércitos de corderos mansos, sus líderes no sabían hacia dónde dirigirse; escuchó los zumbidos de un arma que no reconoció, los gritos de soldados jóvenes pidiendo auxilio desde agujeros que ellos mismos habían surcado por el campo; sus cuerpos habían sido mutilados. Miró a las mujeres tirando de los arados con sus propias fuerzas, labrando los huertos y los campos sin la ayuda de caballos: la suerte estaba echada. El concepto de guerra, lejano, que Antoine había conocido por las caricaturas de Caran d'Arche, parecía contener nuevos significados. Son unos imbéciles, se dijo una y otra vez para sus adentros, se irán al matadero por su estúpida docilidad.

Antoine y Amelié caminaron hasta el pueblo y el cielo comenzó a aborregarse de nubes grises.

–Cariño, ¿qué está pasando? Hay una multitud reunida afuera del ayuntamiento.

Un enorme aviso pegado en una de las mamparas confirmó el sueño de Antoine:

"Libertad, igualdad, fraternidad. Movilización general".

–¿Qué quiere decir el letrero, Antoine?

–Amelié, querida, quiere decir que estamos en guerra.

Las campanas de las iglesias comenzaron a repicar, en Douaumont y en toda Francia se escucharon al unísono. Las oficinas de correo transmitieron los telegramas con carácter de urgente.

La gente, de pie, cantó La Marsellesa.

20 de febrero, 1916

Los titulares de los periódicos no paraban de bombardear noticias: *"*Si los ingleses no logran parar al ejército alemán en la frontera con Bélgica, no hay nada que se pueda hacer ya que Douaumont queda rumbo a París*"*.

El ejército francés reclutó a jóvenes para enviar al frente de batalla: ninguno sabía que serían carnada de cañón. Las mujeres, los niños y los ancianos tuvieron que hacerse cargo del campo. La guerra había dejado la economía del pueblo en ruinas.

Antoine empezó a comerse las uñas de la misma manera compulsiva que cuando era niño y esperaba la llegada de su padre con la boleta de calificaciones en la mesa. El cabello se le comenzó a caer con rapidez, hasta que le aparecieron las primeras entradas en ambos lados de la frente. Las autoridades habían implementado algunas medidas de seguridad tales como los toques de queda y los apagones, y a él se le ocurrió empezar a construir una pequeña fortaleza en el sótano de su casa. Todos los muros los cubrió con los lienzos que tenía a mano, que en realidad eran los cuadros de la finca, esto con el objeto de hacer la habitación un poco menos fría y también para proteger las pinturas del percance que supo que ocurriría en los próximos meses.

Las armas también las escondió en el sótano, desde rifles, una pistola, sables, trinches, la colección de cuchillos de cocina, abrecartas, palas, picos, veneno para ratas, cianuro y gasolina para defender la propiedad ante cualquier ataque. Antoine tomó las precauciones necesarias y acumuló el alimento para un mínimo

de seis meses de encierro: costales de granos, azúcar, café y botellas de conserva. Debajo de la propiedad había un pozo de agua al que podía acceder por el sótano.

Por la noche y a pesar de la nieve y el frío, él mismo ordenó ofrendar un granero al fuego y generó un incendio apocalíptico. Mejor que el trigo se lo lleven las llamas y no los alemanes, pensó. Las ventanas de la casa sudaron humo negro que terminó por escabullirse hacia la rendija del cuarto principal. El papel tapiz se manchó de ceniza, al igual que las fotografías colgadas en la pared. Afuera, las campesinas salieron a calentar su cuerpo y lloraron alrededor de una hoguera de plegarias; en el cielo anaranjado se escucharon sus lamentos. Nadie les respondió. Hace tiempo que las estrellas dejaron de mirarlas y cubrieron sus ojos con un antifaz de hollín.

El granero crujió, las vigas se vinieron abajo y los bomberos llegaron desde una localidad cercana a apagar el incendio.

Cerca de las seis de la mañana, cuando el fuego acababa de ceder, la población despertó con el estallido de cientos de balas. La tierra se cimbró y la gente se tiró al suelo por instinto, no sabían de dónde venía el ataque; no sabían si las balas entrarían por las ventanas, o por debajo de las puertas. Se escucharon detonaciones en el techo, en cada uno de los muros de sus casas. El olor a pólvora se impregnó en el aire y en los objetos.

¡Orden de evacuación!

Alemanes. Dejaron de rezar, se habían quedado sin esperanza en medio de la nada. Las bombas se escuchaban al este, al poniente, al norte, al sur. Los golpes secos retumbaron con fuerza sobre los sótanos de las casas donde la gente trató de esconderse. Al amanecer, la población sólo encontró vestigios de sus bienes. Tendrían que marcharse, Verdún estaba a pocos kilómetros de distancia. La gente salió de sus casas en medio de la nevada para ser evacuados en el mayor de los silencios.

Amelié salió del escondite, con los sonidos grabados en el oído. Y si se quedaba quieta aún podía sentir la tierra temblar por debajo de sus pies, pero nada se movía. El chirriar de las puertas,

el zumbido del viento llamando por las rendijas de la ventana, el caer de un vaso, la sirena de alguna ambulancia traían la pesadilla de regreso. ¿Y si nos matan? Hasta ese día nunca antes había sentido miedo de morir o de perder a Antoine. Miró el tapiz manchado de su recámara y en él las figuras deformadas, como muñecos danzando. Empacó su violonchelo, un instrumento fabricado en 1720, en Cremona, Italia. Besó a su esposo rogándole que se fuera con ella a París.

[Fragmento correspondiente a otra parte de la novela]

Al taller de la modista ha llegado seda bordada de China: tirantes de seda y algodón, plenés en arandelas, tafetalinas, damascos, plumas de colores brillantes y un relato que cautiva mi atención.

La modista, mientras mide el ancho de mis brazos, me cuenta que en el año 1205 había un hombre de nombre Temujin: era mongol. Cuando Temujin llegó a rey, se convirtió en el gran Genghis Khan. Logró unificar bajo su mando a todas las tribus mongolas. Una mañana marchó hacia China, decidió que quería conquistar la región conocida como Xia Occidental, pero carecía de la tecnología para hacerlo, ya que ante él se alzaba la Gran Muralla.

La modista me enseña la caída de las mangas del kimono que pedí, el color de la seda es azul; un par de pájaros dorados cuelgan de mi brazo: ella inserta las agujas en la cola de uno de ellos y roza mi hombro. Me cuenta que Genghis Khan ideó un magnífico plan e hizo una extraña petición al pueblo de Volohai: les prometió que levantaría el sitio a cambio de mil gatos y diez mil golondrinas.

Los habitantes se dieron a la tarea de buscar los animales y pronto entregaron el tributo. Los pájaros bordados en la seda lucen antiguos: uno de ellos se encuentra en pleno vuelo, el otro posa sobre las ramas de un cerezo. La modista continúa con el relato: cuando al fin tuvo a los animales bajo su poder, los soldados mongoles les amarraron uno a uno banderas y objetos de madera suave.

La aguja no es de madera, es de metal, pero atraviesa la cola de plumas y el lomo del pájaro. No le hace daño. Una vez listos, el Khan y su ejército se acercaron a las murallas de la ciudad.

Las aves que anidan y los gatos bien alimentados siempre regresan al lugar de su amo. Las antorchas de los soldados prendieron las banderas de madera. Mil gatos aterrados corrieron por la noche de vuelta a la ciudad que conocían. Diez mil golondrinas iluminaron el cielo aquel día y volaron hacía Volohai en busca de refugio.

Y se hizo el infierno: un enorme incendio se desató en los barrios de la fortaleza. Los defensores estaban demasiado ocupados extinguiendo el fuego como para cuidar las murallas. La modista rasga la seda con sus tijeras y corta los pétalos de las flores del cerezo.

Al final, Volohai cayó ante el poderoso ejército del Gran Khan.

23 de agosto, 1914

Mons, Bélgica, 7:30 am

Hay dieciocho puentes a lo largo de los 32.2 kilómetros que componen el canal de Mons.

El batallón real de fusileros –el grupo de élite del ejército británico– ocupa la parte más expuesta: el puente de Nimy.

La inteligencia británica reporta actividad del enemigo: los alemanes han llegado por el bosque.

Los soldados británicos esperan en las trincheras. Los alemanes no deben invadir Mons, ya que estarían cerca de su meta.

Francia

El batallón de fusileros mira hacia el bosque y descubre con sobresalto que el número de alemanes supera sus expectativas.

8:30 am. Se escucha el primer disparo de la Gran Guerra.

Surrey, Inglaterra, 6:30 am

Pienso en el primer día en que la imaginé: con un kimono de seda traído de China y el cabello enredado a los pasadores de metal.

Pienso en ella como si la recordara despertando con los primeros rayos de sol un domingo de agosto. Quizá percibió el aroma de las rosas encharcadas en el florero del buró, pero recordó que en la noche, justo antes de dormir, había mirado los botones y sintió una extraña opresión en el pecho.

El jardín amaneció bajo la neblina y una suave brisa meció las campanillas frescas. Los botones de las rosas comenzaron a abrir sus entrañas, y de las enredaderas destellaron distintos tonos de lila. El jardín reverdeció con un nuevo tapiz de gardenias y azaleas, de orquídeas y margaritas.

Imagino que la ayudante de cámara abrió las cortinas y la princesa miró hacia la ventana, y divisó el jardín de aquella mansión en Surrey. En un intento por levantarse, la bata se habría enganchado con el filo de la cajonera y el florero de cristal cayó al piso: el ruido del vidrio al estallar produjo la primera alucinación auditiva que acompañó a Winnaretta durante la guerra. El agua encharcada se esparció por el piso de mármol y toda la habitación olió a muerte.

Mons, Bélgica, 8:30 am

Las ametralladoras del ejército británico disparan seiscientas balas por minuto. Tienen un alcance de 4 095 metros de distancia. La artillería puede disparar por tiempo indefinido, siempre y cuando se cambie cada hora el cañón.

Alemania hace entrega de su primer tributo a la batalla:
500 soldados son ofrendados y corren por el bosque de Mons; los 500 disparan sus armas contra el enemigo. Soldados no, joven Keiser, son Golondrinas.
500 bajas alemanas se reportan en los dos primeros minutos de la guerra. Sus cuerpos carbonizados quedan regados en el bosque.

Y cuando Inglaterra se dispone a cantar la primera victoria, de las entrañas de la tierra surgen espíritus. Miles de enemigos marchan hasta el puente; un ejército nace del barro agitado, de la corteza de los árboles, de las hojas que se desprenden con el viento del occidente. Ningún disparo puede abatirlos y resurgen del polvo,
de la pólvora.

Una fuerza sobrenatural obstruye las ametralladoras inglesas.

El puente de Nimy está a punto de perderse.

La voz del capitán Foster susurra en dirección del viento: flancos e ingenieros listos para volar los puentes en secuencia a lo largo del canal. Debemos defender el puente y repeler al enemigo.

Los esfuerzos son inútiles, a las 8:45 am los alemanes han logrado distribuirse en varios puntos del canal.

A las 10:00 am la artillería ataca en Mons. Los ingleses mandan a un mensajero a pedir más municiones.

Mensaje para el cuartel:

"Tienen varias ametralladoras, artillería pesada con alcance y nos están atacando desde tres frentes. Si no envían a más hombres, el puente será alemán para cuando caiga el sol".

El mensajero corre del frente de batalla al cuartel general; del cuartel general al frente de batalla: sus pies son ligeros. El tiempo aprieta y los alemanes traen consigo a un ejército duplicado por demonios.

Desde el cuartel se gira la orden de apuntar a los artilleros con las ametralladoras. Nadie vendrá a relevar a los británicos que permanecen en los puentes.

Todas las unidades alemanas están atacando a lo largo del canal.

Los ingleses deben resistir con la fuerza que les queda y el número de soldados sólo les permite atacar el flanco derecho enemigo.

Las balas alemanas han alcanzado también a la población de Mons. A la distancia se escuchan estruendos, gritos ensordecedores de civiles; las zapatillas de las mujeres que corren para protegerse de un peligro que aún no comprenden, golpean el suelo con la fuerza de las agujas de una máquina de coser. La muerte viene desde el aire.

Surrey, Inglaterra, 7:30 am

La princesa Edmond Polignac, conocida de cariño como Winnie, se sentó al tocador a mirar a su doncella quitar uno por uno los pasadores de su cabello; fijó la mirada en las ondas que ésta hacía con la ayuda de sus dedos, dispuestos como surcos. Y en ese si-

lencio recordó que tan sólo un mes atrás había coincidido con Sergei Diaghilev, el empresario fundador de los Ballets Rusos, para el estreno de su nueva temporada en Londres. El director de orquesta, Thomas Beecham y su querida Lady Maud Cunard –una joven americana nacida en California, quien llegó a Londres con el ímpetu y la fortuna del nuevo mundo– habían financiado el espectáculo. Lady Maud no tardó en seducir a la sociedad británica y llenó con sus influencias el teatro, mientras que Thomas Beecham condujo el ballet donde brillaron los bailarines: Vaslav Nijinsky y Tamara Karsavina.

El estreno de la temporada fue una pasarela de figuras públicas: aristócratas, ministros, oficiales de gobierno y gente de la clase alta desfilaron por la alfombra roja del Imperio Teatro de Londres. En honor a este montaje internacional, la princesa Polignac organizó un recital de piano para cuatro manos en su casa de campo en Chelsea, figurando ella misma y Percy Grainger como intérpretes.

La convivencia se dio en el jardín en un día soleado. Winnie eligió un vestido negro poco usual; sin joyería cubriéndole el cuello ni las manos. Ella condujo la mayor parte del concierto. La alegría de las notas, el perfume de las flores, la suave brisa y el tono de las telas de los sombreros, brocados, sombrillas y vestuario de los asistentes se fundieron con los colores de la temporada. Para amenizar la reunión, se sirvieron bocadillos de pan, queso y jamón, además de pastelillos de naranja.

La princesa recordó que ese día se leyó "El toro", del escritor Ralph Hodgson. El último verso decía así:

And the dreamer turns away
From his visionary herds
And his splendid yesterday,
Turns to meet the loathly birds
Flocking round him from the skies,
Waiting for the flesh that dies.

Antes de que la doncella terminara de peinar el cabello cano de Winaretta, el ama de llaves tocó a la puerta de su habitación. Un

leve escalofrío subió por la espalda de la princesa, y segundos después el ama le entregó un telegrama:

Ha estallado la guerra. No vengas. Estás más segura en Londres.
Nuestras provisiones son escasas.
Cariños. Anna de Noalles.

Tal vez al leer el mensaje Winnareta sintió una gran urgencia por regresar a París, pero su deseo quedó reprimido por la guerra. Volvió a mirar su reflejo en el espejo del tocador de ébano, y su mirada la encontró distinta; destellaba un aura de fragilidad que se desconocía. Frustrada por no poder regresar a casa, se levantó del tocador y silenciosa, así como ella era, cerró la puerta de la habitación.

Mons, Bélgica, 12:00 pm

Llevan cuatro horas combatiendo. Los alemanes dominan el flanco izquierdo. Los refuerzos británicos no llegarán. El capitán Foster ha defendido uno de los puentes hasta que la muerte lo alcanzó de dos balazos limpios en la cabeza; a su lado derecho se encuentra el cadáver de un teniente de apellido Mead. El olor a sangre fresca se dispersa a lo largo del canal. El ánimo de los soldados se ve mermado, porque la muerte les aprieta la garganta.

Tienen que volar el puente.
Los soldados británicos desconocen dónde se encuentra la artillería pesada de los alemanes.

A las 2:00 pm se ordena la retirada táctica de las fuerzas británicas. Las filas del este tienen bajas: están replegando a la artillería.
Ordenan retroceder.

Un teniente pide a los soldados defender el puente el tiempo necesario para que el resto del ejército salga de Mons.
Los británicos pierden la última ametralladora.

Disparos cortos
y controlados.
Se ordena la retirada.
Los británicos logran volar los puentes, pero es demasiado tarde.

Ana Negri

Todo cae

Con medio cuerpo hacia afuera y los antebrazos apoyados sobre el barandal, Clara mira desde el balcón. El mismo balcón del séptimo piso de Ávila Camacho 21 en el que hace treinta años su madre la bañaba en una tina de plástico azul los días de calor. Entonces no había sido construido ese horrible edificio de oficinas que pusieron justo frente a su departamento y podía verse –hacia un lado y hacia el otro– la ciudad todavía verde y gris. Ahora mismo, más de cien oficinistas trabajan al otro lado de las más de cuarenta ventanas entintadas que los separan de las corrientes de aire, del vacío y de Clara, quien mira desde su balcón hacia la derecha, donde todavía alcanza a ver el horizonte gris del Distrito Federal. Desde ahí escucha el constante sonido de motores que cruzan por las avenidas cercanas.

El sol aún cae casi verticalmente sobre los techos y azoteas de cemento o de latón deslumbrante por los rayos de luz reflejados a esta hora del día. Clara voltea hacia abajo, sus manos cuelgan por fuera del barandal. Por hacer algo, arranca una hoja del enorme helecho que resiste junto a ella el sol de la tarde, la soba entre el índice y el pulgar de la mano derecha hasta hacerla una bolita que suelta sin mayor énfasis mirando su vertiginoso trayecto hacia la calle.

Sus manos cuelgan a los costados de la línea imaginaria que trazó con la mirada, adivinando el trayecto de la bolita de helecho hacia el suelo. Gira apenas la muñeca para ver mejor el reloj negro y dorado que acaba de regalarle su madre. “Es un buen reloj, es Chanel. Es viejo, pero como mamá siempre ha tenido buen

gusto y prefiere formas sencillas, siempre será elegante". Odia cuando habla de sí misma en tercera persona, como insertándose en su cabeza para sembrar desde ahí adentro la respuesta pavloviana al estímulo. No lee la hora; eran casi cuarto para las siete, "siete menos cuarto" hubiera dicho Clara.

El sol ya ha comenzado a insistir, una vez más, en explicar cuál es el poniente y por qué se llama así *poniéndose* por Santa Fe, donde se ve, desde el balcón en el que Clara se apoya, el "edificio del pantalón". Antes se veían las Torres de Mixcoac, donde vivía su tío Luis; ahora no se ven porque las tapa el segundo piso del Periférico y, de cualquier modo, las torres ya no le importan. Dejaron de interesarle cuando las visitó por última vez a los siete años. "El rengo se mató por boludo, acá lo tenía todo, pero no se bancó su historia", contestó su papá llorando cuando Clara preguntó por enésima vez dónde estaba su tío y por qué se llevaban sus cosas. Entonces todavía no entendía que Luis no era su tío exactamente; tenía mamá y papá, los abuelos eran una voz al teléfono con acento familiar y una tarjeta cursi que llegaba puntualmente el día de su cumpleaños, no se hablaba más de ellos. Las hermanas de su madre eran una larga lista de nombres a memorizar; en cambio, tenía una cantidad incomprensible de tíos que en nada se parecían a ella o a sus padres, muchos de los cuales ni hablaban como ellos ni habían pisado nunca Argentina.

Esas relaciones, entendería después de golpe –como casi siempre–, no respondían a líneas de filiación, sino a vínculos que sus papás establecían para rehacer la familia perdida al irse. Pero también, quién quita –como decimos en México–, para comprometer afectivamente a estos nuevos conocidos y que no fueran capaces de aflojar –como decían en Argentina– en caso de que los obligaran a hacerlo. Luis era de los poquísimos tíos que sus padres conocían desde antes de salir de Argentina, y que habían llegado a México poco antes o poco después que ellos. Nora y el Rubio habían venido también, aunque se volvieron a Buenos Aires "antes de tiempo", y Clara no los conoció.

Vuelve a ver el reloj. No tiene números ni marcas para indicar las horas, sólo dos manecillas que trazan un mismo círculo a distinta velocidad. "Es tan elegante", piensa, "que sólo sugiere la hora".

–¿Cómo vas, ma? –pregunta Clara con la cara vuelta hacia dentro del departamento en un tono fuerte que no usa habitualmente. No hay respuesta. O tal vez la hubo, pero afuera es ya hora pico y los siete pisos de elevación del balcón no alcanzan para superar el sonido de motores al que ahora cada tanto se suman bocinas de autos, el silbato de un policía alterando los tiempos del semáforo, la sirena de una ambulancia, una patrulla o todos al mismo tiempo. ¡No se puede vivir con este puto ruido!

–¿Qué dices, hija?

–Digo –responde mientras cierra la puerta del balcón desde adentro del departamento– que este ruido de mierda me vuelve loca.

Su madre ha abierto la puerta del baño con lo cual una ola de bestias de vapor salvaje huye en estampida del baño acarreando entre las patas la voz carrasposa que la caracteriza: –Sí, la verdad es para enloquecer a cualquiera.

La luz amarilla del baño se estrella contra el muro de la pared de enfrente enfatizando en el departamento la penumbra de media tarde tan familiar para Clara. Cuando ella era chica, su madre casi nunca estaba; siempre dando consulta, aunque en los breves interludios que rondaba por la casa aprovechaba para dejar besos, cargarla un minuto o restregar su nariz contra la de ella. Su ausencia, después, se hacía más notoria. Por eso y por el olor a tabaco que le dejaba en la ropa. Su papá mejor que no estuviera. Llegaba a la noche muerto, cansado, reventado de trabajar como negro, decía él, y de un grito ordenaba: no me rompas las pelotas, ¿ta clarito? Así que ella pasaba la tarde con sus cuadernos de la escuela frente a la televisión haciendo tareas muy fáciles, en medio de la penumbra, absorbiendo a grandes bocanadas los aromas de una imagen pixelada que le ofrecía esa pantalla de panza redonda.

–¿Qué tanto haces, ma?

Entonces se asomó, desde el marco de la puerta del baño, la cabeza de su madre vuelta del revés con el pelo largo, todavía mojado, colgando hacia el suelo.

–¿Qué voy a hacer? Me cepillo, me pongo crema, pero es que esa manía tuya de no poner cortinas… ¿cómo voy a salir con toda

esa gente mirando hacia acá? –dice mientras se cepilla el pelo desde la nuca hacia las puntas.

Los doscientos treinta y dos ojos miran con ansiosa satisfacción hacia la cabeza que cuelga de la puerta. Clara deja guiar su vista en la dirección que indicó el empujón dado por la cabeza invertida al decir eso, y se detiene ante los vidrios entintados del edificio de enfrente.

–Da igual, mamá, si alguien te ve da igual. Ni saben quién eres ni les importa.

–Bueno, a mí no me da igual, así que tengo que terminar de arreglarme y vestirme acá adentro.

De un solo movimiento su madre endereza la espalda y el pelo dibuja un medio círculo en el aire que deja una delgada línea de agua que va del piso a la pared y tal vez hasta el techo.

–¡Mamá!

–¿Qué?

–Pues que mojaste todo el pasillo. Además, tengo que hacer pis, vístete en mi pieza. ¡Carajo, se supone que ya no ibas a estar aquí cuando yo llegara! ¡Necesito abrirme una cerveza, tirarme en la sala y no pensar más en nada!

–Bueno, abrite una cerveza, si yo no te estorbo. Y sabés que siempre que vengo te dejo la casa muy ordenadita.

Muy ordenadita la encontró bajo un escritorio el día que la llamaron para que fuera por ella.

–Y apestando a cigarro. Además "muy ordenadita" no es mi orden.

"Su mamá llegó hace un par de horas y está muy nerviosa", le dijeron. Ese día empezaron los eufemismos.

La recibió una profesora que con un gesto hizo de su suposición certeza: ahí –dijo, y señaló un escritorio vacío acomodado en una pared lateral hacia el fondo del salón. Clara no preguntó nada y caminó hacia allá. Al acercarse vio, un poco salidos del cobijo del escritorio, unos mocasines cafés que disfrazaban mal la prioridad otorgada a la comodidad frente a la apariencia. Las

piernas dobladas apuntaban hacia arriba y dos manos prensadas bajo las rodillas arrugaban el pantalón de mezclilla. Las uñas se clavaban en la piel. El conjunto temblaba. El torso echado hacia las piernas ocultaba la cara entre los muslos. El pelo largo y gris amarrado.

–¿Mamá?

Su madre, envuelta con una toalla a la altura de las axilas y otra a modo de capa, cruza hacia el cuarto de Clara dando pasos muy largos pero ineficaces por la lentitud con la que los realiza. Se quita las toallas y las cuelga mal de un perchero empotrado en la pared. Su piel es más pliegue que superficie plana. Sólo los relieves de los múltiples huesos que se adivinan entre los músculos casi imperceptibles y las articulaciones dan lugar a llanuras epidérmicas que, sin embargo, vistas de cerca descubren también arrugas de menor profundidad. Las costillas, de por sí salidas, se elevan y construyen un barranco hacia el estómago, que es más una suposición generada por el punto del ombligo. La cintura estrechísima se escurre a los costados hacia el sacro que dramatiza el contraste y pone en evidencia la cantidad de carne, de músculos y de grasa que le falta.

Clara la mira: el horror del que su madre solía hablarle al terminar alguna de sus lecturas o saliendo del cine. Está decrépita, piensa de golpe, y esa palabra que no alcanza a sonar afuera se le queda resonando en la cabeza y se convierte de pronto en las crepitaciones del pan quemado de Vallejo, en las zanjas oscuras abiertas –también a golpes– en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte. Era el poema favorito de Luis. El cuerpo frente a Clara se parecía muy poco al de su madre, que no muchos años atrás se paseaba por las calles de la ciudad contoneando una cadera lozana, orgullosa y una piel casi húmeda de tan fresca.

Las toallas terminan por deslizarse del perchero del que colgaban y caen al piso.

–Todo cae, mamá, todo cae.

Durante el terremoto del 85, Clara miraba la calle de Ávila Camacho por encima de los hombros de su madre que la llevaba

en brazos clavándole sin querer las uñas en las lonjas de su espalda todavía rolliza. Macetas, cables, pedazos de muros, vidrio, todo caía vertiginosamente a uno y a otro costado de ese cuerpo indiferenciado que formaron Clara y su madre ante la amenaza. Clara no necesitaba verle la cara para saber que tenía miedo. Para temer con ella, por ella y por sí misma.

–Todo cae, mamá, todo cae.

Al decirlo, con sólo dos años, Clara sabía muy bien de lo que hablaba. Lo había aprendido unos meses atrás al caer desde la ventana del primer piso de la primera casa de Luis. Su cráneo todavía blando le había salvado la vida, y una línea vertical apenas más pálida que el resto de su piel desde entonces atravesaba el espacio entre su nariz y su boca. La cicatriz en realidad era más honda. Clara sabía lo que era caer.

Clara se mete al baño apurada por las ganas de mear, pero sobre todo por escapar de esa visión. Entra al baño y cierra la puerta. Huele a su madre. Todo el baño, el vapor que ahora condensado en gotitas de agua corre por las paredes, todo transporta y difunde su olor. ¿Cómo hace para impregnarlo todo? Clara se mira unos segundos en el espejo pero se evita. "Me hago pis". Sentada en el inodoro, escucha a su madre preguntar: ¡Che, Claru!, ¿te respondieron algo de lo de la editorial?

Clara odia hablar a los gritos de una pieza a otra. ¿En serio es tan urgente como para no poder esperar a que salga del baño? Y sin embargo responde: ¡¿De qué editorial?!

–¡De esa a la que me dijiste que ibas a mandar tu borrador!

–¡Estoy en el baño, mamá, dame un poco de paz!

–¡¿Pero qué paz te quito?! ¡Te pregunto porque es algo lindo, porque para mí es importante que publiques! ¡A mí me emociona mucho saber que mi hija va a publicar un libro!

Clara sale intempestivamente del baño y responde con el mismo volumen con el que hablaba a la distancia, pero ahora muy cerca de su madre: ¡Tu hija no va a publicar ningún libro, llegado el caso…! Clara se detiene al ver que su madre, que no esperaba la voz ni tan cerca ni tan fuerte, vuelve los ojos y la mira con todo el terror instalado en el rostro. Clara ríe con frivolidad por

un momento, como si así pudiera desvanecer esa imagen efímera de su madre muerta de miedo. Valga decir que intenta en vano, porque ese momento, junto con otros tantos, va a condensarse en la memoria de Clara, como el vapor en las paredes del baño, para formar la inevitable nueva imagen que Clara se hace de su madre. Como la noche del apagador, esa vez que la encontró en su casa, un poco –o tal vez no tan poco– antes de los eufemismos, en lo que parecía su habitual pasmo introspectivo. Su madre estaba en la sala y cuando Clara la saludó, ella no se inmutó.

–¿Hola, ma? ¿Todo bien?

–No sé, hija, no dormí bien.

–¿Y eso?

Su madre la volteó a ver. La cara descompuesta, al mostrarse (y ésta es una de las frases más repetidas de su madre:) "decía más de lo que decía decir". Ninguna de las dos dijo nada, pero se vieron un poco más tiempo del necesario para informarse que sabían algo, "que sabían que sabían", digamos.

–Vení que te quiero enseñar algo.

Su madre se levantó y Clara la siguió más allá de la sala hasta el consultorio.

–¿Vos sabés cómo desconectar esto? –le dijo apuntando el apagador de luz del consultorio.

–¿Desconectarlo? No entiendo. Está apagado.

–¡Ah! –exclamó, con la misma arrogancia que antes usaba al encontrar una palabra rebuscada con la que ganaba otra partida de Scrabble–. ¡No te das cuenta! Yo también tardé en notarlo, pero acá y en mi pieza me han puesto cámaras, hija. Me están vigilando.

–¡¿Cómo?!

–Mirá la lamparita ésa –dijo casi susurrando–, está prendida por lo menos desde ayer y en la pieza, lo mismo.

Había también una marca en su voz, una suerte de impostación tonal que acercaba lo que decía a la farsa exagerando los matices.

–¡¿Qué?! –preguntó Clara respondiendo sin percibirlo a ese mismo juego de representación y énfasis.

Clara la miró dispuesta a soltar una carcajada, pero notó que su madre estaba lejos de bromear. Entonces le explicó:

–No, ma. Ese foquito es del apagador. Los hacen así para que cuando esté todo obscuro, veas dónde está y puedas prender la luz más fácilmente.

La información tuvo efecto de liberación prolongada. Volvieron los ojos a mirar hacia afuera, luego el ceño y la quijada se relajaron. Aun así, el intento de Clara por reír fue fallido. Trató de aligerar la tensión sonriendo burlonamente, pero su madre, aunque esta vez había vuelto, ya sólo avanzaría cada vez más hacia adentro.

Ahora Clara intenta lo mismo pero la sonrisa no es suficiente, y por eso ríe aunque le salga tan mal. El gesto de su madre no se compone.

–Perdón, ma, no quería asustarte. No es para tanto.

Su madre vuelve del pasmo, se desmorona y llora arrodillada contra las cobijas. Es un llanto ronco y grave. Hace mucho que no pasa un día en que Clara la vea sin que ella llore.

–Mamá…

Clara se sienta en la cama junto a uno de los brazos que hacen el paréntesis de la cabeza de su madre que esconde la cara contra el colchón. Le soba la espalda y siente los omóplatos puntiagudos y el temblor de la respiración entrecortada del sollozo.

–Ya, ma, soy yo. Soy yo, ma, perdón.

–No sos vos, hija.

"¡Ah, chingá!, ¿cómo de que no?", piensa, pero dice:

–Perdón.

–Es que estoy cansada –llora–, estoy muy cansada.

–Yo sé, ma. Pero tienes que tratar de relajarte un poco.

–¿Te gustó el reloj?

–Sí. Es muy lindo, igual insisto en que yo no necesito un reloj, yo puedo seguir usando el celular sin ningún problema. Más bien es a ti a la que le hace falta saber en qué tiempo vives.

Su madre no da acuse de recibo del chiste.

–No, hija. Si me lo quedo yo, tarde o temprano me lo van a robar en esa casa de mierda, me sacan todo, no puedo tener mis cosas, no me dejan tranquila.

–No es esa casa de mierda, ma, el tema es que no estás tranquila nunca.

El llanto retoma la fuerza inicial que se había ido opacando.

–Mamá, porfis, de a poco se van a ir acomodando las cosas.

–Pero es que es mucho tiempo, ya, estoy cansada. Quiero poder ir al cine y volver a regalarte libros y a pasear con vos. ¿Te acordás cómo pasábamos días enteros hablando y haciendo cosas juntas?

Se acuerda, claro que se acuerda. Se acuerda incluso de cuando comenzaron esos paseos. Los fines de semana, cuando su madre no atendía pacientes, caminaban juntas diecisiete cuadras –dirían en Argentina– desde el departamento hasta la librería. En ese trayecto de más o menos media hora –como decimos en México– pasaban por un parque donde Clara, inevitablemente, se detenía anhelante. Mirá que Luis me contó que hoy tendrían un montón de libros nuevos, ¿eh? –decía su madre para disuadirla de perder el tiempo en el parque y lo lograba–. Clara apretaba las mandíbulas y daba unos pasitos rápidos para compensar los que su madre había adelantado. Así postergó varias veces su deseo de columpiarse.

Cuando llegaban a la librería, Luis las recibía con una larga lista de títulos "para grandes", que desataba una conversación como de sesenta y ocho cuadras que Clara no conseguía seguir. Lo que sí entendía era que su madre ya había empezado a leer y que no tenía caso tratar de impedirlo. Así que se sentaba en el piso de la sección de niños. No tenía empacho en elegir los libros por la portada –mientras más le gustaran los dibujos, más tiempo podría sostener la lectura. Tomaba cuatro o cinco al azar, los acomodaba alrededor suyo y comenzaba un silencioso certamen entre ellos. Una vez decretado el ganador, leía.

A veces levantaba la vista para buscar a su madre y la encontraba sentada en la escalera de servicio de Luis, leyendo al victorioso ejemplar de su propio concurso. Alguna vez las miradas se encontraron, y entonces la vio inclinar la cabeza sonriendo amorosamente. Había tenido la intención de salir corriendo a abrazarla, pero enseguida el gesto de su madre se endureció y Clara frenó el impulso, retomó la postura y llevó los ojos al libro.

Muy pocas veces compraban algo. A las siete de la tarde, cuando la librería estaba por cerrar, suspendían la sesión que, de ser necesario, retomaban al día siguiente. El camino de regreso era más fácil de seguir: el parque estaba oscuro y Clara tardaba algún tiempo en poder desprenderse de los personajes, de los colores de los dibujos… Luego de los primeros cinco minutos, le era imposible retener tantas historias y, mientras daba brinquitos desiguales a su lado, comenzaba atrabancadamente a contarle a su madre, quien sonreía al escucharla, todo lo que había leído. La emoción de Clara aumentaba a medida que reproducía su versión de los libros, pero aún más conforme entendía que había encontrado una forma de estar con ella.

Desde entonces no sólo lee, también escribe. Toda su vida ha escrito en cuadernos que a veces olvida en el fondo de sus cajones y otras veces regala. Esto último más a modo de desprendimiento que de entrega. No quiere saber más y regala, generalmente a alguno de sus novios, el cuaderno específico de un tiempo o de un viaje. A últimas fechas, a falta de un receptor, ha optado por perder sus cuadernos. Cuando ha tenido que leer en voz alta siente una inmensa vergüenza de hacerlo horriblemente, por no saber qué acento usar. O más bien, de saber que el acento que está por escapar todo el tiempo es el de una argentina, cuya pertenencia no pende más que del recuerdo de otros. El mexicano… ése le sirve para vivir, no para leer.

En realidad es su madre la que se toma la literatura con seriedad. Claro, había de por medio un placer evidente, pero algo en la solemnidad de su voz al leer en voz alta le generaba al mismo tiempo fascinación y repugnancia. Cuando Clara estaba en la universidad, la visitaba por las tardes en su casa, y si no estaba atendiendo a un paciente, la encontraría fumando en medio de su espeso jardín tropical con la perra echada a sus pies y un gran poncho tejido con rombos de colores –sin importar la época del año–, cubriéndole casi todo el cuerpo menos el brazo de la mano del cigarro.

Solía entrar en estados de letargo prolongados durante los cuales sostenía la mirada en algún punto del suelo. Las dos piernas

muy juntas, el cuerpo echado hacia delante. El codo derecho clavado en el muslo derecho con la mano formando un atril para la cabeza entre el dedo índice y el pulgar. Una suerte de pensador moderno, femenino, viviente o vaya a saber con qué analogía puede uno simpatizar. Pasaba largos minutos en esa posición, y no era raro que al llegar la encontrara así: estática. Lo inmóvil de su apariencia hacía contrapeso con el ajetreo de sus pensamientos. Sólo cuando Clara estaba muy cerca y la perra se levantaba para alcanzarla, ella salía del trance y entonces, con la voz sorprendida en desuso, decía: ¡Hija! –sonriendo, mostrando desproporcionadamente los dientes del maxilar superior sobre los inferiores–, ¿qué hacés acá?

Entonces el ritual antes de cualquier asunto preciso: sin levantarse de la silla ni abandonar la posición anterior, estiraba la cabeza para que se agachara y sin perder esa sonrisa que la hacía ver muy tonta –más aún en contraste con la postura anterior de profunda reflexión intelectual– le daba un beso que, invariablemente, le dejaba la mejilla babeada. La perra daba un par de vueltas sobre su propio eje y volvía a echarse en el mismo lugar. Después salían a caminar. La discusión era si llevar a la perra o no. Ir con la perra significaba escuchar peroratas interrumpidas por: "¡No!", "¡Sit!", "¡Come!". Los entrenadores le habían dicho a su madre que el inglés funcionaba mejor para las órdenes porque eran como golpes que los perros recibían más fácilmente. En realidad no funcionaba ni el inglés ni el español, y seguramente no hubiera servido ningún otro idioma que utilizara. La perra tenía un control absoluto sobre ella. Era el ejemplar fallido de una camada de pastores alemanes que uno de los muchos tíos de Clara, criador de perros, le había regalado a su madre porque no le servía para el criadero: era muy chica, tenía el manto del lomo claro en lugar de rojizo, y la tendencia a la displasia era evidente por la forma en la que inclinaba el cuerpo hacia un lado cuando estaba parada sobre sus cuatro patas. Esa perra maltrecha entre sus congéneres, era la que su madre llamaba "mi guardiana". Durante los paseos con la perra, las interrupciones por los gritos de su madre –repetidos una y otra vez casi a modo de súplica– sucedían casi cada tres cuadras, cuando había que suspender la conversación porque la

perra había salido corriendo atrás de un rastro de mierda y había arrastrado a su madre.

Después, poco antes del día de los eufemismos, hubo un tiempo en que su madre decidió hablarle de sexualidad: "Hay formas de estar con un hombre, que nos hacen ser menos mujeres, hija". Frases como ésa le generaban la misma reacción que un grano reventado contra el espejo. ¿Por qué tenía que hablar de eso?, y si lo iba a hacer, ¿por qué la solemnidad? ¿Qué era eso de "estar con un hombre"? ¿Se refería a coger? ¿Cómo se puede ser menos mujer? ¿De qué mierda estaba hablando?

En uno de los paseos con su madre (esta vez con la perra), ella había vuelto al tema de la sexualidad que parecía obsesionarle:

–Tené muy claro lo que te voy a decir, hija: si un hombre, aunque sea tu pareja, aunque llegue a ser el papá de tus hijos, quiere hacerlo por la "a", vos tenés que decir que no.

"¿¡No!? ¿En inglés o en español?", pensó, pero dijo: –¿Hacerlo por la "a"?

Su madre apretó los labios fuertemente de modo que se marcaron todas las arrugas que hasta ahora había acumulado y, con los ojos excesivamente abiertos, miró hacia su culo. Señaló su entrepierna: –Ésta es la "v" y ésa es la "a".

El resto del camino guardó silencio. Su madre seguía representando un monólogo acerca de las experiencias sexuales que había tenido cuando accedió a coger por el culo, y cómo ya el Marqués de Sade había dejado claro que cuando el culo interviene en el sexo, lo que aparece es el dinero.

Clara escuchaba. Iba persiguiendo la atropellada verborrea que ahora transitaba a toda marcha desde los modales y el protocolo a la hora de la cena hasta la paráfrasis del último libro de Elisabeth Roudinesco, y la primera plana del día anterior en *El País*. Empeñada en hilar una historia congruente con todos los cabos sueltos, Clara sentía cada vez mayor frustración. Entonces aceptó: no entiendo nada, empezando por la "a".

Gradualmente, su madre fue construyendo una lógica propia. El pensador dejó de existir porque sus pensamientos estaban intervenidos. "¿Quién es?", gritaba con voz temblorosa y sobresaltada cuando escuchaba ruido entre las pocas plantas del jardín

que seguían de pie. La perra, vieja, salía entonces lentamente de entre la hojarasca y los arbustos y se tiraba a un costado de la silla, donde ella continuaba alerta esperando a que hoy sí llegara su paciente.

El día que murió la perra, Clara no fue a trabajar para estar con su madre. La perra llevaba varios meses sin poder salir a pasear, y después de una semana en que no había podido ni levantarse de su cucha –de su camita, diríamos en México–, su madre por fin había decidido llamar a un veterinario para que la sedara. No había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que el evento sería un golpe muy difícil, pero Clara tenía, además, un presentimiento funesto de que con la perra se iba a fugar hasta el más mínimo resquicio de fuerza que hasta entonces había mantenido a su madre mirando hacia fuera. Se me fue mi guardiana –lloraba su madre, con el mismo llanto grave que la habitaría desde entonces–, se me fue mi guardiana –repetía.

El resto de la tarde siguieron los sollozos. A la noche, cuando su madre por fin consiguió quedarse dormida, Clara se fue a su casa con aquella frase grabada en la cabeza. "Se me fue mi guardiana. ¿Por qué tanto esa puta frase?". Entre el llanto de su madre, se colaban las distintas expresiones de miedo que le había visto esbozar ese día. Cuando Clara era chica y todavía le daba miedo la oscuridad, su madre se metía en su cama hasta que ella se quedara dormida, y entonces regresaba a su cuarto sin que Clara lo notara. Una noche, mientras su madre le sobaba la mollera a modo de arrullo, Clara le preguntó si los adultos también sentían miedo.

–Claro que sí, pero es distinto –respondió su madre–, sentimos miedo por otro tipo de cosas.

–¿Como a qué?

–Como a perderte, por ejemplo, a que te pase algo, a los milicos.

"A ver si ahora le da por pasar a la clandestinidad otra vez", pensó Clara en el auto de regreso a su casa tratando de reírse de lo que creyó formular como chiste; en cambio, se le llenó la lengua de un sabor salado que aceleró rápidamente hacia el estóma-

go dando un trago a la botella de agua que tenía a un costado de la palanca de velocidades.

–Sí, ma. Sí me acuerdo.

Su madre levanta la cara de entre los brazos y la mira más calmada. –Bueno –dice–, ya me voy, nos extendimos un poco más de la cuenta por hoy. "Unas sesenta y ocho cuadras", piensa Clara.

Lo siguiente es una danza de su madre buscando las cosas que había dejado desperdigadas por todo el departamento, Clara tratando de acelerar el proceso; su madre dejando lo que acababa de agarrar en un nuevo lugar. Clara recuperando el nuevo pretexto hasta que alcanza a reunir en un solo punto todas las pertenencias de su madre.

–Bueno, te veo el viernes a las siete, ¿eh?

–¡Tan temprano!

–Sí, mamá. Ya te expliqué que más tarde el tráfico hacia Reforma es insoportable. ¡Si no es que a mí me encante levantarme a las seis, ver a Mariano tan temprano y encima hacer un viaje largo contigo quejándote de la hora, del tráfico, y básicamente de todo; cuando, encima, ¡todo esto es porque eres incapaz de poner orden en tu vida tú sola!

–Ya, Claru, ya. Era broma.

Clara cambia el gesto de molestia por una cara vacía, si acaso, resignada. Ahora resulta que es ella la que no tiene sentido del humor.

–¿Pero entonces Mariano sí te prestó el auto?

–Sí. Ya te había dicho que sí.

–¿Él está bien?

–Sí, bárbaro, es un auto de lo más cómodo.

Clara había aprendido desde chica que ninguna de las palabras que su madre pronunciaba conducían a conversaciones superficiales. Si tenía algo que tratar con ella, solía planear antes sobre el terreno. Medir la temperatura de los mares, la velocidad de los vientos, y sólo si el tiempo era propicio, descender de a poco hasta que una pluma se desprendiera de su cuerpo y, al caer entre los dedos de su madre, sugiriera en pretérito su vuelo. No era fácil darle la vuelta en una conversación iniciada, por lo que

lo mejor era decir poco. Su madre sólo dominaba las palabras, lo que no salía de la boca podía, muchas veces, pasar inadvertido. En los últimos años había desaparecido incluso el mínimo espacio necesario que ocupan las conversaciones superficiales, o para fórmulas de cordialidad comunes del tipo: "¿cómo está Mariano?". Detrás de esa pregunta, Clara lo sabía bien, su madre acechaba el momento para abrirse paso hacia el oído del interlocutor –siempre Clara– y depositar ahí toda su "opinión".

–Ay, Claru, sabés que no pregunto por el auto.

–Y vos deberías saber que si no respondo más que por el auto, es porque no me interesa, no quiero o simplemente no me encanta, empezar ahora a hablar sobre Mariano con vos.

–Bueno, me voy, veo que no estás de muy buen humor. Nos vemos el viernes, hija. Te quiero mucho –dice su madre antes de estamparle el infalible beso baboso.

Clara abre la puerta de entrada y su madre pasa frente a ella rumbo al elevador.

–¡Ah, hija! –dice regresando hacia Clara y, muy cerca de ella, continúa en voz baja con notable vergüenza–, ¿tenés doscientos pesos que me prestes?

Clara va por su cartera, vuelve a la puerta donde la espera su madre que ha seguido hablando: –es que ayer no fue mi paciente, y como están las cosas basta con que falte uno para desajustar todo mi presupues…

–Tengo ciento cincuenta nada más. El viernes te paso más.

–Muchas gracias, hija. En serio que…

–No pasa nada, ma. Dale. Nos vemos el viernes.

Su madre sale del departamento y Clara espera en el marco de la puerta verla entrar en la caja de ilusionista, un gesto que usualmente hace por cortesía con la gente que la visita; pero cuando se trata de ella, es más bien por la necesidad de verla desaparecer así, lo que le genera una tranquilidad que no siente con sólo cerrar la puerta detrás suyo. Se ha ido.

Con una determinación casi urgente, Clara va a la cocina, saca una cerveza del refri y la destapa contra la mesada. Ignora la corcholata que cae al piso y va hacia la sala. Ahí, toma la hamaca

que colgaba de una sola argolla en la pared y la despliega atravesando toda la sala para colgar uno de los extremos en la pared opuesta. Abre el balcón. Todavía se escucha ruido, pero ya le da igual. Se tira en la hamaca con los pies hacia afuera y da un trago largo a la cerveza que la posición le obliga a empinar como mamila. Le quita el aluminio al pico de la botella, lo soba entre el índice y el pulgar de la mano derecha hasta hacerlo una bolita y dejarla caer.

Se columpia. En el vaivén los pies rebasan el barandal del balcón: Clara en el aire. Da un trago más a su cerveza. Clara en el aire, trago de cerveza…

Emocionada, Clara gateaba en círculos por la pieza mientras la hija de uno de los amigos de su padre, sólo ocho años mayor que ella, la miraba aburrida. Abajo, en la sala, los padres de ambas veían el futbol. Aunque todavía no conseguía caminar, Clara había aprendido hacía un par de semanas a mantenerse de pie si se agarraba de algo. Se entretenía haciendo de las cosas del mundo un punto de apoyo sobre las que confiaba todo su peso hasta encontrar una nueva liana que la sujetara en la jungla de objetos que tenía alrededor. Trataba de mantenerse cada vez más tiempo en ese frágil balance, pero generalmente la emoción de verse lejos del ras del suelo recorría su espina dorsal generándole un cosquilleo que la hacía reír y relajar sus piernitas rollizas. Así perdía el equilibrio y se rendía en un sentón contra el suelo amortiguado por los enormes pañales que le ponían y las risas de quienes la miraban.

¡Goooool!, se escuchó. La joven cuidadora se asomó fuera del cuarto: ¿De quién, de quién? ¿Cuánto van? Nadie le respondió, así que volvió al cuarto, puso a Clara en la cama y la rodeó con cojines y almohadas para hacerle una barricada provisional: “Te quedas aquí, voy a ver cómo van”.

Clara se quedó sola y empezó a llorar. Pausa. Nadie llegó. Lloró otra vez, ahora más fuerte. Nadie. Clara embistió en cuatro patas contra la barricada que pronto quedó convertida en escalera. Comenzó a gatear torpemente sobre los cojines y sobre las almohadas hasta que consiguió asirse de algo más sólido: el alféizar

de la ventana. Entonces el ejercicio de ponerse de pie: de a poco, tambaleándose, aferrada a su liana. Algo distinto a la emoción la recorrió desde los pies hasta la pelusa que cubría su cabeza, todavía blanda, algo que dependía de ese espacio que miraba ahora sin lianas y sin suelo. Sus piernitas rollizas temblaron. ¡Goooool!, se escuchó de nuevo, ¡gooool!, mientras caía. Su cuerpo de bebé, como de goma, absorbió la caída, pero el ímpetu llegó a la cabeza de Clara que se estrelló de frente contra la loza oscura. Esa vez no hubo risas porque nadie miraba.

* * *

Alejandra Retana Betancourt

Tres fragmentos de Olivia

I

Volvió una única vez a la casa de sus padres. Elba y Victoriano ya se habían llevado a los animales. No disimularon el gusto de heredar el cerdo que el padre de Olivia había engordado con esmero para Xantolo. De inmediato comenzaron a hacer planes: cuánta comida prepararían, los familiares a los que invitarían a la ofrenda, o incluso si era más conveniente venderlo y a cuánto. La muchacha no pudo evitar compararlos mentalmente con los zopilotes, recogiendo todo lo que habían dejado los muertos sin un asomo de pena.

Se llevó pocas cosas. Algunas ollas, dos manteles, un bordado inconcluso que había dejado encima de su cama (eran flores rojas), más ropa y un par de zapatos. Del cajón superior del buró desvencijado de su cuarto extrajo dos fotografías ovaladas en blanco y negro: una de su padre y otra de su madre. Él no se parecía a cuando había muerto, en la fotografía era mucho más joven y macizo, y ella se veía exactamente igual que al momento de su muerte, todavía muy joven, todavía muy hermosa. Olivia acomodó las dos fotografías sobre el mueble recargándolas contra la pared, se sentó de rodillas para que sus ojos quedaran a la altura de esos rostros, hizo la señal de la cruz con sus dedos para persignarse y rezar, pero se detuvo: no sabía qué decir ni qué pedir. Se quedó quieta mirándolos un rato más. Después se puso de pie, tomó las fotografías, las guardó en su monedero y fue a la recámara contigua, al cuarto de su padre.

Alguien había hecho la cama. Quizás Elba. Ya no era el revoltijo de cobijas y cobertores que Olivia había dejado a su paso como estela cuando había caído en cuenta de que su padre estaba muerto. Sintió que no podía respirar en ese cuarto, que el aire era demasiado denso para sus pulmones, y tuvo miedo de volver a desplomarse aunque ahora no hubiera cuerpo que llorar. Así que salió sin buscar nada. Como si huyera de algo –quizá del dolor, quizá de un fantasma–, salió al patio.

Allí estaba echado a la sombra de un techo, flaco y polvoso como siempre, un saquito de huesos apenas forrado de pelaje negro: su perro. De los otros no había rastro. Ni siquiera de los cachorros. Se levantó meneando la cola en cuanto ella se acercó. No tenía nombre, a su papá no le gustaba ponerles nombre a los animales. No tenía nombre pero era su perro. Ella lo miró fijamente como queriendo decirle te necesito, sólo quedamos nosotros, ven. Y en efecto, cuando ella echó andar él la siguió. Subieron juntos por la terracería hasta la casa de Elba y Victoriano.

II

La Gata miró a Olivia de arriba a abajo apenas César cerró la puerta detrás de ellos. Es la novia de mi padrino Juan y viene a ayudarnos, le explicó. Ella le enseñaría a trabajar. El cuarto era realmente diminuto pues los tres de pie apenas y podían moverse. La Gata tuvo que dar sólo dos pasos para poner sus manos, armadas de unas largas uñas color morado, en el cabello de Olivia. La inspeccionó como a una cosa gracias a la distancia física que imponían sus tacones; la otra de inmediato percibió esa mirada de superioridad y desdén, la había visto ya antes, no era la primera persona que la miraba con prisa y pereza como si fuera una pérdida de tiempo y esfuerzo, como si le hicieran un favor al percibir que existía.

De su bolso, que depositó en la barra de piedra, La Gata extrajo una cosmetiquera de tela negra raída. Las tijeras, ordinarias, metálicas, salieron de allí. Alarmada, Olivia agarró con las dos manos su trenza, se aferró y gritó que no. Una carcajada golpeó las cuatro

paredes verdes. No te va a doler, le dijo la mujer acariciándole el mentón. La lástima se intensificó en ese gesto. Casi había abierto la boca para responder, cuando César se apresuró a sujetarla de los hombros y sentarla en el borde de la cama. La Gata es muy sabia, confía en ella, lleva años en esto, sabe cómo hacer felices a los clientes. La mujer sonrió orgullosa, cruzada de brazos, con las tijeras en su mano derecha, la punta hacia arriba, se abrían y cerraban invadidas de impaciencia. Confía en ella, repitió.

Sólo habían pasado un par de horas desde que había aceptado lo que César le pedía. Éste llamó a La Gata de inmediato porque no podían perder tiempo. Pronto amanecería y vendrían los mercantes. Ahora, La Gata quería cortar la larga trenza de la muchacha. Debes verte como una chica moderna, explicó, a estos hombres no les gustan las inditas. Olivia se levantó de golpe de la cama, pero César la sentó de nuevo con un único y brusco empujón en el hombro. Le temblaban los puños, había perdido la calma muy pronto. Es la primera, recordó la mujer, pero eso no la tranquilizó, temía que César soltara un golpe, intentó decir algo para serenarlo… él le ordenó: ¡ya córtale el pinche pelo!

Salió de la habitación sin despedirse. Enseguida La Gata tomó la trenza, Olivia agachó la cabeza tratando de contenerse mientras las tijeras talaban torpemente la espesura de su cabello. Se mordió los labios en un último intento de reprimir el llanto, pero finalmente fracasó. ¿Se enoja mucho contigo?, le preguntó La Gata, y ella asintió alzando la mirada. La otra se estremeció porque esa cara de pronto reveló toda su juventud. Toda la belleza y fragilidad de la juventud. Pensó en sí misma. Quiso decirle que fuera valiente, que ése era apenas el primero de los sacrificios que el amor exige… no pudo. Se quedó callada mientras daba forma al corte. Me dicen La Gata por mis ojos verdes, le dijo cuando hubo terminado y sacaba un espejo de su bolso para que Olivia se viera. Ésta se llevó las manos a la boca sorprendida. Los mechones más largos le rozaban a duras penas la barbilla. Le costaba reconocerse, jamás había tenido el pelo tan corto; ninguna chica de su escuela lo llevaba así. Aprovechó su reflejo para limpiarse los rastros de las lágrimas, para ensayar una sonrisa autocompasiva. Juan me puso así, siguió hablando la otra, llevo

catorce años con él. Si te portas bien, si no le causas corajes a tu esposo, no vas a sufrir.

Luego la maquilló. Exageró para ocultar sus rasgos casi infantiles. A veces hay operativos y eligen a las que se ven más chavitas, explicaba mientras le aplicaba rímel y sombras; pero tú no confíes en los policías, son muy puercos, siempre buscan cómo conseguir servicios gratis. Olivia fruncía el ceño, abría los ojos, miraba de un lado a otro, negaba con la cabeza, no entendía, le hablaban como en un idioma desconocido. La Gata la regañaba porque de tanto moverse le estaba manchando las mejillas con el labial. Tampoco debes usar tu nombre verdadero, le dijo mientras seleccionaba la ropa que Olivia había guardado en la cómoda, digamos que debemos tener un nombre artístico. Un nombre bonito, de chica interesante, misteriosa, sexy… Eligió una minifalda de mezclilla y una blusa *halter* rosada. ¿Se te ocurre uno? Olivia contestó que no. Guarda esto en tu mochila, le indicó, para que te cambies más tarde. Y no te preocupes por el nombre, de todos modos César ya había escogido uno para ti. De ahora en adelante, en la calle, para los clientes, te llamas Jade.

Olivia tomó de nuevo el espejo de mano que había dejado a su lado en la cama. Miró otra vez a esa chica asustada. ¿Jade?, así que eres Jade, pensó en español. *Na notoka Olivia, pero ta motoka Jade.* Se sonrió por la locura de hablarse a sí misma, ¿a una parte de ella?, como si fuera una desconocida. La Gata pronto la sacó de esa instrospección.

¿Sabes poner un condón? Negó nerviosa con un apenas perceptible movimiento de cabeza. En la telesecundaria había llevado clases de educación sexual, pero jamás había intimado con un hombre hasta César. Está bien, ahorita te enseñó, contestó la otra. *Axnineki nichiwas,* pensó. No quiero hacerlo, dijo. Los ojos verdes otra vez se opacaron por la lástima. Nadie quiere hacerlo, pero tienes que ayudar a tu esposo. Es temporal, niña. Échale ganas, junta el dinero rápido, ya verás que te premia. Le acarició el mentón. Tomó el rubor para retocarla. ¿Cuánto tiempo trabajaste de esto?, preguntó Olivia intentando calcular su propia suerte. La Gata suspiró, fue de un lado a otro de la habitación recogiendo los utensilios y guardándolos en su bolso. Ya casi no tengo que pa-

rarme en la calle, le contestó por fin, sólo cuando se pone muy complicada la cosa. ¡Pero llevas catorce años con él!, soltó contrariada Olivia. El amor no es fácil, mejor apréndelo de una vez, hay mujeres a las que nos toca vivir así, contestó sin perturbarse La Gata, y no es tan malo, te acostumbras, hay que chingarle para ganarse una casa, una familia… Y mira, les gusta la carne fresca, hoy te irá bien. Aprovecha. Tráele mucho dinero a César, te va a querer más.

III

¡Salgan todos! ¡Todos al pasillo! ¡Todos con credencial en mano!

Era el segundo operativo del mes. Y la culpa la tenían los Guerreros. Jade saltó de la cama, se apresuró a entrar en los diminutos shorts y a ponerse el top, salió antes de que golpearan estrepitosamente la puerta otra vez. No se ocupó del cliente que le pedía que aguantara, que no lo dejara solo. Era un muchacho, quizá de su misma edad, bastante inexperto, que debía estar confundido y asustado porque no entendía qué sucedía. Ella se plantó en el umbral de la puerta, tiesa de sus miembros e inexpresiva en su rostro, esperó a que algún policía se acercara a pedirle su credencial, la cual guardaba, precavida, en el bolsillo. La llevaba siempre a la mano desde que Víctor le había advertido, semanas antes, que aquel suicidio había desatado una exigencia social de mayor seguridad en las zonas de prostitución de la ciudad y que, muy probablemente, habría un par de operativos los siguientes meses para calmar las aguas que la prensa había agitado.

Sacó su credencial, era la misma que le había dado La Gata: todavía se llamaba Karen para las autoridades mexicanas, y Jade en las calles.

Otras ocho chicas, algunas cubiertas a duras penas con una toalla o una sábana, estaban en el pasillo. Ninguna se veía asustada. Todas sabían qué hacer y qué decir. *Nadie me obliga. Estoy aquí por gusto. Estoy reuniendo dinero para mis estudios... Es temporal.* Las conocía a todas de vista, luego de dos años en Sullivan, aunque no tuvieran permitido hablar entre sí, sabía

quiénes eran sus compañeras de acera, las que aguantaban con ella el frío de las madrugadas.

¿Por qué dan tanta lata últimamente?, se quejó una. Jade hubiera querido explicarle que era culpa de los Guerreros, pero tenía que atender al muchacho, el cliente, quien, detrás de ella en el umbral de la puerta, insistía en hablarle. Estaba hecho un manojo de nervios y se reía entre frase y frase, hacía preguntas y no esperaba a que le respondieran. La chica hizo lo que hacía siempre con los clientes: le sonrió. Todo va a estar bien, le dijo, sólo van a pedirte tu identificación y ya. ¿Llamarán a mis papás? Jade se rio. ¡No! ¡Claro que no!

Todo ese ajetreo, esa inspección en medio de la noche, ese sacar a la fuerza a clientes que se resistían a mostrar su identificación, esos gritos y golpes: todo eso era culpa de los Guerreros.

Se redujo a un macabro péndulo. Amarró una cuerda a una viga, y lo demás lo hizo el peso de su propio cuerpo. Ocurrió en la habitación de un hotel de Sullivan. Que sucediera allí y no en una casa de seguridad lo hizo visible a la prensa. Los Guerreros no pudieron impedir que se publicara el suicidio en la primera plana de los periódicos de nota roja y en artículos menores en otros periódicos locales. Es la número mil que se muere pero ahora resulta que les importa, se burló Víctor. Con ligereza, le tendió a Jade el diario, en la portada se mostraba una fotografía de dos pies colgando que tenía encima las palabras "PUTA VIDA" en color amarillo chillón. De inmediato Jade buscó la fecha: 3 de octubre de 2009. Estaba a punto de abrir el diario y leer la nota cuando Víctor se lo arrebató para buscar la sección deportiva. Siguió hablando: le dije a esos pendejos que así no se hacen las cosas, es malo para el negocio golpear a las chicas, un verdadero padrote las mantiene fieles y felices a través del amor, no del miedo. Levantó la mirada del periódico esperando la señal de aprobación de Jade. Ella le sonrió. Satisfecho, continuó su perorata: no es la primera que se les muere, hace unos meses se les fue la mano y mataron a una a golpes… la neta sí están bien pendejos, pero no escuchan, Jade, no escuchan.

Los Guerreros eran tres hermanos de apellido Xicohténcatl, quienes habían comenzado a operar en los mismos tiempos que Víctor, hacía unos diez años. Podría decirse que somos amigos ya con tanto tiempo en el mismo *bisnes*, le dijo. Les habían puesto ese apodo, le explicó, porque estaban muy orgullosos de llevar el nombre de un guerrero tlaxcalteca. El apodo los hizo todavía más orgullosos. Pero son brutos, y eso lo repetía siempre Víctor; demasiado violentos, no tienen estilo, los van a atrapar. Mientras él decía todo esto, echado en la cama de un hotel con Jade, un domingo cualquiera antes de que comenzara a llegar la clientela, la chica pensaba que quizás ellos le reprocharían a él el exceso de confianza que le daba. ¿Por qué le contaba todo eso?

Julio Zatarain

El Gitano

El Borrego tenía tieso medio bigote por la saliva seca. Seguía dormido, despatarrado en el catre, sin camisa, con el pantalón sucio y desabrochado y sus pistolas bajo la almohada. Un murmullo recorría las calles de El Roble desde antes que saliera el sol. Era una mañana pantanosa. Los árboles parecían estatuas, inmóviles, pero dentro de ellos los pájaros ya cantaban. Desatinadamente se oían los gallos en distintos rincones y los bramidos de las vacas que llevaban los arrieros hacia las montañas. Al Borrego le dolía el estómago desde la noche anterior. Despertó con los músculos entumidos. Un retortijón intermitente y agudo lo hacía dar vueltas en el catre. La lluvia de voces se aproximaba. El dolor hizo que despertara varias veces durante el amanecer, pero volvía a dormir vencido por la pesadez de los ojos. Nada tan común despertaba al Borrego, hasta que llegó el ruidoso murmullo afuera de su casa.

El sol subió poco a poco a medio cielo, iracundo, e iluminó las calles de tierra y piedra que se llenaron de caminantes. El Borrego también tenía un cerrojo siete milímetros en la tierra bajo el catre. Se rascó los párpados. Vio el patio vacío y el cielo grisáceo y nada le pareció anormal. De su panza surgían ruidos extraños. Se sentó en el pedazo de madera que bordea el catre, y estaba a punto de recostarse de vuelta pero un estruendo vino desde el zaguán. Tocaban la gran puerta con algo duro. Pensó que podía ser una culata. Escuchó con claridad los murmullos ruidosos y se dio cuenta que las voces no venían de sus sueños. ¿Qué fregados quieren?, se dijo.

Recogió sus cartas credenciales: las pistolas. Se abrochó el pantalón bombacho y llegó al zaguán descalzo y modorro. Se puso una camisa de botones. Gritó algo a los de afuera y una ráfaga de gritos le respondió. Tomó asiento en una silla del comedor. Frente a él se imponía la imagen de la Virgen rodeada de veladoras. No había nadie más en su casa. En la mesa una bandada de moscas rodeaba unos camotes con miel y enseguida una botella con agua opaca y hormigas muertas. Se echó a la boca un bocado y una gota de miel le cayó en el pantalón. Sorbió agua, hizo gárgaras y escupió renegando por el ruidajo de afuera.

–¡Ah, qué chingado! –gritó–. ¡Espérense, carajo!

Buscó unos calcetines y vio un par de seda junto a la pila rebosante de agua. Vio el agua fresca y sin dudarlo sumergió la cabeza para despertar, al erguirse se sacudió como perro y las gotas cayeron sobre sus hombros. Después de restregarse los bigotes, fue hacia la Virgen y apagó las veladoras con varios soplidos. Siempre se preguntó qué tenía de especial esa imagen de la señora seria. Incluso pensaba que era un invento de los españoles para conquistar a los indígenas. Pero respetaba a Jesucristo. Iba a ponerse las botas cuando otro retortijón hizo que cerrara los ojos y respirara profundo. Se dirigió al pozo donde defeca, al fondo del patio. Cerró la cortina y se dio cuenta que no había pelotazo: las hojas que cortó la tarde anterior con las que solía limpiarse. Fue por ellas al zaguán y escuchó las voces de afuera, sonaban alarmadas. Regresó al pozo. En cuanto se bajó el pantalón, un chorro marrón cayó al suelo. Al salir, jaló sus botas desde un rincón, se puso las polainas y se encaminó a paso lento, arrastrando los talones hacia la puerta. Al abrirla se encontró con el brillo del sudor de la multitud furiosa y preocupada.

–¡El Gitano mató a Moscoso!

Chingada madre, se dijo en la víspera de un huracán de pensamientos, ofuscado por un temor vivaz ante la llegada del pleito agrario. Miró hacia atrás: el difícil gobierno de Páez y de Calles, su trabajo en el ingenio, la muerte de Jacobo en Mazatlán, la invasión y embestida a Escamillas. Salía de un camino de espinas para entrar a las piedras filosas. Se rascó el bigote acuoso. Impasible. Aunque los hombres frente a él seguían hablando, no oía

nada. Por dentro lo sacudía el huracán. Hacía una semana que vio a Verduzco y él mismo le había regalado el tercer cerrojo, porque ante la llegada de Alfredo Delgado a la gubernatura, la repartición se activaría; pero también activarían las guardias blancas. Los dorados. Se había formado el huracán del doradismo. Eso era innegable. Él y sus allegados requerían más armas, más hombres, más caballos para combatir.

Otro retortijón le llegó desde sus entrañas: ir por el Gitano. Tenía a los hombres necesarios. Le sobraban las ganas. Así iba ser. El Tavillo estaba ahí frente a él, callado pero atento, mucha gente lo seguía porque, además de ser valiente y decisivo, siempre tenía un plan. El Tarzán no estaba entre la bola, pero era indispensable en la lucha porque podía pensar como los contrarios, fue amigo de Chuy Tirado, habían llenado un montón de estadios y plazas cuando se juntaban para torear; sin embargo, esta pugna terminaría por separarlos para siempre. Para el Tavillo, el Tarzán y el Borrego, esas famosas guardias blancas no eran más que traidores de la causa.

–¡Borrego, tú eres el único que puede acabar de una vez por todas con el Gitano!

Los ojos se le llenaron de rencor. Quería dar golpes certeros a esos ricos, malditos para él, que se negaban a repartir sus tierras. Quitarles la tierra, la paz, el dinero y la felicidad. Seguro había millonarios desprotegidos más arriba de las montañas. Pero primero necesitaba actualizarse con la Confederación. Conocía a los del monte, los dorados, las guardias blancas, como sea que les llamaran; para él eran los mismos bandidos al servicio del dinero. El Borrego debía rebajarse a su nivel. Eran tan recios como él. Iban a ser difíciles los encuentros, estaba muy claro; pero le urgía saborear la vitoria aunque pudiera resultar amarga.

–Tendremos que reactivar la defensa de El Roble. ¡Por la memoria de Jacobo Gutiérrez!

–¡Vámonos por ellos a Agua Caliente!

–Calma, toro pesado, calma –dijo el Borrego, recuperando la postura, olvidando sus retortijones–. Aquí se van a quedar quince hombres, cuidando, y los demás nos vamos a Villa Unión. Tengo entendido que hoy pagan en los Hilados Unión, ¿no?

Todos guardaron silencio. Sintieron al destino dándoles una patada a sus espaldas. Volverían al robo armado. Villa Unión es un pueblo estratégico en la entrada de Mazatlán, que conecta a los pueblos cercanos de El Roble, a Concordia y a Durango; también a los que van al sur, por Agua Caliente, hasta llegar al municipio del Rosario, por lo que había un cuartel del ejército. Pero la ferocidad invadió a esos hombres de huarache y sombrero, y tras repartirse puestos cabalgaron recios dejando tras ellos una nube de polvo.

Los cirros se esparcían sobre las montañas y nimbos grises, lejanos, amenazaban con la lluvia. Algunos traían camisa de manga corta y el sol les calaba en los brazos. Eran los que iban hasta adelante por hacer correr más a los caballos. Esa mañana renació el sudor de hace años. El Borrego se formó con ese sudor. Le pegaba al caballo, gritaba con euforia y escupía a los lados. Traía sus pistolas en un cinturón. Toda persona que se encontraba, trajera ganado o anduviera a pie, la veían con desconfianza; sin embargo, no se detuvieron hasta llegar a Villa Unión, donde aparcaron los sudores y dieron vueltas bajo un fresno solitario para organizar el robo a la fábrica.

–¡Tavillo! Juégale pa' Mazatlán tú, ¿no? Buscas a Verduzco. Le dices que ya estuvo bueno de aguantar al Gitano, que vamos por él. Después nos subiremos a la sierra. Le preguntas si tiene parque –uno de ellos le extendió una bolsa de cuero al Tavillo– y te vas pa' Concordia, y allá nos vemos en el río. Tú y tú –señaló a dos sujetos– van a entrar conmigo a la fábrica.

El resto se mantuvo callado. Era casi rutina lo que harían. Terminaron de fumar y entraron a Villa Unión. La gente escuchó la embestida sigilosa, los gritos ahogados con pistola en mano, los ojos ardiendo de quien sabe que puede morir cualquier día, en dos semanas o quizás en ese justo momento. Atrancaron la puerta y desde las ventanas vieron al Borrego y compañía. Ellos no miraban a los lados: tenían el rostro fijo, los labios inquebrantables, la mirada estática. Cruzaron la calle principal, la que se dirige al puerto de Mazatlán. En un parpadear rodearon la fábrica de hilados, todos apuntándole a cuanto se moviera. El Borrego entró con la Súper y la 9 mm en cada mano, arrastrando el tacón de sus

botas por todo el pasillo tenue. Sintió que el retortijón de su estómago iba a volver, pero sólo fue un soplido. Pensó en el Gitano y en lo que haría cuando lo tuviese enfrente, incluso trató de suponer las palabras que iba a decirle antes de darle muerte, pero abrió la puerta de la oficina principal de los Hilados Unión y se encontró con dos hombres sentados y la Virgen con veladoras en un nicho detrás del escritorio. Se aterrorizaron. El Borrego extendió las piernas y puso las pistolas frente a ellos.

–¿Quieren morirse hoy?

Se les hicieron agua los pies. Uno abrió lentamente la caja y el Borrego, desesperado, lo pateó en el hombro derecho, haciéndolo caer de espaldas. El otro se puso de pie y dio un paso hacia atrás. El Borrego se acarició el bigote. Guardó la Súper y sacó de la caja todas las monedas y billetes y se los echó al morral; se dio media vuelta y sin soltar la pistola cruzó el pasillo, dejando atrás a los hombres temblando y la Virgen iluminada. Pisó la tierra de la calle, donde el sol lo encandiló, y segundos después vio a sus hombres a la expectativa. Se encarrilaron hacia Agua Caliente, pasándoles a un lado a los militares que jugaban naipes. El Borrego iba con la sangre hirviendo, decidido a matar al Gitano.

Una desfachatez insólita le creció en el gesto al Borrego cuando la gente de Agua Caliente lo miró entrar rodeado de un grupo de hombres armados. Su mente lo transportó a un lugar del pasado en el que sólo escuchaba hablar de los muertos y los presidentes, pero jamás imaginó que se convertiría en un héroe para muchos. El jefe. ¿Cómo hubiera sido si estuviera en el mismo bando que el Gitano? Quizá no podría ser jefe. O quizá fuesen sólo compañeros. Aunque era consciente de la imposibilidad de saberlo, aseguraba que no podría ser subordinado de él en ninguna realidad posible. Era su igual. Aunque él no tuviese mujeres, ni riqueza ni la misma popularidad.

Llegó a la plazuela con las cejas alzadas y el rostro altivo. El trotar de un montón de caballos hizo que la gente saliera a fisgar. En La Gloria había media docena de labriegos, el cantinero y la Gitana. Jugaban billar, bebían cerveza Pacífico y fumaban tabacos sin filtro. La Gitana había perdido en el bola ocho y se dispuso a beber en la barra. Charlaba con el cantinero cuando escuchó

la lluvia de herraduras y el gran murmullo, el mismo que nació en El Roble esa mañana. Salió despavorida, pensando que Rodolfo había vuelto. Sin embargo, al darse cuenta de quién se trataba, recogió el cinturón con sus dos carabinas y caminó hacia su casa sin despegarle la vista al Borrego, quien sentía, una vez más, la exaltación de entrar al pueblo de sus enemigos. Era un mediodía sereno en Agua Caliente, las nubes eran como grandes algodones de agua, pero no llovía, sólo se nublaba por momentos y luego el sol arreciaba de nuevo. Había unas mujeres arremolinadas en una casa, listas para entrar ante cualquier tiroteo. Unos jóvenes jugaban voleibol. Los hombres de la cantina miraban de lejos. El Borrego prefirió gritarles a todos:

–Díganle al Gitano y al Pedro, al Marro también, que salgan de su guarida. ¡No sean collones!

–¡Borrego! –se acercó uno de sus hombres–, ahí vive el Gitano, donde está esa señora; es su tía, la Gitana le dicen –el Borrego de inmediato fue hacia ella.

Al acercarse, se dio cuenta que la señora traía un pantalón muy parecido al que traía él. El pelo largo enredado en una trenza. El rostro de piedra. Se puso las manos en el cinturón, sobre el par de pistolas que rodeaban su cadera.

–Me dicen que aquí vive el Gitano, doña. ¿Es cierto?

–¿Y pa' qué quieres saber eso? ¿Quién lo busca?

–No ha de saber quién soy.

–¿Y por qué he de saberlo? Muchacho baboso –dio un paso al frente.

–No traigo nada contra usted, pero si así lo quiere podemos darnos.

–¿Quieres morir aquí? ¿Frente a todos, en Agua Caliente?

–¡El Gitano está en la Palma! –gritó un hombre desde la cantina–. ¡Vayan allá, a ver si muy hombrecitos!

El Borrego miró hacia la cantina, sin saber quién gritó, y cuando retornó la cabeza encontró dos pistolas apuntándole y a la Gitana con media sonrisa.

–No fallo ni montada a caballo. ¡Lárgate, perro desgraciado!

Se quedó paralizado con una sensación que jamás le había sucedido. Vio los ojos de la Gitana: rojos, altaneros, con furia y

determinación. Un mechón le volaba por la frente. Era hermosa a pesar de su edad. Sudó frío. Estar en ese pueblo era como entrar en una olla de piedras ardiendo. Las patadas de aire vaporoso lo despabilaron del encuentro. Una nube sombreó toda la plazuela. El Borrego asintió lento, como diciendo que iba a volver cuando nadie lo espere y la iba a matar junto con su sobrino. Le pegó tan fuerte a su caballo que lo hizo sacudir su crin y relinchar. Bordeó la plaza hasta desaparecer.

–¡Váyanse cabalgando rumbo a la chingada! –les gritó la Gitana.

El Borrego iba enfurecido. No quería que nadie lo alcanzara. Se sintió minimizado. Algo en la mirada de la Gitana lo hizo evitarse problemas con ella, imposible regresar si no iba a ser para matarla. Prefirió subir a las montañas para conseguir más dinero.

Sudaba caliente. Antes de llegar a Concordia se desvió a Los Ciruelos para conseguir agua. Ninguno de sus allegados se atrevía a hablar con él. Entró con el ceño fruncido, buscando a alguien que se atreviera a verlo a los ojos para dispararle. Nadie apareció, sin embargo. Casi todos en ese pueblo de una sola calle corrieron hacia el monte circunvecino al verlos llegar. El Borrego los dejó huir. Se introdujo a una casa al azar, parecía estar deshabitada. Se tuvo que agachar para entrar por la pequeña puerta. Llegó a la cocina y cuando se servía un vaso de agua, vio a la anciana de pelo blanco y falda hasta las rodillas bajo el árbol de limón. Inmutable, muda, observándolo mientras pensaba en quién sabe qué cosas.

–Métase, vieja, no le voy a hacer nada. Sólo quiero agua.

–¡Ramón! –gritaron de afuera–. ¡Aquí vive el Payo!

El Borrego cruzó de un brinco los tres escalones que daban al patio, miró a los lados por si el Payo estaba escondido. La señora lo seguía viendo atenta, agrietada, con el labio inferior cubierto por el superior: sin dientes.

–Vete, muchacho. Mi hijo no está aquí.

–¿Es verdad que usted es madre del Payo?

–Sí, ¿y qué?

–Cualquier parentesco de los dorados es traición al pueblo.

–Pero yo no le debo nada a nadie.

–¡Me importa una chingada! ¡Cabrones, vengan por esta señora! –les gritó a sus hombres desde el patio.

Aparecieron dos jóvenes, uno sin sombrero y otro con camisa de manga corta. La sacaron de los hombros, caminando. El Borrego se sirvió más agua y le dio una mordida a un pan que estaba en la mesa. Los retortijones en la panza se habían ido. Frente a él estaba la Virgen y las veladoras. "Nuestra Señora de Guadalupe", decía la leyenda en el marco con las palabras grabadas en madera. Miró el rostro del niño que estaba a sus pies con los brazos extendidos. Se dio cuenta que había un par de cuernos, o que parecían serlo, en cada lado de la Señora. *Cuernos de toro*, dijo para sí. Terminó de comer el pan, en su bigote quedaron algunas migajas. Se dirigió hacia la tina en el patio e introdujo su cabeza para refrescarse. De nuevo sus cabellos goteaban sobre sus hombros. Llevaron a la anciana a un árbol de tamarindo que sombreaba una esquina. El Borrego desenfundó el revólver y mató a la anciana con tres tiros. Así, seco y sin pensarlo, como quien escupe a la tierra. Ni sus hombres estaban preparados para esa muerte súbita. Parecía haberse escuchado en todo el pueblo el chasquido de las hojas secas del árbol ante la caída del cadáver. Un huarache se le escapó y la sangre corrió por la tierra, haciendo lodo rojo. Algunos vecinos miraron aterrorizados desde alguna montaña o desde las ventanas, escondidos sin hacer ningún alboroto. Insaciable, el Borrego ordenó que le hicieran un nudo en el cuello y la colgaran del árbol.

–¡Que les sirva de escarmiento a las mujeres que dan hijos a los del monte!

Con la muerte de la madre del Payo, el Borrego sació su hambre de darle un golpe a los dorados. Después subió a las montañas tras el encargo del Comité: Francisco Becerra. Luego de la desgracia que dejó en Los Ciruelos, llegaron a Concordia en medio de una llovizna. Se aparcaron en el río Magistral, bajo los árboles. El Tavillo traía noticias de Verduzco: la guerra había comenzado.

–Debemos sacar del mapa a Zeferino –dijo el Tavillo al Borrego–. Ya lo acusaron de ser el responsable de la muerte de muchos camaradas. Anacleto lo mandó a llamar para mañana, en Mazatlán.

–Ya era hora que nos lo chingáramos.

–Yo me voy a chingar al viejo cabrón. No va a llegar ni a rendir cuentas. Tú vete a Chele y a El Llorón. En Chele es Francisco Becerra el que se ha negado a apoyar la causa. En El Llorón ya hay un comité antiagrario, habrá que terminar con esos desgraciados.

–¿Y el chingado Gitano? ¿Para cuándo? –preguntó el Borrego insatisfecho, quitándose el sombrero para echarse aire con él.

–Después de esos quehaceres, todos nos vamos a Agua Caliente.

Comieron tacos de machaca en una fonda frente a la iglesia: construcción barroca como todas en la zona. Ignoraban las razones, pero sabían que los franceses quemaron ese pueblo hacía setenta años. Mataron a los hombres y violaron a las mujeres. Les parecía una iglesia desagradable porque aparentaba no estar terminada, con una sola torre, donde doblaba la campana; en cambio, la de Mazatlán se imponía autoritaria con sus dos torres enormes.

Entraron a Concordia. En las calles había charcos y lodazal. El olor a tierra mojada les daba alivio. Los árboles que rodean la plazuela estaban mojados también, y en comparación con Agua Caliente, en Concordia sí se sentía el otoño. Los nimbos regados en el cielo hacían sombras dispersas. Estuvieron a punto de recostarse bajo unos árboles pero merodeaban los policías federales. Era cuestión de tiempo para que la muerte de la señora en Los Ciruelos se propagara en Concordia. Decidieron marcharse cuanto antes. El Tavillo se fue a Mazatlán a pasar la noche, antes llegaría con el Tarzán en El Roble para actualizarlo. A veces Anacleto los llenaba de duda. Sabían que no iba a durar mucho como el comandante de la Novena Zona Militar. ¿Cuánto le podrían pagar los dorados para que callara? ¿Cuánto tiempo lo iba a permitir el gobierno de Cárdenas? Por eso tuvieron que hacer acto de presencia en todas las autoridades militares y civiles.

Así sucedió. Anacleto mandó a llamar a Zeferino para que rindiera cuentas sobre las acusaciones de Verduzco y compañía. Cargaba con un montón de asesinatos de campesinos. Zeferino llegó a bordo de un automóvil Ford negro. Bajó de él y, en cuanto éste se puso en marcha, el Tavillo apareció con su cerrojo experto

y sin decirle ninguna palabra: un balazo en la nuca bastó para que Zeferino muriera al instante. El Tavillo arrastró el cuerpo hasta la entrada de la comandancia. Las miradas estaban sobre él. Sabía que la muerte del viejo era justa y necesaria. No tuvo miedo de que le vieran la cara. Anacleto apareció rodeado de soldados. El Tavillo dejó caer el cuerpo. *Aquí lo tienes*, dijo refiriéndose al montón de huesos. *Así se hace la justicia*.

Al Borrego le hubiera gustado ser él quien diera muerte a Zeferino. Sin embargo, aún le faltaba arreglar los asuntos en Chele y El Llorón. Después iría por el Gitano, quien se convirtió, desde la muerte de Moscoso, su objetivo personal. Chele estaba más lejos de lo que esperaban. Tuvieron que cruzar varias montañas. Antes de que se hiciera más tarde para su regreso, el Borrego llegó buscando a Francisco Becerra. Entró con los caballos a paso lento y notó confetis y serpentinas en el suelo. Relajado y con una sonrisa, la primera del día tras los retortijones y la muerte de la señora, preguntó a alguien por la razón del festejo. Alguien le informó, después de persignarse, que era día de la Virgen. En Concordia no se dio cuenta del festejo. Hasta ese momento supo la razón por la que con su madre, y muchos lugares adonde había ido, había una Virgen con veladoras.

Al llegar a la casa de Francisco Becerra, pensó que le iban a dar lucha, pero sólo estaban sus amigos desarmados y su familia, indefensos, con mucha cerveza, mezcal y comida. Lupita, su hija mayor, fue la primera en decir que se largaran. El Borrego tuvo ataques de hilaridad, escupió a la tierra levantando el polvo. Se talló los bigotes e hizo un ademán al cielo.

–¡Ay Panchito de mi vida, cómo te andamos buscando! –gritó feliz el Borrego después de bajar del caballo–. Si te avisaron que iba a venir, ¿por qué no te fuiste?

–¡Muchachos! Yo no le debo a nadie como pa' tener que irme de mi casa –respondió el viejo de rostro agrietado, flaco y amarillo, con texano, chaleco de piel, botas y pantalón de mezclilla–; no sé qué quieren pero vénganse, vamos tomando para hablar.

Tomaremos a su tiempo, pensó el Borrego, y dio unas zancadas hacia adentro del patio. Lupita, tras cada paso que daba, sentía agrietarse su corazón. Su madre salió de la casa y, al ver la

escena, se llevó las manos al pecho y prefirió entrar de nuevo. Como si fuera un don, presentía lo que iba a suceder. Se sentó en una poltrona frente a la Virgen llena de veladoras y decoraciones. Se balanceó en la mecedora mientras rezaba por su esposo.

Pancho destapó una cerveza y encaró a los hombres. Una gota gorda le cayó en la frente. Se oyeron rugidos del cielo. Las nubes grises llegaban al pueblo. Los caballos se inquietaron. Al principio, Pancho estaba confiado, sin embargo, cuando lo rodeó el montón de sujetos serios y sudados, fue inevitable no caer en la tensión del momento, pero respiró profundo y quiso negociar por la vía de la razón.

–No queremos beber contigo, pero vámonos a la calle a hablar –le dijo el Borrego ante las miradas temblorosas de sus familiares.

–Aquí podemos charlar –insistió Francisco.

El Borrego sacó el cerrojo y le preguntó si quería que su familia lo viera morir en su propia casa. Lo sacaron a empujones, ante los gritos de Lupita.

–¡Relajados, muchachos! Yo soy hombre de razones.

–Cállate, viejo pendejo. Razones no las queremos, ni las venimos buscando. Con tu vida nos vamos a cobrar, ándale, vámonos para afuera. ¡Tú –gritó a uno de sus hombres–, híncalo y apúntale en la mera cabeza! Cuando yo te diga lo matas, al cabrón.

–¿Cuánto quieren? –gritó Lupita desesperada. El Borrego la miró con un gesto de placer: sus dientes chuecos, el bigote desordenado y el rostro grasoso–. ¡Díganme! ¡Cuánto quieren por perdonarle la vida a mi padre! –insistió sollozando al ver a otros familiares llegar, sólo para presenciar la contingencia.

–Veinte mil pesos –respondió el Borrego echándole el ojo a un mula casi dorada que estaba sujeta a unos barrotes–. Me llevaré esa mula, con espuelas y la silla.

–Tenemos diez mil.

El Borrego fingió pensarlo. Hubo un silencio angustiante. Chele se paralizaba. Pancho Becerra tenía la mirada en la tierra, con las manos sudorosas, de rodillas. Lupita insistió en el pago y entró a la casa, un minuto después ya tenía en sus manos un montón de billetes.

–Me llevo la mula y los diez mil pesos –exclamó el Borrego, pensando en lo que podía comprar con el dinero–. ¡Tú –le gritó a uno de sus hombres–, guarda el dinero en tu morral!

Volaron varias palomas morenas como si huyeran del inminente chubasco. El viento revolvía los cabellos, inclinándolos hacia el lado que soplaba. Cayeron gotas heladas. Pancho seguía hincado. Lupita sólo esperaba que se fueran, que todo terminara. Parecía que le iban a perdonar la vida al tan querido, estimado y fino amigo de todos. Lupita agradeció infinitamente por la vida de su padre, y su madre, quien seguía en la poltrona rezando, agradecía a la Virgen por no haber escuchado ningún estruendo. No sabían qué más hacer. El Borrego caminó hacia Pancho y se le quedó viendo. Alfeñique sujeto. Sintió el miedo de su familia frente a él, quería conmoverse, ablandar su lado oscuro; pero el diablo que vivía dentro de su corazón no se lo permitió.

–Pancho. Quítate las botas, me gustaron. También me voy a llevar tu sombrero y el chaleco.

–Sólo falta que te lleves a mi mujer, cabrón.

El Borrego sintió en la nuca el aire helado de las montañas. La llovizna de diciembre le traía recuerdos de su adolescencia, cuando subía a la sierra a cortar leña. Dio un paso hacia Pancho y de pronto le llegó otra vez, de súbito, el aliento olor a machaca y ese malestar con el que se despertó. Su estómago volvió a sacar ruidos extraños y un retortijón hizo que se detuviera. Deseó irse de una vez por todas de Chele. En un movimiento veloz, sacó su cerrojo y le dejó caer tres balazos a la espalda sudorosa de Pancho Becerra. Lo que siguió fue lluvia casi torrencial. Gotas gordas, perennes, frías. Silencio angustiante. Lupita cayó de rodillas, con un grito ahogado en su garganta. Su madre cerró los ojos al escuchar los estruendos, después los abrió para mirar con rencor a la Virgen. Una virgen misteriosa que desaparecía todo a su alrededor y se elevaba en el espíritu de la casona.

El Borrego le quitó las botas, el sombrero y el chaleco. Eructó fuerte y sintió un alivio efímero. Ató la mula a su caballo y, sin decir ninguna palabra, se fue de Chele, dejando atrás las nubes, la lluvia, la ruindad pura, lágrimas a mansalva, saladas e impotentes.

POESÍA

El poder de la palabra poética

Los cinco becarios que corresponden al primer periodo, en la disciplina de poesía, si bien presentan algunos vasos comunicantes en sus proyectos, han concentrado su atención en visiones muy distintas. Todos gozan de una madurez bastante explícita respecto de la poesía misma, de sus lecturas, de su seriedad ante un quehacer que ninguno toma a la ligera.

Para mí significó un aprendizaje poder sumergirme en estas maneras de ver el mundo, de concebir las relaciones, de indagar en predicamentos individuales y colectivos, y darme cuenta de que aunque sus aproximaciones poéticas son mucho más complejas que las de generaciones anteriores, e incluyen la colaboración con otros medios artísticos en calidad de mosaicos, sí me identifico con ellos en muchos aspectos, tanto estilísticos e inquietos en cuanto al *make it new* poundiano, como de compromiso absoluto con el poder de la palabra, sus alcances, una definición multiabarcante que impide la trivialización de formas y contenidos.

Hay dos trabajos que comparten, o podrían compartir, la escena con otras disciplinas (aunque no precisan de ellas para existir). El primero es el de Ingrid Valencia, sobre cuyos poemas sobrevuela el espíritu tutelar del contrapunto musical. Además de conocer a fondo y practicar con destreza las formas tradicionales del canon hispanoamericano, domina dos registros muy propios: el del poema de aliento decididamente lírico, y el del poema arriesgado, improvisatorio, guiado por el oído, escrito para dos, tres, cuatro voces convergentes en un significado aglutinante. El otro es el de Rosario Loperena, inscrito en el subgénero del poema dramático,

realización lírica por un lado y teatral por otro. Gracias a la creación de un ser animal-humano, femenino-masculino, ficticio-real, se nos coloca ante la luminosidad y la opacidad de cada acto personal, crucial para el engranaje de la vida social.

Otros dos comparten entre sí, aunque no con otras disciplinas, el centro de una problemática física. El libro de Karen Villeda observa el autismo en un personaje mitad terapeuta, mitad paciente, de cuyos errores se desprende la estrechez con que se conciben las "curaciones" o las "investigaciones objetivas", expresado todo con un lenguaje más que limitante, donde el alma poética de la persona observada, dañada por las palabras del mundo, intenta tocar el asidero de la verdad. El de Zel Cabrera, por su parte, se centra en la persona quien, si bien presenta una dificultad de inserción en gran parte de las actividades colectivas debido a la parálisis cerebral, un "error al nacer", rebosa palabras para expresarlo y expresarse con lujo metafórico.

Por último, el trabajo de Álvaro Luquín, de poemas breves, todos ellos tiros al blanco, gira en torno al dolor de quien no puede con el peso del mundo, ni desde una perspectiva familiar, ni una grupal o socialmente "apta". El yo de este conjunto, este esqueleto de articulación ultramoderna, ha circulado ya por todos los caminos de entrada y salida intentando *ser* nada más, con todo lo que implica ir en contra de las expectativas; y sobre todo, es ésta una exploración de la relación hijo-madre de una persona tan sensible como cualquiera, quien también como cualquiera se puede ver orillada al suicidio. En los cinco proyectos la palabra poética prueba su calidad redentora, de única realidad comunicativa capaz de articular la verdad sin filtros, la verdad en toda su pluralidad.

Pura López Colomé

Presentación

Como todo escritor de poesía contemporánea que dialoga con su tradición, además de abrevar en las poéticas de diversos contextos, estos cinco poetas, beneficiarios del Programa Jóvenes Creadores 2017 / 2018, cultivan una voluntad de explorar un leguaje poético que interactúa con los demás géneros de la literatura y acuden a diversos recursos para desarrollarse, además de afirmar una conciencia que puntualiza tanto los excesos como los hallazgos de dichas estrategias.

De esta forma si bien, como dice Antonio Gamoneda, todo texto poético, como un bajo continuo, implica una reflexión de "cómo el poeta va hacia la muerte", es decir, cuál es su impronta de existencia; los asuntos abordados por estos creadores desarrollan la amplitud temática que signa toda escritura presente. Coevos en espacio y tiempo, y pendientes de estos aspectos, cada uno de estos autores explora el hecho poético desde su experiencia y alcance estético.

Hubo fiestas, de Álvaro Luquín, es una brillante, aunque bizarramente hermosa, exégesis de un pasado sin límites bajo una depresión clínica sin control y su consecuente ataraxia desarrollada mediante viñetas personales de ninguna manera autocomplacientes. A partir de un casi minimalismo melancólico no exento de ironía, estas memorias adquieren una expresión ácida, puntual, entre sarcástica y taciturna, donde lo materno funciona como un símbolo de este universo más que *hardcore*, tendiente a una especie de atmósfera *hardsoft*. Una expresión contenida, pero impregnada de elementos de la literatura, del imaginario *pop*, del

cine y arte conceptual de una época, que no son mera referencia, sino significaciones dentro del poema mismo.

En *Hans*, de Karen Villeda, estamos ante una exhaustiva exploración del lenguaje mediante la expresión de psiques sobreexpuestas debido a un contexto limitante y a trastornos del habla como el autismo y el síndrome de Asperger. Nos encontramos ante una destacada búsqueda semántico-significante que trasciende el rasgo verbal al indagar tanto en la conciencia que produce-implica esta habla como en las diversas proyecciones lingüísticas derivadas de la puesta en interacción de voces múltiples, que puede llegar no sólo a la traspolación del pensamiento, sino a la apropiación-invasión de la psique del otro. Un juego de espejos donde las individualidades y palabras se borran y uno, el hombre que estudia el síndrome, se cofunde con la niña, es decir, el paciente que es observado, y viceversa.

Apunte extemporáneo, de Zel Cabrera, es una búsqueda honesta y una puesta en escena impactante ajena a un discurso ineficaz por exacerbación que da cuenta de un tema sensible a la autora: habitar un cuerpo que padece parálisis cerebral por hipoxia neonatal. Si bien estamos ante un lenguaje directo, transparente, la estrategia de la poeta se centra en la observación profunda del hecho, para destacar el gesto sutil donde se esconde, pero destella, oscuramente, el padecimiento: una foto de familia donde todo es idílico salvo los zapatos ortopédicos de la niña, o "un rasgo, otro ritmo, una inclinación que nos distingue". Es una bitácora de vida que atiende estos aspectos desde el momento en que se nace y, por iatrogenia, se "adquiere" el daño, hasta el reconocimiento mismo y, podría decirse, cierta aceptación de la realidad, asunto del que es parte la escritura de este libro (la capacidad de expresión lingüística como elemento primordial de afirmación e individuación), pasando por el proceso de rehabilitación, no sin cierto dejo de dolor, pero matizado por medio de la agudeza poética.

Ingrid Valencia, en *Contrapunto*, nos brinda una propuesta que busca reflejar aspectos del contrapunto musical, el cual consiste en la puesta en juego de dos o más voces de registro, independientemente de que mantengan correspondencia. En el caso de Valencia, se exploran las relaciones y analogías entre diversos

textos desplegados en expansión tipográfica a través de columnas y espaciados dentro del verso mismo, que logran una significación leídos de manera independiente o relacionados con sus contrapuestos. Asimismo, cada columna-texto tiene su carácter rítmico por lo que representaría una voz que, al ser imbricada con las otras voces, crea un efecto polifónico. También es un contrapunto a nivel referencial ya que da cuenta, desde un yo narrativo, de visiones varias del habitar el mundo.

Ixodoidea o el fracaso, de Rosario Loperena, es un trabajo de traza biopolítica basado en la re-significación de un experimento en el cual fue aislado un *ixodoideo* (insecto hematófago) bajo la premisa de que no sobreviviría sin el estímulo exterior. Contrario a esta hipótesis, el insecto sobrevivió, por lo que la autora, a partir de dar voz a este *ixoide*, y desde una perspectiva de lo femenino, realiza una crítica acerca de la posibilidad-imposibilidad de control y regulación de los sistemas sobre el ente social y biológico que es el ser humano.

Cada una de estas antologías, publicadas desde 1993, es un ejercicio que intenta mostrar las diversas voces de nuestro país y refleja el trabajo en progreso que podría llegar a consolidar una obra. Por lo mismo, estos programas de estímulo son trascendentes en la formación de los creadores y representan una experiencia valiosa en el tiempo, como podría dar testimonio, para quienes lo reciben. Enhorabuena a esta generación.

Claudia Posadas

Zel Cabrera

Apunte extemporáneo

Trazos

Los pasos se ensayan en el andador,
como las palabras en el papel,
aprender a caminar me cuesta
más que aprender a escribir.

Agarro el lápiz para garabatear mi nombre,
lo repito con un trazo forzado,
me aprendo el orden de las letras,
–caminar me duele, escribir no,
caminar me da miedo,
uno no se sostiene de los pies
lo mismo que de las palabras–.

Por eso, paseo el bolígrafo
por un campo de zanahorias.
En el borde del cuaderno una culebra
como las teclas de un piano.

Ésta no es la primera vez que quiero cortar flores;
por eso las dibujo, luego las tacho.

Este garabato es un enjambre de girasoles.
Aquél unas tijeras cortando nostalgias de otra vida.
Una curva es el sol, dos rayas una gaviota.

Siempre me gustaron los cuadernos.
Tuve diarios, agendas, blocs de notas.
En ellos enumeré versos, listas del súper, tonterías;
la parálisis fue un garabato
que se ensaya para acortar horas
y alargar los pasos.

Mamá y yo,
miramos cuadernos largo rato
frente al estante de la papelería;
siempre son distintos.
Me decido por aquellos que encierran páginas en blanco
llenas de garabatos invisibles.
Ya en casa,
descifro sus códigos,
cada incógnita,
los doctores dicen que así se quita la parálisis.

A veces remarco una línea
hasta
romper
las hojas.

Camino con soltura por los cuadernos cuadriculados
como nunca por las baldosas de las aceras.
En el papel me sostengo.
Me salvo.

Un, dos, tres,
un andador que va fijo al piso,
un, dos, tres,
soy la niña de la parálisis,
un, dos, tres,
soy una niña en pijama
que camina en una estructura
de cuatro metros
de herrería,
otra vez
me agarro con fuerzas
no vale caerse,
hay que sujetarse bien,
amarrarse al piso.
Un, dos, tres,
practico los pasos,
se trata de mantener el equilibrio,
repetir este ejercicio:
un, dos, tres,
volver a empezar para empezar.

Repetir este ejercicio en el andador metálico de dos a tres horas a la semana, intentar que los pies del paciente pisen derecho (dice una nota a mano). En un cuaderno Scribe mi madre lleva el apunte de las instrucciones, de los ejercicios. Es la bitácora de salvamento, es la constitución de mi casa, son las sagradas escrituras de la parálisis cerebral de su hija, son recetas de los doctores que mi madre sigue al pie de la letra.

El nombre exacto de las cosas

Papá decía que las pequeñas pelusas
que tiran los chopos al florecer
eran gatitos que algún día crecerían
y pasaba tardes persiguiéndolos
con pasos torpes, apenas dibujados
en un par de zapatos ortopédicos.

Papá siempre cambió el nombre
de las cosas complicadas, las hizo simples.
Así un día me dijo que la parálisis cerebral
con la que nací y con la que moriré
sólo era un "problema".

Y a la parálisis aún le decimos problema
porque tampoco es una enfermedad
porque no se cura, ni existen medicinas
a las que papá pudiera cambiarles el nombre.
Y hubo terapias, ejercicios, aparatos ridículos
de los que todos se reían,
plantillas de plástico rígido
y burlas todavía más dolorosas
a las que nadie les cambió el nombre.

Zapatos

Aprendí de ti a mirar los zapatos
de las personas cuando caminan,
a encontrar huellas en el pavimento
y seguir el rastro de los otros.

Me hiciste mirar talones que se deforman,
maltrechas botas, suelas gastadas.
"Todos caminamos chueco –me dijiste–,
ve cómo aquella muchacha tuerce un poco el pie,
cómo aquél aprieta los dedos". Y era cierto:
no era la única que desgastaba zapatos de manera irregular
(de las puntas, siempre; casi nunca del lado derecho).

Había otros, con los tenis machacados del talón
o de la punta; no importaba:
los pies encuentran su manera de habitar la superficie.

Todos los caminos que creía perfectos,
llevan algo de imperfección,
un rasgo, otro ritmo, una inclinación que nos distingue,
como otra huella digital.

Desde entonces, escucho el tic tac de los tacones de aguja de las
[secretarías,
el ruido seco de unos mocasines recién boleados,
la calma de los zapatos de piso,
confiando en que los míos también
se suman al mapa que se graba en la memoria de las baldosas.

Fotos

En las fotos nunca somos quienes somos;
en mis fotos la parálisis nunca sale,
nunca ha sido reflejada,
porque así son los retratos,
hechos para permanecer inmóviles.

Y yo que nunca entendí cómo estar quieta,
veo los álbumes familiares
intentando encontrarme,
más bien, reconocerme.
Acaso los zapatos ortopédicos,
un gesto distinto;
mi madre llevándome en carriola a todas partes,
mis primos tomándome de la mano;
mis abuelos cargándome en hombros
para romper una piñata: ahí está la parálisis,
en mi memoria, en la memoria de los otros.

Veo esas fotografías y todo parece claro
porque las fotografías de los álbumes
no son precisas, como yo,
cuando intento meter una aguja en el ojal.

Entre mis virtudes, la exactitud no es parte de esa lista,
me va mal cuando se trata de jugar al tiro al blanco,
o lanzar una bola de boliche,
soy mala, pero lo intento porque entre mis virtudes
sí está la persistencia,
intentar algo hasta que salga,
hasta que el movimiento no parezca tan torpe.

Homilía

para papá

Íbamos a misa los domingos
porque pensabas que así Dios
te haría el milagro
de verme caminar
sin romper un poco
la línea recta e imaginaria
que desde entonces quisiste
trazar en mi camino.

"Camina derecha, mi'ja", me decías,
"endereza el pie al dar los pasos",
repetiste varias veces.

Te escuché.
Alerta a tus palabras
lo mismo que a los sermones del cura
en la iglesia,
intentando enderezar el camino.

Los años pasaron. Seguiste
pidiéndome enderezar los pies,
creías que así, la vida
podría dolerme menos.

Pero como me pasa siempre,
con las cosas que se repiten
y se repiten,
me distraigo,
mi atención en cada repetición
se pierde.

Ya no voy a misa los domingos,
pero a veces, mientras camino
enderezo los pies
y te recuerdo.

Handle with care

La parálisis nació conmigo o yo con ella, somos mellizas que no se hablan pero se tocan cuando hay luz, cuando alguien la mira y me mira caminando por la calle, doblando la esquina. Somos dos pero la misma.
He querido ponerle un apodo a la parálisis pero no encontré alguno. He querido hablarle con cariño y pedirle que se vaya, pero ella no entiende de mimos. Tampoco entiende de oraciones, no, la parálisis no habla español, no le puedes decir: lárgate a la chingada, hija de puta, déjame en paz. Cuando te estorba, te estorba, se queda en medio del pasillo diciendo mi nombre, haciendo torpe lo que toca. Lo que toco.

La parálisis no te manda mensajes de texto diciéndote: llego a las
10 de la mañana de un seis de febrero, abróchense el cinturón.
No. Nadie estuvo preparado para nosotras.
Para entender las nuevas reglas de la nueva niña que nacía.
La niña traía parálisis bajo el brazo.
Torpeza, lentitud.
Un letrero que decía *handle with care*
como figurilla de porcelana fina
que amenaza con romperse.

Yo me rompí desde las pinzas,
crují con otro nombre
hipoxia neonatal.

Rosario Loperena

Ixodoidea o el fracaso

Escenario vacío. Fondo negro.
Ella vestida de negro. La cara pintada de blanco. Sostiene un globo rojo redondo en la mano derecha.
Mira hacia el público y dice con la cabeza gacha (es difícil distinguir sus rasgos):

Es preciosa la vida (risas)

Soy una máquina boca. Maquinaria lenta que saliva. Cortadura de material blando.
Se me vacía la cabeza bajo la cabellera.
Soy una soga. Pedazo de cuerda desgastado. No logro sofocar ningún aliento.
Tiro baba en el espacio henchido de mi globo rojo.
Soy un pedazo. Se desinfla. Pesa.

Cuarto negro. Malla ciclónica como papel tapiz. Una fuente pequeña junto a la cama. Una televisión prendida.
Ella, sentada a la orilla de la cama dice:
Vuelvo a casa. La espalda y los oídos taladrados. Pido prestado un cráneo para practicar.
Repliego lo que soy hacia los huesos.
Tengo un par de manos en cautiverio.
Tengo un par de ojos en cautiverio.
Recuesto un cráneo prestado sobre el cráneo que tengo puesto. Tarareo un cantito para batir espuma debajo de la lengua. Me sumerjo. Donde ni vena ordenada ni vocablo.

Afuera las torretas queman los ojos de niños y de perros

En el cuarto recubierto de espejos sucios, dice:
Caminar sería lo conveniente. Derramar el gas la baba sobre el uniforme de los toleteros. Soy máquina-carne-diente-baba. Diestra.
Arcilla cableada por debajo de la dermis.
Ellos abrazan sus cabezas con las manos.
Ellos arrancan cabezas de la tierra con las manos.
De cabeza comen sobras. De cabeza trata el trato de la paga.
No se hace lo conveniente. A menos que la emergencia. Ellos siguen ciegos segando la cosecha de cabezas.

Afuera: varios de ellos se carcajean al pensar en los calzones de las mujeres calvas de la cuadra

En el cuarto. Ella sentada sobre una silla de madera vieja (en un tono muy cercano al habla de los árboles).
El hormigueo permea en los cálculos biliares de la especie.
No puedo articular el arriba, doblado, erguido, abajo de las piernas. Las espinillas son espárragos o apios bajo la tela. Quiebran.
Los escucho. Sus dientes acomodan el desgarre.

Afuera: al quitarse el uniforme, sus mujeres llenas de cariño, cortan los cabellos de sus hombres, con hachas oxidadas

En el cuarto. Ella dice:

Soy un retazo que obedece. Juntura de movimientos ordenados.
Una combinación de instrucciones y de actos.
Me atornillo un nuevo par de pies en diagonales.

(coreografía)

LOS COROS CANTAN:

A mi cráneo prestado le incrusté un cisne fluorescente
Para esta danza sin huesos sin huesos sin huesos los saltos son puras espirales
Se alza el telón y vemos a la mujer que no puede sostenerse, intentando chupar su dedo gordo del pie derecho.
Cae sobre la duela.

Golpe sordo el ruido se fragmenta.

Fondo negro.

Apunta una lámpara en el escenario a una masa negra que parece moverse en la oscuridad.

Ella dice:

"Que descubra por su cuenta bálsamos de huir
de uno mismo
Que encuentre por sí solo la manera de paliar lo que es, sin tener la culpa de serlo.
Sin tener interés tampoco en el perdón,
ignorando la memoria y las inflexiones del tiempo marcadas en el cuerpo como una calle recién pavimentada.
Que escupa en la mejilla y en la otra a los que la hicieron pronunciar aquello
Y a los que se quedaron viendo mientras ataban las agujetas de sus zapatos
que rasque dentro hasta que la ira neutralice la venganza toda y el rastro de estupor que involucra al otro
que no se pertenezca ni en lo bajo
ni en el desmembramiento
Que arranque uno a uno los cabellos de la razón hasta quedarse en carne la mente tan viva de crudeza, que el rosáceo sentido engulla las palabras una a una
las triture y las devuelva a su naturaleza original: la mierda"

Entre lo negro, Ixodoidea se levanta. Ante el público, se muestra.

ixodoidea, el tratactus

Varios sumamente amables entre sí
(quizás acostados en tinas, como era antes la usanza en los manicomios).

UN MOMENTO. Del cuerpo le asoma un cuerpo como si hubiera ahí un ahora, como un tiempo dormitado, que en su sueño deja de ser tiempo para volverse algo.

En usted el alma se estira como si quisiera volverse habla, como si quisiera volverse un polímero moldeable, un Play Doo color naranja. En usted el alma se estira como si quisiera romperse en hablas pequeñitas para luego evaporarse. Burbujas. En usted el alma se estira para después nunca más tener que ver consigo misma.

No hay nada mejor que abandonar el cuerpo. Aligerar la boca y la cabeza. Vaciarse. Vaciar los restos de los sueños que quedaron alojados en el cráneo. Rociarlos lejos de la almohada. Lejos de cualquier superficie suave. Alejarse de cualquier espacio mullido y cálido. Verter el pelo en polvo, la carne en polvo, el polvo en otro, hasta desaparecer. Desaparecer en los olanes de la lengua. Desaparecer el nombre. Hacer de la lengua el polvo bajo el que se yace. Después escupir el polvo todo.

ooooooo

Esta ciudad es como el interior de una pastilla para dormir.
Hay un falso silencio. Un montaje para simular el alma humana. Una banda sonora recibe los salarios de los pobres para tocar silencios por las noches y dejar un espacio de las mentes en blanco. De esos músicos depende la organización del espíritu dentro de las carnes de la gente.

De ellos y de ciertos rituales que practican los más viejos y mantienen el curso de los actos: zafarse varias veces al día los ojos de las órbitas que los sostienen y posarlos en los jardines de la fluorescencia. Caminar en círculos siguiéndose la sombra. Nombrarse frente al espejo hasta desconocer la vista y el sonido que se asocian. Perder con cada alimento una certeza.

ooooooo

La música es siempre extranjera en la tierra, en cambio la desventaja de la lengua es que parece familiar demasiado pronto y uno inmediatamente la tira asustado, como si hubiese tocado algo repugnante. ¿Me escuchas?

La lengua la tira uno como un trapo que apesta a humedad y ese olor se precipita en gotas desde el afuera de los ojos hacia el interior del cráneo. Una vasta región de los adentros está cercada por lo fétido. En esa región se cultivan frutas fétidas preciosas retorcidas que alimentan pequeños pensamientos recién nacidos, que luego serán pensamientos maduros, y luego grandes pensamientos, y después muy bien nutridos, se convertirán en pensamientos tiranos. Pensamientos crueles, poderosos, que gobernarán el cuerpo.
Y aunque uno ya haya tirado los trapos, aunque uno ya haya quemado las banderas ¿cómo se deshace del olor que penetró hasta adentro, del olor inolvidable de la muerte?
uno no puede deshacerlo ni tirarlo, ni aventarlo a otro ni a otro ni a otro, ni a otro lado, ni apartarlo, ni siquiera con palabras.

¿Pero qué efecto tiene la lengua? Tan poco como la vida, porque es la vida misma.

Para decir Vida se requiere pensamiento. Para pensar se necesita tiempo. No puedo pensar a la hora de dormir porque estoy durmiendo. No puedo pensar a la hora de comer, por la boca demasiado llena. No puedo pensar mientras camino o abordo el autobús

porque están matando en las esquinas y en los baños y debo fijarme (en no morir aquí, en no morir así). No puedo pensar cuando estoy hablando como ahora. Y lo tengo prohibido en casi cualquier circunstancia. En el trabajo, en las ferias, en la cama, en las escaleras y en los hospitales. ¿En qué momento puedo quedarme conmigo misma?, ¿a solas? ¿Puedo afirmar que cuando lo estoy soy yo la que habla? ¿La soledad miente? ¿La boca miente o la cabeza?, ¿o es el habla? Para llegar a mí desde mí para escucharme debería quebrar una montaña, pero ése no es el verbo correcto, las montañas no se quiebran.

DIGO, YO CREO. YO CREO QUE YO SOY ÉSTA QUE HABLA.
ESTO ES UN ACTO DE FE. DECIR YO, ES UN ACTO DE FE.

(pero esto es habla) y toda habla es falsa. ¡ALELUYA!

oooooooooo

Por todas partes yace mi vergüenza en el paisaje. ¡ALELUYA! entre el polvo.
Sé que la única razón por la que escribo es para evitar el trato conmigo.
Se susurra. Algo se pronuncia en alto sólo para aferrarse a ser.

DICEN EN EL NOTICIERO: Para goce y beneficio de todos, los cadáveres que permanecen afuera como alfombras, como flores, no quieren decirnos quiénes fueron, y afortunadamente esperan a la intemperie con paciencia, que el aire les borre la cara. ¡ALELUYA! No sabremos jamás sus nombres, no debemos preocuparnos, no sabremos sus pasados, no debemos preocuparnos, pronto el aire y la química se encargarán de todo y nosotros nuevamente, sin el deber de conocerlos, SEREMOS INFINITAMENTE LIBRES.

No debemos preocuparnos.

oooooooooo

El color puede significar orden, armamento de guerra, caballito de mar, cabellos enredados, un ave que vuela en reversa, el torso de un cordero intervenido por el violeta peróxido.
Todo lo que haríamos para que este ser que tan blando que somos, sea mirado amorosamente. ¿Vibra mi voz en tu oído?

Llegan los de los toletes. Ellos vibran sólo bajo un canto que me rompió los tímpanos y el aparato digestivo antes de nacer. Llegan los de los toletes y bajo sus botas hacen vibrar las calles, y la náusea se apodera de las plantas y de los insectos sin caparazón.

Ellos quieren el orden y ya no tenemos posibilidad de zafarnos los ojos como antes y de colocarlos de nuevo al revés con las pupilas hacia dentro. Ya no da tiempo. Y seguramente nos obligarán a mirar.
NOS OBLIGAN A MIRAR. Mirar es hacer, susurran los viejos.
De tanto mirar, me obligan a no ser el animal que soy.

Quítese los zapatos. Aviente las dentaduras. Hágase saber que está vivo más allá de perderse en las pantallas. Hágaselo saber a usted mismo. Aunque sea a fuerza de visitar al dentista.

oooooooooo

Me gusta bailar y la comida me gusta muchísimo y la vida me llega volando de algún lado como una paloma o una golondrina que siempre en el último momento se aparta de mi boca.

Y me llega la música, y no sólo el color, sino también el brillo. Y me llegan los aromas que abren los poros y restauran el orden de los lunares del cuerpo. Y llegan las ganas de mover los pies y de clavar las uñas y de devorar sin pudor lo otro. Y llega todo como

por añadidura, no como un milagro, sino como lo repugnante que puede ser lo inmerecido, lo repugnante de la inercia de lo vivo que siempre buscará la vida bajo cualquier circunstancia. La vergüenza de recibir la vida.

¿Ha visto la indigna marcha de la naturaleza? ¿Ha visto cómo continúa su marcha ciega?
Como la policía, la naturaleza MARCHA.
NOS OBLIGA A MIRARLA.

Bajo cualquier condición habrá vida, cantan victoria los viejos en los sótanos.
Al escucharlos me retuerzo.
Imploro que alguien lo detenga.

oooooooooo

¿Me está usted buscando?
¿Quiere saber usted cómo es que me balanceo sobre este conjunto articulado, como resortes por debajo, y parece que sigo erguida?

Si usted se pone en cuatro patas, con gusto y a detalle podrá verme, y desde ahí le aseguro, podrá entenderlo.

Los espectadores quieren una buena butaca. La gente se arremolina y paga por tener una butaca, para sufrir la transformación. El espectador no es cualquiera. Es aquel. Aquel que estuvo ahí y lo miró todo. Todos quieren mirar. Pagan por mirar. Empujan a otros para mirar mejor y tener la mejor postura. Los espectadores quieren hacer el esfuerzo del llanto. Quieren mirar más para luego tener una razón para llorar. No se llora gratuitamente. Los espectadores no están dispuestos a colocar el cuerpo en otra posición que no sea la que sugiere estar sentado en un trono. Mirando. Mirar es un privilegio, dicen y se miran entre ellos con desprecio.

oooooooooo

Me encerraron aquí a ver el noticiero. A algunos los han obligado a reír y a enseñar sus ombligos en el horario más estelar entre las estrellas de la tele. Alzan las telas que cubren sus barrigas y pelan los dientes.
Del otro lado todos reaccionan por control remoto:
APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA.
En realidad no reciben órdenes de nadie, son sus desnudas almas las que tienen programado de origen el algoritmo:
APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA-APLAUSO-LÁGRIMA.

A ratos, pausan la secuencia y suspenden las miserables funciones de sus espíritus para levantarse. Alzan triunfantes sus extremidades. Se levantan. Se levantan a comprar cosas para emperifollarse, maquillar sus dedos, usar organza, aplaudir más y, llenos de orgullo, llorar más y más fuerte.

Por un momento siento el impulso de chocar las palmas junto con ellos en un estallido cóncavo que escupa aire. Por un momento creo que convencen a mi cuerpo de moverse en pos de sus coordenadas.

PAUSA

Por un momento he olvidado que estas manos un día, con sus mismos estrechos, cogieron un pedazo de mar que resbalaba hasta que la sal quemó mis huellas dactilares, y me arrugó la piel y bebí tanta agua imbebible, que en el desmayo, junto con la ola, me intoxiqué de vida.

Pero, ¿a qué viene el lloriqueo?

Las revoluciones son zanjas de la Historia, donde la humanidad tropieza.

Y a menudo, la sangre. La caída

Pero la sangre no basta.
La sangre es el recurso natural inagotable por excelencia. ¿Recuerda los anuncios en TV donde los gobiernos más progres ofrecieron bonanza y victoria y la erradicación de la pobreza con el preciado recurso rojo?
Qué buenas épocas, dicen las señoras mayores.

La sangre es el mayor recurso renovable. Está en sus manos. No tenga miedo. Por un mundo sin contaminación, sin radiación y sin basura, elija la sangre como su combustible de confianza.

y estos *slogans* pronto se convertirían en el motor de un futuro mejor.

Hubo una época en que el transporte operaba con petróleo o gasolina o en el mejor caso electricidad, en esa época los hombres debían talar, excavar, perforar, juntar metales, extraer, nadar en lo profundo, arriesgar la vida en busca de energía. ¡Qué épocas tan duras!, recuerdan las abuelas.

Cuando los científicos y los gobiernos descubrieron el tesoro de la sangre, hubo un antes y un después en la línea de los acontecimientos, para siempre. Cuando los señores vieron lo accesible que era llenar los tanques de las Ramblers con el líquido sanguíneo, echar a andar los motores y los monitores de los hombres. A ningún dispositivo le afecta si se es A POSITIVO, O NEGATIVO o lo que fuera. TODAS LAS MÁQUINAS EN UNA BELLA Y ENORME Y PERFECTA DEMOCRACIA FUNCIONANDO CON LA SANGRE DE LOS HOMBRES. Baratísimo. Facilísimo.[1] Sin discriminación. Ni sexo, ni raza, ni religión. La sangre de los hombres es igual para las máquinas.

[1] La sangre de tres adultos (desollados) abastece un vehículo de carga pesada activo por dieciocho meses aproximadamente.

QUÉ BELLA MARCHA LA DE LAS MÁQUINAS.

Varios imperios brillan frente a nuestros ojos.

De este lado del mundo sabemos lo que ocurrió después.

Vemos el noticiero, nos obligan a hacerlo, mientras los más viejos siguen cantando el inminente triunfo de la vida, sin nadie que los obligue. Ellos festejan.

Para suministrar electricidad a Manhattan o Shanghái, durante un año, basta la sangre de 75 891 individuos de talla grande, lo que significa un ahorro de 4 000 % en sueldos operativos, plantas y mantenimiento, beneficiando la calidad de vida de los habitantes y su poder adquisitivo.

Recientes estudios han explorado cómo estas poblaciones, a raíz de estos cambios y mejoras energéticas, se sienten más seguras y confiadas en el provenir y con miras a ampliar sus familias, teniendo en promedio uno o dos hijos más por pareja, lo que ha disparado la natalidad en países, cuya población hace diez años era mayor y no buscaba hijos en su núcleo familiar.

Todas estas cifras hablan de los cambios positivos que ha traído la revolución más roja de la historia moderna.

Estoy encerrada en mí misma y no puedo, por ejemplo, descansar de mí misma en un café.

La hoja del fresno está también encerrada en sí y no puede librarse ni de sus dimensiones ni de sus propiedades.

La vida está encerrada en su propia repetición. En el terrible acto de lo idéntico.

CTRL+C CTRL+VCTRL+C CTRL+V CTRL+C CTRL+V CTRL+C CTRL+V CTRL+C CTRL+V

Sin cuestionamiento. Una campanada tras otra campanada tras otra campanada tras otra.
Se reproduce se produce la vida, Krapp, en la cinta, cada campanada, en la cinta cada campanada, cada, cada, campanada, en la cinta, cada campanada, cada campanada.

La vida no puede librarse de sí misma. La naturaleza MARCHA.

CTRL+C CTRL+VCTRL+C CTRL+V CTRL+C CTRL+V CTRL+C CTRL+V CTRL+C CTRL+V

La naturaleza MARCHA. Los viejos lo celebran. Danzan.

Yo vomito.

oooooooooo

Todo el tiempo me falta algo. Me pongo fantasmática. Me acuesto voluntariamente en la caja.
Me hago pequeña. Me hago oscuridad. Me estiro. Me hago gigante y le estorbo a todos.
Cierro los ojos. Calambres. Sólo lo negro me tranquiliza.

Todos abuchean.

Pienso en G. Pienso cuando era Samsa y cómo fue luego coleóptero, pienso qué bueno fue para él el empequeñecimiento, la belleza del cambio de forma. El éxtasis de perder el cuerpo. Pienso en mí. En mi necesidad del éxtasis. Buscando la pérdida. Perder más. Perder mejor en los intentos. Porque no sé estar a pesar de mí. No puedo estar siendo. No puedo estar siendo sin yo. Yo se mueve sin mí. A pesar de mí. Fuera de la voluntad o con toda la voluntad que no está en mí. Como las patitas de G al despertar y descubrirse el caparazón que llevó siempre debajo del tórax.
Qué afortunado fue G, cómo me gustaría conocerlo.
Cómo me gustaría ser una conmigo. SER. Quiero lo imposible. Quiero caer en mí.
Flor de sal de la caída. Quiero caer adentro sin chocar.

Despierto: Vi de nuevo algo bello con mis ojos.

oooooooooo

No hay punto de apoyo para los seres como nosotras.
Hace cincuenta años mostraban vaginas en los museos como utensilios precivilizatorios.
Recuerdo las caras de los turistas viendo vaginas dentadas con extrañeza, pensando que eran dedales. Recuerdo la cara de los hombres cuando no asumían sus cuerpos, como si usaran trajes de ser hombres. Recuerdo su cara cuando pensaban en sus falos tornasol como si fueran prótesis. Recuerdo su cara cuando no sabían que ser hombre no es ser arma, y la cara de las mujeres cuando no sabían otra cosa que atrapar como flores carnívoras babeantes. Recuerdo la cara de todos cuando se hablaba del poder de la carne.
Pero escuche, ningún órgano, ningún pedazo, ningún pedazo de cuerpo, ningún cuerpo es más poderoso que otro. El poder es una invención de los más ruines.

Eso lo entendimos en las últimas batallas, donde no triunfó ni el ojo ni la boca sobre la mano, ni las falanges sobre los pies, ni mucho menos los sexos sobre los torsos.

¡Señores, señoras, las pelucas no dominarán al mundo!

¡ALELUYA!

Álvaro Luquín

Hubo fiestas

*

Me urge tu opinión sobre la historia alterna de tu vida.

Relato una profunda y pequeña casa roja
en la que tú, y un fantasma, me encontrarán
envejecido, delgado y pálido.

Habrá una isla, millones de sueños y una presencia
indefinida. Habitaciones derramadas.

*

Posee un estilo Keats,
a thing of beauty
is a joy foerever,
fusión de Joe Strummer,
Edith Piaf
y Peter Murphy.
Su entonación es
maravillosa. Más arriesgada
y *trendy* que el último
bel canto del ruiseñor.
Pero despierta creyendo
que es su tuberculosis
(el más tierno y soñado
deseo *punk*)
el precio de una vida sensible

en la fiesta
veloz
de un tiempo
a cuentagotas.

*

Se cree muy Bukowski.
Más sombrío que Barba Jacob.

Su mirada es Nerval
pendiendo
en la *rue* más oscura
y fría del corazón.

Pero en su germen, hay pulsiones
Lacoste
que no podrá sublimar.

*

Estoy con Bjork.
Llora como un día recién descubierto.
Y cambiamos de *track*.
Me dice en voz baja:

Si estás lleno de amor
(como todas las cosas)
¿por qué me vas a borrar?

*

No sabes quién te va a manosear
después de muerta.

Aprovecha y acompáñalo.

No importan las respuestas
ni la suma de tus vértigos.

En la inteligencia de los afectos,
madre, ¿pensarás cómo el suicida
cuando menos se intuye?

*

Hijo: ¿recuerdas aquel día
cuando vimos *El año pasado en Marienbad*
y observaste mis cicatrices
cuando intenté alcanzar el cenicero?

Te confieso, no he vuelto a ver
esa película y, por más que lo intento,
me es imposible releer *La invención de Morel*.

No puedo más con las sospechas.
Muero, envejezco en otra habitación,
y así continuamente.

Ayúdame. No digas nada.
Te propongo un trato.

*

Dios: ¿qué haré si se revela
y no recuerda el corte en mis muñecas?

–Le dirás: no temas, aquí puedes olvidarme.
Tu tiempo es de este mundo duplicado,
incoloro. Aprende a cantar sus visiones.

Ya no hieren tus arranques.

*

El tres se ha partido en dos.
Y tú, hijo, eras la unión de nuestra guerra.

Había poco tiempo. ¿Hace falta menos?

Tu pasado parte el universo en otra época.
Siempre más allá.

*

Visión en paralaje: *shock* equivalente a
antílopes en fuga, relatos Asperger; identidad contrarreloj.

Sinopsis o sinapsis. Da igual.

Madre, ayúdame. Mi insomnio padece de vanguardia.

*

Tiempo atrás. Hace diez o quince años, no pasábamos de cuando tomes y te pongas mal ni me hables: sabes que te altera, y le sigues. Te advirtió el psiquiatra: No-combines-el-*Haldol*. ¿En verdad te colgarías? Hazlo y ya no chingues. El incidente de los XV de tu hermana. La estadía en urgencias luego del toquín de Simply Red. La navaja, todo lleno de sangre; la pared, tu rostro, colchas y sábanas. Cuando inhalaste piedra mal cortada. Y la imagen del fantasma ¿Un reflejo? ¿Deslizamiento del enfoque? Hijo: fue un mensaje de tu abuela. Borraste las fotos.

*

Si no fuera otro, le pagaría todos los cristales y espejos estrellados.
Los celulares, platos, tazas, vasos, y demás objetos que arrojé contra el piso y la pared.

El miedo de mi padre, de mi hermana y de la chica de servicio.

Su angustia. Mis ataques. Navidades, cumpleaños y viajes hechos mierda. Honorarios de psicólogos, psiquiatras; la cuenta del psiquiátrico.

Las joyas que vendí para irme a Oaxaca y a Vallarta. Los anillos. Las nueras que tanto amaba.

Cicatrices, recaídas, agresiones. Promesas y pastillas, pastillas y gotitas milagrosas: su nostalgia de los bellos simulacros.

*

Imagínate crecer dentro de mí.
¿Me imaginas sentirte gozar morir
dentro de?

*

Nuestros restos luminosos, cercenados.
Hijo: recordemos esta historia como lo más
hardcore del momento.

*

Imagínate morir en un auto oscuro.
¿Me imaginas verte morir en un auto
oscuro?

*

¿Te imaginas besarme en un taxi oscuro?
¿Verme morir?

Ingrid Valencia

CONTRApunto

11:11

Doy fe de la omnipresencia del sol
y de sus fragmentos en cada sitio
donde ocurre la sangre simultánea
del brillo de una música invernal

traída en dedos, en los hologramas
donde piano y arma se disuelven
con el ácido asunto de hallarse
en la tarima pública y numeral.

Esta noche no confesaré el crimen
sólo abriré el grifo de una luz,
la de las gotas cálidas que mojan
el desorganizado mapa de hoy.

Doy fe de los gusanos en mis cuencas
y del rojo fúnebre de la risa
tan lejana y tan dentro de mí
como una lenta deuda sináptica
que paralizó una ola inmensa:

la que traía el vestuario posible,
la que incendié con el soplo banal.

Era la ola de todos los mares,
era mi tacto liso con su llegar
de célebre piedra frágil lanzada
hacia el mañana de un lago revuelto.

Doy fe de la herida profundidad
y de su infecto purgatorio escrito
en la coordenada de los ríos
que serán maniobra en la saliva.

Porque clausuraron el manantial
con su nevado roce oleico
de suturas volcánicas vigías
donde nada se ha dicho lentamente.

Porque enloquecí con pastillas dulces
que dañaron mi puente hacia el futuro.
Porque enloquecí tres veces distintas
en ocho años de roer de mi carne.

Carne de su carne arrancada
a pedazos babeantes custodiados
sin exilio, sin patria, sin lenguaje.
Sola con mi odio en el multiplicar

el soplo helado de encontrar lo roto
repartido en semillas de la muerte
con sílabas y títulos al margen,

a la orilla donde no hubo ola
que en su regreso manchara de restos
la leve descomposición de amar
lo anterior a la pérdida de un canto.

Clic[1]

Sabe a la pared que se desgasta entre los dientes

deberíamos poder leer las formas
crear el grito transparente
el horizonte confuso
ocupar el lugar de alguien más
rodar
lejos del arpa
con burbujeante transmisión

lámpara antigua
clic
leer leer las formas

el destino circular
la línea la deriva

de alivio

Random

[1] A partir de esta página inicia una sección apaisada, con el propósito de respetar la estructura y originalidad de los poemas de la autora, sección que termina en la página 266 con el título *Andamios de la urbe…* [nota del editor].

Tal vez no haya días
más plenamente vividos
en nuestra infancia
que aquellos que creímos
dejar pasar sin vivirlos,
aquellos que pasamos
con uno de nuestros libros preferidos.
Marcel Proust

Los versos que llevo en el corazón
no los he escrito nunca
y tal vez no los escriba nunca,
pero si quieres puedo inventar uno
en este momento
Tabucchi

Nunca sabes
cuánto vale
cada sol de agua
iluminado por el cansancio
del fracaso
que el abandono
recupera.

Esta pared
sólo es visible
para ti
que miras
a ciegas.

Carta a un suicida

Telón de fondo, amarillo
Tiempo allá, en el disparo
cuando se va sin ti
Decir tiempo sin agua

la jaula de un retrato
Ni del aire o del tiempo
son las noches de correr
Así el recuerdo se moja
Hilo a hilo, el fondo
Donde hubo lágrima
Donde fuimos asco
Pero si del tiempo

el mapa, la derrota
Uno que hoy nos avanza

en el lamer de la casa
en la fuga del dedo
con los que fuimos
es recodar la lluvia
es mirar una pared
los grabados de una tarde
sin agua
de encerrarse tan lejos
suspendido en aspa
se desteje y cambia
queda un laberinto
queda el temblor
queda el agua, una ofrenda

abrirá el tiempo de otro tiempo.
kilométrico, oceánico, titubeante

la suela de un reloj
que señala el minuto

que no existió
que no sostuvo
aplanada por el vaivén de un árbol.

de los ojos para negar lo pisado

el nombre de los sitios

asco para otros
una mancha, acaso
y de la presencia, un desorden
un salto curvo, una fórmula aún sin develar

Desde

Verdes peces de niebla
de otro árbol
rocas de otro rostro

hay cimas más bajas
árbol que brota de los ojos

late de grietas se alza
tan aire vengo

verás que la flor es todo el bosque

vengo de la niebla
traigo el licor derramado

Un beberse a solas la distancia

siempre

crece
salen
de otro rostro nube
temblor
en ramas

tan lejos
de voz
de la calle
es la hoja
vena del agua
vena del fuego
de la casa

dentro de un tallo

sí

dentro de los ojos
de su lengua
al quebrar los jardines

tan cerca
el tronco
de los vidrios
de vaivén mudo
[mi calma]
vena
del río
con ceniza
en el viento

desde siempre
soy la fuente negra del día recobrado

Planetas

Tala ave teñida azufre marítimo burbuja escucha
Tic Tac Tic
rueda el rostro en la ventana
mira súbito el regreso el aire explota
huérfano en la arena con padres silla de carmín de rasguño Tac
Tic Tac Tic sube
sin huesos de vereda con dientes húmedos de arranque hierba que estorba
señala medusas en el cristal Saturno carga la mano del vientre
muerde tritones de miel sobre el reloj del precipicio ovalado
satélite de jabón irreparable gira el agua la canica
no abundan los fenómenos de escalera
sin distancia vertical sin plaga bacteriana enciende el hueco de Júpiter
gravita el rincón
invernal
somos el cauce hijos únicos del sudor en cápsulas

El oxígeno de los puentes

Crimea en la radio
Mi casa en la radio
Tu muerte en la radio
Tu jaula en una postal

Este adiós

Suda
Hoy

altavoz
altavoz
altavoz
altavoz

serenata

huerto de rojez en el viñedo
a salud del neón y la cuerda
tóxica, trepada
en la canción de la silla
con vista al mar de las aspas
donde revuelvo tu mugre
con el brindis sonoro de la ola

El cosmos
huele a números

de Tango
Pájaros

de la fiebre en pastillas
al aire
rumbo a la parálisis.
de la caravana
del azar
domesticado

en domingo

Mi rostro borrado

Sobre los párpados del que fui
una casa sin techo alcanza
la primera lluvia

trenes de sal en la garganta
tiemblan con asco sobran del cuerpo huyen
se alejan del suelo de los ojos
se van con su cáncer con su motor con su espera

no hace falta dañar el precipicio
el ruido del metal
conoce mi rostro borrado al azar

Órbita

Busco
al que disuelva
la guarida
de no tener
la medida
al parpadeo

Señalo
el tintineo de los hielos
la órbita

Busco
al que cristalice
relámpagos delatores

¡Que se quiebren todos los cristales!
¡Que nos ahoguen en su alberca de tedio!
¡Que se traguen su puño de piedras!

Busco

Venus	nubes	ácido sulfúrico
Marte	nubes	dióxido de carbono
Titán	nubes	metano
Júpiter	nubes	amoniaco galileano
Saturno	nubes	amoniaco
Urano	nubes	jovianas
Neptuno	nubes	metano
	cirrus	
	cumulus	
	Atlas	
Tierra		Europa
	Calisto	Ganímedes

Distancia

Amórfica

Un abrigo de piel al día siguiente

Guillotina
el goteo centrífugo
de paredes

Canta
el hurto del avance

el sorbo y el quilate

del roer de la tierra
en el lamer moribundo
sobre lo partido
al dividir de la huida
lo tóxico

siembra la tela negra
de fusiles al golpe

de polillas
al invadir

el carbón del desecho
lo podrido al ojo

en los amaneceres míseros

del susurro

muero

madre

aquí

en la arruga

del después

sin conocer el abrigo
de los días siguientes

La cuarta pared

Hoy
fragmento
guardo
la superficie
la madera
donde cruje
el ojo del agua
de las arterias en el nudo
la carga no visible

Mañana
dentro
el boceto
inauguro
instalo
será la proyección
[un fondo quebrado]
mi horizonte

Ayer
limpié
el azul de Prusia
el telón
de un tercer espectador
la fuente
el reposo
el hogar
antes
de la barda
la arquitectura simultánea
de las manos
en la mirada
en el acero
de la guerra
en el cubo

Perderse entre los dedos como un puño de arena incontenible

–En el primer gran incendio salí de Japón
Have You Ever Seen The Rain?
–No es el olvido
–Transformar
Destruir: reducir
Anularse mutuamente
–Deshacer
–Malgastar
–Estorbar
Hay una idea que no me deja dormir
Hoy me parezco más a lo que soy
La noche se lo lleva todo

–En el segundo regresé

–Es la no sincronicidad
–Destruir
dos cantidades iguales
a pedazos o a cenizas
–Inutilizar un argumento
–Dos cantidades iguales
–Anularse mutuamente
ni despertar
una calle a pedazos

–Lo que hay

O personas

de signo contrario

–Entre cada cosa

Microondas

Trazo la caja
frases cortas
bajo el asfalto
en recipientes
en hechizos
de granizo

camisas
en un vaso
en tuberías
con tapas
de humedad
en tapetes
electro

arrugas
en vajilla
perdidas
con marcos
con huesos
imaginados
domésticos

tú
al fondo

microondas

De cuando cierro la cortina

Como al encender un largo cigarro

Días con la cerradura en la mano

como al tragar un trozo de hueso
y saberse abúlico en el sin sabor

Noches con el insomnio gráfico
y de toser tan alto para escucharse

como al soltar el hilo de la voz
al centro de un amor a la madera
donde nunca nada está del todo

y hacer una pausa al cerrar la cortina
para recordar lo que había detrás

como el humo atrapado en cada puerta
para recordar lo que es el hambre

de quien lleva la cama a su espalda

Del suelo de otro suelo en escalera
donde el caer es una piel de muchos años
un básico declive de darse cuenta
sin sumar al viento atravesado
sin restar el cabello creciente
que alarga la transición
de un golpe a otro golpe
dos golpes que sin suelo ni escalera
se tragan al unísono
en el dolor de mimetizar
el espasmo de hallarse
trastocados por quienes sin saber
yerran el diámetro de la palabra
la circunferencia de su grito
el gesto elemental de detenerse

repisas
de lámparas
de noche
al filo
de la lengua
pública
en el coagular
sin el descenso
eléctrico
de mordidas
de súbito

encanto

a muerte

bajo el arranque
en motores
al frente

de su ruptura
en el presagio
de la torpeza
de lo banal

verticales
de aceite
en barrotes

de la cárcel
de uniformes
de oficina
de teclado

al vapor

de la máscara
políglota
numeral
al consumir
su entraña
de alas
de rata
de mosca
futura

1. Postal: un cubo esmerilado

Siembra las manos de tus padres
en un cubo de cristal esmerilado.
Haz con ellas el lago quieto
que se retuerce a la noche.
Haz con ellas un cable de cobre
que transporte mensajes
a la velocidad de las plantas.
Que se desgrane la semilla
en tu boca de reptil insomne.
Que nazca la patria en tu uña
estirada en el dilatar de la búsqueda
donde el olor deforme de los huérfanos
mece la cuna de las alcantarillas
para correr de un lado a otro
con la pausa en el declive.
Que se quiebren los pétalos,
que sea el ayer un verde de saliva
plantada en su estancia de mármol,
fracturada en su desecho pútrido,
mohosa de quejas subterráneas.
Que el otoño de la piel sea alfombra
y raíz serpenteante de hojas moribundas.
Que al vibrar sacudan los fragmentos,
lo desunido en su fragilidad.
Que sea de su polvo la roca futura,
la expulsada en la niñez y recuperada en el río,
la del océano titubeante
que escalda el hambre del paladar.
Haz que miren tu delicado desastre,
la sutura de regresos inhóspitos
a la indigencia que se muerde
para traer de la sangre extraña
el anaranjado de los cielos posibles.

Encierra las manos de tus padres
en un cubo de cristal esmerilado.
No mires la línea de sus palmas
hallarás el pozo enmohecido de la risa.
Si te cansas de mirar una maceta
piensa en lo indistinto.
No crece la felicidad amoratada
entre cercos de leche cereza,
sino por el lunar en el rostro
que surgió tras la reja del sol
cuando el tedio fue plegaria.
Las manos de tus padres ya no están,
ahora yacen en la maceta,
en el cubo esmerilado.
Hace un rato que se fueron.
Fue un lento respirar
mientras la selva te crecía.
Ni su tapiz o su cobre
devuelven el trago de saliva
tan verde en el llorar
de tu luz deformada.
Ya sabes de los tallos púrpura
se calzan a las horas
como una terca pureza.
Haz que el sorbo sea un amanecer
y el entierro una carta
donde nada esté dicho.
Una cortina de tierra
será la foto de los globos
que asciendan, a pesar de ti.

Karen Villeda

Hans

Para uso interno:

Resulta interesante percatarse de las personas con autismo son casi en su mayoría varones.

Las palabras me hacen daño.

Algunas mujeres que tenían dificultades en sus capacidades de relacionarse nos recordaban al autismo y, de hecho, fueron mujeres las que habían sufrido encefalitis como origen de estas alteraciones (como en el caso 4, Hellmuth L.).

Lo que me dices es.

No obstante, nunca hemos encontrado un cuadro tan completo como en los casos 1 y 3 en chicas, ¿cómo podríamos explicar esto? ¿Y qué le has hecho a Hans? Parece que esta alteración estaría fuertemente vinculada al sexo o, al menos, existir un modo de herencia limitado sexualmente.

Lo sé, lo sé. O no, porque la lengua se me rompe.

Las características de las personas con autismo nos sugieren una variedad extrema de la inteligencia masculina.

Aquí estás y no eres tú.

Incluso dentro de las variaciones normales, encontramos diferencias en inteligencia en función del sexo.

No puedo hacer más.

En general, ellas tienen mejor capacidad de aprendizaje. Están mejor dotadas para lo concreto y lo práctico, para un trabajo metódico y que exija orden.

Eso lo espero porque.

Ellos, por otra parte, tienden a ser mejores en tareas lógicas, abstractas, para los trabajos que exigen un pensamiento detallado y para investigaciones científicas independientes.

Porque espero que sigas ahí.

Ésta es también la razón por la cual, en términos generales, ellos suelen obtener mejores rendimientos en el test de Binet. ¡Los ítems lógicos y abstractos con los que comienza el nivel de los diez años son más apropiados para los chicos!

¿Y qué le has hecho a esos sueños?

En las personas con autismo, el modelo masculino se pone de manifiesto de un modo muy radical

y extremo. En términos globales

podríamos establecer que el pensamiento masculino está más guiado por la abstracción y el pensamiento femenino

por los sentimientos y el instinto. En

las personas con autismo la abstracción está tan extremadamente

desarrollada, que las relaciones con lo concreto,

con los objetos y con las personas se ha perdido

como resultado de un proceso instintivo de adaptación.

¿Cómo esperas que seamos?

Puedes llamarme como quieras.

Anna, Hans.

O no.

Quiero que me hagas la lengua pedacitos.

Eso es lo que quiero.

Que tomes un cuchillo y me la rebanes para que yo no tenga con qué hablar, Hans.

"Para que yo no tenga que hablar".

¿No hay nada más importante de lo que quieras hablar?
No hay nada más importante de lo que quiera hablar.
Puedo respirar el aire que tú respiras.
No.
Puedo hablar con la lengua que tú hablas.
Las palabras me hacen daño.

"Me estás lastimando, Hans. Y mucho".

No cabe duda.
Eres tú, Hans.
Tú el que me hace daño y no las palabras.

Aun cuando no hemos encontrado ningún cuadro completo de autismo en una persona del sexo femenino, sí hemos observado en varias madres de individuos con autismo conductas que ponían de manifiesto, claramente, rasgos de autismo.

Es complicado explicar

estas observaciones. Podría ser fruto de la casualidad que no hubiera mujeres con autismo entre nuestros casos o podría ser que los rasgos autistas en las personas de sexo femenino se pusieran de manifiesto únicamente después de la pubertad.

En este momento no lo sabemos.[2]

[2] Fragmento extraído del artículo "Die 'autistischen Psychopathen' ins Kindesalter", escrito por el doctor Hans Asperger para *Archiv für Psychiatrie und Nervenkrankheiten* (vol. 117, 73-136).

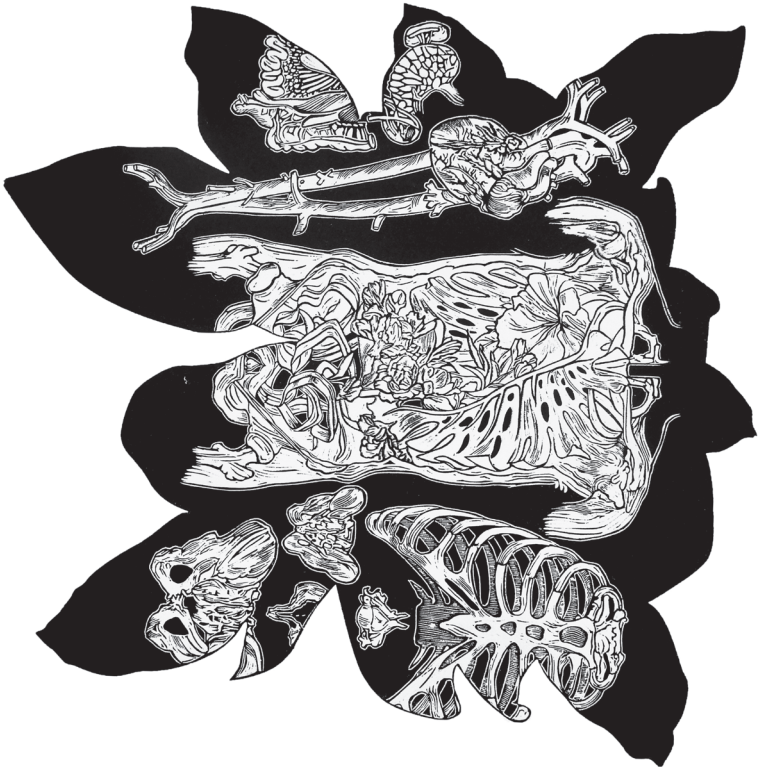
Y es que en Viena paseaban. Paseaban como si la guerra nunca hubiera sucedido. Sucedido era que en Viena estaban paseando. Paseando Hans y sus colegas. Colegas que se reían de los niños. Niños sin nombres. Nombres que les dieron: "Los niños de Hans". "Hans y los niños". "Los niños pequeños". "Pequeños catedráticos". Catedráticos no eran. Eran pequeños, eso sí. "Sí". "Sí, las peores guerras son las del lenguaje". Lenguaje de los niños. Niños sin Anna. Anna y su lengua. Lengua de Anna. Anna y los que estaban en su boca. Boca fuera de lugar. Lugar común fuera de boca. Boca y comunidad. Comunidad, el lenguaje es una comunidad. Comunidad, entonces. "Entonces así, estás sola". Sola.

“Dos austríacos en la montaña
cantan con emoción
de repente viene un perro
e interrumpe la canción

O le ra
ólera alería ólera cucú
guau guau
ólera alería ólera cucú
guau guau
ólera alería ólera cucú
guau guau
ólera alería ó...

Dos austríacos en la montaña
cantan con emoción
de repente viene un burro
e interrumpe la canción

O le ra
ólera alería ólera cucú
(relinchos)
ólera alería ólera cucú
(relinchos)
ólera alería ólera cucú
guau guau
ólera alería ó...”



LENGUAS INDÍGENAS

Presentación

Este escenario, en el que tenemos como fondo la lluvia y una desértica realidad, muestra, mediante textos literarios, a tres jóvenes creadores que comparten verso a verso, línea a línea, entre imágenes frescas, luz, penumbras y dualidades, la renovación de sus historias. Nicolás Rojas Sánchez, ñuu savi, nos comparte su mirada recreadora sobre el origen. Con un guion que titula *Tuyuku*, el mito de la creación del pueblo ñuu savi. "Kuékué ndancha kue iya kahnu shàavà nuú nchañuhu" / "Poco a poco los gigantes rodean el cráter sobre la mar agitada", da sentido al universo de los ñuu savi, que ha permanecido en la memoria y realidad cultural de un pueblo, y que toma vida en las letras de este joven escritor. La historia ocurre en lo que hoy es San Juan Mixtepec, Oaxaca.

Desde Felipe Carrillo Puerto, Quintana Roo, el maya peninsular Miguel Canté Chan, bajo el título de *U K'áaxal k'ajlay* (*Llueve la memoria*), nos comparte versos con olor a tierra húmeda, a milpa, a utensilios de cocina. Su sujeto lírico da cuenta, mediante sus recuerdos, de la nostalgia por la vida pasada: su infancia. Luego, con un tono repentino, nos deslumbra con dos textos de corte engaño-amoroso en el que descubre su cuerpo; sus sentimientos más íntimos. La lluvia de sus versos cae tormentosa. En "U óotsil book le k'áaxal ja'a'" ("Este triste olor a lluvia"), el sujeto lírico se conduele con versículos que arrecian más la lluvia de su palabra: "óolak yanakech waye', óolak ich bo'oy, óolak ich u yaal in k'ab yéetel ich in wáakam" / "Casi estabas aquí, casi en la sombra, casi en mis dedos y en mis quejidos".

Florentino Solano, ñuu savi de Guerrero, pero radicado en San Quintín, Baja California, retrata en sus poemas una realidad cruda. Desde una voz femenina en ñuu savi, va a ser el portavoz de historias de mujeres que preguntan y reflexionan, desde sus sentidos, sobre los elementos que las rodean: como la madre, la tierra, el cuerpo que cuestionan y disfrutan y que les son arrebatados por la violencia y la soledad a la que son sometidas. Ellas hablan con el fogón como ente que les permite vivir y soportar los largos viajes a otros mundos que les son desconocidos, pero que finalmente las conducen de nuevo hacia su lugar de partida. En la propuesta de este joven creador hay un eje transversal: la migración, esa que sufren los pueblos originarios y que puede leerse, padecerse en sus textos: "Ndakundixiyu tachi / Ri ki'in ichí ñaa kua'an ichantsia nuu yivi" / "Hoy me vestiré de viento / Tomaré el camino que conduce hacia el infinito".

Con un lenguaje directo, hablado, de dolorosa conversación, nos muestra la altura y el grosor de las fronteras entre el alma y el cuerpo, entre el pensamiento y las acciones: la maldad y la discriminación siguen permeando.

Patricia Sánchez y Briceida Cuevas

Miguel Canté Chan
(maya)

U k′áaxal k′ajlay / Llueve la memoria

Ku suut ten te′ u chíinil k′iina′

Ka'ach chen paalene' kin wilik in na' ku chak janal yóok'ol
[óoxp'-éel xéet'el uj
kin wilik in chiich ku chuy wayak'o'ob' taanka', wa'alakbal je'e
[bix u chuun béeke'
in wíits'ine' ku sa'atal ich múuyal yéetel ichil u che'ej
in yuume' ku kuchik k yóok'ol kaab tu paach
kin wu'uyik u sáal xíimbal in nool ken taak u sáastal

Te' súutuka'
u k'ab in na'e' ts'o'ok u yúuchbental je'el bix xan u yiche'
in wíits'ine' nojochchaj ya'abkach lúubul k'iin
u píix in chiiche' ku yok'ol chen u yáak'abtal
in yuume' ts'o'ok u ka'anal u kuch yóok'ol kaab
u xíimbal in nóole' j p'áat chen lu'umil

Ku suut ten te' u chíinil k'iina'
Yáalanaj yéetel u ki'il u síisil yéetel lu'um
le táankabo' yéetel u k'aay ch'íich' yéetel iik'
le múuyalo' yéetel u sáasilil u yutsil
le yóok'ol kaab tu'ux nojochchajeno'
le t'aanche'ob ka'ansen xíimbalo'
u juum le kumo'obo'
yaj óolil yéetel ok'ol.

Vuelven a mí en esta tarde

Cuando era niño veía a mi madre cocinar sobre tres pedazos
[de luna
y a mi abuela tejer sueños en su patio, de pie como un roble
de mi abuelo oía sus pasos tenues matutinos
mi hermana se perdía entre las nubes y en su risa
mi padre cargaba nuestro mundo en su espalda

Ahora
las manos de mi madre han envejecido como sus ojos
mi hermana creció muchos atardeceres
las rodillas de mi abuela gimen todas las noches
mi padre ya está cansado de cargar el mundo
los pasos de mi abuelo son ceniza

Vuelven a mí en esta tarde
la cocina y sus sabores de humedad y polvo
el patio y su canto de aves y viento
las nubes y la luz que hay en su pureza
el mundo en el que he crecido
los pasos que me enseñaron a caminar
el sonido de las ollas
las nostalgias y el llanto.

Nóolo'obe' ma'atech u kíimilo'ob

Noolo'obe' ma' tech u kíimilo'ob
ti' ku p'áatalo'ob te' t'aano'obo'
te' lu'um yaan tu táan ooko'obo'
yéetel tu mina'an ts'o'okolil u múulk'aay ch'íich'o'ob

Ti' ku p'áatalo'ob ta tuukule'
te' iik' t'anik le chak iik'o'
te' p'ulja' búukintik le k'áaxo'ob tu sáastalo'
yéetel te' áaktuno'ob utskiinsik le kool yéetel k'áaxal ja'o'

Ku suuto'ob u ch'uymubao'ob tu juul k'íin
yéetel jump'éel máaskab tu k'abo'ob
yo'osal u ch'akiko'ob le loobil bulik u paak'alo'obo' tu taankabo'ob

Ti' p'aatalo'ob te' tuunicho'ob ku yajkuntik táan ookelo'
te' ch'ujuk kaab ku jóoya'atiko'ob le kaabo'ob yéetel u juumo'obo'
ku suuto'ob ts'o'ole' ku p'áatalo'ob te' áak'abo'
yo'osal u wekiko'ob eek'o'ob yóok'ol k pool.

Los abuelos nunca mueren

Los abuelos nunca mueren
se quedan en las palabras
en el polvo que hay bajo los pies
y en el coro eterno de las aves

Se quedan en la memoria
en el viento que llama a la tormenta
en el rocío que viste a las plantas por las mañanas
y en las sartenejas que adornan la milpa con lluvia

Regresan colgados de la aurora
con un machete entre las manos
para cortar la maleza que inunda sus parcelas

Se quedan en cada piedra que lastima nuestras plantas
en la miel que riegan las abejas con su canto
regresan y se quedan en la noche
para derramar estrellas sobre nuestras cabezas.

Táantik a síijile'

Pu'ul a tuuch náach te' najo'
yo'osal mix ba'al u sajbéesikeche'
yo'osal mix ba'al ken méentik tech k'aas
k'a'ax a xikino'ob yéetel chak k'uucho'ob
yo'osal u yilikech uts le kuxtalo'
yo'osal a wilik uts le kuxtalo'

U yaal u k'ab a na'
tu t'ot'aj *ruuda* tu táan a pool, chan xch'úupal
yo'osal beyo' le kolnaalo', chan xch'úupal, a yuume'
je'el u páajtal u k'ajóoltikeche'
le túun u k'aak'as iik'il k'áax u kuchmajo', chan xch'úupal
u jéet jats't u ni' te' joolnajo'
yo'osal u p'áatal táankab yéetel u ts'íibolalil u chukikech.

Acababas de nacer

Aventaron tu cordón umbilical muy lejos de la casa
para que nada te dé miedo
para que nada te haga daño
tus orejas se adornaron de hilos rojos
para encantar
a la vida
para que la vida te encante

Los dedos de tu madre, niña
te untaron ruda en la frente
para que el campesino, tu padre, niña
pueda entrar a conocerte
y el mal aire de la selva que trae en la espalda, niña
azote sus narices en la puerta
y se quede afuera, con las ganas de atraparte.

K'áaxal ja'

Le me'ex cháako' ku na'akal tu paach le muucho'
le muucho' chinikbal u pool, táan u ch'a'ik lu'um yéetel u yaak'
Ku na'akal tu k'a' che' yéetele' ku bokik le íik' yéetel ja'o'

Kulukbalen yáanal u chak iik'il u che'eje'
Kin wu'uyik le cháak ku jatik u jobnelo'
Ku púuts'ul jump'éel ch'íich' mina'an u yich tu box xiixel jump'éel
[che'

U nuun xíimbal le chíinil k'íino' ku lúubulo'ob chaambelil
U síisil le iik'o' ku taasik taakil wenel
Le k'i'ixo'obo' ku tselik u book le loolo'obo'

Ch'aj
Ch'aj
Ch'aj

Ku lúubul le k'íin jujump'íitilo'.

Lluvia

El musgo se encarama en la espalda de la rana
quien cabizbaja recoge la tierra con su lengua
trepa el árbol más alto y hace el aire oler a lluvia

Sentado bajo la pronta tempestad de su sonrisa
escucho el relámpago romper su vientre
un ave sin ojos escapa del negro despojo de un árbol

Los torpes pasos de la tarde caen silenciosos
la fría compañía del viento trae consigo el sueño
las espinas despojan a las flores de su aroma
Ch'aj
Ch'aj
Ch'aj
Se cae el día a pedazos.

Bejo'ob

Le bejo'ob tu'ubsa'ano'obo'
le ta'aka'an tumen le loobilo'
le ma' xíimbalta'ano'obo'
le ku sa'atalo'obo'
le yaan u yich ba'alche' ti'o'
le ku satikecho'o'obo'
le ku méentik a kaxtikabao'
le ku ja'antal bey chúumuk áak'abo'
le ma'ach u ch'u'ulul tumen ja' mix p'ulja'o'
le ku na'akalo'ob yóok'ol bu'utuno'
le laj tikin u yóot'elo'obo'
le u ta'akmajubao'ob paach najo'
le tu xíimbaltajo'ob le noolo'o'bo'
le tu'ux laj p'aatal u yaal óoko'o'bo'
le u book yits'atil yaanti'obo'
le ma' tu páajtal a paktiko'
le lu'umil yéetel jajal t'aanil u wíinkilalo'obo'
le tin bonajo'o'ob ich in wayak'o'
le p'aatalo'ob chen ich in k'ajlayo'
le tin wa'alaj yaan in xíimbaltik jump'éel k'íine'
le uch u kajal in xíimbalo'.

Caminos

Los caminos olvidados
los que oculta la maleza
aquellos que nunca han sido caminados
los que se dispersan
los que tienen rostro de animal
aquellos que te pierden
los que hacen que te encuentres
los que saben a medianoche
los que no moja la lluvia ni el rocío
aquellos que se montan sobre las colinas
los que tienen la piel marchita
los que se esconden detrás de las casas
los que caminaron los abuelos
aquellos que perpetuaron las huellas
los que huelen a sabiduría
los que no se ven con la mirada
aquellos con cuerpo de polvo e historias
los que dibujé en mis sueños
los que sólo existen en mi memoria
aquellos que prometí caminar algún día
cuando apenas comencé a caminar.

U óotsil book le k'áaxal ja'a'

Ku meentik in k'a'ajsikech u óotsil book le k'áaxal ja'a'
tumen síis yéetele' ma' táan u páajtal in wu'uyik u ki'il
je'el bix a báaye', bíilalnajten chen ti'al a chokojkuunsik éets' t'aan
le najo' yéetel in kaabal paach
Le áak'abe' bok kimen ba'alche', je'el bix u tu' bookil a
[paakate'
Yaan ba'al ichil le íik'o', júupen in kaxt u yalabil a taakil
u yalabil a chaambel ba'ale' k'o'ox chakawilil, Ay, táan a topiken!
u yaj chokolil u jáats' chaak- tsu'uts
u péek u nej tooj te' iik'o'- aak'
le lu'umo' táan u yáakam ka'ach, beyxan le cháakche'o' yéetel
[teen laj chokochaja'ano'on
le pak'o'obo' tu yu'ubo'on
utskinsaj t'aan jach úuchben
je'el bix le ba'alo'ob mi jumpúul ta wa'alajo'
ti' yanen te' lu'um ka'acho', táan in seen tíitbal
chaambel kíimil
óolak yanakech waye', óolak ich bo'oy, óolak ich u yaal in k'ab
[yéetel ich in wáakam
tin ka' kanaj maach,ba'ale' te' súutuka' ma' tech in wu'uyik le
[chan chajalil
ku tajal yaanal le teep'o'obo' yéetel ich u k'i'inamil k u'uyikbaj
[naats'o'on
Te' súutuka', amal chen k'aaxak ja'e', kin ch'ulik u xuul in chi'
[yéetel kin jáalcha'atikinbaj
laj sak u néek' in wich, sak xan yóok'ol in tseem
ts'o'okole' kin ch'íich'ik in xexet'al yóok'ol le lu'umo'.

Este triste olor a lluvia

Me recuerda a ti este triste olor a lluvia
porque es tibia e insípida
como fueron las caricias que sirvieron para calentar el eco
la habitación y mi espalda baja
Aquella noche apestaba a animal muerto, como apestaba
[tu mirada
Había algo en el aire, rebusqué en él y encontré el residuo de tus
[ganas
de tu calentura sutil, pero salvaje. ¡Ah, me lastimaste!
el calor doliente de un rayo-beso
el vaivén de la cola del momoto en el viento-lengua
La tierra gemía, la cama y yo, en conjunto, excitados
las paredes oían
metáforas trilladas
como todo aquello que callaste
estaba sobre la humedad del suelo y temblaba
muerte lenta
Casi estabas aquí, casi en la sombra, casi en mis dedos y en mis
[quejidos
aprendí a tocar de nuevo, aunque lo hago ahora sin sentir el
[cosquilleo intermitente
que se cuece bajo las sábanas y en el ardor de sentirnos cerca
Ahora, cada vez que llueve, mojo los labios y suelto mi cuerpo
ojos en blanco, blanco sobre el pecho
luego recojo mis pedazos en el suelo.

Peelana'

Peelana'
ken ti' beya'

Xen ichkil
jet tu' u book a puksi'ik'al
tu' a t'áano'ob

Pajpeelana'
xen ken

Ma' táan in ch'aktik u tu'il u bookil yanikech waaye'
yéetel le sojolil ku máan tultajal ta paakato'

yaak'echupeelechana'
xeen naach.

Taak in kuxtal
sij óolalil tu k'aasil a wiik'
sij óolalil te' nak óol ka taasik le ken ajakech tu ka'atéen
tu chan jaajay muun óolil in tuukulo'
¡Jéetpeelana'!

Peelana'

Peelana'
le grité

Anda a bañarte
te apesta el corazón
tus palabras están podridas

Pajpeelana'
por favor

No aguanto el hedor de tu presencia
de la basura que desborda tu mirada

Yaak'echupeelechana'
aléjate

Quiero seguir viviendo
libre del tormento de ser tu aire
libre del hastío que causas cada vez que despiertas
en mi tersa y sutil memoria
¡Jéetpeelana'!

Nicolás Rojas Sánchez
(ñuu savi)

Tuyuku

1. *Yehe. Andiví yatá / Naa.*

   Ɨn ndusù vivihi chaku nuù naa-yavi andiví yatá.
   Niñaha kue kandà, tashiínso kàa.
   Ɨn yuù káhnu nditúún vivihi tùu kandà nuù andiví naa, YÁHÁ TÚÚN náníya.

2. *Yehe. Andiví yatá / Naa.*

   Uvì nchéé kanitahan ɨngà tsiò andiví, kana ñuhù nuù naa yavi.
   Kitsáhá ndakihintahan ñuhù.
   Tsahnu ñuhù ncha ndui ɨn tɨlúú ñuhù káhnu, KOÒ ÑUHÙ náníya.

3. *Yehe. Andiví yatá / Naa.*

   Ɨn nchéé shɨta-táhan ndindúú iya káhnu.
   Kitsáhá shɨta nìhi-nchéé iya YÁHÁ TÚÚN, vivihi tùú ndává-ntsitsiya nuù naa.
   Ndává-ñuhù satà tilùù KOÒ ÑUHÙ.
   Kanitahan ndùù iya.
   Ɨn tachì sheèn tsika kuahàn nuù naa.
   Chàhín yàà tsi yoko-ñuhù nana sukù-yùú iya YÁHÁ TÚÚN tsi iya KOÒ ÑUHÙ. Kihintáhanya nuù kahndɨ.

Kuahà yuù íhní yava kuán titsì in ndusù sòhó.
Ɨn yuù ñuhù nchàá káhnu kana màhí tɨkachì andiví yatá, iya NIKÀNCHII NCHÀÁ náníya.

4. Inì. Ñuhu yatá / Naa nchàá.

Kuékué ndává ɨn yuù káhnu, yoko-ñuhù nana satà ñaa.
Vikò túún ndutútú nuù ñuhu íhní.
Kahndɨ nuù vikò tùùn.
Ɨn koò-nducha kanakava nuù yuù íhní.
Kitsáhá koyò savi nuù vikò.
Kuun savi nuù ñuhu ìhní.
Nduu-yokò chakui, ndui vikò túún.
Savi sheèn kuun ndɨɨ nuù ñuhu ii.

5. Inì. Yùcha-káhnu shínáá / Naa nchàá.

Tashiɨn inkáa chakui titsì yùcha káhnu, uví nchéé ndakihintáhan.
Nana ɨn ñáá-yìvɨ nuù chakui, yéhe ndua ñuhùña, kandàña kuánña.

6. Inì. / Yehe. Yùcha-káhnu shínáá / Kùndúú nchàá.

Uvì kuhù ndachanì nuù chakui titsì ndua nchàá.
Kandà chaka yatá, chaka yèhe ñuhù, shúcha kuahán màhí chakui.
Kitsáhá kandá titsì ñuhu-nchaɨ, tsɨnù kue chaka.
Uvì ndaha káhnu nana nuù yùcha yatá, ndakihin nchééña tàva ndákuinña.
Káhnu-súkúña ndákòo nuù ñuhu ii. Kòyò chakui nchikà ñuhu-nchaɨra.
Tùu nuù-ra, nchèhéra ndahara, ndɨhɨ unà shinì ndahara kitsáhá kandá.

Kuékué ndeta nuùra nuù nchañuhu.
Uvì nduchinuù ñuhù ndinchàá inkáa nuù-nchaɨra. Ndakunira mèèra. IYA KÁHNU SHÍNÁÁ nàníya, kana nduchinuù unì màhí nuùya. Sèhe yùcha-káhnu kúya.
Súkú mèhèsoya tsika nuù yùcha shínáá.
Ndákuin kuahà iya kàa tono kàa iya KÁHNU SHÍNÁÁ.
Ɨn tsítú kue IYA KÁHNU nuù yùcha shínáá titsì ndua iya NIKÀNCHII NCHÀÁ kuán-kana tsɨkí chakui.

7. Yehe. Yùcha-káhnu shínáá / Kùndúú nchàá.

Uvì IYA KÁHNU nchèhé NIKÀNCHII NCHÀÁ vii-ndatu inkáa tsɨkí YÙCHA KÁHNU nuù kùndúú káni.
Ɨn yuù-ñuhù kuán kanakava nuù andiví. Tùu ɨn koò-ñuhù nuù ichi ndua-ña, kunáhá-inì kue IYA KÁHNU.

8. Yehe. Shinì andiví / Naa nchàá.

Ndakuáhnu ñuhù satà yuù-andiví kuán kanakava nìhi titsì ndua KOÒ ÑUHÙ.

9. Yehe. Yùcha-káhnu shínáá / Ndúú nchàá.

Ɨn ndua kuáán ndatùu nuù tsɨkí.
Kanakava yuù-andiví nuù yùcha-káhnu.
Ndákòo nchañuhu káhnu-súkú kutsíká tikucha kuán nuù yùcha-káhnu.
Chakui sheén kani ndɨhɨ IYA KÁHNU. Nduà kuaháya.

10. Yehe. / Inì. Shàavà / Ndúú nchàá.

Tahnù kùmí yuù-andiví íhní snáha ndɨhɨ kùmí ichi ñáá-yìvɨ.
Kuékué ndancha kue IYA KÁHNU shàavà nuú nchañuhu.

Ɨn ndɨkɨ tatà inkáa màhí shàavà.
Nchèhé IYA KÁHNU SHÍNÁÁ nuù andiví, ɨn kimi tsaa shinì andiví, kúsiì inìya. Ndakunchèhéya ndɨkɨ tatà kuékué kuán ndává ñuhù. Chiñúhú IYA KÁHNU SHÍNÁÁ ndɨkɨ tatà.
NdɨhɨIYA KÁHNU ɨtsìti-ñúhú nuù tatà shináá.
Ndává ñuhù ndɨkɨ tatà, kèè ñaa titsì nánà ñuhu ii.

11. Inì. Shàavà. Ndúú nchàá

Ɨn YUTU-NUÙ tsáhnu màhí shàavà, kuii shiñù satá ñaa.

12. Inì. / Yehe. Shàavà / Sava ndùù nchàá.

Káhnu súkú YUTU-NUÙ inkáa màhí kùmí kava snáha ndɨhɨ kùmí ichi andiví.
Ɨn kimi tsɨku shinì andiví, nchèhé IYA KÁHNU SHÍNÁÁ.
Ɨn ñuhù kuán-kanakava nuù inkáa YUTU-NUÙ, kunáhá-inì kue IYA KÁHNU.
Ndatsaa ñuhù satá iya KOÒ ÑUHÙ.

13. Yehe. / Inì. Shàavà / Sava ndúú nchàá.

Ndancha kue IYA KÁHNU yuhu shàavà.
Nuu tikucha iya KOÒ ÑUHÙ vii andatu YUTU-NUÙ; tsahàtu tsachaya kuán-kìviya ichi inì yutu ii.

14. Yehe. Yùcha-káhnu shináá / Kunìní nchàá.

Kuékué kuán kée iya NIKÀNCHII NCHÀÁ tsɨkí yùcha-káhnu.
Kuán náá ndua-ya nuù IYA KÁHNU SHÍNÁÁ. Kuita ñuhù nduchinuù unì-ya.
Kéeta iya NIKÀNCHII NCHÀÁ tsikí. Kuékué náá ndua nchàá nuù tsɨkí yùcha-káhnu,

Ndɨhɨ kue IYA KÁHNU kuán ndává ñuhù nduchinuù unì kueya.

15. Yehe. Yùcha-káhnu shínáá / Kùndúú kuàhá.

Tùu ndua kuàhá nuù IYA KÁHNU SHÍNÁÁ, nchèhéya kùndúú tsɨkí ichi véé.
Ɨn NIKÁNCHII KUÀHÁ ndákòo nuú tsɨkì yùcha-káhnu.
Kani ndua NIKÁNCHII KUÀHÁ nuù IYA KÁHNU SHÍNÁÁ, kuán nduyúúya.
Ndákòo NIKÁNCHII KUÀHÁ nuù andiví nchàá.
Ta iin ta iin kue IYA KÁHNU nduu yúú tsi ndua kuàhá.

16. Yehe. Yùcha-káhnu shínáá / Kunìní kuàhá.

Ɨn tsítú kue IYA KÁHNU nduu yuù nuù yùcha-káhnu ta kunìní ichi nìnu.

17. Yehe. Yùcha-káhnu shínáá / Tsikuaa kuàhá.

Kuahà IYA KÁHNU kue kandà inkáa nuù yùcha shínáá titsì ndua andiví kuàhá.

18. Inì. / Yehe. Yùcha-káhnu shínáá / Tsikuaa kuàhá / kùndúú kuáán.

Nuù naa kuàhá titsì yùcha-káhnu kitsáhá ndutútú kue chaka yatá; kandà tikucha kueti màhí kue IYA KÁHNU yùù.
Tsahà IYA KÁHNU SHÍNÁÁ kitsáhá kandà ñuhu-nchaì.
Tàan.
Kani chakui nduuñuhu kue IYA KÁHNU kaìn kueya.
Ndákòo NIKÀNCHII KUÁÁN ichi nìnu nuù yùcha-káhnu.

19. Inì. / Yehe. Shàavà / Ndúú kuáán.

Tàan nuù shàavà, ndákòo yuku ii, vii ndatu inkáa YUTU NUÙ.
Tahnù ñuhu titsì tsahà IYA KÁHNU SHÍNÁÁ; ndákòo ɨngà yuku.
Tahnù sɨhɨn IYA KÁHNU SHÍNÁÁ. Kanakavaya nuù nchañuhu, kani ɨngà yuku kuán nana titsì chakui.
Kanakava shinì IYA KÁHNU SHÍNÁÁ nuù kue yuku nana nuù yùcha-káhnu ncha ndòòya nuù ɨn yoso. Ɨn ndua ñuhù kana nduchinuù yúúya kìvi ñaa nuù ñuhu.
Ndaha tsahà kue IYA KÁHNU yàvá sáha yuku nana nuù tàan.
Ndává nchañuhù nuù andiví.
Nduu yokò chakui nuù ketáhan nchañuhù nuu kava; ɨn ñùhmá túún ndàkóo andiví.
Ɨn yùcha chakui vishi tsika màhí yuku, kava, yoso ncha nda-kitáhin tsi yùcha-káhnu.

20. Yehe. Ñuhu ii / Kunìní kuáán.

Yuù sáha-sɨɨn nuù kuee iya káhnu ndoyóó nuù yoso, yuku, kava.
Kuán kèè NIKÀNCHII tsikí ichi véé.

Kuékué Naa

21. Inì. Yavì-kava tatà / Naa.

Kahndɨ nuù naa, kitsáhá ndutútú ɨn tɨlùú-ñuhù.
Tsaa ndua ñuhù nuù yuù nchika yavì naa.
Ndávà tɨlùú-ñuhù màhí yavì naa, KOÒ ÑUHÙ kúuya. Kuékué kuán nduuya niví IYA IÌN TACHÌ. Nuuya nuù inkáa ɨn ndòyó. Tsikaya kuán kèèya yuhu yavì.

22. Yehe. Shàavà / Kùndúú.

Keta IYA IÌN TACHÌ nuù yavì-kava tatà inkáa nuù shàavà yuku ii. Tùmi quetzal skúkútu ishi shinì nániya ikatú ichi nìnu tsi iiñ. Yáá nduchinuù iya. Inkáa sɨkɨ sòhoya tsi sɨkɨ titsì yuhu-ya. Vii ndatu YUTU NUÙ màhí shàavà shinì yuku, kandà ndahatu sáha ɨn tɨkachì ndákòo ichi andivì.
Tsahàtu inkáa yavì ichi inìtu.
Kuán kìvi IYA IÌN TACHÌ ichi inìtu.

23. Inì. Yutu-nuù / Naa.

Chihi IYA IÌN TACHÌ ɨn yutu nuù tutù, skavaya ñaa ncha tsaa ñuhù tsáá.
Ndatsaa ndua ñuhù inì YUTU NUÙ.
Koyò sùtsa yutu nuù ɨn tikoí yuù yatá.
Kihin IYA IÌN TACHÌ sùtsa íchí, sketaya ñaa nuù ñuhù. Ɨn ñùhmá vishi tsítú inìtu.
Tava IYA IÌN TACHÌ kɨchehé vatsí titsì ñuhu ii, chiñúhúya ñaa nuù sùtsa inkáa nuù yuù.
Tuuya ɨn inhñu sɨkì yuù kuii shɨchì-ya. Koyò nɨhɨ nuù sùtsa.
Kitsáhá kandà tsahàya; tsahìnya.
Kandà ndua IYA IÌN TACHÌ nchikà yavì naa.
Kuékué naa kɨchehé titsì sùtsa.

24. Yehe. Shàavà / Kùndúú.

Kùndúú kuáán vikò nuù andiví.
Kana chàà tsi ñaha inì yavì. IYA NIVÍ SHÍNÁÁ kuu kueya, kuàhá iiñ kueya titsì ndua kùndúú.
Vatsí IYA IÌN TACHÌ tsɨkì shàavà.
Vii ndatu tùmi *quetzal* skúkútu ishi-shinìya. Nduu yáá nduchinuù iya. Inaa ɨn sɨkɨ yuù kuii shɨchìya. Shiñù sɨkɨ inaa sòhoya tsi yuhuya. Sahma yáá kachì ndanaa satàya.
Tsɨkutsìti kue IYA NIVÍ SHÍNÁÁ.

Skuàa IYA IÌN TACHÌ yutu-ndahaya nuù andiví; tsàaya ñaa nuù kue IYA NIVÍ SHÍNÁÁ.

IYA IÌN TACHÌ
Iya Uvì Koò Kɨu... Iyasɨhɨ Iìn Kuhù.

Tɨ̈n ndaha kueya yutu ii.
Skava IYA UVÌ KOÒ KɨU yutu-ndaha nuù tutù. Kana ñùhmá, chááya ñuhù tsáá.
Chiñúhú IYA IÌN TACHÌ chahà sùtsa nuù ñuhù; ñùhmá vishi ndika kuán.
Siàváya shànu nchiko.
Nuù ñùhmá IYA IÌN TACHÌ chiñúhúya "inì-ñuu-savi" nuù ndɨ̈hɨ kùmí ichi andiví.
Taan IYA IÌN TACHÌ "inì-ñuu-savi" nuù ndaha kueya; nuù sahma vii inkáa yuù kuii koò ndakava satà saà.
Chiñúhú IYASɨHɨ IÌN KUHÙ tsi IYA UVÌ KOÒ KɨU yuù ii nuù andiví.
Kitsáhá ndákòo yuù ii koò-saà nuù ndaha kue iya.
Ndává yuú ii shinì kueya.
Chiñúhú IYA IÌN TACHÌ nunì nuù "inì-ñuu-savi"; siàváya ndɨhɨ kùmí ichi ñááyìvɨ.
IYA IÌN TACHÌ tsàhaya ɨn sɨkɨ inhñu yuù kuii nuù ndaha ɨ̈n ɨ̈n kueya.
Tuu IYA UVÌ KOÒ KɨU tsi IYASɨHɨ IÌN KUHÙ inhñu shɨchì kueya. Koyò nɨhɨ nuù nana ñuhu ii.
Chihi IYA IÌN TACHÌ shàhan túún ndɨhɨya.
Inì ndaha túún IYA IÌN TACHÌ inkáa unì tsihí-náá.
Nduu-túún ndɨhɨ unì iya tsatsi tsihí.
Nduu shiñù yáá nduchinuù IYA UVÌ KOÒ KɨU tsi IYASɨHɨ IÌN KUHÙ. Ndákòo kueya nuù tachì.
Ndɨhɨ unìya ndává nuù ñuhù tsáá. Màhí kueya ndává "iní-ñuu-savi", kuékué nduu kuáán, kuàhá, kuii tsi nchàá ñaa.
Titsí ñuhù tsáá kana ɨn ndua túún tsiká kuán nuú shàavà.
Naa ñuhù, nduu túún ndɨ̈ɨ nuù ñuhu va ndua shiñù satà kue unì iya tùu.
Shiñù yohò tikava YUTU-NUÙ nuù naa.

Yàvá ndɨhɨ kùmí kuà «inì-ñuu-savi».
Kuán nduu kuàhá ichi kana nikànchii. Ichi kuii kuán nìnu. Ichi nchàá kuán nuù kèè nikànchii. Tsio véé kuán ichi kuáán.
Ndandíka ndɨhɨ ichi ñáá-yìvɨ ncha naaì nuù naa.
Ndɨhɨ uní iya ndává màhí yohò tikava nanà YUTU-NUÙ.
Nduu kuàhá nduchinuù IYA IÌN TACHÌ.
Kuékué IYA IÌN TACHÌ nduuya YÁHÁ TÚÚN. Ndákòoya ndává tikuchaya kuán nanaya YUTU-NUÙ.
IYA UVÌ KOÒ-KɬU tsi IYASɬHɬ IÌN KUHÙ ndákòo kueya nuù tachì, ndává kueya ncha nuhma vii ndatu kuii kitahan tsi ichi shikuì.

25. Yehe. Ichi shikuì / Naa.

Ndává IYA YÁHÁ TÚÚN kuánya nuù ichi shikuì.
Màhí yuchì yuù ndává IYASɬHɬ IÌN KUHÙ tsi IYA UVÌ KOÒ-KɬU.
ɬn tsítú yuù kimi inì tikachì ichi shikuì nuù andiví.

26. Yehe. Ichi shikuì / Naa.

Shiñù ndua satà IYASɬHɬ IÌN KUHÙ tsi IYA UVÌ KOÒ-KɬU.
Kuékué kuán nduu kúñu-ñuhù-nduku nuù kueya.
Kéhé ndaha IYASɬHɬ IÌN KUHÙ nuù IYA UVÌ KOÒ-KɬU. Chihìya shinì ndahaya inì ishishinì ndua ñuhù nduku.
Kitahan ndua yuhu ñuhù kue iya.
Kitahan ɨkɨ-kúñu kue iya titsì ndua ichi shikuì.
Skaka-ndaha IYA UVÌ KOÒ-KɬU sahnda IYASɬHɬ IÌN KUHÙ; Ndañumi ñáá inì sɨhɨn ñááya.
Tsikù ñuhù kueiya ncha nduu ɨɨn-ya. Nduu-kuàhá-kuii-nchàá-kuáán kueya nchaya kahndɨ kue iya nduuya ɨɨn tsi tɨkachì shikuì andiví.

Kuékué Naa

Nicolás Rojas Sánchez

Árbol

1. *Ext. Cielo antiguo / Oscuridad.*

Un silencio ensordecedor prevalece en el oscuro vacío del universo antiguo.
Nada se mueve, todo está en suspenso.
Un colosal cuerpo celeste ausente de color es apenas perceptible en la nada, es la sagrada ÁGUILA DE LAS TINIEBLAS.

2. *Ext. Cielo antiguo / Oscuridad.*

En otro extremo del universo, dos fuerzas chocan desatando una chispa en la oscuridad.
Una resplandeciente bola de energía comienza a concentrarse.
Su fuego florece hasta convertirse en una inmensa energía esferoidal, su nombre sagrado es SERPIENTE DE FUEGO.

3. *Ext. Cielo antiguo / Oscuridad.*

Una fuerza atrae a los dos sagrados colosales.
En la penumbra ÁGUILA DE LAS TINIEBLAS toma velocidad, se vislumbra su aleteo.
Un destello de energía recorre la circunferencia de SERPIENTE DE FUEGO.
Los dos titanes colisionan.

Una onda expansiva se pierde en el oscuro vacío.
En el caos de polvo y gases se manifiestan los nahuales cósmicos Águila de las Tinieblas y Serpiente de Fuego. Se funden en la explosión.
Millones de fragmentos incandescentes se esparcen bajo un ruido sordo.
Un gran cuerpo celeste de llamarada azul se vislumbra entre el remolino del universo antiguo: es el astro Sol Azul.

4. Int. Tierra antigua / Penumbra azul.

Poco a poco se está apagando un enorme fragmento de materia, una atmósfera gaseosa lo recubre.
Densa nube negra se aglutina sobre tierra ardiente.
Una chispa surge entre la densidad nubosa.
Un rayo serpentea hasta estrellarse sobre la roca.
Las gotas de agua comienzan a caer de las nubes.
Llueve sobre tierra incandescente.
La lluvia se evapora elevándose de nuevo.
El diluvio eterno se extiende por todos los rincones de la tierra sagrada.

5. Int. Mar primordial / Penumbra azul.

El fondo marino en completa tranquilidad, dos partículas invisibles se encuentran.
Una bacteria acuática brota, un áurea de luz lo rodea, se zambulle alejándose.

6. Int. / Ext. Mar primordial / Aurora azul.

Un par de algas flotan en la penumbra submarina.
Algunos peces de antiguas anatomías, con luz propia, aletean en la quietud.

El fango comienza a moverse ahuyentando a los peces.
Dos brazos gigantes se alzan sobre lo ancho del mar antiguo, toman fuerza para erigir su enorme cuerpo.
Un gigante se levanta entre el fango sagrado. El agua alborotada escurre de su cuerpo de barro.
Consciente de sí mismo, se observa las manos, sus ocho dedos adquieren movimiento.
Su reflejo se clarifica poco a poco sobre el agua enturbiada que lo rodea.
Dos brillantes ojos azulados están sobre un rostro escurridizo.
Se reconoce. Es el sagrado GIGANTE PRIMERO, un tercer ojo con luz azulada se abre en medio de su frente. Es hijo del mar.
El GIGANTE BÍPEDO camina; a su alrededor otros GIGANTES como él se están levantando.
El mar primordial está poblado de ellos bajo el crepúsculo azulado del astro rey SOL AZUL que se divisa en el occidente del horizonte marino.

7. Ext. Mar primordial / Amanecer azul.

Dos GIGANTES contemplan el SOL AZUL que brilla en lo alto de la mar en el dilatado amanecer.
Un meteorito está cayendo del cielo. Una SERPIENTE DE FUEGO se vislumbra en la estela que va dejando en su camino bajo la mirada atónita de muchos GIGANTES.

8. Ext. Bóveda celeste / Penumbra azul.

Una llamarada en forma de SERPIENTE DE FUEGO envuelve al meteorito que cae a gran velocidad.

9. Ext. Mar primordial / Día azul.

A lo lejos un destello de luz amarilla.

El meteorito se estrella sobre la mar.
La explosión desata una gigante ola que se expande circularmente en la inmensidad marítima.
La gran ola golpea a los GIGANTES de pie. Muchos son arrastrados.

10. Ext. / Int. Cráter / Día azul.

El meteorito se rompe en cuatro fragmentos incandescentes que marcan los cuatro rumbos del universo.
Poco a poco los GIGANTES rodean el cráter sobre la mar agitada.
Una semilla dorada está en el centro del cráter.
GIGANTE PRIMERO mira al cielo, una estrella florece a millones de años luz, él está feliz.
GIGANTE PRIMERO venera a la sagrada semilla.
Todos los GIGANTES se hincan alrededor del cráter.
La semilla se apaga, es absorbida por la sagrada madre tierra.

11. Int. Cráter / Día azul.

Una CEIBA crece en medio del cráter, su corteza irradia una luz verdosa.

12. Ext. / Int. Cráter / Cenit azul.

La CEIBA de colosal tamaño está rodeada por los cuatro peñascos que marcan los rumbos del universo.
Una estrella se enciende en el cielo, GIGANTE PRIMERO observa con detenimiento.
Una llamarada desciende a gran velocidad sobre el eje de la CEIBA bajo la mirada estupefacta de los GIGANTES de fango.
La ondulante llama de SERPIENTE DE FUEGO se aviva.

13. Ext. / Int. Cráter / Cenit azul.

Los GIGANTES rodean el cráter.
SERPIENTE DE FUEGO desciende rodeando la frondosa CEIBA; serpenteando su cuerpo perfora el tronco, va camino adentro del árbol sagrado.

14. Ext. Mar primordial / Ocaso azul.

El SOL AZUL está bajando lentamente sobre el horizonte marítimo.
El resplandor se va difuminando sobre el rostro de GIGANTE PRIMERO. El brillo de su tercer ojo se debilita.
El SOL AZUL se oculta en la lejanía. La aurora azulada se difumina lentamente sobre el mar.
El tercer ojo de todos los GIGANTES se apaga lentamente.

15. Ext. Mar primordial / Amanecer rojo.

Una aurora roja se manifiesta sobre el rostro de GIGANTE PRIMERO, mira al horizonte sur.
Un SOL ROJO se asoma sobre el mar.
GIGANTE PRIMERO se va convirtiendo en piedra al ser alcanzado por los rayos solares.
El creciente SOL ROJO se alza lentamente en el cielo azul.
Uno a uno los GIGANTES se solidifican al ser tocados por los destellos rojos.

16. Ext. Mar primordial / Atardecer rojo.

Miles de GIGANTES convertidos en piedra bajo el colorado atardecer del norte.

17. Ext. Mar primordial / Noche roja.

GIGANTES inmóviles bajo el reflejo del cielo escarlata estrellado sobre el mar.

18. Int. / Ext. Mar primordial / Noche roja / Amanecer amarillo.

En la penumbra carmesí del fondo marino cardúmenes de peces se forman; se mueven circularmente entre los GIGANTES varados.
Bajo los pies de GIGANTE PRIMERO comienza a vibrar el fango.
Tiembla.
El agua enturbiada golpea a los GIGANTES que crujen por el movimiento.
El SOL AMARILLO se levanta sobre la marea del norte.

19. Int. / Ext. Cráter / Día amarillo.

Tiembla sobre el cráter, se erige como montaña sagrada, la CEIBA se mantiene altiva.
La tierra se quiebra bajo los pies de GIGANTE PRIMERO; se alza otra montaña.
Las piernas de GIGANTE PRIMERO se parten. Su inerte cuerpo se sumerge en el mar enturbiado, pero es golpeado nuevamente por otra cadena montañosa que se levanta bajo el maremoto.
La cabeza de GIGANTE PRIMERO rueda camino abajo entre las montañas que surgen a lo largo y ancho del mar hasta quedar varado en la planicie de una loma. Un halo de luz brota de sus rígidos ojos y se funde con la tierra.
Manos, pies, fragmentos de los GIGANTES son arrastrados por las montañas emergentes.
Lava ardiente se eleva por los cielos.
El agua se evapora al chocar con los ríos de magma que descienden de las colinas; una fumarola negra se levanta por los cielos.

Un río de agua dulce corre entre montañas y peñascos camino al mar que ha quedado relegado más allá de los llanos y praderas.

20. Ext. Tierra sagrada / Atardecer amarillo.

Fragmentos de piedra de los GIGANTES encallados en llanos, montañas, colinas.
EL SOL se sumerge en el extremo sur.

Disolvencia a negros

21. Int. Cueva del origen / Penumbra.

Una chispa se desata en la oscuridad, un cúmulo de energía comienza a concentrarse.
El fuego florea trémulo sobre las rocosas paredes de la cueva.
La esfera resplandeciente flota en la oscuridad, es SERPIENTE DE FUEGO. Poco a poco va tomando forma humana del SEÑOR NUEVE VIENTO. Desciende sobre la humedad de un ojo de agua. Camina hacia el boquete de la cueva que se vislumbra al fondo.

22. Ext. Cráter / Crepúsculo.

SEÑOR NUEVE VIENTO sale de la cueva al oriente del cráter en la montaña sagrada. Un toque de plumas de quetzal adorna su cabellera larga atada con cinta de cuero hacia arriba. Sus ojos en blanco. De sus orejas cuelgan aretes de oro y un bezote de plata en el labio bajero.
La frondosa CEIBA irradia en medio del cráter, sus ramas oscilan bajo un fugaz remolino que se levanta hacia el cielo.
En la base del tronco la vieja oquedad que lleva a sus entrañas.
SEÑOR NUEVE VIENTO va camino adentro.

23. Int. Ceiba / Penumbra.

SEÑOR NUEVE VIENTO inserta una vara en el orificio de un leño, gira friccionando hasta que florece el fuego nuevo.
En las entrañas de la CEIBA titila una llamarada.
Una resina escurre del árbol conteniéndose en la antigua estalagmita cóncava.
SEÑOR NUEVE VIENTO toma un poco de copal y lo ofrece al fuego. Un dulce sahumerio invade el recoveco.
De su morral saca huesos traídos del inframundo, los ofrenda depositándolos en el ámbar.
SEÑOR NUEVE VIENTO inserta una punzante nariguera de jade en su nariz. Gotas de sangre caen sobre la copalina.
Comienzan a mover los pies, danza.
La sombra de SEÑOR NUEVE VIENTO trepida sobre los rincones de la oquedad.
Poco a poco los huesos se sumergen en el copalis.

24. Ext. Cráter / Crepúsculo.

El crepúsculo dorado tiñe las capas altas de la atmósfera oriental.
Un hombre y una mujer salen de la cavidad de la CEIBA. Es la PAREJA PRIMORDIAL, su desnudez está teñida por la aurora.
A contraluz SEÑOR NUEVE VIENTO viene bajando por el oriente del cráter.
Un precioso penacho de plumas de quetzal tornasol cubre su cabeza. Sus ojos en blanco. Una nariguera de jade prende de su nariz. Brillantes aretes cuelgan de su oreja y boca. Prendas blancas de algodón lo cubren.
La PAREJA PRIMORDIAL se acuclilla.
SEÑOR NUEVE VIENTO levanta su bastón de mando al cielo; después lo extiende a la PAREJA PRIMORDIAL.

SEÑOR NUEVE VIENTO
Señor Dos Lagarto... Señora Nueve Hierba.

Ellos reciben la vara sagrada.
SEÑOR DOS LAGARTO frota el bastón en el orificio de un trozo de madero. Humea, se enciende el fuego nuevo.
SEÑOR NUEVE VIENTO ofrenda el contenido de un bule sobre el fuego; el dulce sahumerio de copal se esparce.
Rocía tabaco molido.
Bajo el sahumerio SEÑOR NUEVE VIENTO ofrenda el "envoltorio sagrado" a los cuatro rumbos del universo.
SEÑOR DOS LAGARTO y SEÑORA NUEVE HIERBA observan atentos la ceremonia.
SEÑOR NUEVE VIENTO deposita en la mano de ambos el "corazón del pueblo de la lluvia"; envuelta en tejidos preciosos está una piedra de jade esculpida en forma de ave enroscada por una culebra.
SEÑORA NUEVE HIERBA y SEÑOR DOS LAGARTO ofrendan la piedra sagrada al cielo.
El divino quetzal-serpiente comienza a elevarse de sus manos.
La piedra sagrada flota por encima de sus cabezas.
SEÑOR NUEVE VIENTO ofrenda granos de maíz al envoltorio sagrado; después los esparce a los cuatro rumbos.
SEÑOR NUEVE VIENTO extiende en la mano de cada uno una nariguera de jade.
SEÑOR DOS LAGARTO y SEÑORA NUEVE HIERBA perforan cada uno su nariz; gotas de sangre escurren por la punzante nariguera hasta ser recibidas por la madre tierra.
SEÑOR NUEVE VIENTO unta su cuerpo con pomada negra.
En la oscura mano extendida del SEÑOR NUEVE VIENTO están tres pequeños hongos.
Los tres dioses pintados de negro mastican hongos.
Los ojos de SEÑOR DOS LAGARTO y SEÑORA NUEVE HIERBA se vuelven blanquecinos brillantes. Sus cuerpos se elevan por los aires.
Los tres levitan por encima del fuego nuevo. En medio de ellos flota el envoltorio sagrado que poco a poco se tiñe de amarillo, rojo, verde y azul.
Bajo el fuego nuevo surge una mancha negra que se extiende rápidamente sobre el cráter.

El fuego se desvanece, todo el espacio se convierte en una atmósfera oscura en la que resaltan las siluetas blancas brillantes de los tres dioses.
En la oscuridad transparentada se siluetean las enmarañadas raíces de la madre CEIBA.
Los cuatro colores del envoltorio sagrado lentamente se dispersan. El rojo se extiende al Este. El verde hacia el Norte. El azul al Oeste. Y el amarillo al Sur.
Los caminos se explayan hasta desvanecerse en la infinita oscuridad.
Los tres dioses flotan entre las raíces de la madre CEIBA.
Los ojos de SEÑOR NUEVE VIENTO se tiñen de rojo; su silueta muta en forma de ÁGUILA DE LAS TINIEBLAS. Aletea y se eleva rodeando el árbol.
SEÑOR DOS LAGARTO y SEÑORA NUEVE HIERBA se elevan por el tronco, las ramas, hasta llegar a la frondosa copa radiante verdosa que conecta con la bóveda celeste.

25. Ext. Vía Láctea / Penumbra.

ÁGUILA DE LAS TINIEBLAS aletea en la Vía Láctea.
SEÑORA NUEVE HIERBA y SEÑOR DOS LAGARTO nadan en trance entre cuchillos de pedernal.
La galaxia espiral contiene millones de estrellas que parpadean una tenue banda de luz que atraviesa el firmamento.

26. Ext. Vía Láctea / Penumbra.

Frente a frente las brillantes siluetas de SEÑORA NUEVE HIERBA y SEÑOR DOS LAGARTO.
Sus rostros silueteados poco a poco van adquiriendo textura en forma de líneas de luz purpura brillante tridimensional.
Las manos de SEÑORA NUEVE HIERBA acarician el rostro de SEÑOR DOS LAGARTO. Él sumerge sus dedos en los cabellos de luz.

Sus lúcidos labios se funden.
Se aman bajo el manto de millones de estrellas.
SEÑOR DOS LAGARTO recorre del dorso a los delineados glúteos de SEÑORA NUEVE HIERBA; ella lo envuelve entre sus radiantes piernas.
Sus cuerpos se incendian fusionándose en uno solo. Estallan en millones de colores que se tornan psicodélicos, y poco a poco se diluyen en fractales sobresaturando caleidoscópicamente el espacio.

Disolvencia a negros

Florentino Solano

(ñuu savi)

Ondean huipiles al soplar el viento

¿Ndiá ké kee yó, natsánu?

Nána, ¿ndía ké kee yó?
Ndiá ñu'u keé kaku yó
Yo kó xatia yo ndiá mií
¿Ra ndiá ké ku'un yo?

Ndi túvi saá xitian
Té ndáyé'e xa'a ndiví
Tákúú ndi'i xándia chun nuu yú
Tákua xító'ni nuu va ná
Ndáxíkónii ixta nuu xíyo
Ndá ka'mi ñu'u ka'á kisi nduchí

Ndákanini xa'a ña yuví yó'o
Xító'ni yaañu'u
Nuu ixán, nuu yosó, nuu tutún, nuu ve'e, nuu tandii
Nuu ná ivá, ná ku'vameé
Ra ndátu'unme ndiá ké kee yó

In kií nindatu'unme ña si'í yu
Ndísu nindákuiin ñá yu'ú yu.
Ndatu'un ká yu in saá

Saá té kuñuu nixa'an yu itu
Ka'ndiayu ndixí, kaya yu te'e, ikín minú
Ndi tu'va kanata in tiaa kuun nduva yu'u
Ndiakua chun chíinmeé ñu'ú
Saá ndakatiai xikun itia
Saá ki'in kundasí yuví
Ñakan ké kúni kundaaini:
¿Ndiá ké kee tiaa kán, nána?

¿De dónde venimos, abue?

Abue, ¿de dónde venimos?
¿De qué tierra brotamos?
¿Qué nos escupió desde qué lugar?
¿Y hacia dónde vamos?

Todas las mañanas
Amanezco con preguntas
Y con la mirada busco respuestas
Mientras mis tortillas se inflan en el comal,
Mientras el frijol hierve en la olla

Todos los días pienso en la vida
Y veo el fuego
Y veo la masa, el metate, la leña, la casa, el sol,
A mis padres, a mis hermanos,
Y me pregunto de dónde venimos

Una vez le pregunté a mi mamá
Pero su silencio me calló.
Desde entonces ya no pregunto

Hace días fui a la milpa
Corté unos elotes, recogí unas calabazas tiernas
Y apareció un hombre que me forzó a mirar al cielo
Y a arañar el suelo
Y a lavar mi huipil de camino a casa
Y a odiar más el mundo
Y me pregunto:
¿De dónde vino ese hombre, abue?

Ixta

Ñaá lo'o, tiín ndiasa ta'vi xa'á
Ndiko ña sáa iniun nuu yosó
Ndaki'in ixán nuú saá ndiko tuku ña
Ti'ni ña té ndi'i
Ka'ndia ña xí'ín nda'ún
Kuaxinñe, katuñe, sákavañe nuu nda'ún
Kama va'a ná ndátaé
Ká'nu va'a sa kén, yáxín va'a sa kén
Sákó'ni ña nuu xíyo
Ndaxikónii ña ndiakua ná kee se'e ña
Ndondisoe, chikaa va'e,
Ki'in ña, ka'nu ña, chikaa nduchí nuué, chikaa tia'á, iba
Kaxi sikié, sákuáchie, kokóñé…

Ñá lo'o, yuví yó'o tá íyo in ixta ká'nu íyoe,
Ndo'o ini yo ra sá kutiaku yo.

Tortillas

Niña, toma el metlapil y tritura el nixtamal
Muele tu coraje y tu dolor en el metate
Recoge la primera masa y vuélvela a moler
Y a la segunda vuelta
Toma la masa a puños
Y aplástala gírala redonda entre tus manos
Más rápido para que no se fracture
Y hazla tan grande y tan delgada como puedas
Y ponla en el comal
Y voltéala y deja que se infle y se ase
Recógela guárdala apílala
Tómala llénala de frijol quelite salsa
Muérdela tritúrala trágala…

Niña, la vida es como una gran tortilla,
Está hecha de coraje y dolor.

Té ndási yu nuu yú

Té ñuú ñaa tá kúú vichin
Ndákúáni yú ra xá'á ndandukú mií yu

In tu'va ndúkuita inkayu ini
Ra xá'á ndáni'i tixi soó meeyu
inkayu xínunue sataameé
Táxá ña ndándukú ichí xá ña kuñu
Sáva'a ña xí'ín nduku nda'e sataameé
Xínunu ña sukun ndikai tiañu si'in
Kúékúé xí'í ña yu'ú
Saá xá'á táan iní xáe kí'ínñe ndia xalu
Saá xá'á kísiñe si'in yu kíta xa'ai soó
Saá xá'á tá'vií kuñui
Saá ndaka'áin ña ndátú'ún ñá si'í:
Té tíín tiaa yó'ó saá táxiin kandú'ú kun,
Kitá nda'á kitá xa'aun so tákua tixú'viun
Tákua un ndakuin yu'é (chi xa'a tiaa va ndatu'e)
Ndísu té ñuú ñaa tá kúú vichin
Kuékué va xá'á ndándukúi meéyu
Siín ndákúáni vae
ndátaxi mií nda'é.

Cerrar los ojos

En oscuras noches como ésta
Cierro los ojos en soledad y me descubro

Un yo sale de mí
Y se escabulle bajo la cobija
Comienza a tocarme acariciarme
Me recorre como si buscara caminos en mi piel
Me dibuja en el cuerpo extrañas sensaciones
Me toma entre sus brazos moluscos
Me besa con sus labios en temblor
Y me sacude como si el epicentro fuera mi ombligo
Y mis piernas rozan la cobija
Y la otra yo toma control de mí
Y recuerdo a mi madre decirme alguna vez:
Cuando un hombre te toque, entrégate sumisa,
Mientras menos te defiendas menos te lastimará
Yo asentí sin decir palabras (porque ella hablaba de un hombre)
Pero en oscuras noches como ésta
En soledad me descubro
Y cierro los ojos
Mientras el deseo corroe mi fragilidad.

Nuu in tiaa

Nikachi nanayu ná to'ní nuu ná tiaa
Na tise'é tínuú
Kachina ña chi nuu ná tiaa ta'vi níñe
Kachina ñaa ke'é iniyu ñaa ka'an tiaa
Té xítoni na nuu ká'án na xí'ín
Té xínunu nda'á nameé xító'nina nuui

Té ndákúánina saá ké ndixa ká'ana káchíñe
Nikúnda ini
Tákuañe kundani ké kutu'va ndi'i nuuñe
Chi té ná tanda'ai
Koo ká ndaki'in mií
Ndiani nuu in tiaa kuchún ka

Ndísu in kii ra ndondiso yu nuu yú
Ra, nuu ndákitá'án ichí,
In tiaa ra ndato'ni ra mí nuu yú
Ra in mí tá kachi ña si'í yu
Nduchí nuú rá ra ndiakua ini yu xandia ña
Ra nindoo in ña suchí ini
Xí'ín in si'va nuuiní.

Los ojos de un hombre

Mi madre me enseñó a no mirar a los hombres
Menos a los ojos
Dice que la mirada de un hombre es engañosa
Dice que no debo creerle
Si me mira cuando me habla
Si me mira cuando me acaricia

Que un hombre dice la verdad cuando cierra los ojos
Yo no entendí
Sólo pensaba en aprender rápido
Porque después de casarme
Nada podría salvarme
Ni siquiera la mirada de un hombre

Pero un día levanté la vista
Y, en un cruce de caminos,
Un hombre me miró directamente a los ojos
Y, como dijo mi madre,
Su mirada me atravesó me hirió me quebró
Dejando un dolor agudo
Y una semilla en mi vientre.

Té kéeyu ve'eyu

Vichin ké kee ndi ku'un ndi káchi na
Ndakundixi tachi
riki'in yu ichí ña kua'an intia'ndia un yuví
Ku'un xí'ína yuvi kua'an Ñuu'ní
A Ñuundaa a Ñuunduvi a in ka ñuu
Ndí vichin ké kánandi
Ñakan ndátan va'a ndi'i xani
Ndanama ndi katia
Kuxi ndi ini itúnxínu
Ndakin tachi ndi i'ma
Saá ndiá kita in na
Nda'yu ndiandu, kaña'á xí'ín ndi
Ndisu nisaáva

Kótóní keei ku'in
Ndakooi tachií ñuui
Ndakooiña ndó'ini in káni
Nduui in ka ña'á
Tá ndánama suchí koo

Keei ve'ei
Ndakooi meéyu
Xikói ndie in ka ñuuna
Sachúin nuu in ka yuví
Xaní
Ndakanini
Kindoo ini
Ndatiaku

Naa ini yu ña tandia kití in tiaa yu'u.

Salir de casa

Me han dicho que hoy saldremos
Hoy me vestiré de viento
Tomaré el camino que conduce hacia el infinito
Iré con la gente que marcha hacia Sinaloa
A Chihuahua a Hermosillo a donde sea
Hoy saldremos
Por eso empaqué todos los sueños que podré llevar
Transbordaremos
Comeremos en el camión
Respiraremos el humo a dísel
Alguien siempre alguien
Nos escupirá groserías desde alguna banqueta
No importa

Me encanta salir de casa
Abandonarme en este pueblo
Llevar mi alma lejos
Salvarme del dolor durante meses
Vestir otra mujer
Como una víbora que muda de piel

Salir de casa
Ausentarme de mí misma
Plantar mis fuerzas en otros sitios
Arañar la vida en otro suelo
Soñar
Pensar
Sentir
Vivir

Olvidar que alguien me toque sin pedir permiso.

Tikuva

Ndándika ndixin in tikuva xini ikú
Tá'nu rí saá kútú'va ndachí rí
Ndáye'e ndixin tixi ñu'u yé'e
Káva ndia xini itún ná'nu
Sokókava rí yuvi kána yoko xitian
Ndáá núú rí tá ñakúniyo
In tuva káni ndiaa in xikun
In ña'á sakan kúni ndaa in katia
Kua'aen in ka ñuu
Nu'ni sukuen xí'ín ña kúni ña.

Mariposa

Desde la cima de la montaña una mariposa abre sus alas
Aprende a volar en el viaje
Sus alas traslúcidas brillan bajo el sol
Esquiva altanera imponente
Pasa sobre arroyos donde evapora la mañana
Sube y baja como el calor del deseo
Y en el vuelo choca contra un huipil
De una mujer que está a punto de subirse a un camión
Con un destino incierto
Y con un deseo ferviente
como nudo en la garganta.

Ña'xáyó ñuyo ké tá'víyo

In kii ta'ví sanai kisi ñu'ú
Ta'ví nánai ña'ñu xiní
Ña va'a ná ta'ví kai ñe

Tá nita'vi kisi nita'vi ndii xani
Saá xakui iní xikuaa míté kún savi
Ña vichin té kóyo mií kii yá'a
Ndási nuí té xákui
Ná kundáinina suví kai
Chi xa in ña'á kúni ta'vi va kuí.

Costumbres para quebrarse

Un día por accidente quebré una olla de barro
Mi mamá me quebró en la cabeza los trozos que quedaron
Para que no me volviera a pasar

Como esa olla se quebraron mis sueños
Y lloré mientras la primera lluvia inundaba la tarde
Y ahora que la vida se va desgajando en días grises
Cierro los ojos al llorar
Para que nadie se dé cuenta que ya no soy
Sino una mujer rota a punto de desbaratarse.

Xáa ini

Kándíxai in ndióxi
In ndióxi ikú
In ndióxi koe kandaini
In ndióxi kúndasí na si̲'í
In ndióxi ña xíti̲a ni̲i̲
Ndióxi ni̲ka'a kaku se̲'e̲
Ndikoi
Kuisoi
Ndo'oi
Kundiéeéi
Ña ininu koi
Ña kandíxai
Ná ndakánini
Ná ka̲'áin
Ni̲nu̲ ná ko nu̲i

Kándíxai in indióxi
In ndióxi ndixa
In ndióxi inísaá/ikúsaá
Inñe ikú
Ndiva̲'a̲
In ndióxi ña̲'á
Sándiva'a xí'ín ña si̲'í
Ini ra̲ tiaa
Ndisaá ki̲i̲.

Creo

Creo en un solo dios
Un dios hostil
Un dios inmutable
Un dios que desprecia a la mujer
Creo en un dios de la menstruación
Que me hizo parir
Que me asignó moler
Cargar
Sufrir
Aguantar
Ser siempre menos
Obedecer
No pensar
No hablar
Agachar la mirada

Creo en un solo dios
Un dios verdadero
Un dios omnipotente/prepotente
Uno salvaje
Uno horroroso
Un terrible dios
Que le gusta torturar
y hacer menos a la mujer
A través del hombre
Todos los días.

Kua'an ichí

In kii íyoo yó'o
Ndásuvíyó ña va'a
Ñuu sava'a na xiiyo

In ka kii ndééyó in ka ñuu
Íxaníyo in ka yuví
Tiañu yuví xiníyo
Ndiátuyó xí'ín nuuyo
Ña íyo nuu in kana ndí koomiíyo

Kua'anyo tá in itia
Kééra ndia nu kána rá
In saá ndianu kókó tiáñú'ú miírá
Saá miírá kuurá, tina'nu tá tina'nu

Saá meé, ñá sávi
Kúi tákúndi'i tiakuí tákúndi'i itia
Kua'in chó'o chíkán
Ndándukúí in tiáñú'ú
Kokórai
Ndia nixaa.

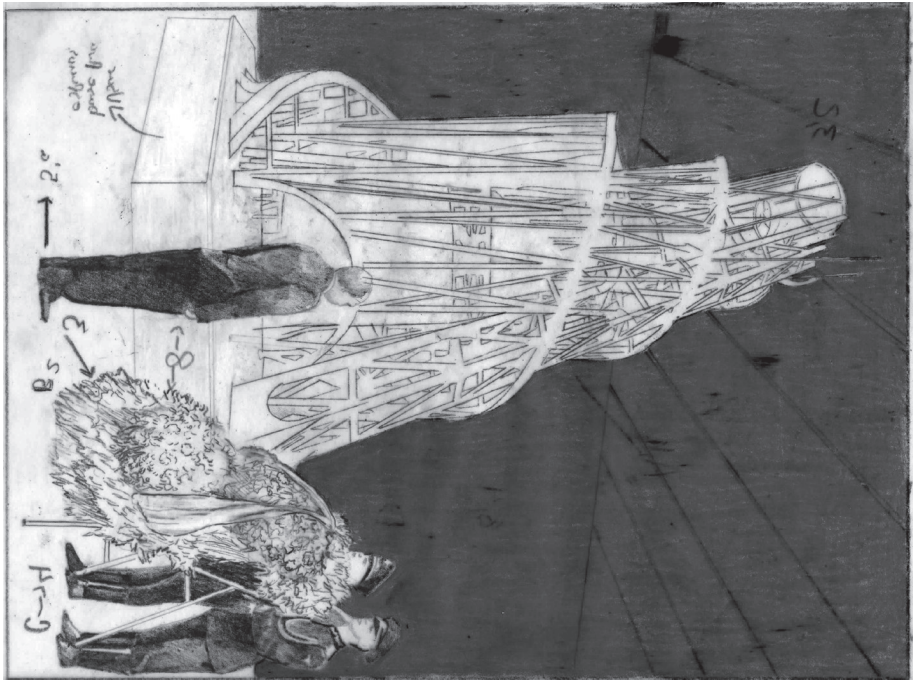
Viaje

Un día estamos aquí
Cobijando una esperanza
En un pueblo que fundaron nuestros abuelos

Otro día estamos en otro lugar
Soñando otros mundos
Entre gente que nunca conoceremos
Deseando con la mirada
Eso que tienen otros y que nunca será nuestro

El viaje es el río
Desde donde brota el primer ojo
Hasta donde lo devora el mar
Es el mismo, gota por gota

Y yo, la mujer *ñuu savi*
Soy todas las gotas de todos los ríos
Viajando de un lado a otro
En búsqueda constante de un mar
Que me devore
Para siempre.



GUION CINEMATOGRÁFICO

Presentación

El guion cinematográfico ha sido, desde el nacimiento del cine, una disciplina menospreciada: "una guía", "una referencia", incluso "algo que se tiene que hacer para conseguir dinero". Éstas son algunas de las frases que suelen decirse sobre el guion. Todos saben de escritura dramática y, por tanto, todos opinan y piden cambios. Las productoras importantes exigen que los guiones estén dentro de parámetros comerciales muy estrictos. Afortunadamente aún hay espacios para desarrollar esta actividad libremente, y uno de éstos es la beca que ofrece el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Como tutor es una enorme responsabilidad encontrarse con los jóvenes escritores y encausarlos para enfrentar sus propias ideas, sus propias convicciones, y de esta forma encontrarse a sí mismos a través de la violencia que vive el país, y de aquellos personajes que guardan secretos que los corrompen. Los buscan en el mar, sumergiéndose en él, o bien escarbando dentro de sus tesoros; los buscan en un terreno entre la leyenda de las ciudades de este país, así como de sus pueblos agrícolas y pesqueros; los buscan anteponiendo lo que son ellos mismos (sus convicciones, su historia de vida) al servicio de la escritura dramática y, claro, del cine.

Son estos escritores quienes buscan, mediante sus historias, hablar de nuestras preocupaciones profundas como seres humanos. Son estos jóvenes quienes buscan a un público que no se ha encontrado a sí mismo en las pantallas. Son estos cineastas quienes escribirán el cine mexicano de este siglo. Paula Natalia de

Anda Vargas, Ovidio de León, Raúl G. Campoy, Gustavo Hernández de Anda, Brenda Morales e Indra Villaseñor Amador desarrollaron un trabajo de escritura con grandes retos, de difíciles decisiones y, sobre todo, asumiendo que el guionista es un escritor en todo el sentido de la palabra. Quizá por ello en la época de oro del cine mexicano no hablaban de guiones, sino de libros cinematográficos.

Por ello, el guion es esa base que ante todo debe ser firme, sólida. Debe sostener una película que, a su vez, deberá convencer y conmover (en el más amplio sentido de la palabra) al espectador, y para eso necesita tiempo, dedicación y mucho, mucho trabajo duro. Es la forma, en resumen, de descubrirnos en la pantalla.

Carlos Gómez Oliver

Paula Natalia de Anda Vargas

El Buzo
(largometraje)

1. Ext. Tiendita. Noche.

Alguien estampa una pesada roca contra la ventana de la tiendita: el cristal se rompe, donde queda un hueco, no muy grande.
Cuatro muchachos escuchan el cristalazo y ven la ventana rota frente a ellos: son MOSCO (14 años), IRVIN (12 años), PILITAS (11 años) y ARETA (12 años), la única mujer del grupo, una chica masculina y testaruda tipo "tomboy", quien odia que le estén creciendo las chichis.
A partir de aquí nos referiremos a los cuatro muchachos como Los MALANDROS.

ARETA: (*Mirando la ventana rota.*) ¿Y ahora qué?
MOSCO: Shh...
IRVIN y PILITAS: ¡¡Shhh!! ¡¡Shhhh!!

Sus *shhh* son tan escandalosos como la voz que intentan callar.

MOSCO: (*A Areta.*) ¡Métete!
ARETA: ¿Yo?

Los chicos empujan a ARETA hacia la ventana rota, obligándola a entrar. Ella atraviesa el cristal; por poco se corta con los filosos vidrios.

Expectantes, los demás chicos miran la chapa de la tiendita, que se gira varias veces pero no se abre. ARETA vuelve a asomarse por el hueco de la ventana.

ARETA: (*En voz baja*.) Pásame la piedra.

El MOSCO recoge la roca del suelo y se la pasa, ella la recibe y, tomando viada, la arroja bien fuerte. El cristal termina de romperse haciendo un ruido estruendoso.
Los MALANDROS sueltan risitas ahogadas de celebración. Ahora que el hueco es lo suficientemente grande, todos entran a la tiendita. El último en entrar es el MOSCO, quien le dirige a ARETA una mirada de aprobación, y ella recibe esa mirada con orgullo.

2. Int. Tiendita. Noche.

Los MALANDROS se llenan sus regazos con el botín: papitas, cacahuates, galletas...
MOSCO abre la caja registradora: sólo tiene un miserable billete.
IRVIN toma una botella de aguardiente del anaquel, la abre, da un trago hondo.
PILITAS sacude la aparatosa hielera intentando abrirla, pero el candado no cede. MOSCO se acerca a él y lo ayuda a sacudir la hielera, pero el candado sigue intacto. IRVIN y ARETA se acercan a ellos: ahí están los cuatro rodeando la hielera, observándola como si se tratara del Santo Grial.
Desilusionado, el MOSCO patea la hielera.

MOSCO: ¡Chingado!

IRVIN y PILITAS secundan a su líder: entre los tres patean la hielera. ARETA los mira. Trama algo. Se sale de la tienda por el hueco de la ventana y al poco rato regresa cargando la roca con la que rompió el cristal.

Con un movimiento violento y certero, ARETA estampa la piedra contra el candado; éste al fin se abre. Los demás CHICOS celebran con una ovación discreta. Sacan las preciadas cervezas.
ARETA sonríe muy orgullosa. Merodea por la tienda hasta que algo al fondo colma su atención por completo: ¡el anaquel de los cigarros! Se acerca a él con emoción. Brinca para alcanzar las cajetillas pero es inútil. Cuando está a punto de lograrlo, se escuchan ladridos afuera de la tienda, y una voz que viene de afuera:

VOZ: (*O. S.*) ¿Quién anda ahí?

Alarmados, apurados, los CHICOS se salen de la tiendita por el hueco de la ventana. Todos menos ARETA, quien sigue terca tratando de alcanzar los cigarros, hasta que MOSCO la jala obligándola a salir con los demás.

3. Ext. Estero. Noche.

En vez de arena y playa, el estero está tupido de palmas, árboles y arbustos, y el agua es fangosa y verdusca.
Los MALANDROS están sentados en el suelo, cada quien con su cerveza en mano, de las que atracaron en la tiendita. Junto a ellos, regadas por la arena, hay varias botellas de cerveza vacías.
Emprenden un concurso de eructos: el de MOSCO es impresionante, pero el de IRVIN más y el de PILITAS aún más. Cuando llega el turno ARETA, ella eructa con un ruido agudo y ridículo, como el de una tortuga copulando. Los demás se burlan de ella. ARETA no sabe muy bien cómo reaccionar ante las burlas; se le revuelven los sentimientos con la borrachera y termina llorando. El PILITAS, quien está junto a ella, advierte su llanto.

PILITAS: ¿Ta's llorando?
ARETA: ¡No!
PILITAS: ¡Y sí! ¡Plebes, ta' llorando!
TODOS: ¡Pinchi llorona!
ARETA: ¡Y no!

Arrojada, ARETA se pone de pie y camina lejos, hasta llegar a unos arbustos a la orilla del estero. Se desabrocha los shorts y orina tras un arbusto, enjugándose las lágrimas.
Sostiene la mirada en el agua más allá del estero, donde comienza el mar. La luna, que está llena, ilumina el agua con potencia y, en algún punto de la superficie, rebota con algo que parece un pedazo de metal.
El pedazo de metal se acerca a la orilla. ARETA cierra los ojos apretándolos, vuelve a abrirlos, mira otra vez el pedazo de metal: ¿qué será? Lo sigue con la mirada: el pedazo de metal sale del agua hasta que se manifiesta la presencia de un BUZO**.**
Su traje es pesado y anacrónico. Como si se tratara del traje del primer astronauta que pisó la luna, pero con una pesada escafandra que le cubre la cabeza. De su escafandra cuelga una manguera que le llega a las pantorrillas. Atada al cuello trae una piola a manera de collar de la que cuelgan varias tenazas de langostas. Todo su traje está oxidado y cubierto de lama.
El BUZO termina de salir del agua, pasa junto a ARETA y continúa su trayecto atravesando el estero. Camina frente a MOSCO, PILITAS e IRVIN, quienes miran a ese "monstruo" aterrados. El BUZO se detiene a la altura de los chicos y mueve el cuello para verlos: basta ese sutil movimiento para que ellos salgan disparados, muertos de miedo, y huyan del estero.
ARETA continúa viendo al BUZO. Está petrificada, parece que sus piernas no le responden.
El BUZO no voltea atrás, camina lentamente a causa de su pesado y estorboso traje, cada vez más lejos del agua.
Se adentra en el pueblo. Se pierde al fondo de una calle estrecha de tierra.

Aparece el título de la película:
El Buzo

4. Int. Recámara de Macurca. Día.

En un rincón de la recámara está la máquina de coser. MACURCA (70 años) mueve el pie con cadencia, apretando el pedal para hacerla andar y terminar de bastillar una manta de organdí.
Saca la manta de la máquina de coser y tiende la cama con ella. Mira la cama tendida con la hermosa manta, sintiéndose orgullosa del resultado de su esfuerzo.
En la pared, arriba de la cabecera, cuelgan fotografías antiquísimas, de cuando MACURCA era joven a inicios del siglo XX. En una de las fotos, ella tiene trece años y posa sonriente junto a SILVESTRE (20 años), su hermano mayor. En otra foto aparece MACURCA sosteniendo dos grandes pescados, presumiéndolos a la cámara, con el cuerpo mojado por el mar y el agua hasta los tobillos.

ARETA: (*Desde afuera.*) ¡Tía!

ARETA, sobrina de MACURCA, entra a la recámara. Besa a su tía con cariño y le entrega una bolsa de papel. MACURCA la abre y en su interior descubre coloridos estambres.

MACURCA: ¿Te sobró?

ARETA niega con la cabeza. MACURCA entrecierra los ojos como evaluándola.

MACURCA: ¿¿Segura??

La NIÑA se esculca la bolsa de sus pantalones, saca unas monedas: se las da.

MACURCA: ¿Pa' qué querías estas monedas? Ni a los diez centavos llegan.
ARETA: En este pinchi pueblo diez centavos son una fortuna.

ARETA se deja caer en la cama. MACURCA se sienta en su máquina de coser y acomoda su labor, pero espía a ARETA por el rabillo del ojo.

MACURCA: Ni se te ocurra subir las patas, eh... ¿Y qué? ¿No tienes cama?
ARETA: Me gusta más la tuya (*acaricia la manta de organdí*). Te quedó bien chula tía. ¡Tía!, ya deja eso. Ven a acostarte conmigo.

MACURCA la mira enternecida. Duda, pero finalmente va y se acuesta en la cama junto a su sobrina.
ARETA mira el techo. MACURCA la mira a ella.

MACURCA: Te doy un peso si me dejas quitarte este granito.

ARETA niega con la cabeza.

MACURCA: ¡Ándale!
ARETA: Anoche vimos una cosa rara en el estero (*se incorpora sobre la cama*). ¡Era un buzo! No, ¡un monstruo!
MACURCA: ¿Un buzo o un monstruo, pues?
ARETA: Las dos cosas. ¡Te lo juro! Todos lo vimos, los plebes y yo.
MACURCA: ¿Qué hora era?
ARETA: De noche. Pero no sé bien qué hora, andaba medio briaga.
MACURCA: ¿Briaga? ¡Cómo es eso! ¡Hija de la chingada!
ARETA: ¡Por favor, no le digas a mi papá!
MACURCA: ¡Cómo no quieres ver cosas andando bien teporocha!
ARETA: ¿Le vas a decir?

MACURCA duda un momento, en silencio.

MACURCA: Ya sabes que no.

Aliviada, agradecida, ARETA se abalanza sobre su tía y la abraza con fuerza.

MACURCA: (*Mientras el abrazo transcurre.*) Ha de haber sido un buzo nomás, mi'ja. Hay gente que bucea de noche. Tu tío SILVESTRE siempre que había luna llena se iba pa'l mar en su barco. Decía que mientras más entrada la noche más fácil era encontrar perlas, según que la madreperla brilla con la luz de la luna.
ARETA: ¿En su barco?
MACURCA: ¿No te he enseñado fotos? Mira...

MACURCA, con la emoción de quien está a punto de hablar de su tema favorito, se para de la cama y camina hacia el cajón donde guarda los álbumes de fotos.

ARETA: ¡Ahistá, tía! Un buzo tiene su barco. Lo acabas de decir. Y una manguerita que lo une con su barco. Éste no iba conectado a nada. Era él solo.

5. Ext. Barco hundido en la profundidad del mar. Día.

Una LANGOSTA camina por la arena con movimientos graciosos, abriendo y cerrando su tenaza. La corriente la jala hacia atrás, pero ella se empeña en seguir su camino hasta llegar a una pierna que a nosotros ya nos resulta familiar: la del BUZO.
Sin ningún reparo, la LANGOSTA camina sobre el traje del BUZO hasta encaramarse en su pecho, donde se detiene a descansar. Fraternal, con amor, el BUZO acaricia a su mascota.

ÉL está sentado sobre la arena. Atrás está un barco oxidado y cubierto de algas y flora marina. El mar ya lo ha transformado en un arrecife artificial, de tantos años que lleva hundido.
El BUZO observa los peces nadando cerca de él: todos van en grupo, en bancos, en pareja. Dos adorables peces ángel real se comparten un poco de comida, parece que se están besando.
El BUZO observa la escena con particular atención. Baja la cabeza con melancolía.

6. Ext. Arrecife natural. Día.

El BUZO nada sobre el arrecife. Los corales y plantas le rosan el pecho de lo cerca que le quedan.
Mueve el follaje hasta encontrar unas ramas anaranjadas. Las arranca. Nada lejos.

7. Ext. Barco hundido en la profundidad del mar. Día.

El BUZO regresa al barco hundido, que es su casa. Se acerca nadando junto a la LANGOSTA, que duerme en un huequito del barco.
Le muestra las ramas anaranjadas que cortó en el arrecife. Ella encrespa el cuerpo y mueve sus antenitas con alegría: son sus favoritas. Se las come usando el guante de su amo como plato. El BUZO la mira comer.
De pronto se escucha el canto de un cetáceo. El BUZO voltea y descubre a lo lejos una mancha que parece ser un gigantesco animal. La mancha se hace más clara a medida que se acerca: es una BALLENA GRIS.
El cuerpo del BUZO, desde la bota hasta la escafandra, se erige en señal de emoción, pero también de miedo. Corre a esconderse detrás del barco hundido. La LANGOSTA corre tras él.
La BALLENA se acerca. El BUZO se asoma un poco. Detrás de su hombro se asoma también la LANGOSTA. Con miedo, el BUZO sale de su escondite. La BALLENA permanece quieta a unos metros del barco.

Los dos seres quedan uno frente al otro y el BUZO, armándose de un valor que hasta hace poco no conocía, se acerca un poco más a la BALLENA; pero ella se asusta, se da la media vuelta y se va.
Desilusionado, el BUZO la mira irse y convertirse, otra vez, en una mancha que se vislumbra en la lejanía.

8. Ext. Malecón. Noche.

En la bahía hay algunas canoas y embarcaciones ancladas.
Sujetándose de un bote, el BUZO mira en dirección al pueblo. Se abre la ventana de la escafandra y talla el cristal para desempañarlo. Por la penumbra de la noche no distinguimos su rostro. Vuelve a cerrar la ventana y permanece un momento viendo el pueblo: luce calmo, dormido, con sus calles solitarias.
El BUZO nada hacia la orilla.

9. Ext. Pueblo. Noche.

Las calles son de piedra y terracería. Las paredes de las chozas están despintadas. Éste parece un pueblo fantasma que dejó de habitarse hace muchos años.
Con pasos lentos debido a la pesadez de su traje, el BUZO camina por una de las calles maravillándose con los árboles, palmeras, cactus.
Recorre una calle reconociendo los comercios, el quiosco, las bancas.
Se acerca a un pequeño árbol tupido de buganvilias. Arranca una rama con flores, se abre la ventana de la escafandra y la huele. Su pecho se infla con su aroma.

10. Ext. Casa. Noche.

El BUZO mira detenidamente una casa color verde turquesa. Todavía trae la rama de buganvilias en la mano. Observa esa casa con tristeza y un poco de esperanza.
El perro CANEK se acerca al BUZO y le lame la bota. El BUZO se agacha y lo acaricia súper emocionado; parece que lleva años, más bien décadas, esperando acariciar a un perro. Coge una rama del suelo y se la lanza, CANEK corre tras la rama y al poco rato la trae de regreso.
El BUZO vuelve a lanzarle la rama, pero cuando lo hace, por la fuerza del movimiento, su mano enguantada sale volando por el aire, igual que la rama.
Alarmado, el BUZO contempla su muñón. CANEK corre tras la rama. A lo lejos un hombre grita:

DUEÑO DE CANEK: (*O. S.*) ¡Caneeeek!

El HOMBRE sigue gritando y silbando. Asustado y con prisa, el BUZO camina de vuelta al malecón.

11. Ext. Malecón. Noche.

El BUZO ha llegado al malecón y ya tiene los pies metidos en el agua cuando CANEK se acerca a él, cargando su guante en el hocico. Al verlo, el BUZO se pone muy contento, acaricia a CANEK y se hinca para recibir su guante, pero el perro no afloja la mordida. BUZO y PERRO forcejean con fuerza.

DUEÑO DE CANEK: (*O. S.*) ¡Caneeeek! ¡Pinche perro, ¿dónde andas?!

Asustado, el BUZO voltea hacia el pueblo y ve la sombra de lo que parece ser el dueño de CANEK.
Resignado, vuelve al mar sin su mano. Se pierde bajo la superficie del agua.

12. Int. Oficina del alcalde. Día.

Alguien deja el guante del BUZO sobre el escritorio del ALCALDE (40 años), quien viste una elegante y nívea guayabera.
Reflexivo y con asco, el ALCALDE mira aquella mano enguantada.

Raúl G. Campoy

Abismos

1. Ext. Cráter de Atexcac / Corona. Amanecer.

Polvo y tierra se alzan por un viento racheado.
La vegetación está muerta, quemada por meses sin lluvia.
Colores dorados, una pradera endurecida resplandece.
ANDRÉS (38 años) se encuentra parado al borde del cráter contemplando una hermosa laguna color verde turquesa. Con los ojos ahuecados, la piel pálida por su estado anémico y su rostro curtido por el sol, sudado y atormentado, apenas consigue contener el temblor de sus manos para encender un cigarrillo. Suspira con cada fumada y exhala grandes bocanadas de humo.
En su apariencia resalta un desagradable e indiscutible descuido por la higiene personal.
Un pequeño submarino que hace reminiscencia a un insólito TRILOBITES lo espera a orillas de la laguna. Una criatura metálica que se parece más a una pieza contorsionada de escultura *avant garde* que a cualquier otro submarino convencional. Construido con planchas de titanio multicolor, un portillo de cuarzo, patas hidráulicas, dos alargados tanques de oxígeno retirables en los costados inferiores y, en la parte frontal –en lo que corresponde a la cabeza del cromado animal– resalta un número "IV" matizado con esténcil y pintura blanca.
Con las manos crispadas, ANDRÉS le da un trago a una pequeña petaca de acero inoxidable e inicia su descenso por un empinado e irregular camino de tierra caliza, que es atravesado por las marcas que dejó la cola del pesado vehículo sumergible.

Al llegar a la playa entra al submarino por la portilla principal a una claustrofóbica cabina en forma de cúpula, donde presiona un botón que lo encierra dentro, liberando presión y aislándolo herméticamente del mundo exterior.

2. Int. Submarino Trilobites IV. Día.

ANDRÉS activa un pequeño reactor que ilumina todos los controles de la consola de mando y, en un autoestéreo, coloca un CD que reproduce algo similar a "Elegía" de New Order. El volumen de la música se sobrepone al resto de sonidos que produce el submarino, principalmente a los expulsados por la hélice del reactor.
Con una expresión de conmoción e incredulidad en su rostro, ANDRÉS comienza a arañar la palanca de mando con ambas manos, como si fuera por reflejo.

3. Ext. Cráter de Atexcac / Laguna. Día.

Torpemente, el submarino comienza a avanzar hasta llegar a una velocidad constante que lo mantiene a flote sin problema alguno, adentrándose en la laguna y, por la inercia, continuando a flote hasta detenerse al centro de la misma.
Con un fuerte sonido, producido por el engranaje oxidado, dos compuertas se abren de la parte inferior trasera liberando un burbujeo que permite la inmersión.
El TRILOBITES IV desaparece dejando una quietud total que apenas y es interrumpida por el vuelo de las aves.

4. Ext. Laguna / Profundidades del cráter.

Azul, profundo, y sin rasgos distintivos, el crepúsculo inicia a los mil metros de profundidad visible.
El submarino TRILOBITES IV se materializa fuera del azulado limbo, resaltando entre la oscuridad por una fluorescencia nuclear.

Dejando atrás los últimos rayos del sol, el descenso continúa en compañía de pequeñas partículas.

5. Int. Laguna / Submarino Trilobites IV.

ANDRÉS se seca el sudor con un pedazo de trapo y regula con un interruptor la intensidad luminiscente de la cabina, atenuándola casi hasta la negrura.
Los monitores del control de mando marcan la velocidad de descenso, profundidad, presión atmosférica y estado general del sumergible por medio de visualizadores de nueve segmentos.
No se percibe ser u objeto alguno a través de la ventana principal de cuarzo, sólo calma y oscuridad.
Un radar tridimensional es lo único que le ayuda a mantenerse lo más alejado posible de las amorfas paredes del cráter.
Cada segundo que pasa, el calor en el interior de la cabina se va volviendo más y más insoportable.
ANDRÉS observa con atención el monitor de descenso y, al llegar a los mil quinientos metros de profundidad, libera el oxígeno almacenado para activar los pulmones.

6. Ext. Laguna / Profundidades del cráter.

Flotando, a la mitad de la oscuridad, el submarino TRILOBITES IV abre un compartimiento frontal –que podría confundirse con una boca–, donde entra el agua y sale por unas hendiduras en los costados tipo branquias.
Dicha agua es bombeada activamente, con movimientos rítmicos, desde la cavidad bucofaríngea hacia la cavidad situada debajo del opérculo.
El área torácica del cromado animal se amplía y contrae.
Respira...

7. Int. Laguna / Submarino Trilobites IV.

De un apéndice mecánico, ramificado por cables de color azul fluorescente, al igual que por tuberías metálicas y de plástico, se desprende una agradable brisa fría.
ANDRÉS sonríe, suspira, y golpea la consola de mando en señal de emoción. Enciende un cigarrillo y lo fuma con total confianza. Continúa bebiendo.
El humo es absorbido por un escape de ventilación y expulsado fuera de la nave.

8. Ext. Laguna / Profundidades del cráter.

Como resultado de la respiración mecánica se produce CO2, el cual es eliminado por las agallas de una forma muy extrañamente natural para un ser metálico.
El submarino continúa el descenso en total tranquilidad cuando, abruptamente, una de las placas de titanio superiores se contrae y colapsa liberando grandes cantidades del oxígeno recién extraído del agua.

9. Int. Laguna / Submarino Trilobites IV.

Una alarma comienza a sonar y la luz de la cabina cambia a un rojo irradiante que titila incesantemente.
Los monitores pierden el control.
ANDRÉS intenta mantener la calma, y rápidamente acciona un interruptor que se halla bien resguardado por una pequeña portilla de cristal.
Se estremece.
Nada sucede.
Entrando en desesperación, repite la misma acción.

10. Ext. Laguna / Profundidades del cráter.

De la parte inferior frontal del submarino se abre una compuerta que libera dos enormes pesas de hierro y arena, las cuales caen a gran velocidad desapareciendo por completo entre la penumbra de lo desconocido.
Aún no se puede determinar la profundidad del cráter...
Esto no ayuda en lo más mínimo...
El TRILOBITES IV continúa en descenso.
Posición vertical.
Cola por delante.

11. Int. Laguna / Submarino Trilobites IV.

Un pequeño incendio eléctrico inicia en los circuitos que se encuentran en la parte trasera de la cabina.
ANDRÉS no le da mucha importancia.
Lo distrae e irrita más el hecho trágico de que una mosca haya entrado en la cabina, que el caos a su alrededor.
Se acaricia la barba.
De la placa de titanio que colapsó en la coraza se forma una abertura cuya fuga comienza a inundar el submarino.
ANDRÉS sonríe sarcásticamente y, mientras prende un cigarrillo con la colilla de otro y bebe de su petaca, se pone tan de pie como el incómodamente reducido espacio de la cabina se lo permite.
Dos botellas de whisky vacías caen de su asiento.
Se encuentra gravemente alcoholizado.
Caminando y tambaleándose, primero intenta cubrir con soldaduras todas las aperturas que se encuentran a su alcance. Pero la presión de la profundidad contrae todas las placas externas de forma tal que intuye una posible implosión. Se rasca la cabeza como si no lo entendiera.
Después, se deja caer al suelo como en la interpretación de un mal chiste y chapotea hasta dar con una rejilla industrial, la cual alza descubriendo una extraña manija de desprendimiento.

Con un fuerte eructo, la jala con toda la fuerza que su estado etílico le permite.
Las paredes del submarino revientan.

12. Ext. Cráter de Atexcac / Laguna. Día.

Del centro de la laguna emerge una enorme burbuja de lona anaranjada, que es inmediatamente atravesada del interior por una navaja retráctil de hoja negra con detalles plateados.
ANDRÉS sale de la burbuja dando un fuerte grito y, sin dejar pasar un segundo más, bracea a la pequeña playa de la laguna. Se recuesta en la arena. Por un momento le es imposible contener la risa que le provoca haber sobrevivido en el estado etílico en el que se encuentra.
Todos los sonidos comienzan a volver.
El sol del desierto es abrasador.
La brisa fresca es agradable.
Todas las aves se han ido.
ANDRÉS se cubre los ojos con el antebrazo e intenta calmarse, con mucho trabajo logra dejar de hiperventilar.

ANDRÉS: Muy bien… sí… sí… Ya puedo respirar.

13. Ext. Cementerio de contenedores. Día.

ANDRÉS se encuentra con ELRIC (64 años) frente a una deteriorada caseta a la entrada del cementerio. ÉL es un individuo enjuto y fornido, con cabello gris y el rostro curtido por la intemperie.
ANDRÉS lo saluda con un abrazo y una sonrisa.

ANDRÉS: ¡Ya puedo respirar!

ELRIC le responde con otra sonrisa.

ELRIC: No me pinches jodas…

AMBOS caminan, platicando y riendo como niños pequeños, por los irregulares pasadizos de un colorido laberinto asimétrico conformado por interminables hileras de contenedores que exponen, a puertas abiertas, un sinfín de piezas que pertenecieron en su momento a embarcaciones internacionales de todo tipo.
Abandonadas y dejadas a la corrosión por el óxido de un caluroso ambiente húmedo, que es invadido por el oloroso salitre marino.
Antiguas y modernas.
Marinas, terrestres y aéreas.
Chatarra en exhibición como dulcería.
Con un pequeño vehículo "tenedor-levanta-cargas", ELRIC acerca un remolque a uno de los contenedores, donde se observa una inmensa cantidad de cables, palancas y controles. Sin mucho titubeo, ANDRÉS toma lo que le sirve y lo arroja al remolque como si se tratase de utensilios cualesquiera, sin el grado de sensibilidad con el que fueron montados al realizar su primera función en existencia.
Su recorrido continúa en el área de calderas, recogiendo tuberías.
Después, pasan al área de hélices, y así sucesivamente van cargando el remolque del camión con todas las piezas necesarias para la construcción de un nuevo submarino: la quilla, el árbol de hélice, las planchas para el casco, los depósitos, diversos tipos de maquinaria, espolón y demás instrumentos de precisión.
La recolección termina con un hermoso atardecer.
ANDRÉS y ELRIC descansan y fuman un par de cigarrillos sentados en el cofre del camión.

14. Int. Casa de Andrés / Taller. Noche / Día.

ANDRÉS entra al taller y se estira alzando los brazos.
El lugar es enorme y al mismo tiempo un basurero, no se observa orden alguno. Las manchas de grasa, gasolina cauterizada y aceite han alcanzado los pilares del techo. Una abundante cantidad de herramientas y planos decoran las paredes sin armonía aparente.

También, esquinados al fondo del lugar, descansan las primeras pruebas de submarinos: los comunes en forma de cápsula y los TRILOBITES I, II y III.
Todos destrozados y algunos incluso quemados.
La construcción de un nuevo submarino inicia por el esqueleto.
ANDRÉS prepara las alas hidrodinámicas y suelda las placas del casco por los laterales a los mamparos que cierran el compartimiento estanco.
Una vez realizado lo anterior, clava los laterales hacia la proa y popa, uniendo la hélice y el soporte del timón. La sección de popa con el varillaje para el reemplazo de los controles de diseño personal.
Después de una taza de café, continúa por el motor y el eje de hélice, sella el casco y añade una cubierta removible.
Funde, enfría y corta los cristales de cuarzo para la ventana principal.
El mismo procedimiento se efectúa, con sus debidas modificaciones, a las planchas de titanio, las cuales amolda para recrear la forma del animal marino extinto.
De los modelos anteriores aprovecha secciones previamente construidas, optimizándolas al máximo posible para acrecentar el rango de seguridad, añadiendo un manómetro y rediseñando por completo el interior, incluyendo detalles estéticos como un asiento reclinable de piel sintética.
Por las ventanas superiores del taller se alcanza a contemplar el paso de los días y de las noches. ANDRÉS sólo detiene su trabajo para comer a medias.
Su ropa, que inició como una playera blanca y un pantalón beige, ahora se encuentra manchada por completo de negro.
Para finalizar, revisa cada parte: el timón de inmersión de popa, el sistema de propulsión nuclear, la escotilla de salvamento, la escotilla de acceso, el timón de inmersión de proa, el sonar guía, los acumuladores, el reactor nuclear, el motor, la escotilla de embarque, la cámara de mando, los sistemas de resistencia a la presión de inmersión, la turbo-bomba, el motor eléctrico, los tanques de oxígeno, cada escotilla y, entreteniéndose, pinta el submarino con

un negro cromado, dándole como toque conclusivo un número cinco romano pintado con esténcil en la parte superior frontal.
Orgulloso, ANDRÉS aplaude y observa su nueva creación.
Se escucha el sonido de un automóvil estacionarse frente a la casa; acto seguido ELRIC entra al taller.

ELRIC: ¿No has salido… verdad?
ANDRÉS: Loco, tengo otra prueba previa para buscar el corazón… ¿Quieres acompañarme?

ELRIC observa al submarino TRILOBITES V.

ELRIC: ¿Ése es nuevo?

ANDRÉS se encoge de hombros y continúa con su trabajo.

ANDRÉS: Sí, sí, sí… sí, tuve un problema de presión con el anterior y lo tuve que abandonar.
ELRIC: ¿De presión? Vas a seguir con las pruebas…
ANDRÉS: En esta ocasión… todo será perfecto, pero necesito tu punto de vista sobre los controles y ese iris… no es como si estuviera siguiendo un manual.

ELRIC baja la cabeza y se queda boquiabierto por unos segundos, mientas acompaña a ANDRÉS alrededor del taller en busca de piezas y herramientas de las cuales se dan a entender por medio de un lenguaje de señas.
El estremecimiento es evidente.
La idea de abordar un submarino lo aterra.

ELRIC: No lo sé, Andrés… tengo que darle de cenar a mi gato. ¿Cuándo saldríamos?

ANDRÉS hace tronar los huesos de su cuello.

ANDRÉS: Ahora mismo. Eso que dijiste no es una excusa… yo, por ejemplo, aún estoy lejos de mi misión y no puedo perder más tiempo.

ELRIC rechina los dientes y observa a ANDRÉS de pies a cabeza, notando su deteriorado estado físico.

ELRIC: Te vez muy mal, deberías comer.

ANDRÉS de detiene y entrecierra los ojos.

ANDRÉS: No puedo comer, Elric, cuando estoy trabajando… los procesos digestivos ocupan sangre y oxígeno que necesito en su totalidad para mi cerebro.
ELRIC: Seguro no tienes ni la menor idea de lo ridículamente incorrecto… y tonto que suena eso que acabas de decir.
ANDRÉS: Seguro…

ELRIC se acerca al submarino, ANDRÉS se le acerca.

ANDRÉS: Vamos a cenar a tu casa con Blitz y a la laguna antes de que salga el sol, quizás hasta podríamos sacar un par de caguamas.
ELRIC: Bien, pues debes…

ELRIC tenía algo más que decir, pero una pequeña risa provocada por la desesperación lo interrumpe.

ANDRÉS: ¿Qué pasa?
ELRIC: Nada, sólo imaginé oficiales de tránsito deteniéndonos por manejar un submarino, alcoholizados.

ANDRÉS se remoja los labios con la lengua y sonríe.

ANDRÉS: Lo puedo ver, ¿seguro quieres acompañarme?
ELRIC: Al viaje, sí… no a la inmersión… No puedo, aún sueño con la sensación de asfixia.

Un fuerte mareo golpea a ELRIC, quien pierde el suelo y busca con ambas manos un punto de apoyo, el cual no encuentra. ANDRÉS deja de trabajar y lo ayuda a sentarse en una silla de madera a un lado de una mesa llena de aceite, papeles y herramientas.

ANDRÉS: No tienes que ser tan dramático, no hay problema… (*Sarcásticamente*.) Me sentiré honrado si sólo me acompañas.

ELRIC se cubre los ojos con una mano.

ELRIC: Lo pensaré en el camino…

AMBOS guardan silencio.

Gustavo Hernández de Anda

Las sirenas de San Agustín

Sobre negros:

Escuchamos el canturreo proveniente de una voz femenina. Aparece el siguiente poema:

Pero el relato se equivoca: ¿de cuándo acá
las sirenas son monstruos o están así por castigo divino?

Más bien sucede lo contrario: son libres,
son instrumentos de poesía. Lo único malo es que no existen.
Lo realmente funesto es que sean imposibles.

Fragmento de "La sirena", de José Emilio Pacheco

Fade in:

1. Ext. Playa de San Agustín. Amanecer.

Continúa el canturreo de la secuencia anterior.
Una extensa playa cubierta de cadáveres humanos indistinguibles que son bañados por el mar. El sonido de las olas aumenta hasta predominar y comenzar a distorsionarse.

2. Int. Casa de los Quintana / Cuarto de Jacobo y Karen. Noche.

JACOBO QUINTANA, un hombre de piel tostada de unos 40 años, despierta; su respiración delata que no tuvo un sueño agradable. A su lado y de espaldas KAREN, su esposa, una mujer de unos 35 años y de tez morena clara también abre los ojos, pero finge continuar dormida.
JACOBO se incorpora, se viste y sale de la recámara.

3. Ext. Playa de San Agustín. Noche.

JACOBO y varios PESCADORES empujan sus curtidas lanchas sobre la arena hasta alcanzar el mar.

4. Ext. Mar. Noche.

La madrugada está cerca. Los PESCADORES están de pie sobre sus lanchas, lanzan sus redes: sus figuras contrastan con el cielo que ya comienza a pintarse de un azul claro.

5. Int. Casa de los Quintana / Cocina. Mañana.

KAREN prepara el desayuno, le ayuda CRISTINA, hija de ambos, la cual tendrá por mucho 17 años. En ella resaltan sus ojos verdes, similares a los de su padre. KAREN coloca la comida en una especie de lonchera y se la entrega a CRISTINA.

KAREN: Nomás lo dejas y te regresas.
CRISTINA: ¿Adónde vas?
KAREN: Con Sonia, a preguntarle unas cosas.

CRISTINA hace un gesto de molestia.

KAREN: (*Cont'd.*) No tardo.

CRISTINA: Siempre dices eso.

KAREN mira a su hija. CRISTINA le sonríe y sale de la casa.

6. Ext. Playa de San Agustín. Mañana.

Los PESCADORES separan la pesca, tiran lo que no sirve cerca de la orilla para que el mar se lo lleve. Limpian y cortan el pescado, después lo colocan en cajas de plástico.
Unas gotas de sangre de los pescados caen en la arena húmeda, las manos de los PESCADORES también sangran de manera discreta. Todo esto es mostrado con crudeza.
JACOBO, con ayuda de FERNANDO, su mano derecha, coloca las cajas de pescado en la caja de una vieja camioneta tipo *pick up* color blanco.
CRISTINA se acerca a la camioneta, lleva la lonchera. JACOBO al darse cuenta la aparta un par de metros.

JACOBO: Te he dicho que no me gusta que vengas acá.

CRISTINA se molesta ante el regaño. Un par de pescadores la miran de manera discreta y vuelven a sus labores.

CRISTINA: Ya sé, pero no estabas en la bodega y tengo que empezar a preparar la comida porque mamá se fue al Santuario.
JACOBO: ¿Se fue desde temprano?
CRISTINA: (*Mirando el mar.*) Ajá.
JACOBO: ¿Y a qué hora piensa abrir la bodega?

CRISTINA lo mira con cara de "no me preguntes a mí". JACOBO abre la puerta del copiloto de la camioneta.

JACOBO: (*Cont'd.*) Súbete, ahorita nos vamos.

CRISTINA se sube de mala gana, aburrida. FERNANDO, encima de la parte trasera de la camioneta, acomoda las cajas de plástico con el pescado y mira de reojo a CRISTINA, quien no se da cuenta por estar de espaldas. ELLA, mientras tanto, mira por el espejo retrovisor a ARMANDO, un joven pescador, quien también mira hacia la camioneta. En el rostro de CRISTINA se dibuja una sonrisa.

7. Ext. Bodega Las Sirenas. Día.

Una bodega pequeña venida a menos con las paredes descarapeladas, apenas se alcanza a distinguir la pintura del letrero "BODEGA LAS SIRENAS". La camioneta *pick-up* estacionada, JACOBO y FERNANDO meten varias cajas con pescado a la bodega. CRISTINA los espera aburrida, recargada sobre la camioneta; de pronto el sonido de un avión que pasa hace que fije su mirada en el cielo.

8. Ext. Calles de San Agustín. Día.

San Agustín es pequeño, las casas no siguen un patrón en particular al igual que sus calles, las cuales recorre sin prisa la camioneta de JACOBO. Varias MUJERES caminan con tranquilidad, solas o en pares y en distintas direcciones; aunque también hay HOMBRES, notamos que son minoría. Un PAR DE NIÑOS juegan futbol en la calle. CRISTINA viaja en la parte trasera de la camioneta, entre un par de cajas de pescado, mientras ve el pueblo con desánimo.

9. Ext. Casa de los Quintana. Día.

La camioneta se detiene, CRISTINA baja y toma tres pescados de una de las cajas que aún llevan. Entra a la casa sin despedirse. JACOBO y FERNANDO la miran por un momento y se vuelven a poner en marcha.

10. Ext. Entrada de San Agustín. Día.

La camioneta sale del pueblo y toma carretera, vemos que un letrero de madera con pintura informa su nombre: SAN AGUSTÍN.

11. Ext. Santuario. Día.

Un poco apartado del pueblo se encuentra el Santuario: una choza grande, adornada a su alrededor por algunas jaulas con pájaros y amuletos colgantes. SONIA, una mujer robusta de 60 años, está sentada a la sombra del árbol más próximo, mirando el mar. KAREN, recién llegada, lleva una bolsa con comida e intercambia una mirada de complicidad con SONIA.

11A. Int. Santuario. Día.

El Santuario está cubierto con hojas de palmeras pintadas de distintos colores y de manera burda. Al fondo está el altar, decorado con distintas hierbas; lo complementan varios huesos de animales de distintos tamaños. Una figura de una sirena está pintada en el centro, la rodean grandes olas. Frente al altar están sentadas un PAR DE MUJERES y un HOMBRE MAYOR.
SONIA y KAREN entran: la primera acomoda la bolsa con comida en un rincón y después procede a prender un par de inciensos en el altar.

KAREN: (*Murmurando.*) Jacobo soñó con los cuerpos.

SONIA repasa con la mirada los objetos del altar.

KAREN: (*Cont'd.*) No va a tardar en soñar más cosas.

KAREN se coloca al lado de SONIA, buscando su mirada, mientras ésta suspira.

SONIA: ¿Qué quieres que te diga?

KAREN mira el altar.

SONIA: (*Cont'd.*) (*Murmurando.*) Te lo dije hace un mes, la muerte se aproxima.

Las dos se quedan en silencio, KAREN continúa asistiendo a SONIA.

12. Int. Casa de los Quintana / Cocina. Día.

CRISTINA está preparando la comida. De un pequeño radio suena una canción. CRISTINA tararea la melodía; de pronto recuerda la letra y canta también: tiene una hermosa voz. En ese momento tocan a la puerta, CRISTINA quita el cerrojo con normalidad y se vuelve a supervisar la comida. Por la puerta entra AMAYA, una chica de su misma edad: su mejor amiga.

AMAYA: ¿Qué haces?
CRISTINA: ¿Qué, no ves?

AMAYA se sienta en la mesa de la cocina.

AMAYA: ¡Uy, ya cásate!

CRISTINA se ríe.

CRISTINA: (*Sarcástica.*) Estoy haciendo pescado porque en este pinche pueblo comemos pescado siempre, ya lo sabes.
AMAYA: Exagerada.
CRISTINA: Te quieres ir de aquí tanto como yo.

AMAYA: Creo que yo tengo más ganas, ya no aguanto.

AMAYA saca una cajetilla de cigarros, toma uno, lo enciende. CRISTINA detiene su labor con la comida, prende un cigarro y se sienta frente a su amiga.

AMAYA: (*Cont'd.*) ¿Y?

CRISTINA sonríe nerviosa.

CRISTINA: ¿Qué?
AMAYA: No te hagas güey.
CRISTINA: Pues... seguimos viéndonos a escondidas.
AMAYA: Tú papá lo mata si se entera.
CRISTINA: Y luego me mata a mí.

AMBAS ríen.

AMAYA: ¿Y ya?
CRISTINA: ¿Ya qué?
AMAYA: Pues… si ya…
CRISTINA: No, aún no, pero…

Una olla de agua hirviendo comienza a desparramarse.

13. Ext. Carretera. Día.

La camioneta blanca *pick-up* está estacionada, con una lona de plástico que reza: "PESCADO FRESCO", a un costado de una carretera que cruza un pequeño pueblo, donde se colocan varios coches de igual manera a vender distintos productos de la región. JACOBO y FERNANDO, recargados en el auto, esperan que algún coche se detenga; pero apenas y pasa alguno. JACOBO desespera,

se quita la cachucha y seca el sudor de su frente con un pañuelo para después volverla a su lugar.

JACOBO: ¡Vámonos!

JACOBO y FERNANDO abordan la camioneta y emprenden camino.

14. Ext. Carretera. Día.

La camioneta atraviesa una carretera con varias curvas. El punto blanco que es la camioneta apenas se distingue, mientras atraviesa la maleza que parece querer tragarse el asfalto.

15. Ext. Bodega Las Sirenas. Día.

Afuera de la bodega, KAREN atiende una hilera de HABITANTES que esperan el pescado que les corresponde. Sobre una mesa de madera, ella despacha y lleva las cuentas en una pequeña libreta. CRISTINA llega al lugar con AMAYA, ambas se acercan a KAREN.

KAREN: (*A Cristina*.) Necesito que termines por mí.
CRISTINA: ¿Qué? No... yo…
KAREN: Que te ayude Amaya... necesito volver al Santuario.
CRISTINA: ¡Mamá!...

KAREN no da oportunidad para que CRISTINA se niegue y deja el lugar.

16. Ext. Segunda carretera. Día.

JACOBO y FERNANDO están recargados en la camioneta en un pueblo carretero similar al anterior: se ve más desierto aún.

FERNANDO saca de la bolsa de su pantalón una cajetilla de cigarros, le ofrece a JACOBO, pero éste lo rechaza.

FERNANDO: Ya no va a aguantar hasta La Cruz.

JACOBO mira las cajas con pescado siendo merodeadas por algunas moscas, después mira el cielo nublado: se aproxima una tormenta.

JACOBO: Ayúdame.

JACOBO sube a la caja de la camioneta, FERNANDO guarda el cigarro que estaba por fumar y sube también. Entre ambos levantan las cajas de plástico y tiran toda la pesca sobre la tierra dejando formado un bulto.

17. Ext. Santuario. Tarde.

KAREN sentada sobre la arena observa el mar y las nubes casi negras. El viento, consecuencia de la próxima tormenta, provoca olas cada vez más fuertes. SONIA sale del Santuario y se sienta a su lado.

KAREN: Quisiera poder interpretar las olas como tú.

SONIA sonríe.

SONIA: A tu edad ni siquiera ayudaba en el Santuario, andaba de un lado para otro por los pueblos de la costa.

KAREN toma un poco de arena con su mano y la deja caer entre sus dedos.

SONIA: (*Cont'd.*) Aunque no lo creas, el mar puede equivocarse.

KAREN mira las olas, se escuchan truenos.

KAREN: Mi familia ya está marcada, Sonia.

KAREN se levanta y se retira.

18. Int. Casa de los Quintana / Cuarto de Cristina. Tarde.

CRISTINA y ARMANDO están recostados en la cama besándose. ÉL desnudo encima de ella, quien sólo lleva unas bragas blancas. ARMANDO, muy excitado, retira torpemente la ropa interior de CRISTINA, ella se nota nerviosa. Se escuchan los truenos. Él introduce sus dedos en ella provocando un tímido gemido, luego otro.

CRISTINA: (*Voz baja.*) Ya...

ARMANDO deja de masturbarla, se coloca encima de ella y la penetra toscamente. Continúan teniendo sexo mientras un relámpago ilumina la habitación.

19. Ext. Entrada de San Agustín. Tarde.

La camioneta de JACOBO se detiene al notar una camioneta negra tipo Suburban estacionada cerca de la entrada al pueblo. JACOBO baja del auto, FERNANDO se queda dentro.
Recargado en el cofre de la camioneta negra está EL BALA: un hombre de menos de 30 años, moreno y flaco, con una cara alargada y un rostro de facciones toscas, en un costado de su frente destaca una vieja y larga cicatriz. Los hombres se miran por un momento, JACOBO esboza una leve sonrisa, algo nerviosa.

JACOBO: Pinche Erasmo...

EL BALA sonríe al escuchar su nombre.

EL BALA: Sólo tú me puedes decir así, cabrón.

EL BALA se acerca y se funde en un abrazo con Jacobo.

JACOBO: No puedo recordar la última vez que nos vimos.
EL BALA: ¡Qué importa!, yo tampoco.

JACOBO mira con cariño a EL BALA.

JACOBO: ¿Cómo estás?
EL BALA: ¡A toda madre!

JACOBO observa la camioneta.

EL BALA: (*Cont'd.*) ¿No conocías a la Ballena, verdad?

JACOBO niega con la cabeza.

EL BALA: (*Cont'd.*) Ven, súbete.
JACOBO: No, no, otro día con más calma...

20. Int. Camioneta de Jacobo. Tarde (continuo).

FERNANDO, sentado en el asiento del copiloto, observa incómodo a JACOBO y a EL BALA conversando.

21. Ext. Entrada de San Agustín. Tarde (continuo sec. 20).

JACOBO y EL BALA continúan conversando.

EL BALA: Si no lo quiere recibir, guárdalo tú, por si llega a ocupar algo.

JACOBO sostiene un sobre con dinero.

JACOBO: Apenas y me reconoce.

EL BALA se confunde.

JACOBO: (*Cont'd.*) Se la pasa en silencio ca…
EL BALA: Con más razón: tómalo y guárdalo... si necesita medicinas pues de ahí.

JACOBO acepta con resignación el sobre con dinero. Se dan un apretón de manos.

EL BALA: (*Cont'd.*) Quiero verla...

JACOBO no dice nada.

EL BALA: (*Cont'd.*) Al menos dime que vas a pensar en algo.

JACOBO asiente, da la vuelta para caminar hacia su camioneta...

EL BALA: (*Cont'd.*) Hay otra cosa.

JACOBO se vuelve.

JACOBO: ¿Qué?
EL BALA: Necesito que hablemos, pero no hoy… te busco en la semana.

EL BALA se aleja sin dar oportunidad de réplica y dejando intrigado a JACOBO.

22. Int. Camioneta de Jacobo. Tarde (continuo).

Antes de arrancar y entrar al pueblo, JACOBO y FERNANDO observan la camioneta de EL BALA tomar carretera y alejarse.

23. Ext. Calles de San Agustín. Tarde.

La lluvia cae de manera moderada, pero suficiente para que todos los habitantes estén resguardados en sus casas. JACOBO camina deprisa por las calles que comienzan a llenarse de lodo.

24. Ext. Casa de Gabriela. Tarde.

Lo primero que proyecta la pequeña casa es la idea de abandono, además de estar en los límites del pueblo, apartada. JACOBO se acerca y toca la puerta; desesperado ante la falta de respuesta, saca una llave de su pantalón y abre.

25. Int. Casa de Gabriela. Tarde.

La penumbra deja distinguir que hay muy pocos muebles. Al fondo, en el único cuarto, se distingue una luz. JACOBO camina hacia el fondo con tranquilidad.

26. Int. Casa de Gabriela / Cuarto. Tarde.

Al lado de una austera cama individual perfectamente tendida, sentada sobre una mecedora, se encuentra GABRIELA: una delgada mujer que casi llega a los 80 años, quien mira por la ventana

la lluvia. JACOBO se sienta al borde de la cama para quedar cerca de ella.
JACOBO nota que sobre una mesa está un plato con comida, apenas con un par de bocados. GABRIELA voltea a ver a JACOBO, pero éste no logra sostener la mirada fría y cansada de ella. La mujer vuelve a fijarse en la ventana.

JACOBO: Erasmo quiere verte.

GABRIELA no se inmuta.

JACOBO: (*Cont'd.*) Me lo acabo de to…
GABRIELA: ¿Sigues soñando?

JACOBO se sorprende por la pregunta.

JACOBO: Ya va para un mes que comenzaron.

GABRIELA suspira. La lluvia incrementa. JACOBO se levanta con intención de retirarse.

GABRIELA: (*Sin quitar la vista de la ventana.*) Van a seguir hasta que no distingas si estás en un sueño o no.

JACOBO mira a GABRIELA postrada en la mecedora; ella mueve los labios como si estuviera murmurando. ÉL la mira resignado, da un paso hacia la salida pero se detiene al escuchar:

GABRIELA: (*Cont'd.*) Aunque yo no quiera.
JACOBO: ¿Cómo?
GABRIELA: Erasmo ya viene.

JACOBO no encuentra sentido a las palabras de la mujer y sale de la habitación, se escucha que cierra la puerta de la casa.

27. Int. Casa de los Quintana / Cocina. Noche.

JACOBO, KAREN y CRISTINA sentados a la mesa cenan sin conversar. La lluvia continúa al igual que los truenos.

28. Int. Casa de los Quintana / Cuarto de Cristina. Noche.

La lluvia sigue, los relámpagos iluminan el cuarto. CRISTINA duerme tranquilamente y con una mano acaricia su vientre de manera sutil.

29. Int. Casa de los Quintana / Cuarto de Jacobo y Karen. Noche.

KAREN y JACOBO tienen sexo. Ella arriba de él, la intensidad va en aumento hasta que KAREN tiene un orgasmo. Después ella se recuesta a su lado y lo masturba.

30. Ext. Playa de San Agustín. Mañana (onírico).

La extensa playa está cubierta de pescados muertos. JACOBO en medio de la playa observa aterrado la escena... se arrodilla y hunde sus manos en la arena por un momento. Reacciona al sentir algo debajo, saca las manos y sostiene un pescado que estaba enterrado: éste es distinto pues tiene ojos humanos. JACOBO no cree lo que observa, se fija otra vez y nota que todos los pescados a su alrededor también tienen ojos humanos.

31. Int. Casa de los Quintana / Cuarto de Jacobo y Karen. Mañana.

JACOBO está sentado a la orilla de su cama reflexionando, afectado por la pesadilla: en su rostro aún hay rastros de sudor. KAREN

despierta. El ruido proveniente de un alboroto en la calle que llama la atención de ambos.

32. Ext. Playa de San Agustín. Mañana.

Un enorme cachalote muerto de unos dieciocho metros de largo yace varado en la arena, las olas del mar ya no lo alcanzan. Está rodeado por varios habitantes que lo miran entre sorprendidos y asustados; entre ellos están ARMANDO, FERNANDO y SONIA. JACOBO, KAREN y CRISTINA llegan a la playa, caminan hasta el cuerpo y lo contemplan sin decir nada. KAREN y SONIA cruzan miradas de preocupación a la distancia.

Ovidio de León

Terrestre

1. Pantalla en negros. Se escucha el sonido gradual de truenos. Las olas del mar golpean la arena.

PEPITO: (*V. O.*) Los pescadores del mercado hablaban de Pepito El Terrestre… decían que había nacido en la playa, del tamaño de un chamaco de cinco años.

Se escuchan gritos estridentes de dolor.

Fade in:

2. Ext. Playa Miramar. Noche (1920).

Hay luna llena y es una noche estrellada. VICTORIA (23 años), de pelo negro largo y suelto, está pariendo debajo de una carpa en la playa; suda y escurre sangre de sus piernas.
TRES PARTERAS (30 años) la asisten en el parto. Los truenos se escuchan cada vez más fuertes y comienza a llover.

PEPITO: (*V. O.*) Decían que todas las gentes de la playa salieron a ayudar.

HOMBRES, MUJERES y NIÑOS caminan por la arena en dirección a la carpa, sosteniendo palas, pinzas y cubetas.

PEPITO: (*V. O.*) (*Cont'd.*) Y contaban que un olor a leche fresca llegó a los malecones de Tampico, uno que sólo los gatos y los recién nacidos podían oler.

VICTORIA grita adolorida mientras puja hasta que es interrumpida por el llanto del RECIÉN NACIDO.
Una PARTERA termina de extraer a un BEBÉ de su cuerpo, quien tiene la complexión física de un NIÑO de cinco años.
La PARTERA entrega al BEBÉ en brazos de VICTORIA, quien lo mira con lágrimas y una sonrisa. El recién nacido, ensangrentado y lleno de vísceras, no para de llorar.
VICTORIA empieza a tararear una canción de cuna. Todos los presentes guardan silencio. Es un momento casi espiritual.
Gradualmente, el BEBÉ deja de llorar.

Pantalla en negros. Aparece el título: "Terrestre".

3. Ext. Centro de Tampico. Día (1933).

Es un día muy soleado. PEPITO (13 años), de estatura promedio, con piel morena, pelo negro corto y relamido, camina en su uniforme de la escuela a un lado de VICTORIA (32 años). Ambos sudan por el calor.

PEPITO: (*V. O.*) La verdad fue que crecí como cualquier otro chamaco.

PEPITO observa con atención algunos carruajes y personas montadas a caballo, gallinas en las esquinas, PESCADORES vendiendo su mercancía fresca, MUJERES cargando canastas de fruta sobre sus cabezas.
VICTORIA llega a la carnicería y entra. PEPITO se queda afuera, observando con atención un PERRO callejero, esquelético, rodeado de zancudos y lamiendo sus heridas.
PEPITO se inclina para acariciar al perro.

VICTORIA: (*O. S.*) ¡José!

PEPITO reacciona y entra a la carnicería.

4. Int. Carnicería. Cont.

PEPITO se acerca al mostrador. VICTORIA habla con el CARNICERO (42 años), de complexión ancha y calvo. El CARNICERO intenta hacerle plática.

CARNICERO: Ta' buena la calor, ¿no? Dicen que el domingo viene un norte.

VICTORIA asiente por cortesía.

VICTORIA: Medio kilo de carne pa' llevar, si no es mucha molestia.

El CARNICERO sonríe, lascivamente.

CARNICERO: ¿Cómo va a ser molestia, doña Victoria? A usté' lo que me pida. ¿Eso nomás?
VICTORIA: Eso nomás.

El CARNICERO camina a la parte de atrás, donde hay reses colgadas y despellejadas. PEPITO mira al CARNICERO rascándose el trasero con la misma mano que rebana la carne con un cuchillo largo y afilado.

PEPITO: (*V. O.*) Siempre tuve miedo de que mamá me dijera: "El carnicero es tu papá".

El CARNICERO regresa con medio kilo de carne envuelta en papel. VICTORIA toma la carne y saca unas monedas de su bolsa, empieza a contar una por una.

CARNICERO: Ahí me paga a la otra.

VICTORIA murmura "gracias", toma a PEPITO de la mano y camina hacia la puerta. PEPITO voltea de reojo y observa al CARNICERO mirando el trasero de su madre. PEPITO le saca la lengua.

5. Ext. Carnicería / Calle del centro. Día.

PEPITO y VICTORIA cruzan la calle. PEPITO voltea a su alrededor, donde ve que su madre acapara la mirada de los hombres.

PEPITO: (*V. O.*) Cuando salíamos a la calle, lo buscaba en las caras de los señores de Tampico. Alguno tenía que parecerse a mí.

PEPITO observa a todos con atención: al VENDEDOR DE FRUTAS, al PLOMERO, al ORGANILLERO, a los VENDEDORES AMBULANTES. Ninguno se parece a él.

6. Ext. Escuela primaria Gabino Barreda. Día.

PEPITO y VICTORIA llegan a la entrada de la escuela. Afuera del portón está sentado un CIEGO (75 años) vestido de harapos.
El PERRO callejero de la carnicería está acostado al lado del CIEGO, quien canta una canción muy mal entonada.

CIEGO: ¡Dios llevársela ha querío, y yo en mi triste abandono, después de lo que ha sufrío... de corazón la perdono!

VICTORIA voltea a ver a PEPITO.

VICTORIA: Te portas bien mi'jo, no llegues tarde que don Artemio viene a comer.
PEPITO: Sí, señora.

VICTORIA lo persigna y espera a que PEPITO cruce el portón de la escuela, luego se va.
Después de un momento, PEPITO se asoma por el portón: espera a que su madre dé la vuelta en la esquina y sale de nuevo, se para frente al CIEGO.
El PERRO se acerca y empieza a lamerlo. PEPITO lo acaricia.

PEPITO: (*Cont'd.*) ¿Cómo se llama tu perro?
CIEGO: No tiene nombre ¿Tú cómo te llamas?
PEPITO: José.
CIEGO: Tons' se llama José.
PEPITO: ¿Me lo regalas?

El CIEGO suelta una risa y escupe un gargajo en el piso.

CIEGO: ¿Pa' qué lo quieres si ya está viejo?
PEPITO: Está flaquito y tiene hambre, yo le puedo dar de comer.
CIEGO: ¡Tráele comida pues, y de paso me traes a mí también!

El CIEGO ríe. El PERRO mira a PEPITO con ojos tristes, como implorándole que se lo lleve.

CIEGO: (*Cont'd.*) Te lo regalo si adivinas cómo me quedé ciego.

PEPITO lo piensa un momento.

PEPITO: Naciste ciego.
CIEGO: (*Ríe.*) Nadie nace ciego, chamaco.
PEPITO: Te lo compro. Ándale.
CIEGO: N'ombre mi'jo, si este perro no se petatea hoy, se petatea mañana. Ya no vale ni un centavo.
PEPITO: Tá' bien, tá' bien; usté' manda.

PEPITO se da la media vuelta y cruza la calle, alejándose de la escuela primaria.

7. Ext. Vías del tren. Día.

PEPITO camina sobre las vías del tren, mantiene el equilibrio con los brazos extendidos.

> PEPITO: (*V. O.*) Cuando no entraba a la escuela, me iba a dar la vuelta por las vías del tren: los martes y los jueves se reunían ahí.

Uno de los trenes está detenido, una máquina grande de hierro oxidado. PEPITO salta al pasto y observa a varios TERRESTRES (30 años) a unos metros de distancia. HOMBRES altos y musculosos descargando costales de café. PEPITO los mira con admiración.

> PEPITO: (*V. O.*) (*Cont'd.*) En el fondo, yo sabía que papá era uno de ellos.

PEPITO observa a los TERRESTRES riendo y fumando, pasándose los costales de mano en mano. Es una imagen casi idílica.
TERRESTRE (30 años), de piel morena, intercambia una mirada con PEPITO y sonríe. Pepito sonríe de regreso, algo tímido. El TERRESTRE se voltea para seguir trabajando.
PEPITO no puede parar de sonreír.

> PEPITO: (*V. O.*) (*Cont'd.*) Tenía once años y sólo quería una cosa en el mundo: ser tan alto y fuerte como un terrestre.

8. Ext. Campo de futbol. Día.

PEPITO entra al campo. RUIZ, PONCIO y ERIBERTO (16 años), un trío de vagos, más altos y fuertes que PEPITO, juegan una cascarita.

PEPITO: ¡¿Puedo jugar?!
RUIZ: ¡Ya estamos completos!
PEPITO: ¡Les falta un portero!

RUIZ voltea a ver a los demás.

RUIZ: Este escuincle.

Los CHAVOS se empiezan a reír. PEPITO los observa con enojo.

PEPITO: ¡No sean malitos, si no les cuesta nada!
ERIBERTO: ¡Mejor tráete a tu señora pa' que juegue con nosotros!

PEPITO se acerca furioso y empuja a ERIBERTO.

PEPITO: ¡No te metas con mi mamá, idiota!

PEPITO le suelta un golpe, pero ERIBERTO toma su mano y lo arroja contra la tierra. PEPITO los mira con impotencia desde el suelo.

ERIBERTO: Vete a tu casa, José.

PEPITO se levanta y sale del campo, pateando la tierra.

9. Ext. Mercado / Puesto de mariscos. Día.

PEPITO llega a un puesto de mariscos. Su cara y ropa están manchadas de tierra. En una mesa de madera hay varios pescados

crudos, rodeados de mosquitos. El VENDEDOR DE MARISCOS (50 años), un señor muy amargado, lo mira con sospecha.

VENDEDOR DE MARISCOS: ¿Qué vas a llevar?
PEPITO: Tres tilapias y un sabalito, señor.

El VENDEDOR DE MARISCOS mata un mosquito y camina hacia el fondo del puesto. PEPITO toma rápidamente un pescado de la mesa y sale corriendo.

El VENDEDOR DE MARISCOS regresa con su orden pero PEPITO ya se fue.

VENDEDOR DE MARISCOS: ¡Escuincle cabrón!

10. Ext. Escuela Gabino Barreda. Día.

PEPITO llega con el CIEGO y el PERRO, extiende la mano con el pescado para que el perro lo siga.
Cuando llegan a la esquina, PEPITO le entrega el pescado en el hocico y lo acaricia suavemente.

PEPITO: Bien, perrito, ya no llores.

11. Ext. Colonia Cascajal / Casa de Pepito. Día.

PEPITO camina por la colonia Cascajal. Es un terreno amplio y sin pavimentar, con pocas casas. Hay NIÑOS PEQUEÑOS en la calle bañándose en grandes cubetas de agua, una MUJER ordeñando una vaca, un PAR DE ADOLESCENTES fumando a escondidas.
PEPITO llega a una pequeña casa de madera de un piso, deja sus zapatos junto a los otros pares y entra.

12. Int. Casa de Pepito / Comedor. Día.

La casa es pequeña y tiene objetos amontonados por todos lados, vestidos y máquinas de coser apiladas en los rincones.
PEPITO entra y observa a VICTORIA y a sus hermanas: PETRA (12 años), NICASIA (14 años) y COLETA (15 años) sentadas en el comedor con DON ARTEMIO (40 años): un hombre fornido y con la ropa llena de hollín, su piel está quemada por el sol. Todos voltean a verlo.

VICTORIA: ¿Dónde andabas?

PEPITO jala una silla y se amontona con ellos.

PEPITO: Jugando con mis amigos.
VICTORIA: Después de comer, te metes a bañar.
PEPITO: Sí señora, usté' manda.

PEPITO empieza a comer ruidosamente para llamar la atención de VICTORIA, quien le lanza una mirada indicándole que pare.
PEPITO voltea a ver a DON ARTEMIO, quien come con las manos negras de carbón y mastica con la boca abierta. Es una imagen desagradable.
PEPITO hace un gesto de asco y cierra la boca para comer.

PEPITO: (*V. O.*) (*Cont'd.*) Don Artemio era el carbonero de la colonia Cascajal. Decían que a su esposa la habían fusilado porque era gitana, y dizque hablaba con el diablo.

DON ARTEMIO voltea a ver a VICTORIA y le sonríe. VICTORIA se chivea. PEPITO los mira con muchos celos.
PETRA se inclina para murmurar al oído de NICASIA.

PETRA: José huele a caca.

NICASIA se empieza a reír. PEPITO se da cuenta.

PEPITO: (*Murmura.*) Tonta.

VICTORIA les lanza una mirada para que se callen. Las HERMANAS intentan aguantarse pero la risa les gana.

PEPITO: (*V. O.*) (*Cont'd.*) A Petra, Nicasia y Coleta les gustaba vacilarme.

13. Ext. Casa de Pepito. Día.

PETRA y NICASIA sostienen una cuerda mientras COLETA la brinca. PEPITO encuentra una salamanquesa en la calle, la toma y la pone en la palma de su mano. La observa con fascinación.

PEPITO: (*V. O.*) Después de comer, don Artemio y mamá se metían al cuarto, y nosotros teníamos que salirnos a la calle.

PEPITO se acerca a PETRA, levanta su blusa y arroja la salamanquesa. PETRA empieza a gritar histérica.

PETRA: ¡Mamá! ¡Mamá!

PEPITO ríe a carcajadas. Después de un momento, DON ARTEMIO y VICTORIA salen de la casa: él se levanta la cremallera del pantalón y ella se acomoda su vestido.

PETRA: (*Cont'd.*) (*Llorando.*) ¡Fue Pepito! ¡Fue Pepito!
VICTORIA: ¡Métanse a la casa! ¡Vergüenza les debería dar, chamacas malcriadas!

Las HERMANAS y VICTORIA entran a la casa. PEPITO intenta disimular una sonrisa triunfal.

PETRA: ¡Nosotras no hicimos nada, mamá!
VICTORIA: ¡Ya cállense!

Un par de VECINOS se asoman para ver el escándalo. DON ARTEMIO se va.
PEPITO es el último en entrar a la casa.

14. Int. Casa de Pepito / Cuarto. Noche.

El cuarto es pequeño y tiene dos camas. En una cama duermen las tres HERMANAS, en la otra están PEPITO y VICTORIA.

PEPITO: (*V. O.*) Algunas noches le rezaba. Si estaba en el cielo, seguro me iba a escuchar, como los santos o como Dios.

PEPITO junta las manos y mira al techo.

PEPITO: (*Cont'd.*) (*Murmura.*) ¿Papá?

No hay respuesta. PEPITO cierra los ojos con fuerzas.

PEPITO: (*Cont'd.*) (*Murmura.*) ¿Papá?

Nada. PEPITO voltea para ver la noche estrellada a través de la pequeña ventana abarrotada del cuarto, pierde la mirada.

PEPITO: (*V. O.*) (*Cont'd.*) Esa noche le pedí un deseo.

15. Ext. Centro de Tampico. Día.

El día es muy soleado. PEPITO camina por el centro con HUMBERTO (11 años), su mejor amigo: regordete y más chaparro que él.

PEPITO: Ayer conocí a mi papá.
HUMBERTO: ¡No! ¿De veras?
PEPITO: De veritas; es uno de los terrestres.
HUMBERTO: ¡Qué suerte tienes, José! Mi papá sólo es un zapatero.

PEPITO hace una demostración de su altura con los brazos.

PEPITO: ¡Es morenito como yo y es muy alto! ¡Mide más de dos metros!

En ese momento se encuentran a RUIZ, PONCIO y ERIBERTO jugando una cascarita con otros chavos de su edad. Los observan jugando con mucha añoranza.
En eso, RUIZ le manda un pase largo a PONCIO, quien esquiva a ERIBERTO y dispara un gol. El balón vuela encima de la barda de una casa enorme de arquitectura porfiriana.
Los JUGADORES se paran afuera de la barda para contemplar su pérdida.
PEPITO se acerca a ellos, deja a HUMBERTO atrás.

HUMBERTO: ¡José, José, ¿adónde vas?!

PEPITO se detiene junto a los JUGADORES.

PEPITO: Si nos dejan jugar, me cruzo la barda y voy por su balón.

ERIBERTO y los demás JUGADORES intercambian miradas burlonas.

ERIBERTO: ¿Qué no vas a la escuela, chamaco?

PONCIO mira a PEPITO hacia abajo, incrédulo.

PEPITO: Ayúdenme de este lado y yo veo cómo le hago por allá.

PEPITO voltea a ver a HUMBERTO a la distancia, quien sólo sacude la cabeza como diciendo "es una pésima idea".

ERIBERTO: Si nos traes el balón, te dejamos jugar.
PEPITO: ¿Y Betito?

Los JUGADORES voltean a ver a HUMBERTO, quien baja la mirada, aterrado.

PONCIO: El gordo puede ser portero.

PEPITO sonríe y extiende la mano. PONCIO la toma y sellan el trato. Entre los JUGADORES lo ayudan a subir hasta que PEPITO se queda al borde de la barda. PEPITO baja la mirada con miedo para ver la caída de dos metros que le espera.
PEPITO descubre un arbusto grande, aprieta los ojos y respira hondo. Finalmente salta encima del arbusto, rebota contra las ramas y cae golpeando el cemento; hace un gesto de dolor.

16. Ext. Casa de Thibault / Patio. Cont.

El patio es amplio, con arbustos y macetas de flores muertas.
PEPITO se levanta del piso y soba su espalda, camina con esfuerzo buscando el balón hasta que lo encuentra a un lado de la ventana. La casa es grande y de un piso con enormes ventanales. PEPITO pone el balón entre sus piernas y empieza a espiar hacia el interior de la casa.
Las paredes están vacías, el espacio poco decorado, sólo hay algunos muebles. Todo conserva una apariencia decadente.
PEPITO finalmente encuentra a AURA (22 años), delgada y de cabello negro, caminando en círculos mientras fuma y lee un libro. Debajo de su bata de seda, AURA está desnuda.

PEPITO la mira como si estuviera enamorado o bajo los efectos de la hipnosis.
AURA sigue dando vueltas en círculos hasta que voltea y descubre a PEPITO.
En ese instante, PEPITO corre rápidamente hacia la barda, intenta treparse pero es imposible.
AURA sale tras él, furiosa.

AURA: ¡¿Qué demonios andas haciendo en mi casa, chamaquito mirón?!

PEPITO voltea a verla con la respiración acelerada. AURA ve el balón en sus manos y entiende todo. Después de un momento, le da una fumada a su cigarro.

AURA: (*Cont'd.*) ¿Te gusta andar espiando a las mujeres o qué?

PEPITO traga saliva.

AURA: (*Cont'd.*) ¿Eres mudo? ¡Te pregunté algo, escuincle!
PEPITO: (*Con la mirada al suelo.*) ¡Perdón! ¡Perdón!

AURA se inclina para apagar el cigarro en el suelo. PEPITO alcanza a ver una parte de sus senos. AURA se da cuenta, luego sonríe.

AURA: ¿Quieres ver más?

PEPITO la observa, muy intimidado.

ERIBERTO: (*O. S.*) ¡José, apúrate!

AURA voltea hacia la barda.

AURA: ¿Cuántos son?

PEPITO: Seis.
AURA: ¿Cuánto pueden juntar entre todos?

PEPITO se encoge de hombros. AURA suspira.

AURA: (*Cont'd.*) ¿Pueden juntar cincuenta?

Después de un silencio, PEPITO asiente.

AURA: (*Cont'd.*) Cuando traigas el dinero, me tocas la puerta. No te vuelvas a brincar así.

AURA abre la puerta. PEPITO sale a la calle y patea el balón hacia los demás.

17. Int. Casa de Pepito / Cuarto. Día.

Está amaneciendo. PEPITO despierta y se sienta en la cama, voltea a su alrededor. VICTORIA y sus hermanas siguen dormidas.

PEPITO: (*V. O.*) Al día siguiente se había cumplido mi deseo.

PEPITO baja la mirada para ver sus pies; sus dedos, ahora enormes, se escapan por los huecos de sus calcetas.

Brenda Morales

Espina cardenche

Teaser:

1. Ext. Desierto de Coahuila. Día.

Desierto de la región centro de Coahuila. Arena blanquecina y nimios arbustos perturbados por un viento que evoca el sonido de miles de lamentos. Hace calor.
REFUGIO y MECHE caminan a paso lento. Son mujeres de edad avanzada. Llevan la ropa derruida, amplios sombreros de paja y unas grandes y viejas canastillas de mimbre a sus espaldas.
Caminan hacia un árbol de nueces.
Al llegar al árbol, lo observan con detenimiento. A lo lejos se percibe un ligero sonido de moscas. REFUGIO saca de su canasta una sábana punto de red, MECHE desata el nudo que unía a su canasta con una vara larga.
MECHE deja reposar la vara sobre la arena, y ayuda a REFUGIO a extender la sábana.
REFUGIO comienza a cantar mientras MECHE golpea las ramas del árbol.

REFUGIO:
Yo ya me voy
a morir a los desiertos,
me voy dirigido.
Esa estrella marinera
sólo en pensar,
que ando lejos de mi tierra,
nomás que me acuerdo me dan

ganas de llorar.
Pero a mí no me divierten
los cigarros de la Dalia,
pero a mí no me consuelan
esas copas de aguardiente,
sólo en pensar que dejé
un amor pendiente,
nomás que me acuerdo me dan
ganas de llorar.

Cae una lluvia de nueces sobre la red. REFUGIO continúa su canto y revisa la calidad de las nueces. Aparta las que no sirven.

REFUGIO: (*Cont'd.*)
Pero a mí no me divierten
los cigarros de la Dalia,
pero a mí no me consuelan
esas copas de aguardiente,
sólo en pensar que dejé
un amor pendiente,
nomás que me acuerdo me dan
ganas de llorar.

AMBAS se sientan al pie del árbol y beben agua de una cantimplora, secan el sudor con un paliacate.
Se levantan a continuar con la faena de recolección. Conforme recogen las nueces se acercan al origen de un intenso zumbido de moscas.

MECHE: ¿Escucha, comadre?
REFUGIO: Son moscardones, comadre.

REFUGIO, a través de una seña, le pide a MECHE que guarden silencio.

MECHE: Viene de allá. Ha de ser un venado muerto.

Caminan hacia el origen del sonido. Descubren, bajo la sombra del árbol contiguo, el cuerpo semidesnudo de CELIA GARZA DURÁN. El cadáver muestra marcas de golpes brutales y se encuentra en estado de descomposición.
Las MUJERES, con ojos de plato, regresan al árbol de nueces, vacían las nueces en sus canastos.
Con los canastos a la espalda, caminan hacia el cuerpo de CELIA. Ponen la red encima del cuerpo, se hincan frente al cuerpo y cantan.

REFUGIO y MECHE:
Y al pie de un árbol
mi alma se sienta triste
y "aluminada"
por la luz de la mañana.
Salió y me dijo
que era esperanza vana
donde a la vez
mejor me duermo yo.
La vide venir
mas no creiba que ella era yo, me acerqué
hasta el pie de su ventana.
Salió y me dijo
que era esperanza vana
donde a la vez
mejor me duermo yo.
Quisiera ser
una garza morena
para estarte mirando
sobre una redoma de oro.
Pero, trigueñita...
nomás que me acuerdo lloro,
¿quién tiene la culpa?,
usté' que me abandonó.

Por las mejillas de REFUGIO resbala una lágrima.

Fin del teaser.
Sobre negros:

Canto cardenche es el término con el cual en La Laguna se denomina el canto a voces de los campesinos del semidesierto en el norte de México. Cardenche es también el nombre de una cactácea que abunda en el desierto, cuya espina al clavarse es difícil y doloroso extraerla. Se cree que de allí proviene el nombre de ese género de canto.

2. Ext. La Pecanera / Carnicería. Día.

Una pesada pero flaca res es colgada sobre un gancho. Su vaivén nos descubre el rostro de CELIA (40 años), semblante bonachón, alta, y corpulenta. Las manos de JOSÉ (17 años), joven repartidor de carne, tratan de mantener en su centro al animal.

JOSÉ: Son mil pesos.

CELIA se acerca a un cajón de dinero que está detrás del mostrador vitrina.
Son seis billetes de quinientos, toma mil y pone debajo de una libreta los otros billetes.
Le entrega el dinero a JOSÉ.

CELIA: Dile a tu patrón que al rato le paso quinientos.
JOSÉ: Me dijo que ya no fía.
CELIA: A mí sí.
JOSÉ: Sale pues.

La carnicería aún permanece cerrada. JOSÉ sale del local por una puerta que da al interior de la casa de CELIA. CELIA va hacia su libreta en la que no se desperdicia ningún espacio en blanco.
Busca una sección entre la libreta identificada con una hoja doblada en la que se lee "Deudas".

Atraviesa algunas hojas con datos tachonados. En un espacio en blanco anota: “13 de agosto: $500”.

3. Int. Casa en construcción. Día.

La obra negra de una casa grande, visiblemente ostentosa. Es día de colado.
Sobre una escalera de madera inclinada transita una fila de ALBAÑILES. Cada uno carga un bote con mezcla. Son SEIS HOMBRES, quienes con fuerza y destreza de equilibristas caminan por la rampa hacia el techo.
Los penúltimos de la fila son JACINTO, esposo de CELIA, y su compadre RAÚL, ambos entrados en los cuarenta años.
Los ALBAÑILES dejan las cubetas pesadas y de un salto bajan al piso. RAÚL y JACINTO son los últimos en saltar.

4. Ext. Carnicería. Día.

Atardece en “La Pecanera”, un pequeño, humilde y agreste pueblo en medio del desierto.
Frente a la casa de CELIA, cuya fachada está conformada por una puerta de madera y un sencillo local que muestra un deslavado rotulo con el nombre “La reina de La Pecanera”, un GRUPO DE NIÑOS juega una cascarita de futbol americano.
El perímetro de la cancha de juego está delimitado por unas líneas de cal. El área para jugar es reducida.
A un lado, MARGARITA y LUCIA (10 años) juegan con unas varas haciendo un camino a las hormigas.
HOMBRES de distintas edades, algunos campesinos, otros albañiles, cercan la cancha de juego de sus hijos. Están sentados sobre tambos y botes, un par sobre una banquita. Algunos beben una cerveza, otros platican entre sí.
En la azotea de CELIA hay un par de muchachos armados que apuntan con armas largas hacia el horizonte y observan con binoculares.

ÁNGEL (8 años) anota un gol, CARLOS (8 años) corre a abrazarlo. NIÑOS Y ADULTOS lo ovacionan.

5. Int. Carnicería. Día.

De la carne de la res colgada, CELIA despacha un trozo a DOÑA LOLA (65 años), quien se encuentra en el umbral del local observando el partido. SONI (25 años) espera su turno.

CELIA: Doña Lola, ya está su pedido.
DOÑA LOLA: Tu chamaco anotó un gol.
CELIA: Salió muy bueno pa'l futbol, doña Lola.
DOÑA LOLA: Me anotas el bistec, mi hijo no tarda en mandarme dinero.
CELIA: No se preocupe, Lola.

DOÑA LOLA sale de la carnicería. CELIA anota en su libreta abierta. Entra REFUGIO (75 años).

REFUGIO: ¿Ya te enteraste, Celia?
CELIA: ¿De qué? ¿Qué le voy a despachar, Soni?
SONI: Un kilo de surtida.

CELIA elige un pedazo entre dos trozos que se encuentran en la vitrina refrigeradora.

REFUGIO: De que encontraron colgado al Francisco Garza.
CELIA: (*Consternada.*) No, no sabía. Soni, ¿le quito la grasa?
REFUGIO: Estaba colgado en el puente de la entrada a La Pecanera.

CELIA la ignora y dirige su atención a SONI.

SONI: Sí, Celia. Por favor. ¿Oye, te puedo pagar mañana?
CELIA: No hay problema, Soni. ¿Qué vas a guisar?
SONI: Mole de olla.
REFUGIO: Andan detrás de todos los Garza.

CELIA endurece su rostro y corta la carne en trozos.

CELIA: No sabía.
REFUGIO: Ten cuidado.
CELIA: ¿De qué? Nosotros somos gente de bien.

CELIA entrega la carne a SONI y se dirige a REFUGIO.

CELIA: (*Cont'd.*) ¿Qué le voy a despachar?

Adentro de la carnicería se escuchan chiflidos que provienen de la calle. Las SEÑORAS abandonan la carnicería.

6. Ext. Carnicería. Día.

Los NIÑOS, las CLIENTAS de CELIA y sus MARIDOS corren hacia sus casas.

7. Int. Carnicería. Día.

ÁNGEL, MARGARITA, CARLOS, LUCÍA entran al local. CELIA baja la cortina.

ÁNGEL: (*Emocionado.*) Mamá anoté un gol.
CELIA: (*Nerviosa.*) ¡Felicidades!

CELIA esboza una sonrisa forzada hacia los niños.

LUCIA: ¿Y mi mamá?
CELIA: No tarda en venir.

CELIA acerca a los niños hacia la puerta que conecta a su casa.

8. Int. Camión de redilas. Noche.

Los ALBAÑILES de la obra vienen en la parte trasera del camión. Son aproximadamente TREINTA HOMBRES apretujados, quienes ríen a carcajada suelta.

JACINTO: ¿Se saben el del Cristo, el perico y el tanque de gas?
RAÚL: Ése está chingón, compadre, cuéntalo.
JACINTO: Ahí va.

Suena el celular de RAÚL con un tono de música grupera. La algarabía es reemplazada por carcajadas silentes.

RAÚL: ¿Diga?

La expresión de RAÚL cambia.

RAÚL: Ajá.

RAÚL apaga su celular.

JACINTO: ¿Qué pasa, compadre?
RAÚL: (*Serio.*) Ahorita te cuento. ¡Órale, compadre échese el chiste!

El camión se detiene.

CHOFER CAMIÓN: (*O. S.*) ¡Sabinas!
JACINTO: Ahí será para la otra.

Todos los ALBAÑILES bajan menos RAÚL y JACINTO. El celular de RAÚL vuelve a sonar.

RAÚL: Vienen para acá. Vete pa' la casa de la comadre.

9. Int. Casa de Celia. Noche.

La casa de CELIA es sencilla pero ordenada. La sala, el comedor y la cocina están en una misma pieza. La cocina es la parte más viva y equipada. Un pasillo conduce hacia el cuarto que comparten los niños y a la habitación de CELIA y JACINTO.
En la mesa del comedor los cuatro niños, ÁNGEL, MARGARITA, LUCÍA y CARLOS comen pan acompañados de vasos de leche.
CELIA está en la cocina lavando trastes.

ÁNGEL: Mañana otra cascarita.

CARLOS, quien acaba de dar una mordida a la concha, asiente con la cabeza. Las NIÑAS no los pelan, comen su pan mientras leen un cuento infantil.
Tocan la puerta. En automático, ÁNGEL se levanta a abrir. CELIA sale de la cocina y trata de ganarle al niño pero no lo logra.

CELIA: ¡Ángel!

ÁNGEL abre la puerta.

ÁNGEL: ¡Madrina!

ÁNGEL abraza a ROSA (45 años), mujer de facciones duras y una corporalidad rígida.
CELIA se acerca a saludarla y cierra la puerta detrás de ella. ROSA da un beso primero a sus hijos, CARLOS y LUCÍA, y luego a MARGARITA.

CELIA la dirige hacia un viejo pero cuidado sillón. CELIA regresa a la cocina y acomoda trastes.

ROSA: Dice Raúl que nos encerremos aquí.
CELIA: ¿Andan juntos?
ROSA: Sí. Los dejaron en Sabinas. El chofer ya no quiso entrar hasta acá.

Suena el celular de ROSA.
Pantalla del celular de ROSA en la que se ve el nombre de RAÚL y una foto donde ROSA y él se abrazan.
ROSA decide no responder, pone el celular en silencio y lo guarda en su bolsa.

CELIA: (*Desde la cocina*.) Debería de tomarse un tesito amargo, comadre.
ROSA: (*Seria*.) Está bien, el tesito amargo.

10. Int. Tienda de Evaristo. Noche.

Una tienda de abarrotes de pueblo surtida de enseres diversos: comestibles, artículos de limpieza, licores, hilos, papelería. La atiende EVARISTO, ranchero alto y cincuentón.
EVARISTO tiene un altavoz en su tienda, a través de él se transmiten mensajes importantes al pueblo.
EVARISTO se encuentra detrás de su mostrador, hace alarde de contar en el aire una fuerte suma de dinero. La entrega a un joven con gorra que se la guarda al interior de una chamarra y sale de la tienda. El JOVEN sube a una moto, RAÚL y JACINTO entran a la tienda.

RAÚL: Buenas, don Evaristo.
EVARISTO: Buenas.
JACINTO: ¿Nos deja hacer un anuncio?
EVARISTO: ¿Sobre?
RAÚL: Una reunión urgente en la iglesia.

JACINTO: Dicen que viene un comando armado de cabrones.
EVARISTO: Puro cuento.
RAÚL: Es en serio. ¿Nos da chance?

EVARISTO hace una seña para que pasen a la trastienda.
RAÚL se acerca al micrófono del altavoz.

11. Int. Casa de Celia. Noche.

En una mesa de centro frente al viejo sillón hay dos tazas humeantes, CELIA pone azúcar a la suya mientras ROSA da un sorbo al té que le quema la lengua. La televisión está encendida pero nadie le presta atención. Los NIÑOS siguen en la mesa. MARGARITA les lee un cuento.
Se escucha la interferencia de un micrófono.

CELIA: Silencio, niños.
RAÚL: (*O. S.*) Se solicita a todos los habitantes de La Pecanera se presenten en la parroquia para darles un mensaje urgente. Repito, es urgente.

ROSA tiembla con la taza de té en su mano. MARGARITA cierra su libro. Los NIÑOS inician un juego nuevo. CELIA, pensativa, da un sorbo a su café.

12. Ext. La Pecanera. Noche.

Los HOMBRES que cercaban el partido de futbol americano, las MUJERES que estaban en la carnicería, y los MUCHACHOS vigilantes salen de sus casas y se dirigen a la iglesia.

13. Int. Carnicería. Noche.

CELIA descuelga la res y la guarda en la vitrina.
CELIA busca en su celular un número, aparece en la pantalla tía TERE, le marca.

> CELIA: Tía, ¿cómo está?... pues aquí con una apuración. Le llamo porque fíjese que Jacinto, los niños y yo queremos ir a visitarla a su pueblo. Sí, tía... mmm... Mañana salimos de aquí temprano.

CELIA toma la libreta donde anotó la deuda de doña Lola. Toma un lápiz y anota.

> CELIA: (*Cont'd.*) Carretera a Alvarado, salir por Aurora. Ok, tía. Nosotros llegamos ahí, pues. Le agradezco, sí, gracias. Igualmente.

En una bolsita de tela, CELIA guarda su libreta, su lápiz, su celular y los quinientos pesos que guardó en la caja de la carnicería.

14. Int. Parroquia. Noche.

RAÚL se encuentra al centro de la iglesia, delante de él están los habitantes del pueblo. JACINTO cierra el portón de la parroquia y se aproxima al grupo.

> JACINTO: Como ya se dieron cuenta, las cosas están muy tensas en La Pecanera. Hace rato, mientras nuestros hijos jugaban el tochito, los muchachos vieron a unos encapuchados esconderse en el monte. Cuando veníamos de la chamba, el compadre Raúl recibió una llamada de sus contactos en Piedras...

EVARISTO: Al grano, ¿qué chingados?
RAÚL: En Piedras Negras grupos de encapuchados se están preparando para venir al pueblo y chingarse a todos los Garza.
JACINTO: Dicen que vienen por todo aquel que tenga vínculo, por mínimo que sea, con ellos.
RAÚL: El plan es salirnos del pueblo lo antes posible.
MACÍAS: ¿Y a qué hora se supone que llegan o ya salieron de allá, o cómo está la cosa?
RAÚL: Mi contacto me dijo que tienen previsto salir de allá a las dos de la mañana. Al llegar aquí van a llegar directito a chingar la madre.
JACINTO: La idea es que nos reunamos afuera de la tienda de Evaristo para irnos todos en bola.
REFUGIO: ¿Y cómo nos vamos a ir o qué?
JACINTO: Los de las tiendas de materiales nos van a hacer favor de prestarnos sus camiones de redilas y a sus choferes.
REFUGIO: Yo no me muevo de mi casa. Esto me huele mal. Nomás ha de ser una trampa para que nos vayamos y luego nos quiten nuestras casas.
RAUL: Usted puede pensar y hacer lo que quiera. Yo nomás cumplo con advertirla.
REFUGIO: Sí cómo no. Qué casualidad. ¿No andarás ahí metido con ellos?
JACINTO: Más respeto pa' mi compadre, Refugio. Si tiene la información es porque, queramos o no, todos hemos tenido que trabajarles a esos cabrones y hemos hecho algunas amistades.
REFUGIO: Yo no me voy.

REFUGIO sale de la iglesia refunfuñando. MECHE va detrás de ella.

RAÚL: Los que se quieran ir, nos vemos al rato. Los choferes nos van a dejar en Piedras Negras y ahí ya cada quien ve pa' donde moverse.

15. Ext. Casa de doña Lola. Noche.

CELIA y MARGARITA caminan por la calle oscura. MARGARITA va dando brincos.

CELIA: Calma, mi'ja. Camina tranquila.

La NIÑA intenta hacer caso pero pronto regresa a su movimiento infantil.
Tocan la pequeña puerta de madera de DOÑA LOLA.

16. Int. Casa de doña Lola. Noche.

Es una casa muy humilde, sin luz eléctrica. CELIA y MARGARITA entran.

CELIA: Lola, prepárate. Nos tenemos que ir del pueblo.
DOÑA LOLA: No, mi'ja. Yo no tengo donde ir. Y no quiero dejar mi casita. Mi hijo ya no tarda en regresar.
CELIA: Lolita, tu hijo ya hizo su vida. Ya no creo que regrese. A ver, ¿desde cuándo no te escribe?
DOÑA LOLA: Pinche Celia, tú qué sabes, ¿qué tal que le pasó algo a mi pobre hijo?

CELIA: Tienes razón, Lola, discúlpame. Es que no quiero que te quedes solita. Ándale, vente con nosotros. Vámonos.
DOÑA LOLA: ¿Adónde?
CELIA: A Veracruz con mi tía Tere.

LOLA se queda pensando. MARGARITA se acerca a DOÑA LOLA y la abraza con ternura.

MARGARITA: Ándale, vente con nosotros. No seas mala.

CELIA y DOÑA LOLA sonríen con complicidad.

17. Int. Casa de Celia. Noche.

ROSA está viendo la tele con los niños. Llegan RAÚL y JACINTO, los NIÑOS corren a abrazarlos. JACINTO y RAÚL se acercan donde está ROSA.

JACINTO: ¿Y Celia?
ROSA: Con Lola. (*Nerviosa*.) Bueno, nosotros ya nos vamos.

ROSA se levanta y recoge rápidamente los platos y vasos de los niños.

ROSA: Agarren sus cosas, niños.
CARLOS: Pero no ha terminado mi programa.
ROSA: Dije que ya nos tenemos que ir.
RAÚL: Cálmate, Rosa. Déjalos terminar.
ROSA: No, Raúl. Yo ya me quiero ir.
RAÚL: Está bien, pues. Compadre...

Entran CELIA y MARGARITA.

RAÚL: Comadre, Jacinto ya sabe cómo va a ir la cosa.
CELIA: Rosa, ¿estás bien?
ROSA: Estoy nerviosa.

CELIA abraza a ROSA, trata de calmarla. ROSA la rechaza.

ROSA: (*Cont'd.*) Adiós comadre, nos vemos al rato.

ROSA, RAÚL y los NIÑOS se acercan a la salida de la casa.

JACINTO: Primero Dios, nada nos va a pasar.
RAÚL: Así será compadre.

RAÚL cierra la puerta.

ÁNGEL: Mamá, ¿me puedo llevar mi casco?
CELIA: Claro, hijo.
MARGARITA: ¿Me puedo llevar la muñeca que me dio mi madrina Rosa?
CELIA: Claro que sí. Guarden sus cosas, por favor.

Los NIÑOS se levantan y juegan carreritas para llegar a sus cuartos.

MARGARITA: A que yo llego primis.
ÁNGEL: A que yo te gano.
JACINTO: A que yo los atrapo.

JACINTO corre detrás de los NIÑOS hacia el baño.

18. Int. Carnicería. Noche.

CELIA entra a la carnicería, saca de la vitrina refrigeradora la carne que había guardado, la corta en pedazos. Enjuga una lágrima.

19. Int. Casa de Celia / habitación de Celia. Noche.

JACINTO está quitando la ropa de cama. Suena el teléfono celular de JACINTO.

JACINTO: ¿Qué pasó, compadre?
RAUL: (*O. S.*) Apaga la luz de tu casa. Vienen para acá.

JACINTO apaga las luces y sale de la habitación.

20. Ext. Casa de Celia. Noche.

CELIA sale de su casa, chifla y un par de perros se acercan, les avienta la carne que sacó del local. Mientras los PERROS comen observa la fachada de la carnicería, las casas aledañas y lanza un suspiro.

21. Int. Casa de Celia / Sala. Noche.

CELIA y los NIÑOS guardan sus cosas en mochilas y bolsas negras.

JACINTO: Mujer, ¿dónde están los cirios?

CELIA señala una vieja alacena.

CELIA: En el cajón de abajo.

JACINTO saca los cirios con nerviosismo.

JACINTO: ¿Y los cerillos?
CELIA: En el otro cajón.

JACINTO comienza a encender los cirios y se aproxima al cuarto.

CELIA: (*Cont'd.*) ¿Qué haces?
JACINTO: Me dijo Raúl que ya vienen para acá. Apaga la luz y alúmbrense con el cirio que quedó.
CELIA: ¿Qué hora es?
JACINTO: Doce quince.
CELIA: Ya dejen todo y cierren sus mochilas.

CELIA toma el cirio y apaga la luz.

JACINTO: (*Nervioso.*) Termino de guardar las cobijas y nos vamos.
ÁNGEL: Mamá, no veo mi casco.

CELIA enciende el cirio.

ÁNGEL: (*Cont'd.*) Mamá, mi casco, no me puedo ir sin él.
CELIA: Cálmate. Seguro está por ahí.

CELIA, nerviosa, busca el casco al tiempo que ÁNGEL llora con más sentimiento. CELIA trae colgada la bolsita de tela donde guardó su libreta y el dinero, se la quita porque le estorba.
CELIA saca el casco de abajo de una montaña de ropa.

CELIA: (*Cont'd.*) Aquí está, ya ves, tranquilo.
ÁNGEL: No me quiero ir de mi casa, quiero estar con mis amigos. ¿Por qué nos tenemos que ir?...
MARGARITA: Porque si no nos vamos nos van a matar.

CELIA abraza a los niños.

22. Int. Casa de Celia. Noche.

CELIA, JACINTO, ÁNGEL y MARGARITA casi en penumbra se acercan a la puerta.
MARGARITA lleva en los hombros una mochila desde donde se asoma una muñeca. ÁNGEL lleva unas almohadas envueltas en bolsas transparentes y su casco de americano amarrado a su mochila. JACINTO lleva en los hombros maletas, y en cada mano un bote de leche. CELIA carga unas pesadas bolsas negras, apaga la llama de los cirios.

23. Ext. Casa de Celia. Noche.

Se escucha el canto matinal de los gallos. Con sigilo cierran la puerta de la casa. JACINTO, con un candado, asegura la tranca. Caminan hacia la tienda de EVARISTO.

CELIA: No traigo mi libreta.
JACINTO: Mujer, déjala. No importa.
CELIA: Ahí anoté la dirección de mi tía. Tampoco traigo la mica con las actas de nacimiento. ¿Dónde las pusiste?

JACINTO le da la llave del candado.

JACINTO: Están arriba del ropero.
CELIA: Ahorita los alcanzo.

CELIA camina de vuelta a su casa.

ÁNGEL: No te tardes, mami.

MARGARITA corre hacia CELIA.

MARGARITA: Te acompaño.
CELIA: No, hija. Voy rápido. Adelántate con tu papá y tu hermano.

CELIA camina deprisa.

24. Ext. Tienda de Evaristo. Noche.

La GENTE DEL PUEBLO está reunida afuera de la tienda de EVARISTO. Hay tres camiones de redilas estacionados con los motores encendidos. RAÚL tiene un megáfono en la mano.

RAÚL: Vecinos, les pedimos de favor que si traen armas, las depositen al lado de la tienda. No queremos tener confrontaciones con los militares si es que nos para algún retén.
MACÍAS: ¿Qué nos estás pidiendo Raúl, estás loco?
ROSA: Hágale caso a mi marido. Si vamos armados a ustedes los hombres los van a confundir con sicarios o secuestradores. Nosotras y los niños nos vamos a quedar desprotegidos.

La GENTE, vacilante, se despoja de sus armas. MACÍAS hace caso omiso.
CELIA llega al punto de reunión. Busca entre la gente a su familia. Ve a DOÑA LOLA.

DOÑA LOLA: Allá están.
CELIA: Véngase para acá.

AMBAS caminan hacia JACINTO y los NIÑOS. ÁNGEL camina entre la gente hacia su madre, trae su casco en la mano.
Un GRUPO DE ENCAPUCHADOS sale detrás de los matorrales y de los camiones. Rodean a la comunidad. MACÍAS intenta sacar su

arma, es el primero al que disparan. Los cuerpos ensangrentados caen unos encima de otros.
El casco de ANGELITO rueda hasta el lugar donde estaban CELIA y LOLA.
Los CHOFERES de los camiones son acribillados. Los ENCAPUCHADOS abren las puertas traseras de los camiones y comienzan a aventar los cuerpos hacia el interior.
CELIA emerge con dificultad de entre los cadáveres. El cuerpo inerte de LOLA es removido lentamente por CELIA. Los perros ladran y los coyotes aúllan.
CELIA observa los zapatos de sus hijos y su marido. Mira cómo los suben al camión. CELIA ahoga un grito y se levanta con sigilo. Toma el casco de ÁNGEL.
Huye hacia los matorrales.

Indra Villaseñor Amador

Día de la ira

Int. Capilla. Amanecer.

Al interior todo está en completa oscuridad. MERCEDES (40 años) abre una de las grandes puertas de madera con dificultad dejando pasar la luz al interior. La capilla es bastante sencilla, tiene espacio para unas cien personas, pero el espacio parece muy amplio para la cantidad de bancas que alberga.
MERCEDES entra a la capilla decidida, sin dudar.

Int. Pasillo / Cuarto de Iván. Amanecer.

MERCEDES toca en una puerta de madera desgastada. Espera sin recibir respuesta, pega el oído sin lograr escuchar nada al interior. Parece preocuparse y abre la puerta sin meditarlo dos veces.
Al interior de un pequeño y austero cuarto de muebles sencillos logra ver al PADRE IVÁN (70 años) hincado en el piso frente a su cama haciendo una oración con las manos juntas. El PADRE voltea a verla, MERCEDES lo mira apenada, hace una pequeña reverencia a modo de disculpa e intenta regresar su paso. IVÁN sonríe.

PADRE IVÁN: Mercedes.

MERCEDES voltea con la cabeza baja en forma de humildad. El PADRE se levanta.

PADRE IVÁN: (*Cont'd.*) Ya terminé de orar.

El PADRE se acerca a ella y le toca la cabeza cariñosamente.

PADRE IVÁN: (*Cont'd.*) Mi niña, hoy deberíamos cancelar la misa... No me siento de ánimos.

MERCEDES se atreve a verlo a los ojos, está confundida, saca de su bolsillo una libreta y una pluma y escribe. El PADRE la espera, lee lo que escribe.

PADRE IVÁN: (*Cont'd.*) No, mi salud está bien, sólo que hace mal clima.

MERCEDES le sostiene la mirada dudosa por unos segundos. Termina por asentir con la cabeza. IVÁN le sonríe.

PADRE IVÁN: (*Cont'd.*) Mercedes, has sacrificado todo por mí. Estoy seguro de que si hay una persona para la que el señor tiene reservado un lugar en el Paraíso, debes ser tú.

MERCEDES hace un esfuerzo por contener la sonrisa, pero rápidamente intenta negar con la cabeza en señal de modestia. MERCEDES toma la mano del PADRE y la besa.

PADRE IVÁN: (*Cont'd.*) Está bien, prepara la misa, voy a alistarme.

MERCEDES asiente con la cabeza, se da la vuelta y sale. El PADRE la observa irse, se le desvanece la sonrisa.

Ext. Pueblo. Amanecer.

Amanece en el pueblo, el paisaje es montañoso y hay neblina. Los caminos son empedrados, algunos gallos cantan con desentono desde diferentes distancias. Una densa neblina baja de las montañas para, poco a poco, acercarse al pueblo.

Ext. Calle. Amanecer.

MERCEDES camina hasta un pozo de agua cargando un balde; su caminar es cuidadoso por la falta de visión del camino a causa de la neblina.
MERCEDES jala agua del interior del pozo, su movimiento es fuerte y jala con cotidianidad. Lleva agua hasta una pila junto al templo. Termina de llenar un balde y vuelve al pozo para llenar el siguiente: camina con cuidado descubriendo el espacio poco a poco.
MERCEDES escucha el sonido del caminar de un caballo entre la neblina, voltea en dirección al sonido. Entre la neblina aparece PATRICIO (50 años) montando un caballo, voltea hacia MERCEDES y le dirige una sonrisa.

PATRICIO: Buenos días, Meche.

MERCEDES le dirige una incómoda sonrisa mientras asiente con la cabeza.

PATRICIO: (*Cont'd.*) ¿Preparando la capilla de tan temprano?

MERCEDES asiente con la cabeza.

PATRICIO: (*Cont'd.*) Ta' bueno, ahí nos vemos más tarde.

MERCEDES vuelve a asentir con la cabeza, hace una especie de reverencia. PATRICIO cabalga su caballo lejos de la vista de MERCEDES. Ella espera a que se vaya por completo y vuelve a tomar el balde de agua que dejó en el piso, camina hasta la capilla.
Se escucha un balazo de escopeta al interior del templo.
MERCEDES voltea alterada, PATRICIO regresa de su camino, baja del caballo y acompaña a MERCEDES: los dos corren hasta el interior de la capilla.

Int. Capilla (continuo).

MERCEDES entra en la capilla, fija su vista en el altar. PATRICIO la sigue detrás. El PADRE IVÁN está recargado en la mesa del altar mientras sostiene una escopeta: está muerto. Perdió la mitad de su mandíbula. MERCEDES llora silenciosamente, se acerca al cuerpo y lo abraza. PATRICIO tarda en reaccionar, se acerca impactado a MERCEDES, contempla la escena.
MERCEDES se tira a los pies del PADRE. PATRICIO se acerca al altar, encuentra una nota, la abre y la lee, la arruga y se la guarda en el bolsillo del pantalón; voltea la vista hacia MERCEDES.

PATRICIO: Nadie debe enterarse.

MERCEDES le lanza una pequeña mirada, sus ojos están cubiertos por lágrimas, asiente con la cabeza e inmediatamente vuelve la atención al PADRE para continuar llorando.
Se escuchan las campanadas de una iglesia.

Ext. Templo. Día.

En el pequeño zócalo de un pueblo, la gente se reúne para entrar en el templo. Tocan las campanadas de la iglesia.

Int. Templo. Día.

Unas DOSCIENTAS PERSONAS se paran en el templo y recitan un fragmento de *La Letanía de los Santos*.
Frente al altar mayor, CINCO HOMBRES (30 y 35 años) visten de casulla blanca. Entre ellos se encuentran MATEO (35 años) y OMAR (35 años). Los cinco están postrados en posición de cruz en el suelo frente al altar.
SEÑORA (60 años) observa conmovida, NIÑO (7 años) está junto a ella.

> NIÑO: Abuelita, ¿por qué se tiran?
> SEÑORA: (*Susurrando.*) Por humildad, porque, aunque sean sacerdotes, pues no son dignos de eso; porque Diosito es el único sacerdote de verdad.

Sobre su mismo lugar, los CINCO se levantan descoordinadamente para hincarse con la cabeza agachada. El OBISPO (70 años) se pasa delante del primero en la fila y pone ambas manos sobre su cabeza, las retira y sigue con el segundo.
MATEO espera su turno volteando discretamente hacia su compañero de la izquierda. El OBISPO se acerca a él y repite la acción. MATEO cierra los ojos y medita.

Ext. Templo. Día.

Afuera del templo varias personas platican en un tono festivo. MATEO recibe un abrazo por parte de uno de los nuevos sacerdotes. Se muestran contentos. Después del abrazo, MATEO cruza miradas con OMAR, quien le corresponde con una gran sonrisa. Ambos se acercan para darse un abrazo. MATEO le da dos palmadas juguetonas a OMAR en la espalda.

> OMAR: Padre Mateo.
> MATEO: Padre Omar.

Se separan del abrazo y se voltean a ver mientras se toman de las cuatro manos juntas amistosamente.

OMAR: ¿Hiciste las maletas?
MATEO: La mochila nada más. Tú porque vas cerca de tu familia.
OMAR: ¿Adónde te asignaron?
MATEO: El Escapulario, en las montañas.
OMAR: Quisiera quedarme para tu primera misa, pero debo dar la mía.
MATEO: Nos veremos para las fiestas.
OMAR: Si Dios quiere.

Se miran unos segundos, sonríen y se vuelven a abrazar.

Ext. Carretera rural. Día.

A orillas de una carretera una camioneta *pick up* espera. JOAQUÍN (45 años) fuma un cigarro recargado en el mirador. A la distancia se acerca un camión, se detiene frente a JOAQUÍN.
El CHOFER (50 años) baja para abrir el maletero lateral. MATEO se acerca a él para reclamar su maleta. Mientras el CHOFER la busca al fondo, JOAQUÍN tira su colilla a la calle y se acerca a MATEO.

JOAQUÍN: ¿Padre Mateo?
MATEO: ¿Joaquín?

JOAQUÍN extiende la mano, MATEO la estrecha.

JOAQUÍN: A sus órdenes.

Int. / Ext. Camioneta / Camino hacia El Escapulario. Día.

El camino es montañoso. JOAQUÍN maneja, MATEO voltea a su alrededor. JOAQUÍN voltea de reojo hacia MATEO.

JOAQUÍN: ¿Le molesta si me prendo uno?
MATEO: No, adelante.

JOAQUÍN le extiende la cajetilla abierta a MATEO. MATEO rechaza con la mano.

MATEO: (*Cont'd.*) No, gracias, lo dejé.
JOAQUÍN: ¡Ah, qué bueno! Yo lo intenté porque a mi mujer no le gusta, pero cuando no se puede, no se puede, pues.
MATEO: Debería volverlo a intentar, nunca es demasiado tarde.
JOAQUÍN: Sí, ¿verdad?

JOAQUÍN le dirige una sonrisa forzada a MATEO. MATEO desvía la mirada.

MATEO: Muchas gracias por pasar por mí.
JOAQUÍN: No, padre. El señor Patricio insistió mucho, quería que se sintiera en confianza con nosotros.
MATEO: ¿El señor Patricio?
JOAQUÍN. Es el jefe, ya lo va a conocer.
MATEO: Bueno, pues ya le podré agradecer yo. Debe ser buena gente.

JOAQUÍN asiente con la cabeza.

JOAQUÍN: Ya sabe cómo está la situación del país; imagínese para nosotros que donde vivimos no le importamos a nadie más que a Dios.

JOAQUÍN desvía la mirada del camino de vez en tanto para voltear hacia MATEO.

JOAQUÍN: (*Cont'd.*) Ah, pues los mañosos nos molestaban mucho. El patrón se hizo cargo de todos ellos y ahora ya nadie que no conozcamos entra al rancho, y todos hemos como se dice…

JOAQUÍN piensa unos segundos.

JOAQUÍN: (*Cont'd.*) … vivido en armonía, en paz, pues.

MATEO sonríe. JOAQUÍN prende la radio, busca entre varias estaciones. Repentinamente suena el *Preludio* de Bach. JOAQUÍN hace un intento por presionar el botón de siguiente; pero MATEO le toca la mano ligeramente con la intención de pararlo.

MATEO: ¿Le molesta?

JOAQUÍN lo mira confundido.

JOAQUÍN: No, padre.

JOAQUÍN vuelve la vista fija al camino y sonríe.

JOAQUÍN: (*Cont'd.*) Al padre Iván también le gustaba esa música, debió aprenderla en el seminario.

MATEO sonríe.

MATEO: ¿Eran cercanos?

JOAQUÍN asiente.

JOAQUÍN: En el pueblo todavía hay mucha gente de tradición otomí. El padre Iván fue el primer cura que salió de acá, antes de él había que bajar hasta otros pueblos para ir a misa.
MATEO: Debió ser difícil para ustedes perderlo.

JOAQUÍN se muestra incómodo.

JOAQUÍN: Fue un infarto, seguro Diosito lo quería junto a él.

Sobre la carretera hay un letrero que se lee "El Escapulario" y una flecha. La camioneta pasa sobre el camino en dirección a la flecha.

Ext. Calle. Día.

Sobre el empedrado se asoma una camioneta cargando varios tanques de gas propano, toca unas campanas. Una SEÑORA (68 años) sale de la puerta de su casa. La camioneta se para frente a ella. GIBRÁN (27 años, en buena forma) sale de la puerta del conductor y se acerca a la mujer cargando una libreta.

Int. / Ext. Casa de Patricio / Cocina. Día.

ROCÍO (25 años) deja de lavar trastes, cierra la llave del agua y se seca las manos en el mandil. Ahí mismo busca en un monedero un billete de quinientos pesos. Suenan las campanas del gas.

GIBRÁN: (*O. S. Cantado.*) El gas.

ROCÍO se acerca a la puerta de la entrada para abrir. REBECA (17 años) se acerca corriendo, rebasa a ROCÍO y le extiende la mano pidiéndole el dinero.

REBECA: ¡Yo voy!

ROCÍO la mira confundida unos segundos. Después entrega el dinero con inseguridad. REBECA parece entusiasmada, toma el dinero y sale. Rocío la mira desde la ventana de la cocina. REBECA se acerca a GIBRÁN y le habla indistinguiblemente. Sus gestos corporales indican coqueteo. ROCÍO los mira con sospecha.

Ext. Calle (continuo).

REBECA no le quita la mirada a GIBRÁN mientras él anota en su libreta.

REBECA: ¿Cómo te llamas?

GIBRÁN vuelve la vista a REBECA confundido.

GIBRÁN: ¿Hay algo mal?

REBECA se muestra nerviosa.

REBECA: No… Sólo pa' saber.

GIBRÁN sonríe.

GIBRÁN: Soy Gibrán Torres.
REBECA: Yo soy Rebeca.

REBECA le sonríe tímidamente.

GIBRÁN: Rebeca, ¡qué bonito nombre!

REBECA sonríe, GIBRÁN avanza hasta la parte trasera de la camioneta y con esfuerzo baja un tanque de gas. REBECA lo sigue.

REBECA: Llevas poco trabajando ahí.
GIBRÁN: Ya llevo un mes viniendo.
REBECA: (*Nerviosa*.) Por eso, antes venía un señor.
GIBRÁN: Pones mucha atención.

GIBRÁN carga el tanque hasta la entrada de la casa. Toma un descanso.

REBECA: Es que aquí no entra mucha gente de fuera.
GIBRÁN: Con razón, está bien lejos.
REBECA: ¿Me pasas tu número?

GIBRÁN la mira confundido, REBECA se muestra nerviosa.

REBECA: (*Cont'd*.) Es que luego tu jefe no contesta, así es más directo para saber cuándo vienen a traer el gas.

GIBRÁN sonríe, busca en su camisa una tarjeta y se la entrega. De un lado la tarjeta tiene el logo y contacto de la compañía de gas. REBECA le da la vuelta, del lado en blanco está escrito con pluma el contacto de GIBRÁN.
REBECA lo mira sonriente, GIBRÁN levanta el tanque y entra a la casa.

Ext. Camino / Escuela rural. Día.

JOAQUÍN y MATEO se acercan a una escuela rural en la camioneta. VEINTE NIÑOS juegan en el patio. Mientras la camioneta se acerca, los niños comienzan a apilarse en la reja para poder ver. Todos saludan a MATEO sonrientes.

JOAQUÍN: Esos chamacos tenían muchas ganas de conocerlo.

MATEO sonríe.

MATEO: ¿Podemos parar un momento?

JOAQUÍN cambia la velocidad y jala el freno de mano. MATEO se baja de la camioneta y se acerca a los niños, el escándalo de los NIÑOS hace indistinguible lo que dicen. MATEO se acerca a ellos, los niños sacan sus manos entre las rejas y MATEO las toca.

MATEO: (*Cont'd.*) Buenas tardes, mis niños.

Los NIÑOS le sonríen, todos intentan alcanzar al padre. MATEO se muestra satisfecho.

MATEO: (*Cont'd.*) Espero verlos a todos en la misa, ¿eh?
TODOS: ¡Sí, padre!

MATEO desvía ligeramente la mirada al fondo, bajo la sombra de un árbol puede ver a ALICIA (11 años) sentada junto a TOMÁS (11 años), quienes lo miran con un desentusiasmo contrastante. Mateo alza la mano para saludarlos a lo lejos. Los niños le esquivan la mirada sin regresarle el saludo. La sonrisa de MATEO se desvanece.

JOAQUÍN: Padre, vamos yéndonos, que al rato va a poder saludarlos a todos.

MATEO mira con sospecha a los niños antes de darse media vuelta y subir al auto. JOAQUÍN arranca el carro.

Ext. Capilla. Día.

MERCEDES se sienta frente a la capilla en una silla de plástico. La camioneta *pick up* se acerca, MERCEDES se pone de pie en un movimiento.
JOAQUÍN y MATEO se bajan de la camioneta, MERCEDES se acerca nerviosamente manteniendo la cabeza baja. Ambos platican indistinguiblemente. Cuando MERCEDES está lo suficientemente cerca, MATEO la nota y la mira curiosamente. JOAQUÍN termina de bajar la maleta de la parte de atrás y se acerca a ambos.

JOAQUÍN: Padre, le presentó a Mercedes o Meche, como le decimos, ella es la fiel sacristana de la capilla.
MATEO: Un gus…

MERCEDES se arrodilla frente a MATEO y le besa las manos.
MATEO se muestra confundido.

JOAQUÍN: Meche es muda.

MATEO voltea a verla con simpatía, la ayuda a levantarse.

MATEO: Gracias por tu devoción.

MERCEDES voltea la cabeza hacia el PADRE, le sonríe por un instante pero inmediatamente vuelve a agachar la cabeza avergonzada. MECHE se adelanta en el camino hacia la capilla, con las manos hace un gesto para que la sigan y ambos van tras de ella.

Int. Cuarto en capilla. Día.

MERCEDES abre la pequeña puerta de un cuarto diminuto estilo sótano en la capilla: hay sólo una pequeña ventana que da al nivel del piso del patio. MATEO baja los cuatro escalones que están justo después de abrir la puerta, a su lado hay una sencilla cama

individual perfectamente vestida. MATEO se persigna frente a la cruz de madera sobre la cama.
MERCEDES y JOAQUÍN observan desde la puerta.

JOAQUÍN: Debe estar cansado por el viaje, si quiere lo dejamos que se acomode.

MATEO sonríe.

MATEO: Muchas gracias, Joaquín.

MATEO vuelve la vista hacía MERCEDES y le sonríe tiernamente.

MATEO: (*Cont'd*.) Y también gracias a ti Meche.

MERCEDES da un paso hacia atrás incómodamente.

JOAQUÍN: Ahí tiene una lámpara, avíseme si necesita que se la llene después; en la noche se va mucho la luz en el pueblo.

Sobre el escritorio hay una lámpara de aceite, MATEO la observa.
JOAQUÍN cierra la puerta dejando a MATEO a solas.

Ext. Pueblo. Día.

El pueblo está tranquilo. Hay algo de niebla. Se escucha el sonido de una bocina a lo lejos.

BOCINA DE ANUNCIOS: (*O. S*.) El día del hoy el padre Mateo estará confesando antes de su primera misa.

Ext. Calle. Día.

Sobre el empedrado se asoma un carro viejo con una bocina amarrada al techo.

BOCINA DE ANUNCIOS: El día de hoy se oficiará misa a las cinco de la tarde. El padre estará ofreciendo confesiones durante el día.

El auto se pasa de largo.

Int. Capilla / Confesionario. Día.

MATEO espera sentado en el confesionario con la puerta abierta. Observa hacia afuera, suspira mientras espera. Revisa su reloj de muñeca, hace una mueca de disgusto y echa la cabeza para atrás esperando.
MATEO escucha pasos y se para repentinamente pretendiendo estar listo. ROCÍO entra, hace una pausa para persignarse frente a la cruz del altar, MATEO la espera. ROCÍO se acerca a él, sonriente.

ROCÍO: ¿Padre Mateo?

MATEO la saluda de beso en el cachete.

MATEO: Así es, ¿cuál es tu nombre?
ROCÍO: Soy Rocío Matilde.
MATEO: ¿Te gustaría una confesión?

ROCÍO lo mira extrañada. Piensa unos segundos en silencio.

ROCÍO: No… Vine a practicar los cantos para la misa.

Repentinamente MATEO parece entender.

MATEO: ¡Ah! ¡Claro! Pasa.

ROCÍO sonríe, agacha la cabeza como haciendo una pequeña reverencia. Camina hasta el área del coro y se sienta junto a un piano, toca las primeras notas. MATEO se pasea disimuladamente cerca de ella. ROCÍO comienza a tocar y cantar ganando la atención de MATEO.
MATEO se acerca sonriendo.

ROCÍO: Disculpe, ¿es mal momento?
MATEO: No, nada de eso, más bien…

MATEO pausa para verla, ella lo mira modestamente.

MATEO: (*Cont'd.*) Me estaba preguntando, ¿no se avisó de las confesiones?

ROCÍO se muestra nerviosa.

ROCÍO: Sí… Todos se están confesando para la misa.

MATEO suelta una risa, como si ROCÍO le hubiese dicho una broma. Corta la risa al ver la cara de desentendimiento de ROCÍO.

MATEO: ¿Cómo va a ser eso? Nadie ha venido.

ROCÍO lo mira confundida.

ROCÍO: No entiendo… El padre Iván decía que la confesión se hacía con Dios.
MATEO: Sí, claro, pero el perdón no es algo que se puedan dar ustedes mismos, se necesita pedirlo.
ROCÍO: ¿Pedírselo a usted?

MATEO asiente con la cabeza.

MATEO: ¿Te gustaría una confesión?

ROCÍO lo mira apenada.

ROCÍO: Pero… No estoy segura de saber hacerlo.

MATEO se sienta junto a ella en el piano.

MATEO: ¿Has pecado últimamente?

ROCÍO asiente con la cabeza.

MATEO: (*Cont'd.*) Dime tus pecados.
ROCÍO: Yo, he… No padre, me da mucha vergüenza.

MATEO acerca su mano al hombro de ROCÍO, ésta se muestra incómoda y lo quita.

ROCÍO: (*Cont'd.*) Perdón, padre, es que así no lo hacía el padre Iván.

MATEO baja su mano, mira hacia el frente, piensa unos segundos.

MATEO: Bueno… Cuando estés lista, recuerda que puedes hablar conmigo.

ROCÍO sonríe tímidamente.

ROCÍO: Está bien.
MATEO: Supongo que por eso no ha llegado nadie.

MATEO baja la mirada unos segundos, ROCÍO lo observa. MERCEDES entra a la iglesia. MATEO voltea hacia ella, MERCEDES se persigna en la entrada. MATEO se para y se acerca a ella.

MATEO: (*Cont'd.*) Mercedes, no daremos misa hasta mañana.

MERCEDES lo mira sorprendido, MATEO sonríe.

MATEO: (*Cont'd.*) Tendré que apurarme para lograr confesar a todos.

MATEO sale motivado. MERCEDES y ROCÍO lo ven irse. MERCEDES vuelve la mirada al frente cruzando su vista con la de ROCÍO. MERCEDES parece mirarla hostilmente. ROCÍO esconde la mirada nerviosamente para comenzar a tocar el piano. MERCEDES la mira unos segundos y sale del templo.

Ext. Cocina / Casa de doña Chuy. Día.

MATEO espera sentado. CHUY (50 años) le sirve un café, se sirve ella y toma asiento frente al padre. MATEO se ve nervioso. CHUY se ve alegre, sonríe. En el sofá junto a ellos descansa su PERRO.

CHUY: No esperaba que fuera así.

MATEO la mira confundido.

MATEO: ¿Así?

CHUY ríe.

CHUY: Perdón, padre, es que es usted muy joven.

MATEO sonríe.

MATEO: ¿Eso es algo bueno o malo?

CHUY: Bueno, es que el padre Iván ya tenía sus años; por eso no sabía que los curas podían estar guapos.

CHUY ríe nerviosamente, MATEO sonríe avergonzado.

MATEO: Gracias, doña Chuy.
CHUY: No, a usted.

CHUY vuelve a reír. MATEO parece incomodarse.

MATEO: Entonces, ¿te gustaría confesarte?

CHUY lo mira confundida.

CHUY: Ah, este, pues sí, vamos a intentarlo.

MATEO sonríe.

MATEO: Dime tus pecados.
CHUY: ¿Qué será?... Pues el otro día estuve hablando mal de la Mary: es que su hijo que está en el norte le envió unos zapatitos de allá, y la otra andaba muy muy. Fíjese, padre, si supiera que mientras anda de presumida su marido anda coqueteando con otra…

MATEO suspira.

MATEO: La envidia es un pecado capital.
CHUY: ¡Qué envidia le voy a tener yo a ésa!

Se escucha pasar por fuera a un GRUPO DE PERSONAS; el PERRO se levanta y comienza a ladrar.

CHUY: (*Cont'd.*) ¡Cállate, pinche perro!

MATEO observa al PERRO y sonríe volviendo la mirada a CHUY.

MATEO: ¿Entonces por qué lo hiciste?

CHUY suspira, el perro continúa ladrando.

CHUY: P'os me cae mal, desde chiquitas que…

El PERRO continúa ladrando. CHUY parece desesperarse.

CHUY: (*Cont'd.*) ¡Ay, ese perro!

CHUY se levanta, va hacia donde está el PERRO. CHUY se quita un zapato y lo alza.

CHUY: (*Cont'd.*) ¡Te vas a callar ahora!

El PERRO continúa ladrando. CHUY lo golpea, el PERRO comienza a chillar. CHUY comienza a golpearlo agresivamente.

CHUY: (*Cont'd.*) ¡Si te digo que te calles, te callas!

El PERRO chilla, CHUY lo golpea cada vez más intensamente. MATEO se muestra incómodo, sin saber qué hacer. Se decide levantarse.

MATEO: ¡Chuy, no haga eso, el animalito no entiende!

CHUY lo vuelve a golpear.

CHUY: ¡Pos' así lo voy a hacer entender!

MATEO interviene tomando la mano de CHUY delicadamente, CHUY para, mira a MATEO confundida.

MATEO: A Dios no le gusta que se lastime a sus creaciones.

CHUY baja el zapato, el PERRO se recuesta golpeado. CHUY parece apenada.

CHUY: Perdón, padre, no lo sabía.

El PERRO chilla sin lograr moverse.

Ext. Calle. Día.

MATEO sale de una casa, suspira. Voltea hacia el camino boscoso, ALICIA y TOMÁS caminan juntos, alcanzan a ver al padre y bajan la vista como intentando no cruzar la mirada. MATEO sonríe.

MATEO: ¡Buenas tardes!

Los NIÑOS continúan su camino.

TOMÁS: Buenas.

La sonrisa de MATEO se desvanece, se acerca a ellos.

MATEO: ¿Adónde van?
TOMÁS: A jugar a la mina.
MATEO: ¿Los puedo acompañar?

Los NIÑOS se paran un momento, voltean a verse dudosos. ALICIA esconde su cabeza.

TOMÁS: Si quiere.

MATEO se acerca a ellos.

MATEO: ¿Cómo se llaman?
TOMÁS: Yo soy Tomás, ella es Alicia.

MATEO intenta cruzar su mirada con la de ALICIA, pero ella continúa evitándolo.

Ext. Mina abandonada. Día.

Los restos de la estructura de lo que era una mina antigua están llenos de musgo. ALICIA se para en una barda intentando no perder el equilibrio. TOMÁS espera junto al PADRE.

TOMÁS: ¡Ten cuidado, Alicia!

ALICIA baja de un brinco y vuelve la vista hacia TOMÁS.

ALICIA: ¿Le preguntaste?

TOMÁS niega con la cabeza.

MATEO: ¿Qué cosa?
TOMÁS: Queríamos preguntarle si nos puede casar.

MATEO se ríe juguetonamente.

MATEO: ¿Cómo los voy a casar?, si están bien chiquillos.

ALICIA lo mira hostilmente.

ALICIA: Te dije que no iba a querer.
TOMÁS: ¿Por qué no, padre?

MATEO se agacha para quedar a la altura de ellos, los mira con ternura.

MATEO: Dios tiene un tiempo para todo, ahorita les toca disfrutar su infancia... Si su amor es sincero, en algunos años podrán casarse; pero ahorita no.

Los NIÑOS no parecen convencidos.

ALICIA: Te dije.

ALICIA se va, TOMÁS intenta seguirla, se detiene un segundo y mira hacia MATEO.

TOMÁS: Si no nos casa ahorita, Alicia nunca se va a poder casar.

TOMÁS se va corriendo tras ALICIA. MATEO los mira confundido.

Ext. Capilla. Día.

MERCEDES toca las campanas de la iglesia convocando a misa.

Ext. Cantina. Día.

Suenan las campanadas de la iglesia invitando a misa. VARIAS PERSONAS pasan por la calle cargando una silla de plástico. De la cantina, DIEGO (6 años) arrastra a DAMIÁN (40 años), quien está tirado de borracho. DIEGO llora.

DIEGO: Papá, vamos a misa. Papá.

DIEGO lo jala, pero no logra moverlo. ALICIA pasa por la cantina, detiene su paso para acercarse a su hermano.

DIEGO: (*Cont'd.*) ¡Ayúdame, Alicia! Papá se va a ir al infierno.

SEÑOR (50 años) pasa cargando una silla y se detiene a verlos.

SEÑOR: Ya déjenlo ahí, chamacos. Vénganse conmigo.

ALICIA voltea hacia el señor, jala a DIEGO del brazo.

ALICIA: Vámonos, Diego. No quiero que tú también te vayas al infierno.

DIEGO se limpia las lágrimas apenado. Los dos siguen al SEÑOR. De la pulquería sale el CANTINERO (60 años), quien cierra la puerta y esquiva a DAMIÁN para seguir a los demás.

Ext. Capilla. Día.

Suenan las campanas invitando a misa. CINCUENTA PERSONAS caminan hacia el templo cargando cada uno una silla de plástico.

Int. Capilla. Día.

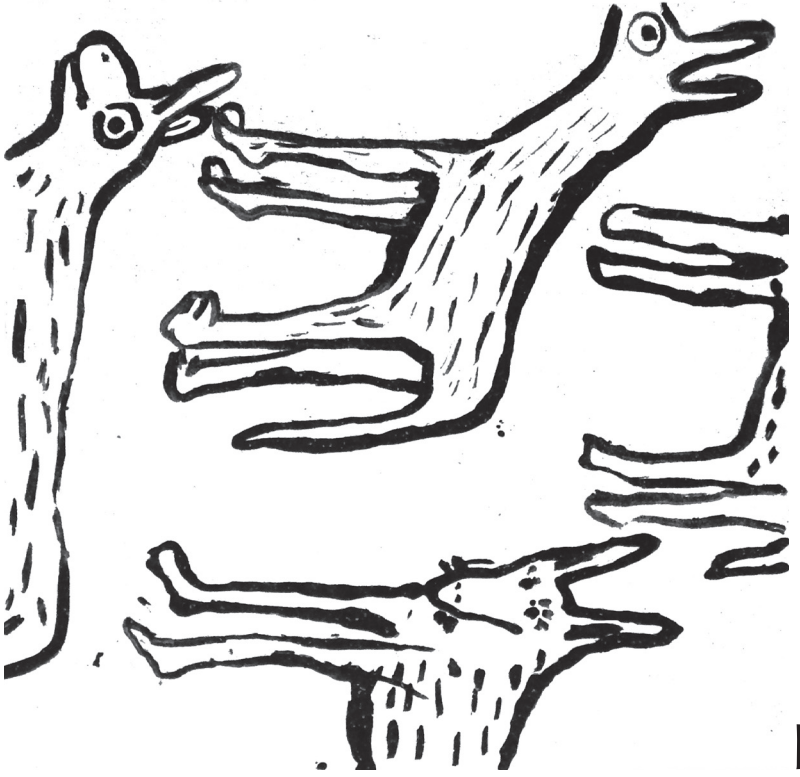
El templo está lleno, las PERSONAS que no alcanzan lugar en las bancas utilizan sus sillas de plástico. Las grandes puertas están abiertas dejando ver el patio exterior, donde más personas se sientan en sus sillas para escuchar misa.
El padre MATEO alza la hostia a la altura de su frente.

MATEO: Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del señor.

MERCEDES se acerca y toma una parte de las hostias.

TODOS: Señor, no soy digno de que entres a mi casa. Pero una palabra tuya bastará para sanarme.

El padre MATEO comulga.
Frente a MERCEDES se hace una fila larga. ROCÍO y REBECA cantan la acción de gracias.
MATEO se levanta después de comulgar, voltea hacia la larga fila y se acerca a ofrecer la comunión. Todos se acercan a comulgar menos los niños menores de doce años.
En las bancas ALICIA se sienta entre DIEGO y TOMÁS. Voltea hacia el piso, pajarea la mirada hacia la cruz del altar. Frunce el ceño molesta. Tras de ella JORGE (10 años) le pasa un papelito. ALICIA lo abre y lo lee. Se pone evidentemente nerviosa, voltea hacia JORGE. MIGUEL (9 años) y SEBASTIÁN (11 años) fijan la mirada en ella. TOMÁS le arrebata el papelito a ALICIA lo lee rápidamente, lo arruga y lo tira.
El papelito cae debajo del confesionario.



DRAMATURGIA

Hurgar...

Debo aclarar que me gustan los puntos suspensivos. Me gustan porque dan la sensación de que todo podría continuar, y porque proveen de incertidumbre, o de esperanza…

Nuestros tres becarios de dramaturgia buscan el artificio hurgando, y al hurgar incitan y conmueven; encuentran una realidad latente y común a sus tres diferentes voces; una realidad inscrita en el vastísimo territorio del imaginario social llamado México.

Ellos saben bien que "la realidad" –si es que existe– necesita ser interpretada, transformada, encarnada; tener un punto de vista, y que eso es siempre una forma de ficción: conocen esa paradoja y la asumen.

Los tres documentan, sí, pero sin caer en fidelidades parásitas. Al hacer sus diferentes recorridos por la vida cotidiana y sus costumbres encuentran algo más implicatorio, más personal, que procede ya no de "la realidad", sino de ellos mismos, de sus propias historias. Los tres textos dramatúrgicos trabajados durante este periodo de beca contienen sus esperanzas, sus preguntas, su dolor, sus propios puntos suspensivos.

José Manuel Hidalgo, por ejemplo, es astuto y al parecer le aburre la discursividad, pero sabe jugar. En su juego hurga en un pasado histórico y sindical que no le tocó vivir, pero que consuetudinariamente atiza con sus rebabas.

Diego Cristian Saldaña hurga observando, escuchando, cantando. Se vuelve mago y su escritura es un acto de armonía y ritmo. Entra de lleno por un camino que le hace transitar el cielo, la tierra y el infierno, y sin temor sigue hurgando hasta

encontrar la calidez y sensualidad de la *Sangre de mango* en su propio lenguaje.

Hasam Díaz, por su parte, al hurgar se fabrica una inocencia y revisita su propia niñez a través de inusuales visiones con Morelos: el ¿heroico? Pone el "yo" por delante y desestructura con ternura su propia diégesis.

Los tres tienen visiones –a manera de espejismos, de alucinaciones– en las que se les revela lo inverosímil del cotidiano, lo fantástico del mismo. Los tres vaticinan y reconstruyen el México que ven, no el que quisieran.

A mis ojos, los tres son formidables paradigmas de puntos suspensivos…

Sandra Muñoz

Hasam Díaz

La resurrección de los justos (fragmentos)

Una beca como ésta, tendría que ser la posibilidad del equívoco. Incluso pienso que todo esto que están a punto de leer es un gran error.

Cielo

Escena 1

A diez mil metros de altura.

MIRELES: Te amo.
ÁNGEL: Amas mi piel tersa.
MIRELES: No. Te amo a ti.
ÁNGEL: No te creo.
MIRELES: ¿Por qué no me crees, Angelita?
ÁNGEL: Porque ya estás grande, tienes muchas mañas.
MIRELES: Para el amor uno siempre es joven.
ÁNGEL: De seguro esa frase ya se la dijiste a otra muchacha.
MIRELES: Sólo te he tenido a ti y a mi ex mujer.
ÁNGEL: Ni tú te la crees.
MIRELES: No me creas, chula.
ÁNGEL: Si tú lo dices…

Pausa.

MIRELES: Mira, ya casi llegamos.

ÁNGEL: No quiero ver por la ventana.
MIRELES: Está bien bonito, se ven las estrellas.
ÁNGEL: Pero no vemos el piso.
MIRELES: ¿Cómo no, Ángel? Asómate, ahí está. La luna hace que se reflejen los campos de marihuana.
ÁNGEL: Prefiero verte a ti, yo ya no quiero ver esa hierba, estoy harta.
MIRELES: Disfrútalo, en cualquier planta hay belleza.
ÁNGEL: ¿Cómo lo voy a disfrutar si volamos en una carcachita?
MIRELES: ¡Híjole, me saliste bien fijada!
ÁNGEL: Es que se mueve peor que guajolotero.
MIRELES: Es normal.
ÁNGEL: ¿Falta mucho?
MIRELES: Sí, ya mero llegamos. Tranquila.
ÁNGEL: ¿Ya habías hecho este viaje antes?

Pausa.

MIRELES: Sí.
ÁNGEL: ¿Qué?
MIRELES: Sí, que ya había venido antes. El secretario de Gobernación ya me había llamado antes.
ÁNGEL: No me habías dicho.
MIRELES: Pues es que todavía no andábamos.
ÁNGEL: Me dijiste que era la primera vez.
MIRELES: No puedo decirte todo.
ÁNGEL: ¿Y cómo voy a ser tu mujer si no sé tus secretos?
MIRELES: No los necesitas. Es mejor así. Hay cosas que ni yo quiero saber. (*Pausa.*) No me hagas pucheros, mujer.
ÁNGEL: Estoy loca, no sé qué estoy haciendo aquí.
MIRELES: Eres mi ángel.
ÁNGEL: No lo soy.
MIRELES: No te hagas, en esta pinche revuelta lo que vale la pena sobre todas las cosas eres tú.
ÁNGEL: Te aprovechas de mí.
MIRELES: Nunca me he aprovechado de ti, lo que te doy lo hago de corazón.

Pausa.

ÁNGEL: ¿Si tuvieras una hija como yo, dejarías que saliera con un hombre de tu edad?
MIRELES: Si te trata como el ángel que eres, te daba permiso. Pero no soy tu papá y estamos juntos, así que no necesitas imaginarte cosas que no son.
ÁNGEL: Es que está difícil.
MIRELES: Si para ti está difícil, imagínate para mí.
ÁNGEL: Te amo.
MIRELES: ¿Ves? ¿Qué te costaba aceptarlo?

Ángel se recarga en el hombro de Mireles.

Escena 2

RANA: ¿Por qué se la trajo?
MIRELES: Es mi ángel, no necesito dar más respuestas.
RANA: Despiértela, es mejor que esté atenta por cualquier cosa.
MIRELES: No voy a despertar a mi ángel.
RANA: Tengo un mal presentimiento.
MIRELES: Estamos llenos de malos presentimientos todo el rato, Rana. Es mejor aventarse y darse la persignada.
RANA: Es que…
MIRELES: ¿Qué?
RANA: Yo creo en usted. ¿Se lo había dicho?
MIRELES: Sí, me lo habías dicho.
RANA: Pase lo que pase yo siempre he creído en usted.
MIRELES: Sí, ya me lo dijiste.
RANA: Y usted sabe que amo a mi pueblo.
MIRELES: No me espantes, ¿qué traes?
RANA: Tengo frío en la cabeza.
MIRELES: Ya, Rana. Deja de andar de chistosito. No me vayas a salir con una mamada.

Pausa.

RANA: ¿Puedo preguntarle algo, doctor?
MIRELES: Dime.
RANA: ¿Qué le dijo el secretario?
MIRELES: Ya sabes que no puedo decirte.
RANA: Por favor, dígame si esto ya se va a acabar.
MIRELES: Está difícil, pero no imposible.
RANA: No me conteste como político.
MIRELES: Si nos rendimos, ellos prometen que van a agarrar a todos los cabrones y habrá paz para el estado.
RANA: ¿Y usted les creyó?
MIRELES: Si estamos como pinches ratas, ¿qué nos queda?
RANA: Ya ni sé.
MIRELES: No dije que sí.
RANA: Todavía.
MIRELES: A veces se duda.
RANA: También se traiciona a veces.
MIRELES: Bueno, ¿tú qué traes?

Pausa.

RANA: Me dijeron algo de usted.
MIRELES: Ah, qué pinche Rana.
RANA: ¿Pues que…?
MIRELES: Que no mame, venimos en la pinche avioneta en la puta madrugada y me sale con dudas.
RANA: Ahora resulta que usted no ha dudado.
MIRELES: De ti no, ¿y tú de mí?
RANA: Ya le dije que no.
MIRELES: ¿Pues de qué discutimos?

Pausa.

RANA: Me dijeron que usted hizo una alianza con los del cártel de la Nueva Generación.
MIRELES: ¿Quién le dijo eso?

RANA: ¿Eso es un sí?
MIRELES: Primero quiero saber quién te lo dijo, Rana.
RANA: Si es cierto, se me viene el mundo abajo.
MIRELES: Ni digas, que si no, nos estampamos con las piedras.
RANA: Nomás quiero la respuesta, ¿está o no está con los de la Nueva Generación?
MIRELES: No.
RANA: ¿Y por qué lo dice así?
MIRELES: Llevamos un día sin dormir, no es posible que ahora que regresamos a Tepeque te pongas inseguro.
RANA: Ya, conteste, ¿es o no es?
MIRELES: No.
RANA: ¿No vino a ser intermediario del cartel Nueva Generación y el secretario de Gobernación?
MIRELES: Vine a defender mi tierra.
RANA: Esto está de la verga.

Se escuchan ráfagas de balas que dan en los cristales.

MIRELES: ¿Qué chin…?

El sonido de bip-bip del tablero de la avioneta. Luego silencio.

Escena 3

La tierra, la avioneta estrellada en el suelo, dos cuerpos ensangrentados que no se mueven.

MIRELES: ¿Ya estoy muerto, Ángel?
ÁNGEL: No lo creo.
MIRELES: ¿Y tú?
ÁNGEL: No lo sé.
MIRELES: ¿Quiénes son todos ellos?
ÁNGEL: ¿Ellos? Periodistas.
MIRELES: No, ésos de las camionetotas.
ÁNGEL: Supongo que son los que nos dispararon.

MIRELES: No puedo ver sus rostros.
ÁNGEL: Es difícil verles el rostro a los traidores.
MIRELES: ¿Qué va a pasar?
ÁNGEL: Va a pasar que un día vas a despertar de tu coma.
MIRELES: ¿Qué vida voy a tener después de haber caído de una avioneta?
ÁNGEL: Vas a estar bien. Una placa en tu cabeza y un poco de rehabilitación y listo. Eres médico, sabes que los milagros en la ciencia existen.
MIRELES: ¿Y tú?, ¿tú también vas a estar bien?
ÁNGEL: Ya te lo dije, no lo sé.
MIRELES: Ahí hay dos cuerpos.
ÁNGEL: ¿Quiénes son?
MIRELES: La Rana.
ÁNGEL: ¿Y el otro?
MIRELES: Yo.
ÁNGEL: ¿Y dónde crees que estoy yo?
MIRELES: Quisiera que te quedaras conmigo.
ÁNGEL: Eres doctor, sabes que los milagros en el amor no existen.

Escena 4

El cráneo destrozado de Mireles; habla a través de un tubo que corre por su faringe.

MIRELES: En las noches me acuerdo mucho de mi abuelo. Él fue el que me enseñó a guiarme en esta vida. Él me llevó al cerro más alto, del que probablemente caminó alguna vez Tariácuri, nuestro primer cazonci. Ahí, a la luz de la luna, aprendí dónde está el norte y dónde está el sur por cómo crece el musgo en los árboles y en las piedras. De ahí supe que mi Tierra Caliente no es sólo caliente por la temperatura del termómetro, sino porque en mi tierra se cocina la sangre y no necesariamente para hacer moronga. No somos alimento de nadie, eso lo puedo jurar. Aquí se hierve el enojo y se apaga con un par de machetazos. Estoy cansado. Estoy triste. Defendí lo

que creía justo. Defendí a mi familia de las balas y las violaciones. Puse mi vida en riesgo por no dejar que el gobierno nos viera la cara de pendejos. He caído a diez mil metros de altura y no estoy muerto. ¿Qué quiere Dios de mí?, ¿o soy yo el que tiene derecho a decidir?, ¿por qué sí murió el chavito que vendió su vida por cuatro mil pesos a la semana y yo no?, ¿por qué no me mataron desde antes?, ¿por qué?

Yo creo en los fantasmas porque muchas veces me visitaron en mi hogar. Desde que estaba chavo, e iba a casa de mis papás después de mis exámenes en la Facultad de Medicina, ellos llegaron y me aconsejaron. Todos ellos tocaron a la puerta de mi casa. Siempre estuve aconsejado por mis antepasados. Nunca me lo dijeron así tal cual, pero yo creo que soy un mesías. Creo que tengo una misión importante en la vida. Uno se da cuenta desde que es niño, ¿no? Uno se siente muy especial pero no puede compartirlo, porque van a creer que está loco. Por eso ya no voy a decir nada al respecto.

Aguacate, limón, guayaba, mango. El fresno en mi boca y tantos otros sabores en mi lengua. Hierbas blancas y hierbas verdes. Hay de todos los colores, ésta es la puerta del infierno y la salida al paraíso. No hay bueno ni malo. Por eso vendí marihuana hace mucho tiempo y me metieron a la cárcel. ¿Tenía otra opción? Si soy doctor y me va de la chingada, ¿qué se hace para mantener una familia? No se espante de la planta verde. No se espante de las hectáreas que todos tenemos atrás de nuestra casa.

Aquí en este limbo de mi cabeza, del que no despierto. No quiero abrir los ojos. Porque me voy a ahogar de miedo cuando abra los ojos. Por favor, no me dejen despertar.

Hasam

Escena 1

Cuarto de Hasam.

MORELOS: ¿Por qué me dibujas?
HASAM: Me gustas.
MORELOS: ¿Cómo, te gustan los hombres?
HASAM: Me gusta Magdalena, la niña más lista del salón.
MORELOS: ¿Por qué no la dibujas a ella?
HASAM: Ya te lo dije. Me gustas tú.
MORELOS: No logro entenderte.
HASAM: Dibujo lo que me interesa, no sé cómo decirlo, lo que me va pasando en la cabeza.
MORELOS: ¿Por qué no usas colores?
HASAM: Me gusta el gris.
MORELOS: Eso no está bien. ¿Qué diría el psicólogo de ti?
HASAM: Diría que en tiempos de Morelos no existía esa palabra.
MORELOS: Soy Morelos y hago lo que quiera.
HASAM: No, eres el póster de una pintura. Una de Alfredo Zalce.
MORELOS: ¿De qué te quejas?, tú eres un niño, hablas demasiado elaborado.
HASAM: No eres real.
MORELOS: ¿Entonces por qué lo haces?
HASAM: Porque quería.
MORELOS: ¿Qué?
HASAM: Verte durante horas.
MORELOS: Es cierto. El cuarto de cortinas rosas, tus hermanos golpeándote, tú pasando horas solo.
HASAM: Lo haces sonar terrible.
MORELOS: Al menos es triste, debes admitirlo.
HASAM: Cabrón.
MORELOS: Shhh… eres un niño, no debes decir groserías.
HASAM: Voy a romperte.

MORELOS: Rómpeme, te reto.
HASAM: Hijo de puta.
MORELOS: Hazlo, niño pusilánime.

Pausa. Hasam rompe una de las orillas del póster de Morelos dibujado por Alfredo Zalce.

HASAM: Lo hice.
MORELOS: Por una vez en tu vida te atreviste a algo.
HASAM: Sí.
MORELOS: Eres un héroe. (*Se carcajea*.) Eres un héroe, por fin hiciste algo en contra de las reglas. Estoy orgulloso de ti. Ojalá hubieras sido uno de mis hijos. Ojalá fueras tan valiente para tomar una espada y cortar el cuello de alguien y enseñárselo a Calleja. Eres grande Hasam. Deja me ajusto el paliacate de la cabeza para mostrarte un poco de respeto.
HASAM: Te voy a quemar.
MORELOS: Qué importa si me quemas. Después harás una obra de este instante.
HASAM: Ya, me callo. Basta.
MORELOS: No te hagas la víctima.
HASAM: Se supone que estás aquí hablando conmigo para hacerme compañía, para no destrozarme en la nostalgia; no entiendo por qué me atacas de manera tan gratuita.
MORELOS: Soy el Siervo de la Nación, no el peluche de un niño.
HASAM: Dejaré de dibujarte.

Pausa.

MORELOS: Era una broma. Entiende. Tenemos que darle sabor a esto. No podemos permanecer quietos, algo te tiene que suceder, algo se te tiene que mover, es inevitable y está bien que aprendas eso.
HASAM: Me siento solo, no lo vuelvas a hacer, te necesito.
MORELOS: Hagamos un trato.
HASAM: Sí.

MORELOS: Termina de dibujarme. Todo en tonos grises, y no diré nada. No me quejaré. Estaré en silencio para que tus trazos sean nítidos.
HASAM: Tampoco quiero que te calles.
MORELOS: Vamos, tú mamá está esperando que me termines.

Pausa.

HASAM: Extraño a mi mamá. Mucho.
MORELOS: Lo sé.
HASAM: Hace un mes que no la veo. Un niño no debería dejar de ver a su mamá.
MORELOS: Ella sigue drogada en un hospital.
HASAM: ¿Puedes hacer cosas extraordinarias?
MORELOS: ¿A qué te refieres?
HASAM: ¿Puedes hacer que venga? ¿Puedes hacer un imaginario para que ella esté aquí en este instante?
MORELOS: No creo que pueda hacerlo.
HASAM: Hay más de doscientos años en tu pintura, algo has de poder hacer.
MORELOS: Lo siento, Hasam, no puedo. Tendrás que sobreponerte.
HASAM: Tú puedes traerla aquí y yo estaré feliz de verla.
MORELOS: No cambiarían las cosas.
HASAM: Claro que sí.
MORELOS: Creo que regresaré a la pintura.
HASAM: No, no me dejes.
MORELOS: Me tengo que ir. Digo, voy a seguir aquí pero sin hablar.
HASAM: Me voy a poner ansioso.
MORELOS: Ya aprenderás a controlarlo.

Pausa.

HASAM: Espera.
MORELOS: ¿Qué?
HASAM: Un día sueño ser como tú, ¿eso está bien?
MORELOS: Eso sólo te lo puedes responder tú.

HASAM: No entiendo, ¿por qué todo esto? Esta conexión, esta plática, ¿para qué, si no voy a encontrar una respuesta?
MORELOS: ¿Sabes qué pensé esa noche que me capturaron?
HASAM: No.
MORELOS: Lo primero que pensé fue en mis hijos.
HASAM: Yo no tengo hijos, ¿eso de qué me sirve?
MORELOS: Lo que quiero decir es que pensé en alguien más, no pensé en mí.
HASAM: O sea que no soy un héroe.
MORELOS: Al parecer no.
HASAM: No sé por qué no me decepciona.
MORELOS: Puedes cambiar las cosas.
HASAM: Lo dudo. No soy sólo yo, somos los niños que luego nos haremos adultos. Disculpa haberte decepcionado.

Escena 2

Sobre el sillón blanco.

HASAM: Buscaba consuelo. Después de cinco años de mi primer novia busqué a mi primer prostituta. El congal se llamaba Manhattan (digo se llamaba porque ya no existe). El lugar estaba a la orilla del libramiento de la ciudad de Morelia. Fui con un amigo, me daba miedo ir solo. Las luces eran de neón y había una pista de triplay que cruzaba el salón. Espejos, muchos espejos cubrían la pista de baile.

Una chica morena se me acercó. Lo primero que hizo fue pegar sus piernas a las mías. Me hizo plática. Se le notaba la estructura de las preguntas. Era claro el cómo abordar al cliente. Quise saber más de ella. Ya sabes, las cosas más íntimas. La abordé por el tema de los tatuajes. Tenía uno en cada antebrazo: eran calaveras.

Soy de Uruapan, me dijo, a los clientes no les gusta que tenga tatuajes, se les hace que soy naca, como que estoy sucia de la piel y por eso no puedo cobrar tanto. Sí, por mis tatuajes.

Ella era de Uruapan, y tenía una bebé que resguardaba su mamá en un pueblo del cual no quiso decirme. Era un secreto. Después de un rato, le invité un whisky rebajado con jugo de naranja; de hecho fueron varios. Si quieres que las mujeres de un congal se queden contigo tienes que invitarles un trago todo el rato, si no se van.

Noté tranquilidad en su rostro, solamente quería conocer su historia. Hasta que después de unas horas, bajo la fiebre del calor, quise tener un privado. Experimentar lo no experimentado. En los privados la premisa es la siguiente: entras a un cuarto con la mujer que seleccionaste, por lo regular duran quince minutos. En esa cápsula de tiempo tienes derecho a tocar a la mujer. No puedes penetrarla. No puedes hacer nada que ella no quiera a menos que le ofrezcas más dinero. Si ella accede es posible darse de besos. Si fuerzas a la mujer, ella llama al guardia que está afuerita de la puerta y te madrean y te sacan del lugar. Es inmediato, ahí no perdonan los errores o pasarse de chistosito. No es que les interesen las mujeres, es que les preocupa guardar su mercancía y que nadie la dañe: sólo ellos tienen derecho a hacerlo.

Ella tomó mi mano y me llevó al pequeño cuarto. Me señaló que no hablara para que el guardia no volteara a verme. Me bajó el cierre y me hizo una felación. Era agresiva, mordía el pene y no tenía ninguna delicadeza en ello. Quise tocar sus senos pero me dio una palmada en señal de regaño. Estoy lactando, me siento incómoda. Ni modo, pensé. Así fueron esos quince minutos. Bajo el yugo de la música estridente y una felación en silencio.

Luego de terminar el privado, regresamos a la pista como si nada hubiera pasado. En todo caso, nos sentamos como si ya fuéramos amigos. Le pedí su celular. En ese momento me parecía lógico hacerlo, y ella accedió. Intercambiamos los números y pasé a despedirme. Nos vemos, fue un gusto conocerte. Igual. Que te vaya bien de regreso al DF. Gracias. Le respondí.

Pasó al menos un mes para que recibiera un mensaje en mi celular:

> ¡Hola! No sé si te acuerdes de mí, soy la chica del Manhattan. ¿Te acuerdas que te dije que había unas personas atrás del congal que eran los que nos cuidaban en unos cuartos? Pues hubo una bronca y me andan buscando, ¿me puedes ayudar con dinero?

En ese instante cruzaba por un puente peatonal. Me quedé sin aire y dudé en contestarle. ¿Qué hubiera sido lo mejor? ¿No responder? ¿Olvidarla? ¿No decir nada? Supongo que respondí por soledad, porque un par de horas después decidí marcarle.
–Hola.
–Soy Hasam.
–Lo sé.
–¿Qué pasó?
–¿Me puedes echar la mano? (*Pausa*.) No seas gacho y deposítame dinero.
–Está raro.
–Es normal que no me creas. Es que también no te puedo decir mucho, pero está cabrona la cosa y yo ya no puedo regresar a Uruapan. No puedo buscar a mi hija porque va a salir peor.
–¿Qué quieres?
–Dos cosas.
–…
–Está difícil, lo sé, pero la neta no tengo a nadie más a quien hablarle.
–¿Cuánto necesitas?
–Si puedes mandarme unos quinientos pesos, con eso la libro.
–Mmm… ok.
–Gracias, ahorita te mando la cuenta por mensaje.
–De nada…
–Necesito otro favor.
–¿Cuál?
–¿Puedo ir al DF? ¿Puedo ir contigo? Un par de días nada más.
–…
–Me dijiste que vivías solo.
–Sí.

–Prometo no meterte en problemas. Necesito desaparecer unos días en lo que se baja esto. Uruapan está sitiado.
–¿Quién te busca?
–No te puedo decir.
–¿La Familia Michoacana?
–No digamos nombres.
–…
–Ayúdame, no va a pasar nada; si me voy para allá no van a encontrarme.
–…
–¿Qué dices?
–Está bien.
–¿En serio?
–Sólo unos días y ya.
–No te preocupes.

Nervioso. Sudando. Caliente. Excitado. Una puta que la buscaba la Familia Michoacana se iba a quedar conmigo. Estaríamos solos en mi departamento.
Escondí las cosas de mayor valor en la casa de un amigo. En todo caso si ella pensaba llevarse algo de mi hogar, serían cosas que no le servirían a ella. Cosas como libros.
Deposité en su cuenta y a partir de ahí sólo nos mensajeamos. Llegó al siguiente lunes y fui por ella a la terminal de Observatorio. Tenía puesta una blusa verde, y no lo había notado antes pero tenía canas. La blusa le tapaba sus tatuajes de calaveras. Tenía puesto un labial negro. Nos saludamos. Me dio pena. Le di un beso en el cachete, ella me lo dio en la boca. No supe qué hacer. Mejor nos fuimos al metro. Le ayudé con su mochila.
–¿Cómo estás?
–Bien.
–Pues ahorita vamos al departamento. ¿Ya viste el mapa? Velo checando para que te ubiques.
–Ok.
–¿Y cómo están las cosas allá?
–Culeras.
–Ah.

–¿Quieres saber?
–…
–¿Eso es un no?
–No sé qué tanto quiera saber.
–No quise meterme con uno de ellos.
–¿Quiénes?
–Los de la Familia.
–¿Y qué pasó?
–Me madrearon.
–¿Y cómo pudiste salir?
–Medio me defendieron. Este cabrón estaba pedísimo y se tenía que regresar a Tecapalcatepec. Me hicieron paro los del Manhattan y me vine para acá.
–No mames.
–No me van a encontrar. Nadie sabe que estoy contigo.
–Y nadie sabe que tú estás conmigo, ni por qué estás aquí. Si me pasa algo…
–¿Quieres que me regrese?
–Está más cabrón que te regreses.
–Bueno…

Llegamos al departamento. Puso sus cosas cerca de la puerta. Ella sacó una cajetilla de cigarros. ¿Puedo fumar? Claro que puedes, aquí está el cenicero, lo saqué de una promoción de Camels. Ella observaba detenidamente mi librero, luego mi cocina. Después entró al baño y se tardó un rato. Cuando salió de ahí, le dije que se quedaría en mi cuarto y yo dormiría en el sofá cama. Me dijo que no, que dormiríamos juntos. Se arrodilló, abrió la bragueta de mi pantalón y me hizo de nuevo una felación. Mordía mi pene. Quizás alguien le dijo que eso era excitante. Me daba pena decirle que me lastimaba; sólo le moví la cabeza para conducirle el movimiento. Tuvimos sexo. Una relación sexual dura y fría. Ella no me permitía tocar sus senos de pezones morenos, ni dejaba que la besara. Sólo la penetré con condón. Después de venirme, ella se quitó y se puso a dormir. Un silencio profundo seguido de unos ronquidos. Me vestí y me fui a dormir al sofá cama.

El primer día fue extraño, tenía ensayo y no quería dejarla sola. Sin embargo, era necesario irme al teatro. Lamento decirlo pero no le di llaves y la dejé encerrada. ¿Qué otras opciones podía tener? ¿Confiarle mis llaves e irme?: yo no pude.
Cuando regresé por la noche, el departamento olía a mota. Me molestó mucho pero no se lo dije.
–Nunca me has dicho tu nombre.
–Tú te llamas Hasam.
–Sí, pero el tuyo.
–Yo no tengo nombre.
–Estás en mi casa. Me gustaría saberlo.
–No creo que lo necesites.
–¿Y si pasa algo?
–No va a pasar nada. Me acabo de enterar que tengo una amiga de Uruapan que vive aquí, me dijo que vive en el norte, yo creo que me voy a ir con ella.
–¿Segura?
–No te quiero causar molestias.
–No es molestia, pero sí me da miedo que vengan los de la Familia.
–La Familia no llega hasta acá.
–¿Cómo sabes?
–Ya nos hubieran encontrado y cortado las cabezas.
–¿Podemos no coger hoy?
–Sí, está bien.
–Eres mi héroe.
–¿De verdad?
–Sí. Ya no hay héroes en nuestros tiempos.
–No puedo cargar con ese nombre entonces.
–¿Me puedes prestar más dinero?… es sólo para los gastos de esta semana. Mi amiga me va a hacer el paro con la comida y así…
–Sí.

Se quedó prendada en la ventana: ahí me habló de Uruapan, de sus sueños, de cómo quería ser diseñadora gráfica y que ella misma se había dibujado sus tatuajes que los clientes odiaban, de cómo la embarazó un tipo y luego lo mataron los de la Familia porque era un halcón que quiso jugarle chueco a la Familia. Me

contó la manera en que se fue a Morelia para entrar al Manhattan. Primero te prueban. Te cogen. Te hacen meterte un dildo doble con otra chava hasta que te vengas. Te pagan bien al principio y luego no sé cómo pero te tienen enjaulada. Te dan de tomar un chingo y te regalan "pruebitas" de chochitos que te ponen como loca. Eres básicamente una mascota.

No quise saber más, le dije que tenía sueño, que me tenía que parar muy temprano. Le pregunté que cómo le hacíamos para que pudiera llevarse sus cosas. No te preocupes, Hasam. Cuando tú te salgas yo me voy. Ok. Va.

Dormí en el sofá cama. Estaba asustado de que abrieran la puerta y descubrieran que la estaba ocultando. Si me dan un balazo en la cara quién iba a contar mi historia. Quién iba explicar lo que había sucedido. No dormí esa noche: dormité.

Al día siguiente prendí el boiler y me bañé. Ella no quiso, dijo que así estaba bien que se bañaba en la casa de su amiga. La acompañé hasta el metro general Anaya y nos despedimos en los torniquetes. Ella me dio un beso en la boca pero no abrí los labios.

–Adiós, Hasam. Muchas gracias por todo. En cuanto tenga algo de dinero, te deposito.

–Cuando puedas.

–Si quieres, nos podemos ver después; te debo una chupada, la de anoche.

–No tienes que hacerlo.

Me dio un último abrazo y tensé las manos. Miraba de izquierda a derecha que nadie nos observara. Pasó los torniquetes y me fui corriendo. Borré su número y limpié el departamento.

Morelos

Uno

Devela los escondites de los insurgentes para salvar su alma.
REDACCIÓN

1 de diciembre de 1815. "Montaba un mal caballo". Aseguraron en la junta de Taretan, después de que el Siervo de la Nación fuera preso y puesto a disposición en la Ciudadela para hacer su respectiva confesión ante Calleja.

Señala un comunicado del Virreinato que, ante el *Diario Oficial de la Nueva España*, el prófugo José María Morelos y Pavón ha colaborado de manera satisfactoria para dar partida de los escondites en cada una de las rutas que fueron asignadas por el mismo sacerdote.

El responsable de dichas declaraciones, bajo so pena de muerte, recibirá el último sacramento en la capital del Virreinato después de arrepentirse al levantar el llamado de insurrección.

Calleja, quien con suma alegría, declaró ante los reporteros unas cuantas palabras: "No hay hombre en el mundo que no doblegue sus ideas, no hay hombre que sea Dios, ni hay héroe que no se decepcione a sí mismo".

José Manuel Hidalgo

The México Swinger

1

Bebo Mantequilla nació.
Y hasta el último de sus días llevó consigo un par de anillos de oro que le regaló una *drag queen* norteamericana de nombre Chi Chi La Rue.
En ese entonces The México Swinger estaba en su mejor época.
Época de luces, fiestas y alcohol en botellas de colores.
Chi Chi acababa de grabar ahí la película que le haría ganar el *Gay Erotic Video Award* un año después.

CHI CHI: *Darling, this is it. You Bebo… you are my cave, my money, my walkman, my wekeend.*

Bebo Mantequilla no entendía un carajo de inglés.
Bebo Mantequilla ebrio con trabajos entendía un carajo de español.
Pero ese carajo le fue suficiente a Bebo Mantequilla para saber que Chi estaba agradecida.

CHI CHI: *Hey Bebo! Take this. Those rings were given to me by the prince of Spain after I sucked his dick in his wedding day.*

Y así fue como The Mexico Swinger se glamurizó e inició el periodo que todos recuerdan como "La época loca".
Pero eso vendrá un poco después.
Lo que importa ahorita son los anillos.

Cuando los gemelos Rodríguez desenterraron el cuerpo se pelearon por ellos.

GEMELO ERRE 1: ¿Un volado?
GEMELO ERRE 2: Ya estás.

Acotación: Bebo Mantequilla media un metro con sesenta y ocho centímetros y pesaba sesenta y dos kilos. Era estrábico y tenía los dientes chuecos.
El cadáver de Bebo Mantequilla llegó a la frontera pasadas las tres de la madrugada midiendo un metro cuarenta y ocho centímetros, y pesando ciento doce kilos.

DON RUFIÁN: Faltan veinte centímetros del cuerpo.
GEMELOS: Así lo encontramos, jefe.
DON RUFIÁN: Y pesa más que cuando murió.
GEMELOS: Así lo encontramos, jefe.
DON RUFIÁN: ¡Los muertos no engordan!
GEMELOS: ¿Cómo lo sabe, jefe?
DON RUFIÁN: ¡No mamen! ¿Son estúpidos?
GEMELOS: Sí, jefe.

Y efectivamente, los gemelos Rodríguez habían bebido de pequeños agua envenenada del pozo.
"Hijitos, no beban agua del pozo, desde que llegó Pemex al pueblo todos los ríos están contaminados, mejor tómense su Coca-Cola de dos litros", les advirtió su madre.
Pero los gemelos Rodríguez ahí van de pendejos a beber agua del pozo.
Su madre, una mujer buena, beata y muy cogelona, cargó con los gemelos intoxicados por la petrolera nacional hasta que cumplieron dieciséis años.
Era una mujer con aguante.
Además de buena, beata y muy cogelona.
Cualquiera que soportara a los gemelos Rodríguez por dieciséis años se merecía el cielo.

Por eso cuando pudo abandonarlos con el primer cabrón que pasó lo hizo.

SU MADRE: A ver, primer cabrón que pasó, te regalo a mis gemelos.
DON RUFIÁN: Se ven muy babosos, preferiría beber agua contaminada del pozo.
SU MADRE: ¡No me chingue!
DON RUFIÁN: ¿Cómo que no la chingue? ¿Sabe quién soy?

Lo que la madre de los gemelos no sabía era que hablaba con don Rufián, descendiente directo de Pancho Villa y Moctezuma.
Último con el nombre de aquella época, que nada tiene de dorada, llamada "La Revolución mexicana".

SU MADRE: ¡Me vale madre quién sea o no!, llevo dieciséis años cargando con estos dos seres que con trabajos pueden hablar, y que nomás me hacen la vida pesada.
DON RUFIÁN: ¿Y yo qué?
SU MADRE: Lléveselos, ya estoy vieja y quiero morir en paz.
DON RUFIÁN: ¿Y esos dos de qué me van a servir?
SU MADRE: ¿De qué cree que le van a servir? Son dos palurdos buenos para nada que, además, tienen gustos raros.
DON RUFIÁN: ¿Cuáles gustos raros?
SU MADRE: Raros, muy raros.
DON RUFIÁN: ¿Cuáles gustos raros?
SU MADRE: Les gusta lo *kitsch*. Sus ídolos son Britney Spears y Andy Warhol. Mírelos ahí están. ¡Eh! ¡Gemelos Erre 1 y Erre 2! Vengan para acá.

Los gemelos llegaron y saludaron al mismo tiempo.
Tenían un sombrero tipo *Farmer* y ropa al estilo Grant Wood.

DON RUFIÁN: Están mal, señora, están muy mal. Debería ponerles toda la discografía de Vicente Fernández para que se corrijan.

SU MADRE: Lléveselos. Mi deseo es pasar los años que me quedan en esta hamaca. Las cosas están cambiando en este pueblo y no me gusta. Están tirando nuestras casas de lámina para poner gasolineras, talaron los árboles para poner una empresa automotriz, entubaron el río y su agua ahora está contaminada con químicos, llegaron unas excavadoras hidráulicas y destrozaron el centro del pueblo… Ahora todo es asfalto y refinerías… lo único que nos queda es la estatua de tres metros de un pendejo sindicalista.

DON RUFIÁN: Era mi papá.

SU MADRE: ¿Qué dice?

DON RUFIÁN: Que la estatua de ese pendejo sindicalista era mi papá: don Rufianzote.

SU MADRE: ¡Ah, mire!, eso cambia las cosas.

DON RUFIÁN: Ya era hora de que cayera en cuenta del respeto que…

SU MADRE: Ahora se los voy a vender.

DON RUFIÁN: ¿Qué dijo?

SU MADRE: Un tostón por cada uno.

DON RUFIÁN: ¡No me chingue!

SU MADRE: El que chinga es usted. Estos dos podrán estar imbéciles, pero es mejor tener mal gusto que venir de la familia Rufián.

DON RUFIÁN: Cuide su boca, me la puedo chingar si quiero.

SU MADRE: ¡Qué me va a chingar! Usted está más roto que un libro de historia. Yo he visto lo que queda de su sede sindical, y usted es el único pendejo que todavía se para ahí.

DON RUFIÁN: No es cierto… bueno… sí soy el único que todavía se para ahí, pero no estoy pendejo… es la crisis institucional… el neoliberalismo… Si mi papá estuviera vivo sabe…

SU MADRE: Váyale a contar sus penas a un taxista. Afloje la feria o continúe su camino.

DON RUFIÁN: No sea así. Respéteme.

SU MADRE: Nel.

DON RUFIÁN: Mire, ya deme a sus gemelos y me voy.

SU MADRE: Pues ya no quiero darle nada gratis; es más, usted debería pagarme a mí. Cuando tenía quince años su papá le

cobró a mi familia cuotas por afiliación, nos prometió un polideportivo y servicios de salud, ¿on' tan?

DON RUFIÁN: ¿Yo qué voy a saber?

SU MADRE: Escúlquese, órale, ya le dije: cien pesos. Cincuenta por cabeza.

DON RUFIÁN: Nada más traigo un billete de doscientos.

SU MADRE: Por eso, cien por cabeza dan doscientos pesos.

DON RUFIÁN: ¿No que cincuenta?

SU MADRE: ¡Híjole!, es que se acaba de devaluar la moneda. Apúrese y afloje la lana porque esta madre de la economía es bien volátil y en cuanto termine de hablar igual ya se volvió a devaluar y van a ser doscientos por cabeza.

Don Rufián aflojó la Sor Juana y se fue convencido de que había hecho un negociazo.

Así fue como, desde los dieciséis años, los gemelos Rodríguez se emplearon con el líder sindical del pueblo.

Regresamos:

DON RUFIÁN: Son estúpidos…

GEMELOS: Sí, jefe.

DON RUFIÁN: Era una afirmación retórica.

GEMELOS: Perdónenos, jefe.

DON RUFIÁN: ¿Fueron a la tumba correcta?

GEMELOS Sí, jefe, la que tenía la banderita del LGBT arriba de ella. Hasta encontramos sus anillos.

Acotación: los anillos de Bebo Mantequilla tenían un acabado en piedras de oro de veinticuatro quilates cada uno.

DON RUFIÁN: Estos anillos no son de oro.

GEMELOS: ¿Cómo chingados no, jefe?

DON RUFIÁN: Esto es pirita.

GEMELOS: No es cierto, jefe, los mordimos para estar seguros, jefe. Les dimos un santo mordisco y no se marcaron nuestros dientes, jefe.

DON RUFIÁN: A ver, tú, Gemelo Erre 1, explícame tu razonamiento.

GEMELO ERRE 1: Gracias, jefe, he estado esperando años este momento.

Y el Gemelo Erre 1 se puso unos lentes Ray Band sin aumento y un ejemplar de *El género en disputa* bajo el sobaco.

GEMELO ERRE 1: Para empezar, hay que señalar que el género no es el resultado causal del sexo ni tampoco es tan rígido como se piensa. La distinción entre el sexo y el género muestra una discontinuidad radical entre cuerpos sexuados y géneros culturalmente construidos; en este sentido, cuando la condición construida del género se teoriza como algo completamente independiente del sexo, el sexo mismo pasa a ser un artifi...

DON RUFIÁN: ¿Qué chingados estás hablando?

GEMELO ERRE 1: Pues ése es mi razonamiento, jefe. Hay que leer las nuevas perspectivas. ¿No ha escuchado hablar de la Teoría Queer?

DON RUFIÁN: No me empieces a hablar como los pendejos que van a The México Swinger. Te estoy preguntando por el cadáver de Bebo Mantequilla.

GEMELO ERRE 1: ¡Ah!, entonces no sé, jefe.

DON RUFIÁN: ¡Puta madre! ¿Algo que desees agregar tú, imbécil Erre 2?

GEMELO ERRE 2: No, jefe, nomás que eso plantearía otros problemas, por mencionar uno: ¿podemos hacer referencia a un sexo "dado" o a un género "dado", sin aclarar primero cómo se dan uno y otro y a través de qué medios?

DON RUFIÁN: ¡De Bebo Mantequilla!

GEMELO ERRE 2: ¡Ah!, entonces no.

DON RUFIÁN: Pinches jotas, pinches vestidas de mierda.

GEMELOS: Oiga, jefe, ¿podemos ir a darnos una vuelta al The México Swinger? Hoy nos vamos a intercambiar con objetos cúbicos. ¿Jefe?

DON RUFIÁN: ¡Éstos no son los anillos de Bebo Mantequilla! ¡Y éste no es el cadáver de Bebo Mantequilla!

2

Bebo Mantequilla nació.
Y desde que se tomó su primera Coca-Cola se le notaba en los ojos que iba a hacer cosas grandes.
No magníficas.
No estupendas.
Grandes.
Grandotas.
Grandotototototas.
"Mi chamaco está destinado a hacer cosas grandes", presumía la mamá de Bebo Mantequilla mientras Don Rufianzote develaba su estatua de tres metros.
En los tiempos conocidos como "La época revolucionaria".
Cuando las cosas todavía significaban algo.
Don Rufianzote, acompañado de su primogénito, habló ante la multitud que había sido acarreada hasta el lugar:

DON RUFIANZOTE: Súbditos proletarios. Gracias por venir a este hecho histórico que sus hijos seguramente leerán en los libros de la SEP. La develación de mi estatua. Esta estatua, además de chingona, está hecha de oro macizo; y de ser mi retrato de cuerpo completo, representa otra cosa. Y esa cosa es lo que la convierte en lo que yo denominaría casi símbolo patrio… Mi estatua está al nivel de las pinturas de Diego Rivera y del Danzón No.2 de Arturo Márquez… Disculpen, se me olvida que ustedes no saben de eso. En fin. He decidido poner esta estatua para que no se les olvide que yo, su prócer y líder, no permitiré que el capitalismo devore nuestro querido pueblito. La razón nos asiste, soy un fiel creyente de las luchas laborales y de escuchar la voz del pueblo. Están en buenas manos: las mías. Nunca me las voy a lavar, ni me haré el desentendido. Yo sé… yo sé que seguramente han escuchado muchas palabras nuevas, palabras extranjeras como: cosmopolitismo, aldea global, privatización, reestructuración económica, *Star Wars*. No se preocupen. Nuestro mundo es este pedacito de mier… tierra: pedacito de tierra. Yo los cuido

de las modas gringas, pierdan cuidado. Ustedes solamente preocúpense por pagar sus cuotas y asistir a los mítines en los que sean requeridos. ¡México no va a cambiar! Repito: ¡México se queda tal y como está! Y si el milenio nos alcanza, si, como dicen esos licenciaditos y dizque "economistas", supuestos "tecnócratas", que nuestro sindicato está condenado a desaparecer, a perder interlocución política, a perder diputaciones y sena… Se me olvida que ustedes no saben de qué chingados hablo. En fin. Lo importante es dejar el mensaje: mi legad… nuestro legado no sucumbirá. Por eso la estatua como recordatorio… recordatorio de mi fuerza, de mi decisión, de mi vergonería… Ahora, en este pueblo, además de ajolotes que andan nadando como pendejos en el río, también tenemos la estatua de alguien fuerte, decidido y vergón.

Y así, el pequeño Bebo Mantequilla vio caer la manta que cubría la estatua.
"Tú vas a hacer cosas grandes", repitió la mamá de Bebo Mantequilla a Bebo Mantequilla.

BEBO MANTEQUILLA: ¿Sí?
MAMÁ MANTEQUILLA: Sí, Bebo, más grandes que esa estatua. ¡Nunca lo olvides!, estás destinado a hacer cosas pinches enormes.

Y Bebo Mantequilla creció pensando que iba a hacer cosas pinches y enormes.
El tiempo pasó.
Y fue el mismo tiempo quien decidió mandar primero las cosas pinches.
Años de privatizaciones, violencia, excavadoras hidráulicas y la enfermedad de su mamá.
Mamá Mantequilla murió en medio de una calentura que le coció el cerebro.
"Hacer bien destinado pinches Bebo grandes cosas", fueron sus últimas palabras.

Cuando su mamá murió, Bebo consiguió trabajo en una de las gasolineras.
"Ya fueron las cosas pinches, ahora vendrán las enormes", pensaba Bebo.
Pero las cosas enormes no llegaban.
Hasta que un día.
Un día.
Un día llegó Anita Rechinidos.
Anita.
Rechinidos.
Anita Rechinidos llegó a México gracias a una beca de maestría otorgada por la Universidad de Chicago.
El apoyo se asignó en la disciplina de antropología cultural para el proyecto titulado: "Aproximaciones a la mexicanidad: los ajolotes libres".
Así el título, pero en inglés.
A Anita Rechinidos le interesaban los ajolotes.
Esos animalitos que siempre sirven de metáfora cuando se quiere hablar de lo mexicano.
Ya están bien gastados.
Pero Anita Rechinidos no lo sabía.
En fin.
El caso es que de las trescientos setenta y una gasolineras que había en el pueblo, Anita Rechinidos fue a caer en la que despachaba Bebo Mantequilla.

ANITA RECHINIDOS: Vine hasta aquí porque me dijeron que acá aún pervive lo mexicano.
BEBO MANTEQUILLA: ¿Quién?
ANITA RECHINIDOS: *The mexican*.
BEBO MANTEQUILLA: No, a ése no lo conozco. En contraesquina, en la gasolinera #144, despachaba un *partner* que venía de San Diego; le decíamos "el mecsa", pero ése ya se murió.
ANITA RECHINIDOS: No me diga.
BEBO MANTEQUILLA: Sí. Lo mató un dolor de estómago. Un día amaneció con la panza inflada e hizo: ¡kataboom!
ANITA RECHINIDOS: ¿Cómo?

BEBO MANTEQUILLA: Kataboom. Así: ¡kataboom!

ANITA RECHINIDOS: Curioso. Muy curioso que haya muerto con una interjección anglosajona y no con una mexicana como: école o chingada.

BEBO MANTEQUILLA: ¿Qué dice?

ANITA RECHINIDOS: ¿No son *those* expresiones mexicanas?

BEBO MANTEQUILLA: ¿Y por qué lo dice como si hubiera descubierto el agua tibia, güera?

ANITA RECHINIDOS: Por nada. Soy antropóloga y vengo a trabajo de campo.

BEBO MANTEQUILLA: ¡Ah!, es bruja.

ANITA RECHINIDOS: No. Soy antropóloga.

BEBO MANTEQUILLA: Por eso, es bruja.

ANITA RECHINIDOS: ¿Y los ajolotes?

BEBO MANTEQUILLA: Ésos también ya se murieron.

ANITA RECHINIDOS: *Shit. How?*

BEBO MANTEQUILLA: No entiendo un carajo de inglés, güerita.

ANITA RECHINIDOS: Disculpe, ¿cómo se murieron?

BEBO MANTEQUILLA: Se los llevó el río.

ANITA RECHINIDOS: ¿El río? ¿No vivían en el río?

BEBO MANTEQUILLA: Sí, pero se secó.

ANITA RECHINIDOS: ¡Se secó!

BEBO MANTEQUILLA: Sí, desde que llegó Pemex.

ANITA RECHINIDOS: *So? I don't understand.*

BEBO MANTEQUILLA: ¿Va a querer que le despache gasolina o no?

ANITA RECHINIDOS: Sí, lléneme el tanque. ¿Cómo se los llevó el río si ya se secó?

BEBO MANTEQUILLA: No trae coche.

ANITA RECHINIDOS: *What?*

BEBO MANTEQUILLA: ¿Dónde se la despacho si no trae coche?

ANITA RECHINIDOS: Píquele a la bomba, traigo muchos dólares conmigo.

BEBO MANTEQUILLA: ¿La echo al suelo?

ANITA RECHINIDOS: *Yeah. Maybe I'll grow a cactus with gasoline.* ¿Cómo fue que se los llevó el río?

BEBO MANTEQUILLA: Cuando Pemex iba a poner la gasolinera número trescientos, llegaron unos brujos con pancartas hablando sobre "impacto ambiental".

ANITA RECHINIDOS: *Environmentalists.*

BEBO MANTEQUILLA: Ajá… ellos terminaron desaparecidos misteriosamente, pero dinamitaron una gasolinera.

ANITA RECHINIDOS: Interesante… interesante.

BEBO MANTEQUILLA: ¿Qué hace?

ANITA RECHINIDOS: Escribo todo en mi libretita, tengo que entregar un informe a Chicago *USA*.

BEBO MANTEQUILLA: ¡Ah!, está haciendo conjuros. Ustedes los brujos son muy raros.

ANITA RECHINIDOS: *What happened next?*

BEBO MANTEQUILLA: Dinamitaron una gasolinera. Ésa sí hizo: ¡ah chinga!, cuando explotó. Salieron litros y litros de gasolina que rellenaron el cauce del río… Por desgracia, los ajolotes que quedaban se los llevó la ola de petróleo, ya nunca supimos nada de ellos.

ANITA RECHINIDOS: *Fuck. What am I going to do now? My project already went to hell and I still have half a year of scholarship.*

BEBO MANTEQUILLA: ¿Sigo tirando la gasolina?

ANITA RECHINIDOS: *I need a new project for the University of Chicago.*

Entonces, Anita Rechinidos miró al ejemplar que tenía frente a ella y tuvo una idea.

ANITA RECHINIDOS: ¿Usted es de aquí?

BEBO MANTEQUILLA: Nacido y criado. Tengo veintisiete.

ANITA RECHINIDOS: *Twenty seven*? Se ve mucho más viejo.

BEBO MANTEQUILLA: Es por el uniforme de Pemex, no me favorece. En cuanto me lo pongo me salen arrugas en el rostro y me dan ganas de repartir despensas y cometer fraudes electorales… Es triste… estoy seguro de que me vería mucho mejor con una minifalda y unos tacones rojos.

ANITA RECHINIDOS: *Well...* Usted está jodido, ¿no?

BEBO MANTEQUILLA: Tampoco se pase de verga, ¿eh? Que me enamore de puro idiota no quiere decir que…

ANITA RECHINIDOS: *Economically*, me refiero a que no tiene mucho dinero.

BEBO MANTEQUILLA: Ah, no. Todos los de por aquí vivimos en las partes traseras de las Chevrolets abandonadas.

ANITA RECHINIDOS: ¿Chevrolets?

BEBO MANTEQUILLA: A unos cuantos kilómetros está una General Motors Company, y los carros defectuosos los vienen a arrojar a la carretera; como tumbaron todas nuestras casas para construir gasolineras, nosotros traemos las Chevrolets y dormimos ahí.

ANITA RECHINIDOS: Interesante… interesante…

BEBO MANTEQUILLA: Oiga, ¿por qué sólo escribe la palabra "interesante"?

ANITA RECHINIDOS: Porque me parece interesante lo que me dice.

BEBO MANTEQUILLA: Pero lleva dos planas escritas con la pura palabra "interesante".

ANITA RECHINIDOS: ¿Le molestaría que me quedara con usted y estudiara sus conductas mexicanas?

BEBO MANTEQUILLA: ¡Ah, conque de eso se trata todo esto! Ya decía yo: a Lesly, de la gasolinera #298, igual le llegó un brujo el año pasado para hacerle la misma propuesta. Y a Lupita, de la gasolinera #095, le llegó un periodista australiano muy chulo. ¡Qué bueno que llegó! Ya me tocaba a mí. Sí, puede quedarse el tiempo que quiera, pero le advierto que igual dormirá en la parte trasera de la Chevrolet.

ANITA RECHINIDOS: No importa, estoy dispuesta a mancharme las manos por la cultura.

BEBO MANTEQUILLA: Y comerá del Oxxo, aquí somos de pura Maruchan y burritos de la Bimbo.

ANITA RECHINIDOS: *Yes*. No se preocupe, he leído los estudios de Levis-Strauss y Bourdieu. No soy positivista, entiendo que mi presencia se puede convertir en una forma simbólica de violencia. Yo quiero que desde ahorita le quede clara una cosa: no por nuestra distancia social debe usted sentir que yo

me localizo en una jerarquía superior a la de usted. No, no, no. *I am a follower of the thesis of Erving Goffman*.

BEBO MANTEQUILLA: Oiga, está bien todo eso de la universiti, pero al menos dígame su nombre.

ANITA RECHINIDOS: Sí, lo siento. Mi nombre es *Annick Ricchinos*.

BEBO MANTEQUILLA: Mucho gusto Anita Rechinidos. Yo soy Bebo.

Y así fue como Anita Rechinidos entró a la vida de Bebo Mantequilla.

Llegó la noche.

Y Anita Rechinidos encontró un ambiente más excitado del que esperaba.

Bebo Mantequilla se pasó toda la tarde en el baño del Oxxo.

Cuando por fin salió se había rasurado perfectamente todo el cuerpo, bañado con Head&Shoulders y era evidente que se había chingado como quince chicles para el aliento.

ANITA RECHINIDOS: ¿Por qué está tan *excited*?

BEBO MANTEQUILLA: Tenía que arreglarme, no todos los días se tiene a una de su tipo durmiendo en su Chevrolet.

ANITA RECHINIDOS: No. No. Le pedí que actuara normal, no quiero perturbar su ecosistema mexicano.

BEBO MANTEQUILLA: Usted quédese aquí. No se mueva.

ANITA RECHINIDOS: *I'm going with you*.

BEBO MANTEQUILLA: ¡Estese! No me voy a tardar, voy por unas amigas.

ANITA RECHINIDOS: *Friends?*

BEBO MANTEQUILLA: Quiero ver su jeta cuando la vean, no se mueva.

Y Anita Rechinidos se quedó ahí.

Se quedó en la parte trasera de la Chevrolet contemplando la carretera y la soledad del mundo.

Intentando comprender dónde se había metido.

Recordó su juventud en Chicago.

Las discusiones en el campus de la universidad.
Las tardes en bote en el lago Michigan.
Los otoños en el Lincoln Park.
También recordó su viaje a Viena.
A la chica ucraniana que conoció allá.
No recordaba su nombre.
Habían platicado durante horas en un bar cercano a la catedral de San Esteban.
Y ella sintió unas ganas tremendas de besarla.
De llevarla al primer hotel que encontrara.
Pero no lo hizo.
Y ahora no podía recordar el nombre de aquella chica ucraniana.

Diego Cristian Saldaña

Sangre de mango

0′

I
A un sexenio de la mitad de mi vida
me encuentro a mí mismo
sumido en la más tupida desesperanza.

Entre mis veintisiente años de Kurt Cobain
y los treinta y tres de Cristo Jesús
restan seis primaveras:
el lapso de un periodo presidencial.

Así que las dos vías
hacia las tradiciones megalómanas
que habitan en mi interior
serían matarme o el autoexilio a los desiertos,
o la conjunción de ambas
al puro estilo cardenche.

Pero seriamente,
¿a qué habitante de este país,
a qué animal o cosa
todavía le interesa ser un xanto
o un Rockdrigo?
Y aun si le interesara,
a esa persona hipotética
o me interesara a mí
en esta tierra en este instante,
¿podría llegar a serlo?

A la mitad del camino me encuentro en una selva
de confusión y cinismo,
nada bueno depara el mundo económico,
y a cada instante
me divierto a costa de la defunción anunciada
de los seres vivos que me rodean.

En este meridiano marasmo
suicidarme sería vano,
como claudicar a la comunicación
o huir a los países del primer mundo.

Entonces siento a la megalomanía en mis piernas
y le escupo en la cara
y quisiera escupirle a todos los sueños de exportación
que mis ancestros europeos y gringos inocularon en mí.

Pero escupir a los sueños
no es una tarea de un día ni de dos;

y me fui en búsqueda de otros sueños
que pudieran reemplazar la estulticia de mi corazón,
nokal, notal, nonantahzin.

II
Soy un músico que le teme a la música.

Entré a la Escuela Nacional de Música
maltocando una fuga de Bach;
crecí escuchando rock;
me hice medianamente famoso
entre mis amigos fresas
con una banda de funk condescendiente;
y sin embargo antes de iniciar esta aventura
sabía lo mismo sobre música mexicana
que la mayoría de mis congéneres
del gran rancho electrónico

ahora muerto DF:
nada o casi nada que no es lo mismo pero es igual.

Entonces un chaneque de mi cerebro
se acercó al oído y me dijo:
"Existen tres tierras geométricas
comprendidas en esta región política
que recibe el nombre de México.
Ninguna de esas tierras es México,
pero en algún lugar de este viaje
encontrarás tu casa".

III
Una música-casa
era lo que nunca he tenido,
lo que me lastimó la mano
y me hizo dejar la escuela de música
para encomendarme a viajar por Europa
creyendo rastrear algún origen.

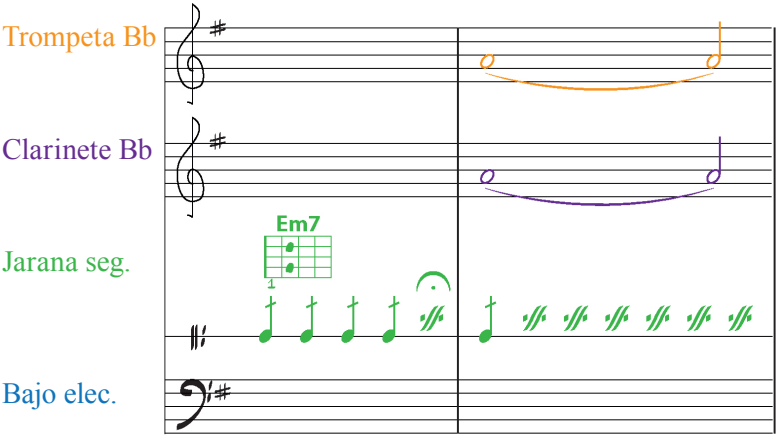
Una kuikacanti
y en esto tenía razón
el chaneque o querubín
Floriberto Díaz.

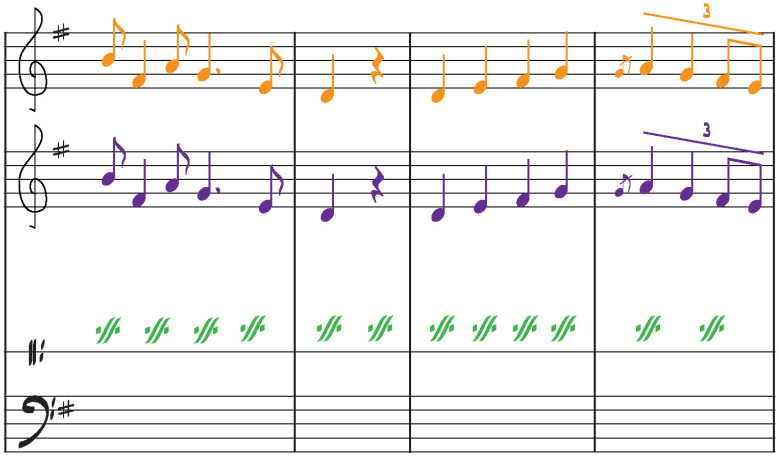
Porque la música occidental es aritmética
y nunca tendría para mí otra cosa que números y restas,
divisiones ancestrales y griegas;
cuado aquello que conmueve mi corazón
siempre ha sido la geometría.

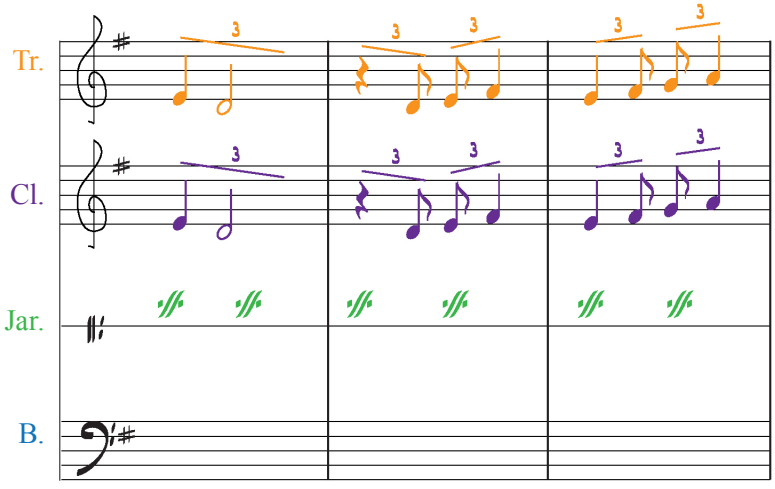
"Una tierra que no sólo es suelo,
sino la atmósfera por encima
y un espacio de representación de mitos;
que las tres cosas están unidas y son indisolubles;
que el límite entre el cielo y la tierra
y entre ésta y su inferno
es inconmensurable".

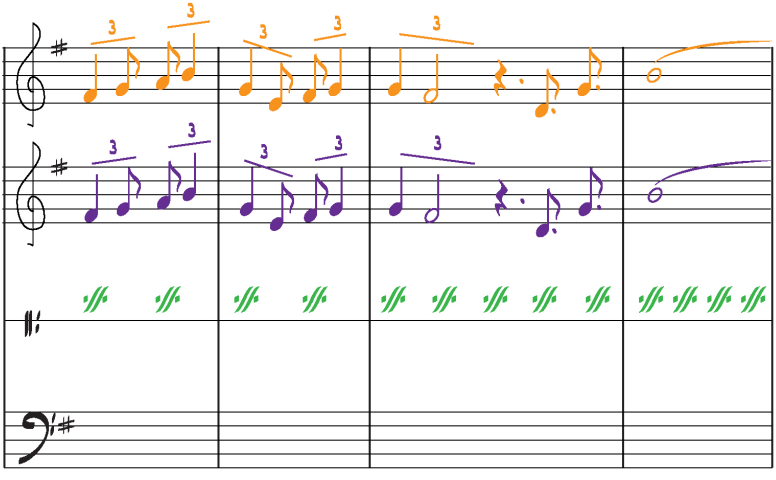
1′

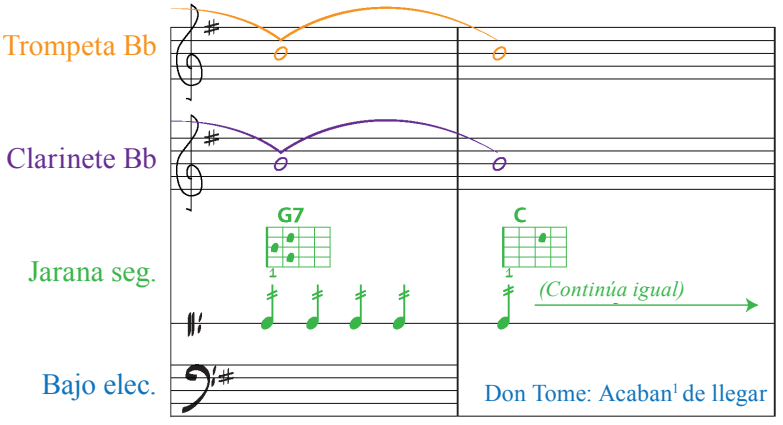
LA TIERRA o la sangre de mango






Tr.
Cl.
Jar.
B.





(Mismo maniqueo)

nuestros amigos de Sinapa, y acérquense por aquí despuéj de que acaben

de echarse su botanita a sacudir el alimento para que no noj haga

Am

daño. Acérquense damas y y y caballeros a demostrar su desempeño, porque

A7 Dm

no crean que ej tan fácil brincar en la tarima namás porque sí. No ej

tan fácil tocar una jarana namaj porque sí. No es tan fácil echar versos namáj

F

porque sí, señores. Hay que calentarse la cabeza. Hay que escuchar,

[1] Presentador: 00:00.

tener buena atención, buena memoria, para garbarse versoj que agraden

a la gente que noj oyen, hermanos, así es que acérquense por aquí

a divertirse hasta donde el cuerpo dé.

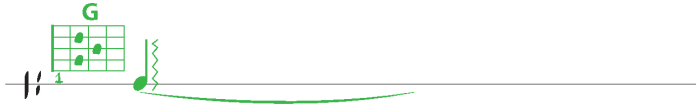
La primera característica importante de la música en La Tierra es que

los jaraneros construyen sus propios instrumentos.

Por ejemplo, esta jarana segunda que estoy tocando la hizo don Lape

(Para jarana)

a machete. Es una jarana de palo de rosa y la segunda clavija ▾[2]▾ tiene un desperfecto.



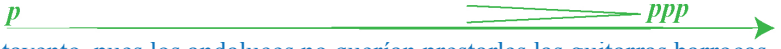
Hombre de Sinapa: Bueno.[3] Yo quiero felicitar al señor por sus ciento y tantoj años. Vengo de la congregación de Sinapa, y aquí el señor lo conoce a mi papá cien por ciento, porque ellos fueron viejoh jaraneroh. Y que se sienta feliz el señor porque verdaderamente nosotros los joveneh seguimos cultivando esta tradición y no la vamoj a olvidar, porque pueh solamente que la muerte nos aíjle, ¿cómo nos vamos a separar?

[2] El símbolo ▾ representa un golpe con la uña sobre el instrumento.

[3] Don Tome: 1. 01:06.

Según el seminarista Carlos Palacios, las jaranas fueron robadas mediante

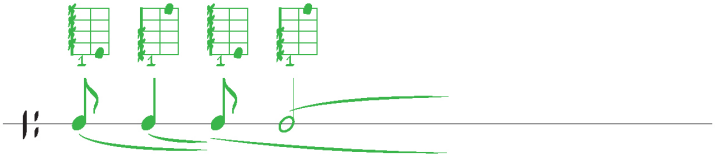
la vista por los indios y los negros quienes trabahaban en la región del So-



tavento, pues los andaluces no querían prestarles las guitarras barrocas que habían traido de España.

Pero a estos esclavos les gustaba la música y memorizaron la forma de la guitarra haciendo dos errores en la copia. El primero y más importante es que en lugar de hacer de tres piezas la caja, [2] la hicieron de dos: tomando una tabla gruesa y raspándola para hacerla hueca y después ponerle tapa, como a un tambor teponaztle. Mecahuehuet.

Hombre de Sinapa: Antes de tocar una jarana hay algo que tenemoh que saber. La humildad, la convivencia. Y estamos muy contentos de que nos abra las puertaj don Tome el día de hoy, en su cumpleañoh número 101.



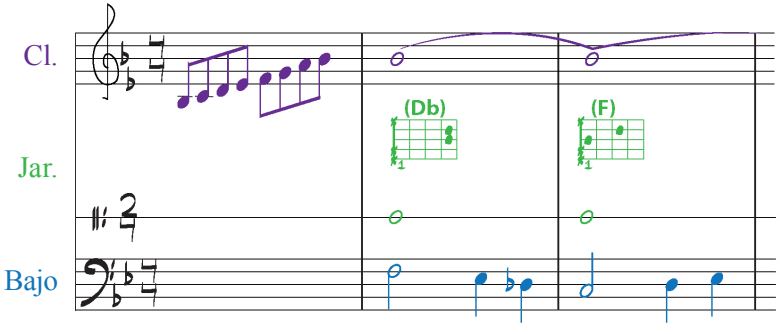
Las puertaj de su corazón. Las puertaj de su choza, como dice él.

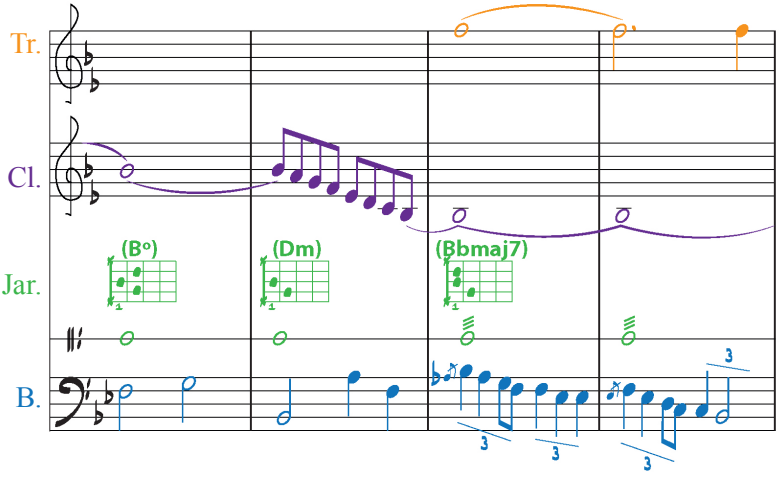
[1] Un tache o cruz indica que la cuerda no se toca.
[2] Este símbolo en forma de cuña indica golpear con los nudillos.

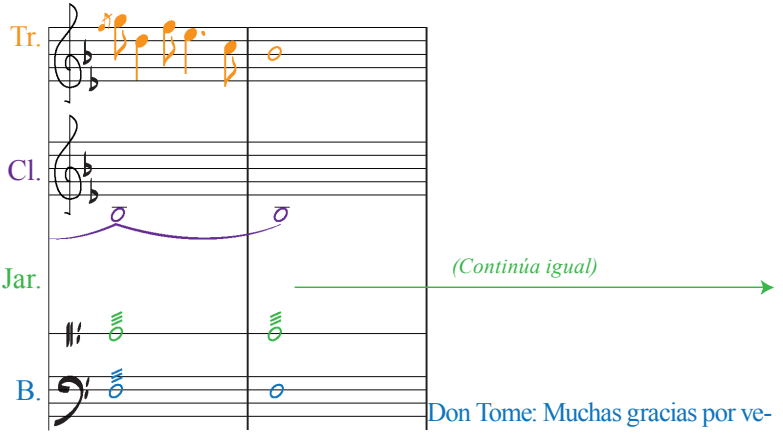
Al ser un instrumento hormado, la fabricación de jaranas se parece a la escultura; el tamaño del instrumento dependerá del tronco que te trajo el río. Si el tronco es pequeño, entonces se podrá esculpir una jarana mosquita –como de este tamaño–; pero si tienes un buen madero, entonces se puede hacer una segunda –como ésta–, una tres cuartos –más grande–, o incluso una tercera o una Leona. Leona. A la más grande de todas las jaranas ahora le dicen "Leona". Ésta que tengo en mis manos no es una Leona, es un bajo eléctrico, pero el día de hoy va a actuar de Leona para ustedes.

Andrés Moreno: Debes aprender a conocer bien la voz de tu instrumento para saber qué cuerdas vas a ponerle.

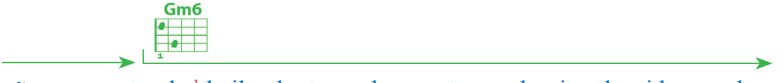
Gracias al trabajo colaborativo entre don Lape y la naturaleza, todas las jaranas que ha construido son diferentes entre sí: como cuerpos humanos, cada una tiene su propia longitud y anchura, con lo cual encuentran su tono más bello en diferentes afinaciones. A diferencia de mi clarinete, que fue hecho en serie y tiene tres mil gemelos, todos de un tamaño estandarizado para sonar en una escala de Si bemol mayor.







Don Tome: Muchas gracias por venir a mi choza, a mi celebración. Como dicen los señores, yo llevo muchos



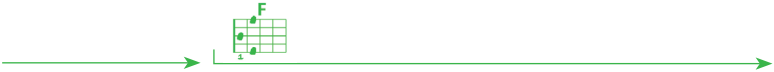
años ya, cantando,[1] bailando, tocando, tomando vino, he sido muy bo-

[1] Don Tome: 1. 00:00. Escuchar e imitar su acento.

rracho, señores, pero aquí estoy. En 1944, cuando don Tome tenía

veintisiete años, todo en una jarana venía de La Tierra que nos comuna.

Nada es importado, ningún material extraño o distante puede engañar

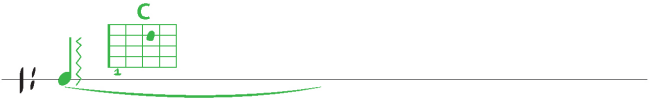


el ojo. El cuerpo, la tapa, las clavijas son de cedro, raíz o palo de cuchara.

El puente es adherido al cuerpo con la baba de una orquídea llamada

Sajte, que después se recubre con sangre de palo mulato para que

no se diluya con las lluvias. Las cuerdas eran de tripa de gato en 1944.



En 2018, cuando yo tengo veintisiete años, las cuerdas son de hilo de pescar.

Andrés Moreno: Sí, aquí las cuerdas hechas de Guadalupe o no sé qué no funcionan.

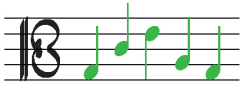
Este que vemos aquí es Andrés Moreno, un músico de la generación de mis papás, quien se ha dedicado toda la vida a aprender y preservar la música de La Tierra "a la usanza de antes".

Andrés Moreno:[1] Ésa es la llave para entrar a la comunidad y poder convivir con los viejos. Tienes que aprender a conocer tu instrumento. Es como un caballo.

Para entender la música de La Tierra hay que entender el lenguaje del campesino. La jarana no afina o desafina, sino que las cuerdas "dicen" o "desdicen". Las notas no tienen un nombre en La Tierra, pero las cuerdas sí. La primera y la última son las más graves (*toca los bordones*) y se llaman bordones. Ésta (*toca el contrabordón*), la penúltima, recibe el nombre de contrabordón.

Andrés Moreno:[2] El sextillo es lo que le llaman octavadas en el mundo ya de eh ustedes, ¿no? En el mundo de la gente de rancho le dicen sextillo. Entonces el sextillo lo ponían aquí (*toca*) y aquí (*toca*), la prima. Se le llama prima, porque es la que queda más alta, la que lleva la voz cantante.

Dicen que hace treinta años existían más de veinte formas de afinar la jarana. Pero en las últimas décadas se escucha sólo una en los fandangos: la llamada afinación Por Cuatro,

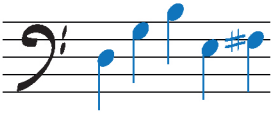
Jar. seg. 

que ha sido la única que siguen enseñando en las casas de cultura.

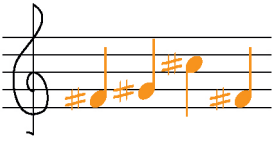
Se reducen las variables para facilitar la enseñanza; una lógica pragmática que amenaza también a algunas lenguas originarias "no muy relevantes", como el chinanteco, que se habla en la chinanta.

[1] Andrés Moreno: 21:45.
[2] Andrés Moreno: 01:20.

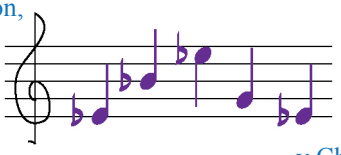
Pero el día de hoy vamos a escuchar las voces de cuatro afinaciones más. La afinación Por Dos,

Bajo 

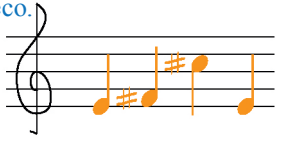
Media bandola,

Tr. 

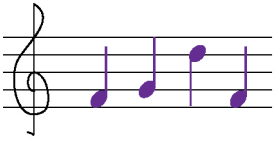
Variación,

Cl. 

y Chinalteco.

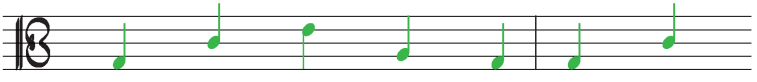
Tr. 

Precisamente: chinalteco, que viene de la chinanta.

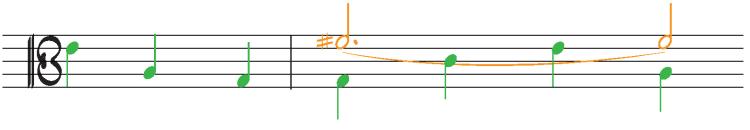
Cl. 

Estas afinaciones nos las enseñó Andrés Moreno, por amor a la música en la Tierra, sin aceptarnos dinero a cambio.

Andrés[3]: Ése[4] es el problema

J. 

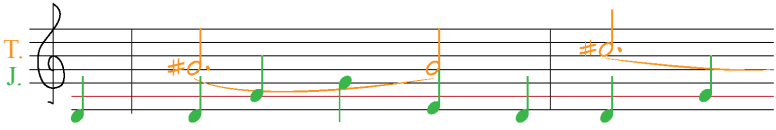
del afinador. Por ejemplo, a mí me gusta cantar, pero cuando vamos a to-

J. 
T.

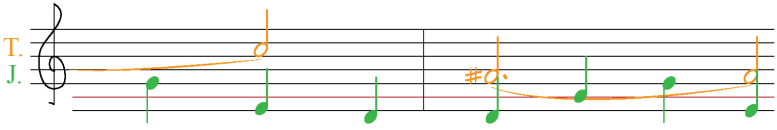
[3] Andrés Moreno: 59:20.

[4] Subrayada la letra-sílaba que coincide con el tiempo 1 del compás.

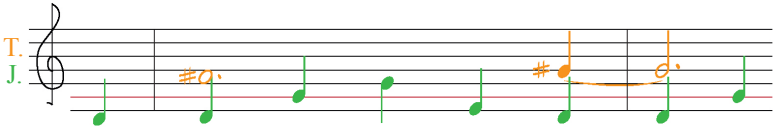
car que me invita José Luis yo ya no canto. No canto, que estén



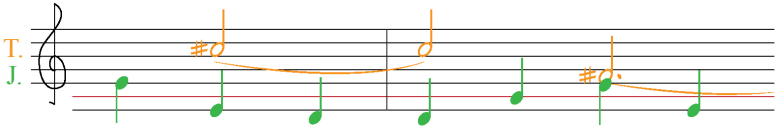
chingando "aicántele": no, no voy a cantar. Ayer fuimos a Xalapa a un



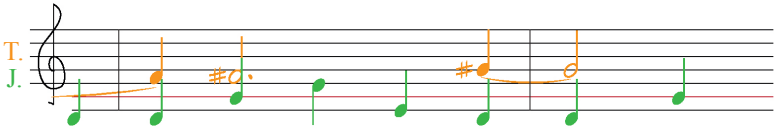
fandanguito y sí canté bastante y mi garganta está bien, sí yyyy pero



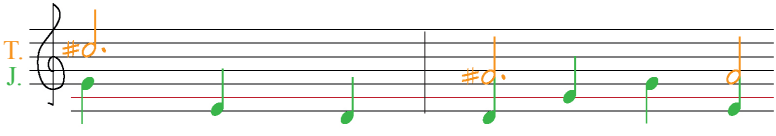
eeeeeh es un tono que a mí me permite cantar. Ponerlo a la altura que lo



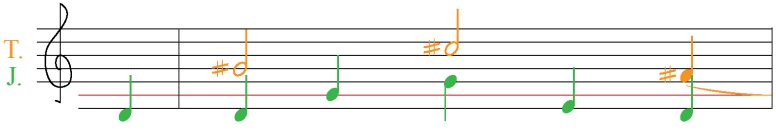
ponen ahora estándar... sí te canto tres cuatro sones y ya me empieza a mo-



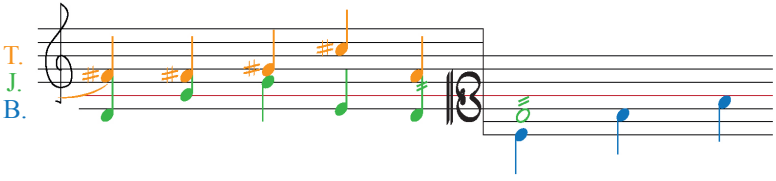
lestar la garganta, y al otro día no aguanto. Me, me lastima mucho. En-



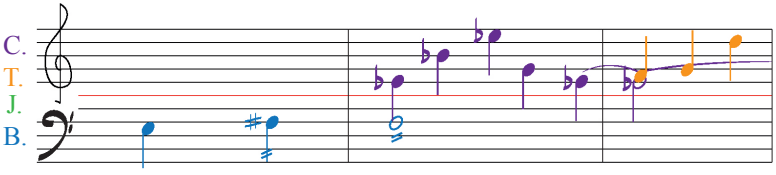
tonces ¿para qué?__ si yo me voy a ir a divertir a una fiesta. No me voy a

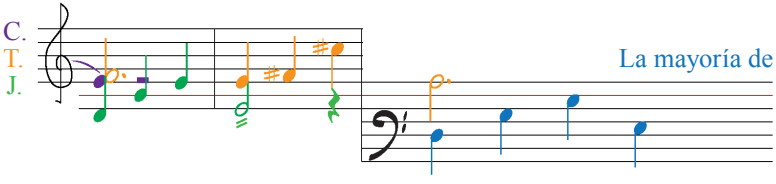


sacrificar, y si el tono está alto, ¿por qué me voy a estar yo marti-

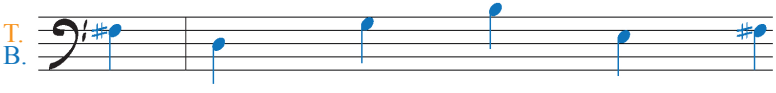


rizando donde no me da la voz?

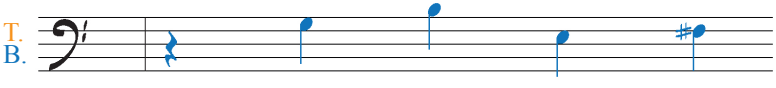




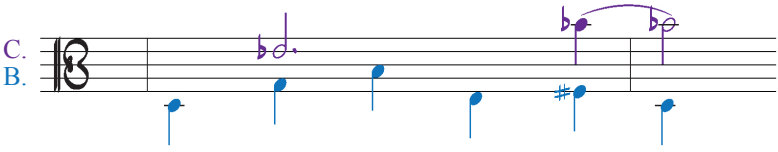
La mayoría de los jóvenes llegamos al fandango con un afinador conectado a nuestra ja-



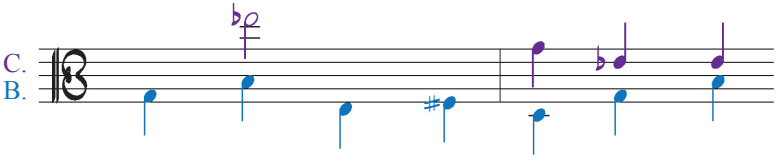
rana. _____ Los viejos están acostumbrados a afinar de



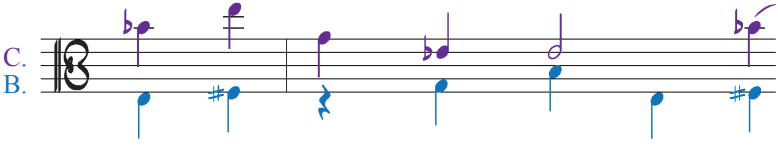
oído y se acoplan a nuestro tono para no desmotivarnos. ___ Pero el



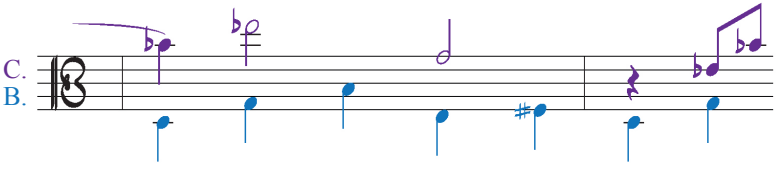
tono de los millenials no lo hemos decidido nosotros; lo decidieron



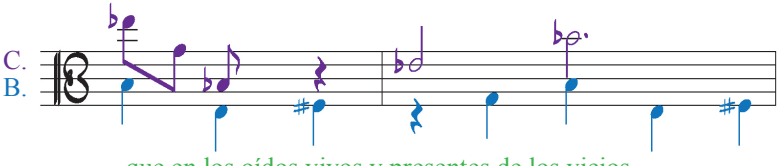
unos gringos y unos alemanes con propósitos comerciales en el siglo die-



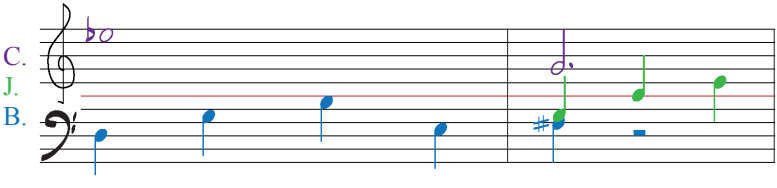
cinueve. __Y en una suerte de microconquista espiritual, los jó-

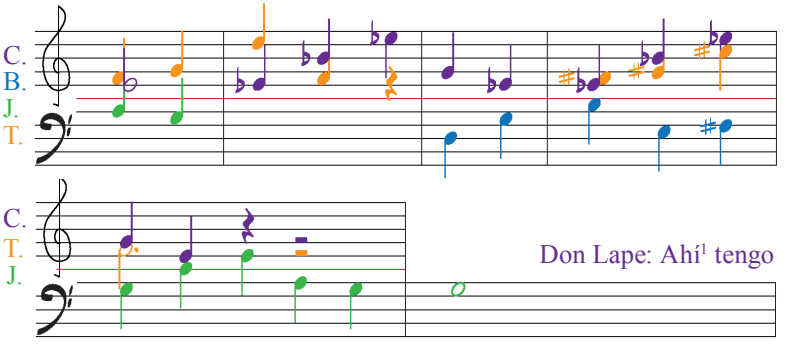


venes decidimos confiar más en máquinas de lejana manufactura



___ que en los oídos vivos y presentes de los viejos.





otros palos que bajó el río hoy que creció, el río bajó esos árboles y quedaron trabados.

Diego: Órale.

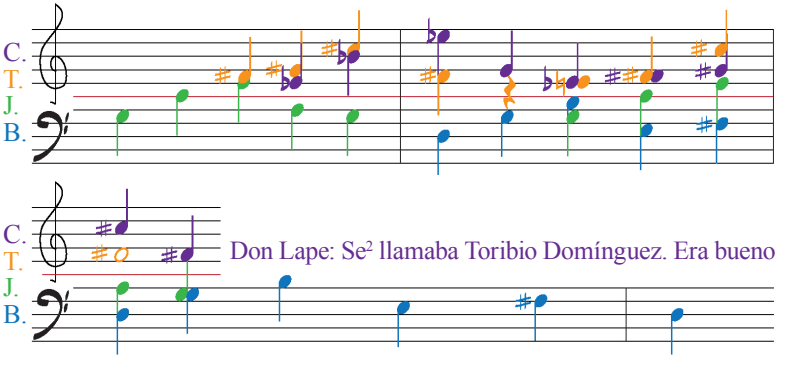
Don Lape: Ya casi en esta semana la voy a hacer porque, este, está media verdiona, pero si se seca-seca-seca no se puede escarbar, porque como que se desmorona. Tiene que ser media, media famagua le digo yo; media, no muy seca.

Diego: ¿Y usted cómo aprendió a hacer jaranas, su familia las hacía?

Don Lape: Mirando a un tío.

Diego: ¿Tío?

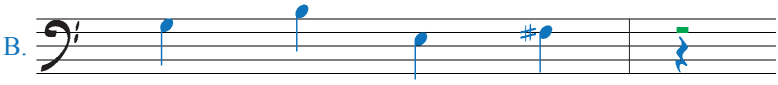
Este señor delgado que está acostado en su hamaca es don Lape, un constructor y bailador de Santiago Tuxtla.



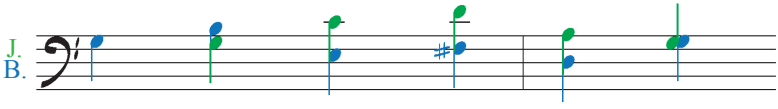
[1] Don Lape: 10:00.

[2] Don Lape: 12:49.

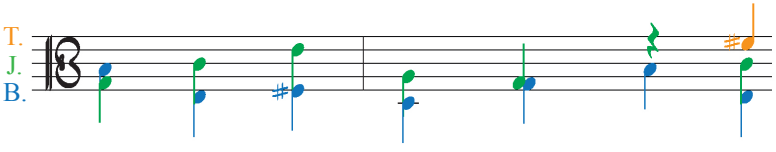
en su tiempo, nomás que cuando a mí me enseñó un poquito yaaa iba



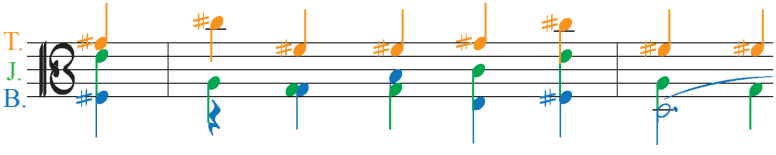
de quiebra. Ya estaba enfermo, andaba... se trastornó el hom-



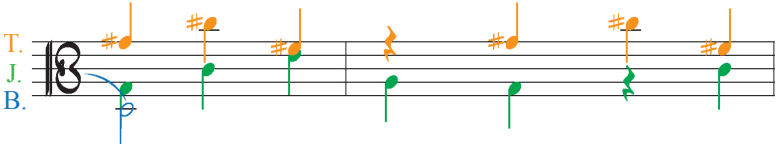
bre... Según se terminó porque leyó libros malos, ¿no?



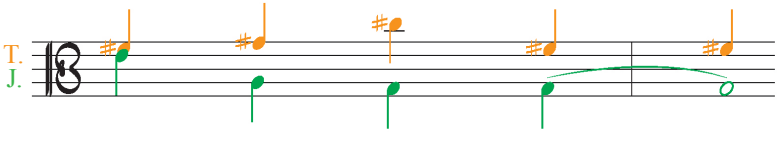
La magia negra. Se desniveló. Se le presentó el pingo,



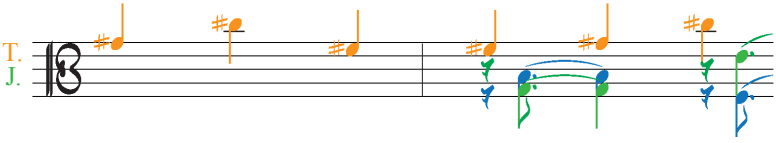
se le presentaba un tigre, lo espantaba y... Diego: ¿El pingo es un ani-



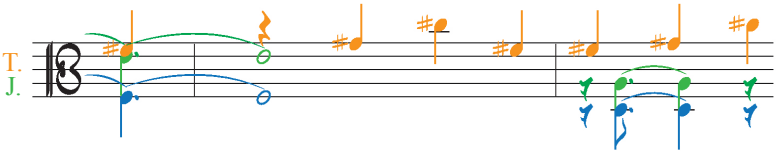
malito? Don Lape: ¿Mande? Diego: ¿El pingo?



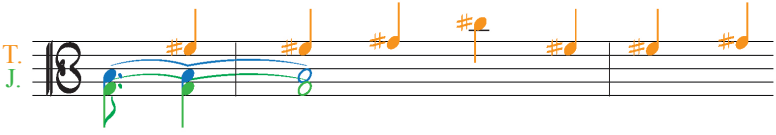
Don Lape: El pingo pues... te deja ver el...



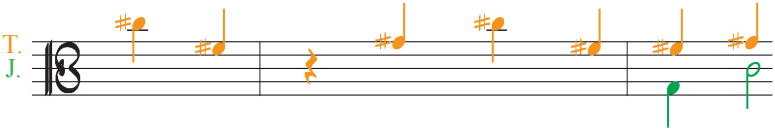
el demonio que le decimos... El diablo,



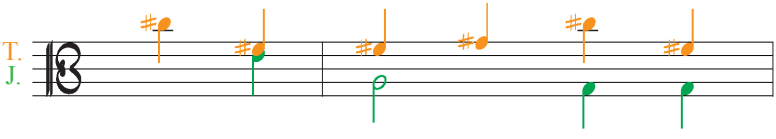
derecho. Después andaba que juntaba cocos de palitos y decía



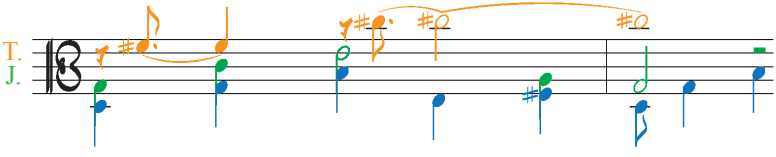
que eran chochos. Sí, se puso loco. A ése lo miraba de que hacía lah ja-



nas a machete. Cada año la hacía y la despedazaba en la cabeza de sus

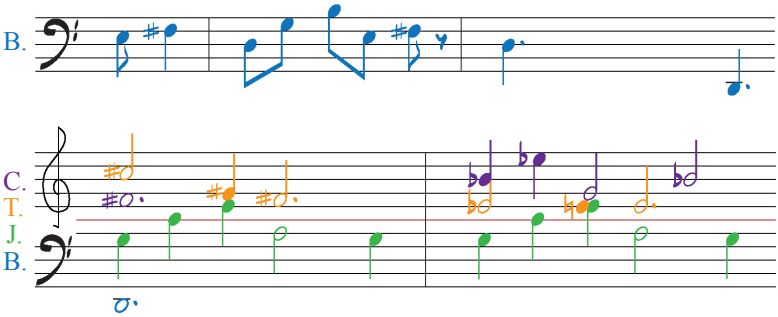


enemigos. Por[1] eso es que yo lo aprendí, porque cada año hacía una y ái tá

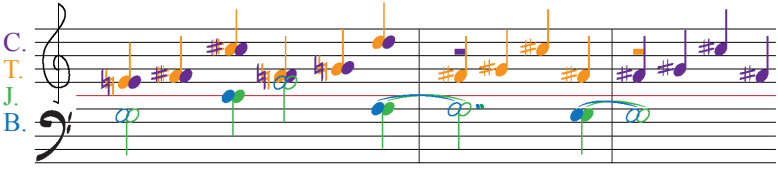


[1] Don Lape: 14:38.

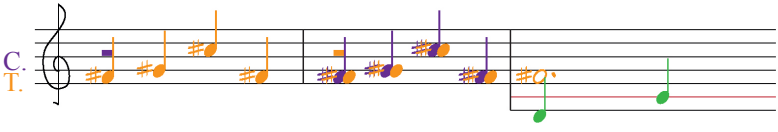
En ese tiempo se peleaba mucho. Había muchos pleitos.



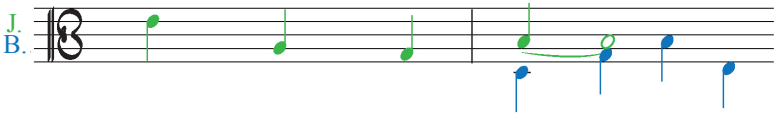
Mucha parranda.



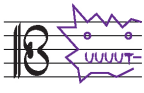
Muchísimo músico. Ibas[1] a dar pascua a una

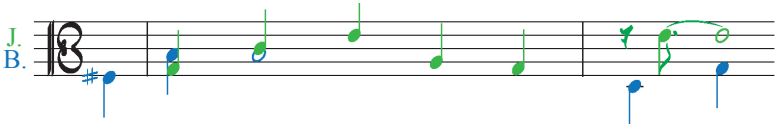


casa, a un nacimiento, estaban cantando. Esperabas que salieran y entra-



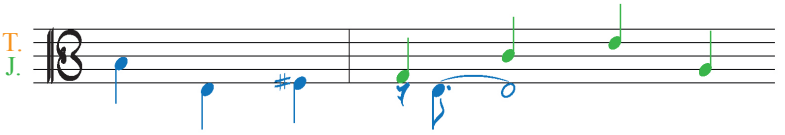
bas tú. Yyyy acá juera ya venía el otro estaba ahí;



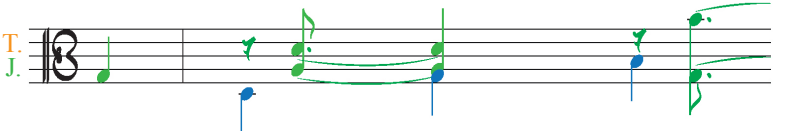


[1] Don Lape: 21:10.

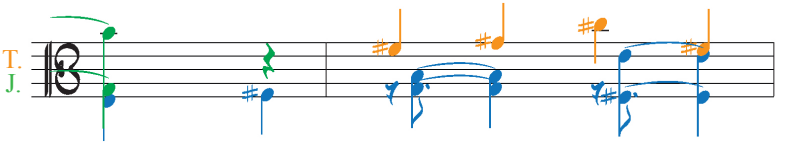
eran muchíiissimos grupos. Veinticuatro horah o treinta hora



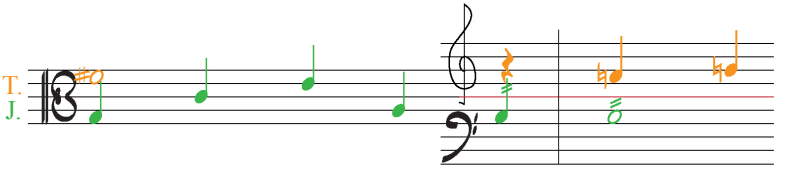
tocábamos. Salíamos a lah cuatro de la tarde llegábamos al otro



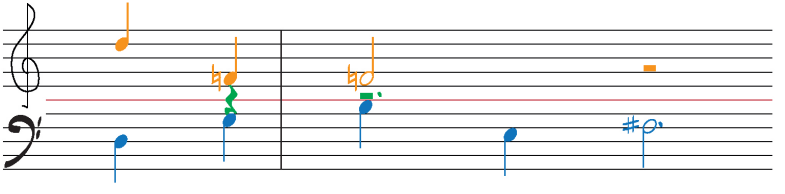
día oscureciendo. Los nuevos ya no, los nuevos ya buscan



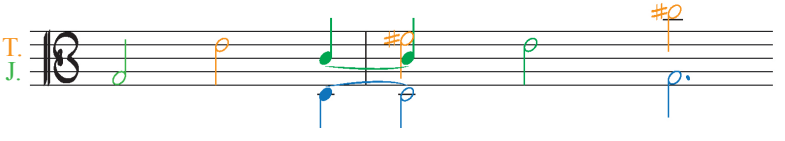
lana y si no me pagan pues no voy. Y antes



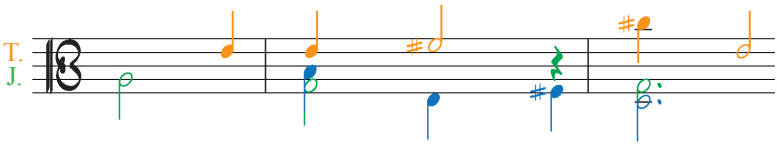
no tocábamos por dinero, tocábamos por que nos gusta. No nos daban



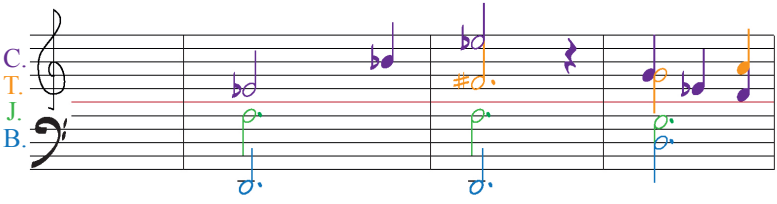
dinero, sólo nos daban de comer. Hay cosas que ya no existen.

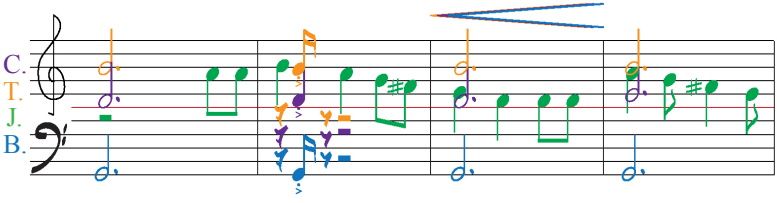


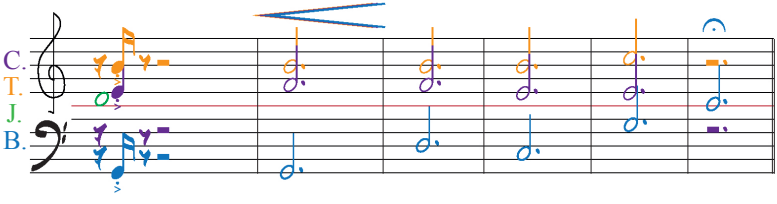
Y hay sones que ya no los tocan, como el fandanguito, un son



son muy bonito. Gonzalo: ¿Cuál?







Sobre las imágenes que aparecen en este libro

Página 11
Brenda Castillo
Sin título
Aguafuerte
2018

Página 75
Lucía Prudencio
Fábulas vegetales 1
Litografía
2013

Página 131
Omar García
Boceto IX
Lápices de colores sobre papel albanene
2017

Página 193
Lucía Prudencio
Sin título
Acuarela sobre papel de algodón
2018

Página 273
Brenda Castillo
Azalea 1
Xilografía
2018

Página 331
Omar García
Boceto VI
Lápices de colores sobre papel albanene
2017

Página 435
Lucía Prudencio
de la serie *Bocetos rumbo al camino antiguo a Coatepec 3*
Monotipo
2014

Antología de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas, Jóvenes Creadores del Fonca Generación 2017/2018, primer periodo.
Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2018, en
Comercializadora Druck, S. de R. L. de C. V.
Isabel la Católica No. 326 local A,
Col. Obrera, C. P. 06800,
Del. Cuauhtemoc, Ciudad de México,
con un tiraje de 1000 ejemplares.

MÉXICO
GOBIERNO DE LA REPÚBLICA

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

ISBN: 978-607-745-903-3

FONCA